LEÓN ARSENAL

GODOS DE HISPANIA



El reino visigodo de Hispania es una de las épocas más desconocidas por el público y menos tratada a nivel divulgativo. Y sin embargo ocupa dos siglos de nuestra historia. Supuso la prolongación y la evolución del orden romano, la llamada Antigüedad Tardía en la Península. Fue también una época de gran turbulencia. En lo exterior estuvo marcada por los conflictos con el Imperio Romano de Oriente y con los reinos francos de la Galia. En lo interior, por las intrigas, las revueltas de los nobles, las conjuras palaciegas y también por las luchas con aquellos hispanorromanos que se negaban a aceptar la hegemonía gótica.

Godos de Hispania presenta de manera accesible al lector aquel periodo agitado. Ofrece una lectura que va más allá de una sucesión de nombres de reyes y fechas de batallas, para hacer comprensible el desarrollo de toda esa época olvidada.

Godos de Hispania fue la obra galardonada con el XI Premio Algaba (2013).



León Arsenal

Godos de Hispania

ePub r1.0
Titivillus 21-12-2023

León Arsenal, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Nota editor digital: edición basada en la edición-papel

(Cualquier modificación/corrección realizada sobre la edición-papel se indica con fuente roja sobre fondo amarillo, class="errata")

Prólogo

Cuando, estando en el colegio, tuve noticia por primera vez de los visigodos, yo, que ya tengo unos años y afortunadamente me eduqué en la EGB, me los imaginé como una banda descontrolada de bárbaros que, estando en Grecia, no hicieron otra cosa que saquear y destruir todo lo que se les ponía a su alcance. Más tarde llegó el instituto, donde también los estudiamos y repasamos muy someramente. Cuando por fin llegué a la facultad, tampoco es que el profesor de Historia Antigua les prestara mucha atención; había otras partes de la Antigüedad más apasionantes y novedosas que estudiar. En la década de los años 90 del pasado siglo, el estudio y el conocimiento de los visigodos, a nivel general, estaba muy olvidado. Fui conociendo la historia de este pueblo de una manera fragmentaria, asociándolos a otros sucesos en los que participaron, unas veces como aliados, otras como enemigos de Roma.

Esta obra comienza el análisis de la aventura de los godos en el año 507 d. C., en Vouillé, donde los visigodos sufren una terrible derrota a manos de los francos y termina con otra derrota, en este caso la de Don Rodrigo, a orillas del Guadalete en el 711. Es lógico, ya que se centra sólo en el periodo del reino visigodo en Hispania. Sin embargo, la trayectoria histórica de este pueblo duró muchos siglos, desde su traslado desde las heladas tierras del sur de Suecia, hacia el sur, hasta llegar a las puertas del Imperio romano de Oriente. Empujados por la presión de los hunos, los godos se ven forzados a pasar a territorio romano y, tras destrozar a las legiones romanas en Adrianópolis en el 378 d. C., se extenderán por todo el Imperio. Su relación con Roma será siempre de amor y de odio. De amor, al asumir muchos de los aspectos de la civilización romana y tratar de integrarse en ella pacíficamente; de odio, al comprobar cómo los romanos no llegan a aceptarlos como iguales y cómo los usan en sus guerras intestinas y contra otros bárbaros como carne de cañón. Esta relación alcanza uno de sus puntos más álgidos en el 410 d. C., cuando los godos, dirigidos por su rey Alarico, entran en Roma, que no había sido saqueada jamás por bárbaros desde finales del siglo IV a. C. Tras el saqueo de Italia acaban alojándose en la Galia donde de nuevo actuarán en diferentes papeles a favor o en contra del Imperio. Será en nombre de Roma y para poner orden al caos provocado por las

invasiones de suevos, vándalos y alanos la excusa para que los godos entren en Hispania.

En este ensayo se hace hincapié en algo de una importancia trascendental en nuestra historia: gracias a ellos será posible la extensión del legado romano, viviéndose en Hispania dos siglos más de Tardoantigüedad. Tras la lectura de *Los godos de Hispania*, vemos derrumbarse en nuestras mentes esa imagen de los visigodos como destructores «de lo romano». Muy al contrario, León Arsenal nos describe cómo la caída de Roma en Occidente en el año 476 d. C. en Occidente no supuso el final de la Romanidad en Hispania, muy al contrario, sus habitantes siguieron refiriéndose a sí mismos como romani. Los godos supieron mantener, en lo básico, la administración romana, muy útil para ellos, ya que les permitía proveerse de impuestos. Los reyes godos, Teudis por ejemplo, enviaban órdenes a los *iudices* y rectores de los hispanorromanos para que aplicasen las leyes que elaboraban. Todo ello con el fin de mantener esas estructuras heredadas del Imperio romano que tantos beneficios les suponían.

En cuanto a la estructura de la obra, es necesario resaltar el acierto del autor al no limitarse a hacer una simple narración cronológica de los hechos. Va más allá, al ir insertando capítulos en los que va explicando diferentes factores de importancia en la historia del reino de Toledo. Me ha gustado especialmente que dedique un capítulo completo a las fuentes que tenemos para conocer este periodo (Jordanes, San Isidoro de Sevilla, Julián de Toledo, San Martín de Tours y Juan de Bíclaro, entre otros). Otro capítulo interesantísimo es el dedicado a las minorías religiosas o étnicas como la de los griegos de Tarragona, los sirios de Sevilla, los britones de Galicia y los judíos que, a partir de la conversión al catolicismo de los visigodos, fueron perseguidos y arrinconados.

Tras la lectura de este libro descubriremos aspectos muy poco divulgados de nuestra historia, entre los que cabe destacar las luchas entre las diferentes clases de la nobleza visigoda por el poder, nuevos detalles sobre el famoso tesoro de los visigodos, las tensiones religiosas entre arrianos y católicos, la persecución legal contra los judíos, la creación de una monarquía de carácter teocrático, así como la lucha contra francos, burgundios, Imperio romano de Oriente, vascones, suevos, musulmanes, etc.

Obras como ésta, rigurosas pero divulgativas y de muy fácil lectura, gracias a la habilidad narrativa de León Arsenal, son fundamentales en nuestra sociedad, en la que cada vez se dedica menos tiempo al estudio de nuestra historia, para formarnos adecuadamente en su conocimiento y para evitar así los malos usos y manipulaciones a los que frecuentemente nos vemos expuestos por

aquellos interesados en torcer la verdad de nuestro pasado.

En definitiva, gracias a esta obra conoceremos a los godos en su verdadera dimensión histórica; como herederos y preservadores de la cultura romana. Sabremos de los protagonistas de un momento trascendental de la historia de Hispania, del lento paso de la Antigüedad a la Edad Media que en la Península Ibérica, gracias a la presencia de los visigodos, fue muy distinto y mucho más gradual que en otras partes de Europa.

Federico Romero Díaz

1
Introducción

El tiempo y la profundidad que se dedican a la historia en la escuela son sin duda insuficientes y no porque a esta materia se la tenga en menos. Es inevitable y acaba siendo un problema con casi todas las materias. Dada la complejidad de nuestra civilización actual, son muchas las disciplinas que el alumno debe al menos rozar para tener esa base mínima que los pueda llevar a convertirse en lo que llamamos «una persona culta», en cualquiera de sus acepciones.

En el caso de la historia, esa limitación lógica lleva a simplificaciones que conducen a su vez a tener visiones sesgadas e incluso erróneas de parte de nuestro pasado. No hace tanto tiempo, la necesidad de condensar siglos de la antigüedad española en unas pocas páginas llevaba a la enumeración de pueblos que iban invadiendo de forma consecutiva la Península. Era aquello de que por el norte llegaron los celtas, por el sur llegaron los íberos, luego los fenicios, luego los griegos, luego los romanos que conquistaron toda Hispania, luego los bárbaros…

Aparte de que esos enunciados contenían falsedades —los íberos fueron una cultura que se desarrolló de manera autóctona en el sur y levante— y omisiones —se pasaba por alto algo tan rico culturalmente como Tartessos—, inducían a creer que una sucesión de pueblos feroces se dedicó a invadir la Península aniquilando a los que antes se habían asentado en ella.

A su vez la sucesión de fechas, tan útil para marcar periodos, introducía en muchos la creencia inconsciente de que éstas señalan cambios drásticos e inmediatos que en realidad no se produjeron. El año del destronamiento de Rómulo Augústulo se usa para marcar el paso de la Antigüedad a la Edad Media, pero eso no quiere decir que los europeos se acostasen un día vestidos con toga y se despertaran al siguiente ataviados de caballeros medievales. Esto último puede parecer exagerado, pero la forma tradicional de estudiar historia sembraba ideas así de pueriles en muchas cabezas.

Lo que por otra parte está claro es que el ciudadano común no puede ser experto en todas las materias y ramas de las Ciencias y la Humanidades. Es imposible. El acervo de conocimientos del que ahora

disponemos hace que, de hecho, los estudiosos sean expertos en apartados muy concretos de sus respectivas disciplinas.

En otros países europeos, la brecha entre manuales de escuela y tratados eruditos se ha salvado siempre con literatura divulgativa. Ensayos que buscan dar al lector un mayor nivel de conocimiento y de forma más entretenida que los escritos académicos. Esa tradición es más reciente en nuestro país, aunque ya disponemos de muchos de tales libros, por suerte. Ocurre que parte de la comunidad académica solía ver la literatura divulgativa como algo sin valor. No por nada circulaba aquella broma de que «un ensayo no es serio si no tiene más notas a pie de página que texto». Eso ha cambiado en buena medida.

Los visigodos fueron en gran parte víctimas de todo lo dicho más arriba. Se vieron reducidos a una larga lista de soberanos, *la lista de los reyes godos* que los estudiantes tuvieron durante mucho tiempo que memorizar y con la que se pretendía dar una antigüedad remota a la monarquía española. Se les dedicaban pocas páginas, que daban un papel estelar a la muerte de san Hermenegildo o a la conversión de Recaredo. A ello había que sumar la coronación forzosa de Wamba, la muerte de don Rodrigo… Poco más.

Sin embargo, el periodo visigodo de Hispania es mucho más que una serie de episodios truculentos. Es el de una verdadera Antigüedad tardía, ya que los godos mantuvieron las estructuras administrativas de los romanos. Podemos decir que la Edad Media española comienza con la invasión musulmana, puesto que ésa sí que provocó una quiebra total en el curso de la historia peninsular.



Trajes, armas y joyas de los visigodos.

En este ensayo se pretende dar una panorámica de los dos siglos del reino visigodo de Toledo, con su evolución cronológica y los distintos reinados, así como tocar distintos aspectos que van desde la sociedad de la época a las estructuras que se generaron. Quien desee luego abundar en alguno de los temas, puede acudir a estudios especializados sobre una u otra cuestión concreta. Sobre los visigodos, por fortuna, disponemos de literatura académica no sólo de calidad, sino abundante.

Antes de entrar en las primeras páginas de este libro, conviene explicar algunas decisiones tomadas. En primer lugar, por qué comienza con la derrota de Vouillé ante los francos. Esta obra se centra en el reino visigodo de Toledo, que sólo fue posible tras la destrucción del de Tolosa. Antes de Vouillé había presencia visigoda en la Península, es cierto. Pero, como aquí se cuenta, esa presencia era

sobre todo militar: la ocupación y el control de un territorio secundario para ellos en esos momentos. Sólo después de Vouillé comenzó a forjarse una monarquía visigoda hispánica.

He empleado los topónimos actuales y no los que existían en la época. Es decir: Sevilla y no Híspalis, Zaragoza y no Cesaraugusta. El motivo es evitar que la lectura se vea entorpecida por nombres que muchos podrían no reconocer de entrada. Lo que se busca con este libro es que el lector siga el hilo con facilidad, no una superabundancia de notas a pie de página.

Por un motivo similar se usa el término «católicos». Es un anacronismo voluntario, puesto que éstos no se autodenominarían así hasta siglos después. Lo he preferido al de «nicenos», los cristianos surgidos del Concilio de Nicea. El nombre resultaría confuso para muchos y obligaría a explicaciones adicionales que en realidad poco aportarían a este libro. Y después de todo, los católicos fueron herederos de esos nicenos; mejor dicho, son los mismos, sólo que siglos después. Por eso lo he empleado, tal y como han hecho autores muy informados en sus obras.

Tras estas precisiones, no me queda sino invitarles a comenzar a leer, esperando que los capítulos que siguen les resulten tan interesantes como entretenidos, los dos pilares sobre los que debe basarse la literatura divulgativa.

2
Vouillé, 507 d. C.
El final de un sueño

EN LA PRIMAVERA DEL AÑO 507 de la era cristiana, los ejércitos visigodo y franco se enfrentaron en Vouillé, cerca del actual Poitiers. Estaba en juego la hegemonía sobre toda la Galia. Los armamentos de unos y otros eran similares y, aunque los visigodos eran algo superiores en número, los francos contaban con un poco más de caballería. Por tanto, estaban más o menos parejos en cuanto a fuerzas militares. Y sin embargo, tanto el destino de la guerra como el resultado de esa batalla estaban casi decididos antes de que se disparase una flecha o se cruzasen las primeras lanzas.

Eso se debió a que el conflicto venía gestándose desde hacía largo tiempo. Era inevitable y los dos oponentes, como jugadores ante un tablero, habían ido situando sus piezas de cara al enfrentamiento. Pero por desgracia para los visigodos, Clodoveo, rey de los francos, estaba en posición de ventaja.

Los visigodos habían ocupado el suroeste de la Galia a comienzos del siglo V. También en ese mismo siglo habían intervenido en Hispania como federados romanos, para poner freno a los desmanes de otros pueblos bárbaros. Los francos, a su vez, entraron en la Galia por el norte y, ya desde mediados del siglo IV, habían ido ganando terreno sin cesar, aprovechando la progresiva decadencia del poder del Imperio de Roma. A finales ya del siglo V, ambos pueblos eran dueños de casi toda la Galia y acabaron por verse frente a frente, tal y como suele ocurrir a menudo en casos así.

Los visigodos habían creado en el suroeste galo el reino de Tolosa, gobernado por una dinastía de reyes que se remontaba al gran Alarico I, que saqueó Roma. Por su parte, los francos habían sido durante largo tiempo una amalgama de tribus agrupadas en dos «naciones»: los francos salios y los francos ripuarios. Los salios tenían un rey que era poco más que un caudillo, un jefe supremo de la guerra y con poderes en todo lo demás bastante limitados. Además, como ocupaban el noreste de la Galia, se veían amenazados por el este con la llegada de nuevos pueblos bárbaros en busca de tierra.



La batalla de Soissons, en el 486, enfrentó a las tropas francas del rey Clodoveo con los últimos restos del poder romano en la Galia.

Todo eso cambió con el ascenso de Clodoveo I al trono de los salios. Clodoveo o Clovis era tan ambicioso como eficaz, y era también lo que ahora llamamos un hombre carente de escrúpulos. Primero afianzó su poder interno, liquidando a cuantos pudieran ser un obstáculo para sus planes, lo que incluyó a no pocos parientes suyos. Y, además de suprimir a posibles rivales, buscó alianzas con los francos ripuarios, así como el apoyo de la población galorromana.

Cuando se sintió lo bastante fuerte en el interior, se lanzó a la conquista de los territorios rivales en la Galia. Y comenzó por el llamado «reino de Siagrio».

Este último era un enclave romano que subsistía en el oeste de la Galia, en la región de París. El reino de Siagrio no obedecía a la moribunda autoridad de Roma, sino que estaba gobernado por una dinastía propia. Al mando estaba Afranio Siagrio, hijo del último *magister militum romano* de la Galia y al que la tradición llamaría «el último rey de los romanos».

Los ejércitos de Siagrio y Clodoveo se enfrentaron en el 486, en la batalla de Soissons. El resultado de las armas fue adverso al primero. El reino de Siagrio fue aniquilado y éste huyó al sur, a refugiarse entre

los visigodos.

Los francos no sólo tenían frontera con los visigodos del suroeste. Al sureste estaban los burgundios. Pero con estos Clodoveo siguió el camino de la alianza, casándose con Clotilde, hija del rey burgundio. En cambio, con los alamanes que amenazaban con invadir sus territorios usó la vía militar sin contemplaciones. En el 492 los destrozó en Tolbiac, batalla en la que perdió la vida el propio rey de los alamanes. Ese combate marcó además un hecho trascendente para la historia de la Galia. Porque, según la leyenda, Clodoveo se vio aquel día en trance de derrota y muerte, y pidió ayuda al Dios de los cristianos. Y éste se la concedió.

En agradecimiento por la victoria y sin duda animado por su mujer, que era cristiana, no tardó en convertirse él mismo. Y lo hizo al catolicismo. Esa conversión le ganó las simpatías de la población galorromana y supuso una baza clave para consolidar su poder. Le situó además en posición de ventaja frente a sus grandes enemigos por la hegemonía en la Galia, los visigodos.

Estos últimos eran en cambio arrianos. Y ese hecho era una fuente de conflictos con las poblaciones indígenas de la Galia e Hispania. Les acarreaba no sólo la enemistad del pueblo llano, sino también la de los obispos católicos, muy influyentes y verdaderos dueños de muchas de las ciudades. El problema, además, se agravó porque algún rey visigodo llevó una política de intolerancia religiosa que no hizo sino atizar la hostilidad de los autóctonos.

Alarico II, el rey de los visigodos que tuvo que hacer frente a las ambiciones de Clodoveo, era consciente de la debilidad estratégica que le causaba esa cuestión. Su padre Eurico, que en otros órdenes fue un gran gobernante, se había encarnizado contra los galorromanos católicos e incluso hizo encarcelar y matar a unos cuantos obispos.

En cambio, Alarico procuró tender puentes. Practicó la tolerancia religiosa para ganarse las simpatías del pueblo y obtener el apoyo del clero católico. Durante su reinado se celebró un concilio y se promulgó el código de su nombre, que daba cuerpo escrito a los derechos de la población indígena. Tuvo cierto éxito, pero no dispuso de tiempo suficiente para restañar las heridas abiertas por su padre.

Puesto que Clodoveo se había aliado con los burgundios mediante matrimonio, Alarico hizo lo propio con los ostrogodos, que entonces ocupaban Italia. Se casó con Teodegonda, hija de Teodorico el Grande. Esa alianza era algo valioso para los visigodos y no sólo porque los ostrogodos fuesen sus hermanos de sangre; en esos momentos, estos últimos estaban en la cima de su poder, y su diplomacia y sus ejércitos tenían mucho que decir en toda la zona.

Por su parte, los visigodos se encontraban en mala posición estratégica. Sumaban poca población para el territorio que ocupaban.

Tenían la situación controlada en la Galia, donde se habían asentado hacía un siglo, pero no se podía decir lo mismo de Hispania, que entonces era poco más que un territorio anexo. Su «patio trasero», que se diría ahora.

Habían entrado en Hispania para restaurar el orden en una primera fase y luego, con Eurico, para ocupar las zonas más ricas, como la Tarraconense costera. Grandes extensiones escapaban a su control y mantener guarniciones por todo la Península les obligaba a una dispersión de fuerzas a la que no podían renunciar, puesto que en el noroeste estaban al acecho los suevos.

Su ejército no era tan aguerrido como el de los francos, que se había curtido en grandes batallas. Tampoco podían contar con el apoyo, ni en hombres ni en logística, de las poblaciones indígenas, cosa que sí ocurría en el caso de los francos.



Muerte de Alarico II a manos de Clodoveo según la iconografía francesa clásica. Miniatura del siglo XV. Biblioteca Nacional de Francia, París.

Ante la agresividad de Clodoveo, Alarico intentó apaciguar. Contaba para ello con el apoyo de Teodorico el Grande, y no sólo porque éste fuese su suegro y aliado. Teodorico había ocupado Italia con la aprobación del rey romano de Oriente. Lo hizo justo para liquidar el poder de Odoacro, que fue quien depuso al último soberano de Occidente, Rómulo Augústulo. Mantenía la ficción de gobernar

Italia en nombre del emperador de Oriente y era partidario de acuerdos entre los pueblos que se habían repartido las antiguas tierras del Imperio. Apostaba por fijar fronteras y por acabar con un estado interminable de guerra que podía acabar por destruirlos a todos o a casi todos, como así ocurrió a la postre.

Una muestra de paz o de debilidad por parte de Alarico fue negar el asilo al derrotado Afranio Siagrio. Lejos de protegerlo, se lo entregó a Clodoveo. Éste lo hizo matar sin más dilación en el 487, y el gesto del visigodo no consiguió en absoluto aquietar las ambiciones del franco.



Batalla de Vouillé entre Clodoveo y los visigodos. Biblioteca Nacional de los Países Bajos.

Pocos años después, en el 494, los francos invadieron tierras que los visigodos controlaban. Alarico temía un choque armado que podía ser catastrófico. Optó por ceder terreno sin combatir y eso desencadenó un éxodo de población visigoda hacia la Tarraconense, preludio de los que habrían de tener lugar en años posteriores.

En el año 498, los francos ocuparon Burdeos, aunque los visigodos consiguieron recuperarla. En esa ocasión se pudo salvar el reino de Alarico porque en 502 intervinieron los ostrogodos. Temeroso del poder militar de éstos, Clodoveo se avino a la paz. Francos y visigodos firmaron una tregua auspiciada por Teodorico el Grande, en la que el río Loira quedó fijado como frontera entre ambos reinos.

No fue más que una paz temporal, por supuesto. Ambos reyes procuraron reforzar sus lazos con la población romana de cara a un choque inevitable. De nuevo quedó de manifiesto el talento de Clodoveo, que fue capaz de galvanizar a sus súbditos galorromanos

agitando la bandera de la liberación de sus hermanos del sur frente a la opresión religiosa a la que les sometían los arrianos visigodos.

En el 506, los francos cruzaron el Loira y esta vez los visigodos no rehuyeron el combate. Alarico cedió a la presión de los nobles terratenientes, que sufrían los saqueos de los francos desde hacía años y ya no soportaban más. Para no verse desbordado por la situación, salió a hacer frente a los invasores sin esperar a un ejército ostrogodo que debía acudir en su auxilio. Y así fue como los dos ejércitos se vieron las caras en abril del 507 en Vouillé, entonces conocido como los *Campus Vogladensis*.

Clodoveo acaudillaba una tropa mixta de francos, galorromanos y burgundios, de germanos aguerridos y de galorromanos motivados. Alarico contaba con sus visigodos y sin duda con contingentes de aliados galorromanos e hispanorromanos. Pero de todos estos últimos sólo uno era de importancia: el de los auverneses de Apolinario, que curiosamente era hijo de un obispo represaliado por el padre de Alarico.

Todo estaba en contra de los visigodos. Ni siquiera una hipotética victoria o derrota tendría las mismas consecuencias para ellos que para los francos. En caso de ser vencido, Clodoveo podía replegarse a sus tierras, donde contaba con reservas de hombres. Alarico, en cambio, luchaba ya en su propio territorio y se lo jugaba todo. Si la suerte de las armas le era adversa, la *Gothia* quedaría abierta a los francos.

No sabemos con exactitud cómo discurrió la batalla. Pero sí que los visigodos resultaron destrozados. No pudieron resistir la embestida de los francos. Sus líneas cedieron y la retirada dio paso a la fuga en total desorden. Alarico trató de contener a los suyos, y fue arrollado y muerto. Según la leyenda, lo mató Clodoveo con sus propias manos y en combate singular, lo que resulta bastante improbable pero tampoco es imposible. Era una época en la que los reyes participaban en las batallas y a veces ocurrían esos sucesos. De hecho, Clodoveo mató así al *dux* Paulo del Loira, otro caudillo que en años previos logró mantener un residuo de orden romano en la zona.

Lo cierto es que la muerte de Clodoveo en combate era lo único que podía haber cambiado de verdad el signo de esa guerra perdida de antemano. Eso y no la simple victoria de los visigodos en la batalla. Pero ocurrió lo contrario: el muerto fue Alarico y eso agravó el desastre.



Clodoveo recibe la flor de lis. Bedford *Book of Hours*. BL Add MS 18850, f. 288v. British Library.

Caído el rey el ejército visigodo se desbandó por completo. Los francos hicieron una gran matanza de fugitivos.

Poco después, los nobles visigodos supervivientes eligieron como nuevo rey a un hijo bastardo de Alarico, Gesaleico. Algunos dicen que eso ocurrió en el mismo campo de batalla. Fue un acto extremo, la búsqueda de un líder guerrero que tratase de impedir el desastre total del reino.

Pero lo mismo que plantar batalla en Vouillé, esa elección fue un acto vano además de errado, como se comprobó en los años siguientes. Y la derrota no tenía vuelta atrás. El reino visigodo de Tolosa acababa de sucumbir de forma irremisible entre el hierro y la sangre. Una vez más, los visigodos volvían a ser un pueblo sin tierra.

3
Un pueblo sin tierra

1. De los orígenes míticos a la vecindad con Roma

QUIÉNES ERAN LOS GODOS, cuál era su etnia, de dónde procedían es motivo de controversia. Durante largo tiempo, se dio por bueno lo que nos contaban de ellos las fuentes escritas de finales del Imperio y de comienzos de la Edad Media. Pero éstas se basaban en tradiciones orales y en leyendas, que son cualquier cosa menos fiables desde un punto de vista historiográfico. Y que además, como veremos, solían servir a menudo a motivos ideológicos concretos y no a la verdad.

Ni el origen ni la sangre de los visigodos son algo tan claro como antes se creía. De los primeros godos sólo sabemos con certeza que eran uno entre una confusión de comunidades nómadas que vagaron durante siglos entre el *limes* romano y las fronteras occidentales del Imperio chino, luchando entre ellos, aliándose, mezclándose y dividiéndose para crear nuevos pueblos.

Ahora se considera que todo ese listado impresionante de tribus bárbaras que nos legaron los romanos, con sus descripciones físicas y de costumbres, no es sino un esfuerzo comprensible para sistematizar y, por tanto, hacer manejable la información sobre ese mar de gentes que pululaban más allá de sus fronteras. Conviene, pues, tomar todos esos datos con muchas reservas. Aquéllos a los que los romanos llamaron germanos, sármatas, hunos, godos, etc., no eran unidades étnicas tan definidas y estructuradas como en un tiempo se llegó a creer.

Por ceñirnos a los godos, fue Piteas, marino de Masilia del siglo IV a. C. el que nos dejó, en su obra *Sobre el Océano*, una primera cita acerca de los que podrían ser los remotos antepasados de los godos. Alude a los gutones, pueblo asentado en el lejano norte, en lo que ahora es Noruega. Ésa es una de las bases sobre las que se construyó la creencia de que el origen de los godos fue escandinavo. Sobre todo porque ese mismo pueblo lo citaron después, con variantes en el nombre, Plinio, Estrabón o Tácito, y todos ellos lo ubicaron en el norte.

Pero la fuente principal acerca de la historia de los godos fue escrita mucho más tarde, ya en el siglo VI d. C. Se trata de la *Getica* de Jordanes, que era un godo al servicio del emperador de Oriente Justiniano. Existió una obra mucho más amplia, en 12 tomos, redactada más o menos en la misma época por Casiodoro, que era un romano empleado del ostrogodo Teodorico el Grande. Hay quien dice que la *Getica* fue un refrito de la obra de Casiodoro, pero, como ésta no ha llegado hasta nosotros, nunca podremos saber si eso es así. Sí es cierto que ambos autores se conocieron y que sin duda debió haber influencias de la obra de Casiodoro en la de Jordanes, que no es lo mismo que un plagio.

La *Getica* tiene también otro nombre: *Origen y gestas de los godos*. Según su relato, los godos salieron de una isla llamada Escandía, acaudillados por el rey Beng. Arribaron a una tierra conocida como Gotiscandia, donde lucharon contra diversos pueblos, entre ellos el de los vándalos, al que sojuzgaron. Al cabo de cinco generaciones, el aumento de población obligó a emigrar a parte de los godos. Su jefe era esa vez Filimer, y el lugar al que llegaron fue en esa ocasión Escitia, donde tuvieron de nuevo que combatir contra varios pueblos.

Todo eso son los orígenes míticos y no merece la pena que en un libro como éste nos detengamos en muchos pormenores. Pero sí en que, según Jordanes, cuando los godos llegaron al Ponto, tras batallas, asentamientos y mudanzas, se dividieron. De esa división nacieron sus dos ramas mayores. Una fue la de los visigodos, liderados por la noble dinastía de los Baltos; la otra la de los ostrogodos, cuyos reyes eran los Amalos.

Si digo que merece que nos paremos en este hecho, es porque todo esto parece una ficción elaborada a partir de leyendas antiguas. Una tabulación voluntaria. ¿Por qué? Porque los narradores a menudo estaban tan al servicio de las élites gobernantes en aquellos tiempos como lo están ahora.

Casiodoro, del que pudo tomar el dato Jordanes, servía al rey de los ostrogodos. A un Amalo. ¿Qué mejor manera de ennoblecer y legitimar a pueblo y gobernante que atribuirles una gran antigüedad? La antigüedad da lustre a las etnias y a las dinastías. Pero en realidad parece ser que visigodos y ostrogodos surgieron como pueblos más o menos diferenciados en época mucho más tardía de lo que les atribuyó Jordanes.

Los propios romanos no entraron de verdad en contacto con los godos hasta el siglo III, por mucho que nos dejasen alusiones a ellos con anterioridad, a veces dándoles otros nombres. No fue un encuentro pacífico. En esa época, diversos pueblos nómadas aprovecharon lo que se llama «la crisis del siglo III» para lanzarse contra las fronteras del Imperio. Los godos fueron uno de ellos.

Vagabundearon durante años por las provincias orientales, destruyendo y saqueando. En esa época se convirtieron en piratas temibles, y en sus correrías llegaron hasta el Asia Menor.

Los emperadores Claudio II y Aureliano los vencieron. El segundo los derrotó en Dacia, en el año 271. Sin embargo, tras esa victoria, Aureliano ordenó evacuar la provincia. Lo hizo obligado por una situación crítica. El Imperio sufría ataques por todos lados y vivía además una fractura interna. Era preciso reorganizar las líneas de defensa romanas y Dacia fue sacrificada. Los godos aprovecharon de inmediato para asentarse en ese territorio.

Disponer de una tierra hizo que abandonasen sus prácticas de saqueadores. Entablaron buenas relaciones con los romanos y de enemigos suyos se convirtieron en uno de sus viveros de soldados. Sin duda en esa época debieron de romanizarse en algunas facetas y fue entonces cuando se convirtieron al cristianismo. En concreto, adoptaron el arrianismo, que era una de las ramas del cristianismo más extendidas entonces por el Imperio de Oriente, con el que ellos tenían contacto. Ese hecho marcaría su trayectoria y sería clave para sucesos posteriores, como ya hemos visto.

Pero recordemos ahora lo que hemos dicho sobre los pueblos al otro lado del *limes* romano. Que eran un hervidero humano bastante alejado de las taxonomías con las que los romanos trataron de clasificarlos. Los godos de Dacia no eran más que una fracción de un pueblo mucho más numeroso que se hallaba disperso hacia Oriente.

Amiano Marcelino, historiador romano de ese siglo, nos habla de dos grandes confederaciones godas. La de los tervigios, que ocupaba territorios entre el Danubio y el Dniéster, y la de los greutingos, situada en las estepas que llegaban hasta el río Don.

También en esa división de la que habló Amiano, algunos quisieron ver el origen de los visigodos y los ostrogodos. Según esa interpretación, los primeros serían los «godos del oeste» y a los segundos los «godos del este». Pero esa teoría resulta discutible y es en general rechazada.

Por lo que nos han trasmitido los textos de la época, los godos no eran una organización rígida y estructurada, ni en lo político ni en lo étnico. Se nos habla de confederaciones menores, de jefes y cabecillas en distintos lugares y de que tuvieron relaciones muy distintas con los romanos, llegando a participar en las guerras civiles de éstos en apoyo de uno u otro pretendiente.

2. En tierras de Roma

Aquel inmenso imperio de los godos que iba desde el Danubio a las estepas de Ucrania cayó de golpe en el 370 de la era cristiana. Ese año, los hunos llegaron en masa cabalgando desde el este. Los godos greutingos nada pudieron hacer ante esa marea guerrera. No uno sino dos de sus reyes murieron tratando de rechazarlos en vano. Fueron vencidos y sojuzgados.

Los hunos eran imparables. Gran número de tervigios y contingentes de greutingos pidieron asilo al Imperio romano en el 375. Un refugio que tan sólo obtuvo un grupo al mando de un jefe llamado Fritigerno, y eso gracias al apoyo que éste había prestado al emperador Valente en una de las guerras civiles romanas.

Ése era el plan. A la hora de la verdad, los godos cruzaron en masa el río sin que los funcionarios romanos presentes se atreviesen a intentar impedirlo. La mayor parte de las tropas que Roma tenía allí en la zona estaban formadas por soldados godos. El temor a que éstos hicieran causa común con sus hermanos de sangre en caso de conflicto hizo que los romanos no tratasen de detener ese cruce masivo.



Moneda acuñada en tiempos de Teodosio el Grande.

Cruce que según los testimonios acabó en desastre. Fue un tránsito penoso a través de un río congelado en el que el hielo cedió bajo el peso de los migrantes y sus bagajes, con grandes pérdidas de vidas y bienes. Los romanos presenciaron la catástrofe sin mover un dedo para ayudar a los que se ahogaban. Al contrario, se regocijaron al ver cómo perecían aquellos enemigos potenciales.

Los godos quedaron asentados de manera provisional en las provincias de Moesia y Tracia, al otro lado del río. Pero seguían

llegando refugiados, no sólo godos, sino también de otros pueblos, por ejemplo vándalos, y la situación se fue volviendo incontrolable. Aquello, unido a la falta de tacto y a la rapacidad de algunos funcionarios romanos hizo estallar el conflicto en el 377.

Los romanos habían tenido razón al temer ese cruce masivo de godos. Ya lanzados a la guerra, éstos derrotaron en repetidas ocasiones a las tropas imperiales y en agosto del 378 se enfrentaron en Adrianópolis a las legiones dirigidas por el propio emperador Valente I. Aquella batalla, una de las mayores victorias de la historia de los godos, fue para los romanos una derrota traumática, tanto por las bajas sufridas como por el golpe psicológico que supuso. El ejército romano perdió a más de la mitad de sus hombres, su infantería resultó aniquilada y el propio emperador murió.

A Valente I le sucedió Teodosio el Grande, el último emperador que reinó a la vez sobre Oriente y Occidente. Teodosio combatió primero contra los godos y luego firmó con ellos un tratado. Los instaló dentro de las fronteras del Imperio como federados. Y ellos, durante todo el reinado de Teodosio, permanecieron tranquilos, lo que no quita para que, aparte de suministrar tropas a Roma, participasen de forma activa en las guerras civiles del periodo. De hecho, fueron valiosos aliados de Teodosio frente a los diversos usurpadores que trataron de expulsarle del trono.

3. El apogeo de los visigodos

Hubo paz entre Roma y los godos hasta el 395, año en el que tuvieron lugar dos hechos trascendentales. Uno fue la muerte de Teodosio el Grande; otro fue la elevación de Alarico a rey de los visigodos. Sí, visigodos; ese nombre que hasta ahora hemos estado evitando. Con Alarico ya podemos hablar de los visigodos como un pueblo diferenciado, si no en lo cultural sí en lo político, del resto de sus hermanos.

Cuenta Jordanes que, a la muerte de Teodosio, los hijos de éste descuidaron el pago que debían a sus tropas auxiliares godas. Y que éstas decidieron nombrar a un rey. El elegido fue Alarico, de la noble familia de los Baltos, ésa a la que Jordanes atribuía tanta antigüedad, así como el gobierno de los visigodos desde tiempos remotos. Pero fue ahí donde ese pueblo nació, a partir de los soldados godos insatisfechos con los nuevos gobernantes del Imperio. Y de hecho, la historia de los visigodos sería a partir de entonces más la de una tropa errante que la de un pueblo nómada.

Los visigodos rompieron el *foedus*[1] que les unía a Roma y

abandonaron sus tierras en son de guerra. Pero, pese a lo que diga Jordanes, que era godo y al que se le nota una querencia por ennoblecer y justificar al pueblo de sus antepasados, es posible que el conflicto no se debiera a un incumplimiento por parte de los romanos.



El general germano romano Estilicón, con su esposa Serena y su hijo Euquerio. Copia de una talla de marfil. El díptico original, tallado alrededor de 395, se encuentra en Monza (Italia).

Tal vez aquel pueblo de mercenarios decidió aprovechar las convulsiones que sacudían en esos años al Imperio para sacar ganancia haciendo lo que mejor sabía: combatir.

Ya antes esos godos habían obtenido grandes beneficios de las guerras civiles del Roma. Mientras vivió Teodosio siempre lo apoyaron, sin duda porque siempre fue el más fuerte. Ahora la situación no era tan clara y los años siguientes fueron para los visigodos de Alarico tiempo de migración y combates.

Pasaron como un huracán por Panonia, por Dacia, por

Macedonia. En Grecia les cerró por fin el paso el *magister militum* Estilicón, que estaba al servicio del emperador occidental, pero que había acudido en auxilio del oriental. Alarico se avino a firmar con él la paz y su pueblo se estableció en Iliria. Fue por poco tiempo.

En el 401 se pusieron de nuevo en marcha. Esta vez su objetivo no era otro que Roma. Estilicón los derrotó en el 402 cerca de Pollenza y poco después junto a Verona. Ése fue un momento crítico para la historia de los visigodos. Los romanos podrían haberlos aniquilado como a otros tantos nómadas y, en ese caso, habrían desaparecido de la historia sin dejar otra cosa que unas pocas citas en las crónicas.

No fue así. Estilicón les permitió retirarse hacia Iliria, donde se quedaron una temporada recobrándose de las bajas sufridas. Mientras tanto, el infatigable Estilicón derrotaba cerca de Florencia a una coalición de pueblos bárbaros. Entre ellos estaban los suevos, vándalos y alanos que tanta importancia tendrían tiempo después en la historia de Hispania.

A pesar de esa victoria, Estilicón fue asesinado en el 408 con la anuencia del propio emperador Honorio. ¿Por qué motivo? Tal vez por sus muchas victorias, así como por las buenas relaciones que mantenía con Alarico, lo que hacía recelar a más de uno de que planease usurpar el trono y proclamarse emperador.

Muerto Estilicón por hombres que valían mucho menos que él, nada ni nadie podía detener ya a Alarico. Los visigodos invadieron Italia y, desdeñando atacar Rávena, donde estaba el emperador, se dirigieron hacia Roma.

En esa ocasión la ciudad se salvó. Alarico se contentó con embolsarse un rescate y siguió camino hacia la Toscana. Luego tomó partido por el usurpador Atalo, que pretendía arrebatar el trono a Honorio. Seguía la política de los godos de sacar beneficio apoyando a uno u otro pretendiente en época de turbulencias. Pero esta vez la alianza duró poco. Atalo no cumplió sus compromisos y Alarico le depuso. Acto seguido marchó sobre Roma y en esa ocasión no aceptó negociación alguna.

El 24 de agosto del 410 los visigodos entraron en Roma con las armas en la mano. Aquél fue el saqueo de Roma que conmocionó a todo el orbe. Por primera vez desde los tiempos del galo Breno, la urbe era hollada por invasores.

Hubo destrucción, saqueo y muertes, desde luego. Pero Alarico no permitió que los suyos incendiasen la ciudad y ordenó que se respetasen las iglesias y a los que en ellas se habían refugiado. A cambio se apoderó del tesoro de Roma, que se convirtió así en el legendario tesoro de los visigodos. Un tesoro que, a decir de la leyenda, incluía piezas tales como la mesa del rey Salomón o la

armadura de Alejandro Magno. También fue entonces cuando capturó a la hermana del emperador, Gala Placidia.

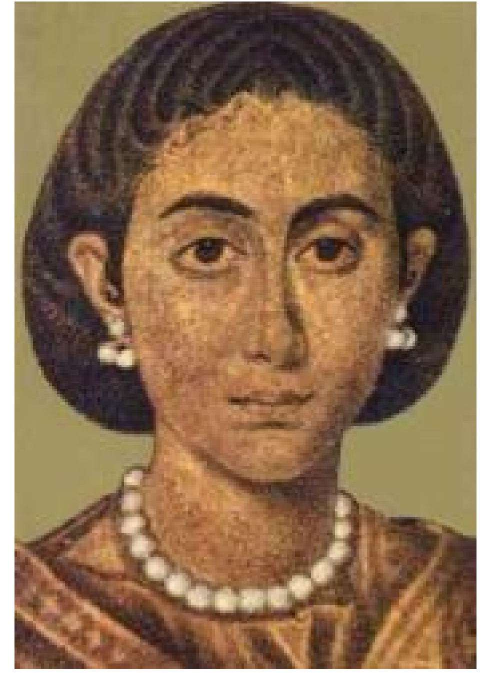


Saqueo de Roma por Alarico, París, Maître François (iluminador); c. 1475, 1478-1480. Anotación: Vol. II: Nantes, BM fr. 8.

Tras ese hecho resonante, los visigodos se retiraron hacia el sur de Italia. Allí tuvo lugar otro punto de inflexión en la historia de este pueblo. La intención de Alarico era cruzar a África en busca de tierras donde asentarse, pero murió de forma repentina en Cosenza y sus planes quedaron en nada. De haber vivido algo más, tal vez la historia de Occidente habría sido diferente.

A Alarico le sucedió su cuñado Ataúlfo, que tenía planes muy distintos. Tras hacer la paz con el emperador Honorio, se dedicó a combatir y a matar a los diversos usurpadores que trataban de arrebatar a éste el Imperio. A cambio de estos servicios, el emperador concedió a los visigodos el asentamiento en el centro y sur de la Galia.

Esa cesión fue una maniobra bastante acertada. Alejaba unos aliados temibles de Italia para situarlos en un lugar rico y necesitado de defensa. Una de las causas de la reducción territorial del Imperio fue que los sucesivos usurpadores solían ser generales que recurrían a las fuerzas a su mando para tratar de conquistar el trono. Tropas que retiraban de las provincias, con el resultado de que éstas quedaban desguarnecidas.



Gala Placidia.

Ése es otro tópico de la imaginación popular. El de los bárbaros conquistando a sangre y fuego. En realidad, los bárbaros fueron apoderándose de las antiguas provincias romanas sobre todo por ausencia de éstos. Porque las tropas abandonaban la defensa para marchar sobre Roma. En el campo de batalla, hasta muy tarde y dejando de lado batallas concretas, los ejércitos imperiales batieron siempre a los bárbaros.



Sigerico.

Las buenas relaciones tampoco duraron mucho esta vez. Recuérdese lo dicho unas líneas más arriba: los visigodos eran sobre todo un ejército ambulante que viajaba acompañado de sus familias y sirvientes. Como tal, no era autosuficiente y necesitaba abastecimiento regular. Al parecer, el emperador no les envió los suministros que habían acordado. Y eso suponía el hambre para los visigodos. Ataúlfo se apoderó de ricas ciudades como Tolosa o Narbona, población esta última donde se aposentó. También se casó con Gala Placidia, causando con ello gran disgusto al emperador.

El *magister militum* Constancio marchó contra los visigodos en el 414 y los derrotó. Ataúlfo se retiró hacia Hispania. Entró en la Tarraconense a principios del 415 y se instaló en Barcelona, donde fue asesinado el verano de ese mismo año. Al parecer, su muerte nada tuvo que ver con cuestiones sucesorias. Fue la venganza por la ejecución de un noble ordenada tiempo antes por Ataúlfo.



Walia, rey de los visigodos entre 415 y 418.

Un noble llamado Sigerico se hizo con el poder y se proclamó rey. Era un personaje feroz que hizo asesinar sin contemplaciones a los seis hijos de Ataúlfo y Gala Placidia, y que sometió a ésta a todo tipo de vejaciones. Su comportamiento bestial motivó que lo asesinaran al séptimo día de su reinado, y un hermano de Ataúlfo, Walia, se convirtió en soberano de los visigodos.

Como se ve, cuando hablamos del linaje de los Baltos, lo hacemos de un grupo familiar en sentido extenso, y no de una línea de sangre. Prueba de eso es que la Corona pasó de Alarico I a su cuñado y luego de éste a su propio hermano.

Aunque no compartían sangre, Walia heredó de Alarico la idea de pasar a África para asentarse allí con su pueblo, lejos de los ejércitos imperiales y de otros pueblos bárbaros errantes. Movido por esa idea, cruzó la península, por la que campaban suevos, vándalos y alanos, hasta llegar al estrecho. Pero no pudo reunir la flota necesaria para cruzar y tuvo que retirarse de vuelta a la Galia.

Los visigodos se vieron así en muy mala situación, en precario y faltos de suministros. Walia optó por hacer las paces con el emperador Honorio y, como gesto, le devolvió a Gala Placidia. A cambio, Honorio le envió 600 000 medidas de trigo y le confió la misión de combatir a los bárbaros que asolaban Hispania. Walia cumplió el encargo de forma expeditiva, como ya veremos un poco más adelante con más detalle. Y si no acabó con todos los invasores fue porque el emperador

le concedió la Galia Aquitania Segunda, con ciudades tan importantes como Tolosa, Poitiers o Burdeos, hacia donde se retiró sin tardanza con su pueblo. Los visigodos tenían por fin su tierra.



Batalla de los Campos Cataláunicos entre Atila, Aecio, Merovée y Teodorico I. Spieghel Historiael de Jacob van Maerlant (KB KA 20, fol 146v.), c. 1325-1335. Biblioteca Nacional de los Países Bajos. (Nota del E. D.: en la edición-papel en este punto se repite la imagen de la Batalla de Vouillé, aquí se muestra la imagen «correcta»).

4. El reino de Tolosa

En Aquitania Segunda, los visigodos se instalaron de verdad, cosa que no había ocurrido en etapas previas. Dejaron de ser un ejército ambulante. Los nobles ocuparon tierras según los usos de la época, apropiándose de un tercio de los predios. Las gentes del pueblo llano se instalaron en poblaciones, con derecho a recibir tributos de los galorromanos. Eso no quiere decir que fueran parásitos ociosos. Aparte de estar obligados a servicios de armas, los visigodos libres cultivaban la tierra y practicaban oficios, en algunos de los cuales llegaron a ser famosos, como por ejemplo la orfebrería.



La entronización de Atila de Mor Than. Museo Nacional de Hungría.

El rey Walia murió de muerte natural en el 419. Le sucedió Teodorico, hijo ilegítimo de Alarico. Así pues, la Corona volvió a un Baltos de sangre. Y éste era tan ambicioso y guerrero como su padre. Lo mismo que los francos en el siglo siguiente, se fijó la meta de abrir una salida para su reino al Mediterráneo. Y la oportunidad para lograrlo se le presentó en el año 423, cuando el general Juan se sublevó contra el emperador Valentiniano III. Aprovechando la situación, Teodorico invadió la Baja Provenza y puso sitio a Arlés.

Pero el Imperio, por muy degradado que estuviese, no podía permitir que cortasen sus comunicaciones por tierra con Hispania, granero de Roma. El *magister militum* Aecio, con ayuda de los hunos, obligó a los visigodos a retirarse y a firmar la paz en el 426.

Teodorico vio una nueva oportunidad en la invasión franca del norte de la Galia. En el 429 atacó Arlés y en el 436 Narbona. Aecio y Litorio lo obligaron a levantar el cerco de esta segunda ciudad. Litorio, a su vez, invadió territorio visigodo y llegó a asediar Tolosa. Los visigodos salieron a plantar combate y aplastaron a las tropas romanas en una sangrienta batalla. El propio Litorio murió poco después a consecuencia de las heridas recibidas. No obstante, el resultado final fue una nueva paz sin cambios territoriales importantes.



Teodorico.

Esa paz acabó por resultar muy útil para detener la invasión de Atila. En los Campos Cataláunicos se libró una batalla tremenda en la que participaron multitud de pueblos. No fueron sólo romanos contra hunos, como contaba la historia simplificada. De un lado estuvieron romanos, visigodos, francos, burgundios, alanos; del otro hunos, escitas, sármatas y diversos pueblos germánicos. Entre estos últimos estaban los ostrogodos, descendientes de los godos que quedaron sometidos a los hunos ochenta años antes.



TURISMUNDO

sétimo rey de los godos, elegido en el año 451 de Cristo, reinó un año y murió en Tolosa en el año 452.

Turismundo.

La gran batalla se libró en septiembre de 451. La victoria fue para Roma y sus aliados, aunque no sin precio. Teodorico, que dirigió las tropas contra el grueso del enemigo, fue uno de los jefes que cayó en la batalla. Allí mismo los visigodos, según las tradiciones de un pueblo de guerreros, aclamaron a su hijo Turismundo como nuevo rey.

Turismundo siguió los pasos de su padre a su manera. Más que expansión territorial, lo que procuró fue aumentar su independencia respecto a Roma. Tal vez fue eso lo que causó su muerte, porque sus propios hermanos tramaron su asesinato en el 453, se dice que instigados por los romanos. Un sicario estranguló a Turismundo y a éste le sucedió su hermano Teodorico II.



Eurico.

Cuando el emperador Valentiniano fue asesinado en el 455, Teodorico II impuso como emperador a Avito, que había vivido en la corte de su padre Teodorico I. Después se ocupó de poner orden en Hispania. Combatió y derrotó a los suevos, a los que arrebató territorios, además de ejecutar a su rey e imponerles un gobernador.

En el 456, Avito fue asesinado. Teodorico no reconoció al nuevo emperador y trató de ampliar su reino aprovechando el caos. Fue derrotado y perdió Arlés, siempre tan codiciada por todos. Y no sólo eso, sino que se vio obligado a negociar con los francos y a aceptar el Loira como frontera entre los dos reinos. Acabó siendo asesinado por su hermano Eurico, que se hizo así con el trono.

Eurico fue la máxima figura del reino de Tolosa. Lo llevó a su cénit y, como en muchos casos semejantes, sembró al mismo tiempo la semilla de su destrucción. Subió al poder en el 466. En la Galia combatió contra romanos y francos. Se apoderó de la Auvernia y de zonas de la Galia Aquitania Primera. En Hispania hizo lo propio con grandes territorios y con ciudades tan importantes como Tarragona, Mérida, Lisboa o Zaragoza.

Cuando en el 476 cayó el Imperio romano y fue depuesto el último emperador, se anexionó la Baja Provenza. Marsella quedó en su poder y por fin los visigodos se aseguraron la tan buscada salida al Mediterráneo.

Eurico fue un gran estadista y legislador. Por contra, su fanatismo

religioso lo llevó a reprimir a los católicos galorromanos, a tal punto que encarceló y mató a obispos. Como hemos visto, eso provocó una fractura entre gobernantes y gobernados, y fue una de las causas de la derrota ante los francos.

Murió en el 484 y le sucedió su hijo Alarico II. Acerca de él dice Jordanes que «como se sabe, sucedió con los Alaricos lo mismo que con los Augustos de los que hablamos antes. Y es que muchas veces los reinos terminan con un príncipe que tiene el mismo nombre que el que lo inició». Lo de los Augustos alude a que Roma comenzó con Rómulo y acabó con Rómulo Augústulo. En el caso de los visigodos, no será la única de tales simetrías que veremos.

Pero, al revés que Rómulo Augústulo, que no era más que un niño títere, Alarico II tomó medidas acertadas. Sin embargo, no pudo hacer nada para frenar la marea. La conversión de los francos al catolicismo fue su sentencia de muerte, máxime cuando las persecuciones religiosas de su padre habían sembrado el odio contra los visigodos entre la población galorromana.

El resultado de su pugna con Clodoveo ya lo hemos visto. Tras rehuir el combate durante años al precio de ceder tierras, se vio abocado a una batalla definitiva en la que perdió el reino y la vida. Y en la que los visigodos fueron despojados de la que había sido su tierra durante cerca de un siglo.

4
Gesaleico
En busca de un rey guerrero
507-511

La batalla de Vouillé supuso la destrucción del reino visigodo de Tolosa. Así lo afirman al menos tanto la *Chronica Caesaraugustana* como la *Historia de los godos*, de Isidoro de Sevilla. Y los historiadores tradicionales no encontraron motivos para contravenir una afirmación tan tajante. En consecuencia, se fijó en la derrota del año 507 la desaparición de los visigodos de la Galia y su éxodo a la península ibérica.

Todo eso puede considerarse cierto a condición de que no se tome de manera literal, en cuyo caso sería falso. Los grandes cambios no se producen de un día para otro. Las fechas y las épocas son sólo divisiones que se realizan para poder manejar grandes volúmenes de información. Son el mapa que sirve para orientarse por el territorio, pero no son ese territorio. Y éste es un buen ejemplo de ello.

Vouillé marcó un punto de no retorno. Tras ese día, el poder visigodo en el suroeste de la Galia estaba condenado. Pero eso no implica que tal poder se esfumase de manera inmediata o sin pelear. La Galia era la tierra por la que los visigodos tanto habían porfiado. En ella habían estado asentados durante casi un siglo, lo que suponía que varias generaciones de ellos habían nacido y crecido allí. Era su casa y no iban a desalojarla sin resistencia. Durante más de un cuarto de siglo, los visigodos habrían de plantar una oposición encarnizada a la invasión de los francos.

Es más, la defensa se organizó desde un primer momento. Buena prueba de ello fue el avance irregular de los francos y sus aliados burgundios. Por un lado tenemos constancia de que estos últimos conquistaron grandes territorios y ciudades tan importantes como Burdeos. Por el otro, nos encontramos con que Clodoveo no pudo apoderarse de Tolosa, la capital del reino, hasta el año 508. Los visigodos no cedían terreno sin luchar.



Gesaleico, rey de los visigodos entre 507 y 511.

Otra prueba de tal resistencia fue la elección, tras el desastre, de Gesaleico como nuevo rey de los visigodos. Unos dicen que se produjo en el mismo campo de batalla. Otros que tuvo lugar en Narbona, ciudad a la que se replegó lo que quedaba del ejército derrotado. Pero mucho más importante que cuándo o dónde es el hecho mismo de esa elección.

Alarico II tenía un descendiente legítimo: su hijo Amalarico. Pero en el momento de la muerte del monarca no era más que un niño. El reino estaba en peligro y los nobles necesitaban una figura capaz de liderar la resistencia armada. Por eso soslayaron los derechos de Amalarico para coronar a Gesaleico, que también era hijo, pero bastardo, de Alarico. Buscaban a un gobernante adulto y la sangre real daba a Gesaleico la legitimidad tan necesaria en esos momentos de tribulación.

¿Cómo pudo la nobleza atropellar los derechos del pequeño Amalarico, por muchos motivos que tuviese para ello?

Durante el siglo de asentamiento en la Galia, la nobleza visigoda llegó adquirir un gran poder. A la llegada, recibieron grandes extensiones de tierras y derecho a tributos como contraprestación a sus servicios armados. A semejanza de los *potentes* romanos de los últimos tiempos del Imperio, se convirtieron en pequeños soberanos dentro de sus posesiones, casi autosuficientes y respaldados por ejércitos de bucelarios y clientes.

Y mientras la nobleza crecía en poder, la realeza fue incapaz de vincularse a la antigua población galorromana. El resultado de esa ecuación fue una debilidad relativa de los reyes de Tolosa frente a sus nobles.



Territorio del reino visigodo bajo el mando de Alarico II.

Debilidad que podría explicar el por qué Alarico II plantó batalla a Clodoveo. Si en la invasión del 494 su táctica fue la de ceder terreno para no arriesgarlo todo, en el 507 no le quedó otro remedio que combatir. Ya hemos comentado que lo hizo presionado por esos nobles que tan poderosos se habían vuelto y que veían cómo los invasores castigaban sus latifundios. Esos mismos nobles, o los que sobrevivieron a la catástrofe de Vouillé, eligieron como rey a Gesaleico. Fue en cierto modo un anticipo de las luchas por el poder, intrigas y usurpaciones que marcaron el reinado de los visigodos en Hispania.

Pero todo eso tendría lugar en décadas posteriores. En aquellos momentos, los nobles pugnaban por defender sus tierras en la Galia. Y si la coronación de Gesaleico fue de verdad una solución guerrera de

emergencia, eligieron al hombre equivocado. El nuevo rey, además de contestado por su origen bastardo y su ascenso irregular, no supo o no pudo estar a la altura de las circunstancias. Su dirección de la defensa fue tan torpe como ineficaz.

Y la situación era desesperada. Los francos progresaban por todo el territorio. Algunas grandes ciudades resistían los asedios, cada una librada a sus propios recursos. En una tesitura así Gesaleico, en lugar de tratar de articular la reacción militar, tuvo la ocurrencia de evacuar la propia capital, Tolosa. Se retiró con el tesoro real a Carcasona y desde ahí a Narbona, dejando en la práctica al reino y a sus súbditos abandonados a su suerte.



Teodorico, rey de los ostrogodos.

Puesto que las ciudades iban cayendo y que no cabía esperar auxilio del rey, parecía que la extinción total de la *Gothia*, el reino de los visigodos, era sólo cuestión de tiempo. Por suerte, entraron en acción por fin los ostrogodos.

Se recordará que Teodorico, rey de los ostrogodos, era suegro de Alarico II y que le había prometido una ayuda que no arribó a tiempo. Se ha llegado a sostener que eso fue así por traición o cobardía, y que los ostrogodos no se atrevieron a enfrentarse a los francos. Son hipótesis como poco arriesgadas.

Lo primero, la traición, habría sido un acto absurdo. Teodorico

había porfiado hasta lo indecible por establecer un *statu quo* que garantizase a cada cual —ostrogodos, visigodos, francos, burgundios— lo que ya tenía. Permitir que los francos liquidasen a los visigodos no podía reportarle más que peligros futuros.

Teodorico fue uno de los gobernantes del momento con más visión de futuro, y tenía sus razones para querer sentar la paz entre los reinos bárbaros, como el tiempo demostró. Por ejemplo, lo primero que hizo Clodoveo, tras vencer a los visigodos, fue liquidar a todos los jefes francos que le estorbaban. Y sus sucesores no tardaron muchos años en destruir y anexionarse el reino de los burgundios. Sin embargo, como se suele decir, ésas son ya otras historias.

En cuanto a que los ostrogodos pudiesen temer a las armas francas, lo que luego ocurrió lo desmiente de forma práctica.

Si el auxilio de Teodorico no llegó fue porque no le dieron tiempo. Es mucho más posible todo lo dicho arriba. Los nobles visigodos, no pudiendo sufrir el castigo que los invasores infligían a sus propiedades, se movilizaron por su cuenta, lo quisiera el rey o no. Éste, como tantos gobernantes en tesituras así, se vio obligado a liderar la acción para no ser dejado de lado por los acontecimientos. Y de esa forma libró una batalla que había tratado de evitar.

En el 408, los visigodos conservaban todavía la Septimania y la Baja Provenza, si bien sus principales ciudades estaban sitiadas. Los borgoñones marcharon contra Narbona y Gesaleico se vio obligado a ceder terreno una vez más. Esta vez, optó por refugiarse en Barcelona. Entonces los borgoñones, con su rey a la cabeza, se dirigieron a asediar Arlés. Y fue entonces cuando los ostrogodos llegaron por fin.

Un ejército al mando del *dux* Ibbas irrumpió por el suroeste. Penetró en la Baja Provenza, conquistó Marsella, derrotó en batalla a los francos y obligó a levantar los sitios de Carcasona y Arlés. El tesoro real visigodo, que estaba en la primera de estas ciudades, fue trasladado para mayor seguridad a Rávena, la capital de los ostrogodos. El hijo legítimo de Alarico, Amalarico, que también se encontraba allí, fue puesto a salvo de igual manera.

Las tornas de la guerra cambiaron por completo. Para rematar la campaña, en el 409 un segundo ejército ostrogodo invadió el reino de los burgundios. Las crónicas nos hablan de decenas de miles de muertos por parte de los francos. Una cifra que puede ser o no exagerada, aunque entre esos muertos habría que contar no sólo a los francos, sino también a sus aliados burgundios y galorromanos.

Clodoveo, como todo gran gobernante, sabía encajar las pérdidas y las derrotas. Se conformó con lo conquistado y se avino a la paz. Los visigodos podrían conservar al menos la Septimania y la Baja Provenza. Teodorico, por su parte, una vez sentada la paz, tuvo las manos libres para ocuparse de Gesaleico.

Porque el rey ostrogodo no tenía ninguna intención de dejar en el trono al que consideraba un usurpador sin talento militar alguno. No cuando el heredero legítimo era su propio nieto Amalarico. Por tanto, el *dux* Ibbas se dirigió de inmediato contra Barcelona. Allí se mantenía Gesaleico, aunque su poder debía de ser precario, pues las crónicas nos cuentan que mató al menos a dos nobles que sin duda no debían de serle muy afectos.

En el 510, Gesaleico huyó al reino de los vándalos, en el norte de África. Todo el reino visigodo quedó así en manos de Teodorico, puesto que su nieto seguía siendo sólo un niño. Pero eso no supuso la paz. La *Chronica Caesaraugustana* da noticia de una sublevación ese mismo año para reponer a Gesaleico en el trono. Revuelta que fracasó y que le costó la vida al cabecilla, el conde Veila.



Derrota en Tordera (ilustración escolar).

Ese mismo año o el siguiente, Gesaleico se arriesgó a regresar. Parece ser que pactó con su otrora enemigo Clodoveo, que sin duda se frotaba las manos viendo las disensiones entre godos. En la primavera del 511 intentó recuperar el trono visigodo, pero Gesaleico no era rival para el *dux* Ibbas. Éste le venció en batalla cerca de Barcelona y en esa ocasión Gesaleico no tuvo tanta suerte como en la anterior. Fugitivo por la Galia tras la derrota, acabó siendo muerto junto al río Drucucio.

Alude Ramón Menéndez Pidal, en su *Historia política del reino hispanovisigodo*, a la sentencia que dedica Isidoro de Sevilla a este rey

de coronación irregular y trayectoria triste, afirmando que bien pudiera haberle servido de epitafio: *Sicque prius honorem, postea vitam amisit*. «Así perdió primero el honor y después la vida».

5
Hispanorromanos tardíos y primeros godos

1. Los habitantes de Hispania en las postrimerías del Imperio

ESAS VERSIONES SIMPLIFICADAS de la historia a las que hemos aludido ya, han hecho mucho daño a la visión popular del fin del Imperio romano en Hispania. Pareciera que con la entrada de los bárbaros en tromba a comienzos del siglo V se acabó de golpe la romanidad hispana. Que fue borrada de un plumazo y sustituida por algo totalmente distinto, por un orden gótico que sería a su vez aniquilado de la mañana a la noche por la invasión musulmana. Y todo eso está muy lejos de la realidad.

La Hispania imperial del siglo IV estaba sumida en el mismo proceso de descomposición que afectaba a todo el Imperio occidental. Es cierto. Se vivía y se percibía un declive institucional, militar, social y económico. Hispania, al igual que buena parte del occidente romano, sufrió convulsiones tan destructivas como las rebeliones bagaudas. Revueltas que por otra parte no eran sino una reacción popular a la decadencia y a las duras condiciones a las que se veían sometidos tanto el campesinado como buena parte de la población urbana.

Y dentro de la degradación general, Hispania podía considerarse a su modo afortunada. Se ha comparado al Imperio romano, a partir del siglo III, con una gigantesca fortaleza asediada por doquier por bárbaros y otros enemigos. Dentro de esa situación continua de guerra, Hispania, sin fronteras exteriores, estuvo más o menos a salvo. También quedó casi al margen de los catastróficos movimientos de pueblos que arremetieron contra el Imperio en sus últimos siglos. No tuvo que sufrir las oleadas de invasiones que se abatieron sobre la Galia, los Balcanes o las islas británicas.



Hispania tardorromana.

Era además un territorio de especial importancia para Roma. Uno de sus graneros. Lo que se llamó «la pérdida de las Hispanias» fue considerado en su día una verdadera tragedia. De cómo se produjo tal pérdida, a consecuencia de la invasión de suevos, vándalos y alanos, ya daremos cuenta en otro capítulo. Aquí hablaremos acerca de la situación política y social que se vivía en aquella época, y no de los avatares históricos.

A finales del siglo III, el emperador Diocleciano acometió una gran reforma del territorio imperial, dividiéndolo en diócesis, que eran grandes unidades administrativas dirigidas por funcionarios llamados vicarios. Cada diócesis constaba de varias provincias, que se dividían a su vez en conventos. En la base administrativa de ese esquema estaban las ciudades y poblaciones menores, llamadas *castrum* y *castellaes*.

Esa reforma cambió el mapa de Hispania. La *Diócesis Hispaniarum* constaba de cinco provincias. Gallaecia, Lusitania, Tarraconense, Carthaginense y Bética. Las capitales eran respectivamente Braga, Mérida, Tarragona, Cartagena y Córdoba. La capital de toda la diócesis quedó situada en Mérida.

Esta división llegó casi inalterada hasta el final del periodo imperial. Una variación importante fue la creación, por Constantino I el Grande, de *praefecturas* que englobaban varias diócesis. Otra fue la

conversión de las Islas Baleares y Pitiusas en provincia con el nombre de Baleárica.

Ni provincia significaba lo que hoy en día, ni los límites de las provincias citadas coincidían con regiones actuales. Gallaecia abarcaba mucho más que la actual Galicia. Lusitania no coincidía con el actual Portugal. Tarraconense englobaba a las actuales Cataluña, Aragón, Navarra, La Rioja, País Vasco, Cantabria y norte de Castilla. Bética en cambio no abarcaba todo lo que ahora se llama Andalucía. No está de más mencionar esta circunstancia por arriba señalada. Porque las simplificaciones y la tendencia a ennoblecer demarcaciones actuales con nombres antiguos llevan no pocas veces a creencias populares erróneas.

En los comienzos del siglo v pervivía el «orden romano», aunque en un estado avanzado de degradación. Existían las estructuras, pero los recursos materiales y humanos de los administradores imperiales —en aquel tiempo, los gobernadores provinciales recibían el nombre de *rectores*— se habían visto muy mermados. Su poder era una sombra de lo que fue.

Las ciudades, base de todo el sistema administrativo, habían sufrido un largo declive. Se gestionaban ellas mismas a través de sus propios magistrados y de la curia, que reunía a las gentes pudientes de la urbe. Estos curiales estaban obligados a costear los gastos del sistema, juegos incluidos, lo que acababa por resultar muy oneroso, sobre todo en las malas épocas. Los castigos por no poder hacer frente a tales obligaciones pecuniarias eran muy duros y ésa fue una de las razones que llevaron al despoblamiento de las urbes, pues muchos huían al campo para evitar el castigo.



Mosaico de la villa romana de La Olmeda (Palencia).

En paralelo a tal declive, los obispos cristianos habían ido adquiriendo gran poder. Pastores espirituales en un principio, se habían hecho poderosos en lo material gracias a donaciones públicas y privadas. La suma de fortaleza material y ascendiente moral sobre la población, unido al deterioro de las instituciones, llevó a que en muchas ciudades los obispos asumieran los gastos de mantenimiento y la administración civil.

En el ámbito rural, los *potentes* habían ido ganando poder e independencia según se debilitaban las estructuras imperiales. Estos *optimates* o *potentes* vivían en sus villas, que ya habían dejado de ser residencias en el campo para convertirse en pequeñas poblaciones que contaban con reservas, artesanos y ejércitos privados que las protegían. Como hemos dicho al hablar de la nobleza agraria del reino de Tolosa, eran como reyes en miniatura en mitad de sus posesiones, trabajadas éstas por una multitud de campesinos, la mayor parte de ellos en situación de dependencia o semilibertad.

Hace años se sostenía que la invasión de los bárbaros destruyó al Imperio romano y construyó el feudalismo en Europa. Otra falsedad más. Los llamados pueblos bárbaros fueron actores en su caída, es cierto. Pero tal caída se debió mucho más a las propias dinámicas internas de Roma que a la presión externa. Lo cierto es que esos mismos bárbaros contribuyeron de forma decisiva a que el Imperio se sostuviese al menos un siglo más.

Como reacción a esa teoría del origen bárbaro del feudalismo, surgió una contraria. La de que ese fenómeno fue producto de la evolución del Imperio romano. Mientras Roma estuvo en expansión militar, siempre hubo nuevas tierras en las que asentar a los veteranos de las legiones. Y por supuesto, grandes cantidades de esclavos para trabajar los predios de los poderosos. Acabado el periodo de expansión, se terminó el reparto de tierras, la creación de colonias y el gran suministro de esclavos capturados en las guerras.

Esos esclavos agrícolas se convirtieron con el tiempo en libertos y luego en siervos. Lo mismo ocurriría con los descendientes de los veteranos asentados en provincias por la vía inversa: pequeños agricultores que en muchos casos fueron cayendo poco a poco bajo el patronazgo de los *potentes*.

A ese proceso se le ha llamado protofeudalización. Es decir, que en realidad la estructura feudal de la Edad Media habría arrancado en el Bajo Imperio romano. Es una teoría que muchos expertos rebaten, algunos con notable ardor. No nos corresponde a nosotros decidir qué pueda tener de cierto, pero sí mencionarla aquí. Es verdad que a finales del periodo, las élites locales adquirieron un enorme poder. Y eso tuvo gran importancia en el desarrollo de los acontecimientos, sobre todo a lo largo de los siglos V y VI.

En un panorama de decadencia, no sólo siguió operativa en Hispania una administración romana. También se mantuvo a grandes rasgos la cohesión social, entendida ésta como una sensación de pertenencia al Imperio romano. La identidad del conjunto de los habitantes de Hispania era la de romanos, con las salvedades de ciertos pueblos del norte y del interior. Esa identidad romana —y recuérdese que hablamos en líneas generales— subsistió incluso con la llegada de los bárbaros, que destruyó en grandes zonas la administración, al menos en sus niveles superiores.



Hispania hacia 560.

Prueba de ello fue que muchas ciudades siguieron funcionando de manera autónoma según el orden romano. También la enconada resistencia de esas ciudades a los invasores, y la oposición de buena parte de la población al dominio godo o suevo durante una porción significativa del siglo V.

La invasión del 428 sustrajo gran parte de Hispania al control de Roma, no importa que a su vez los bárbaros no la controlasen de forma efectiva. De hecho, la administración provincial romana sólo conservó la Tarraconense. En Bética, Lusitania y Carthaginense, fueron las élites locales antes mencionadas las que cubrieron el vacío de poder. En Gallaecia, donde la presencia de uno de los pueblos bárbaros, los suevos, se prolongó en el tiempo, esas élites locales, encarnadas en este caso en los obispos de las ciudades, mantuvieron una pugna más que dura con los invasores.

Las diferencias con los bárbaros no eran sólo cuestiones políticas o de identidad, sino también religiosas. Los pueblos invasores

profesaban la religión arriana. Como es lógico, eso les llevó a chocar de inmediato con los obispos católicos, y de paso con toda la población indígena. En Gallaecia, debido a esa hostilidad y a su propia debilidad numérica, los suevos se instalaron en el campo y no en las ciudades, que podían convertirse en trampas mortales para ellos.

Podemos decir que, pese a la desaparición de las cúpulas rectoras romanas, la población siguió en general con la vida que había llevado. Una vida que desde luego se volvió mucho más precaria y peligrosa. Fue una época de matanzas, saqueos y destrucción. De desórdenes e incertidumbres. Pero los hispanorromanos consiguieron en muchos lugares aguantar por sus propios medios.

Por ejemplo, Mérida, capital de la Lusitania y de toda Hispania, resistió con gran vigor los intentos de asalto por parte de los bárbaros. En esa misma provincia, ciudades como Lisboa no cayeron hasta épocas muy tardías, y en el caso mencionado fue gracias a una traición. Es más, pasados los primeros y sangrientos años, la situación se normalizó algo, aunque ya no pudo volver a ser la misma. Lusitania, Carthaginense y Bética volvieron a estar más o menos controladas. Algo de gran importancia por la condición ya señalada que Hispania tenía de granero del Imperio.

Ese cierto retorno a la normalidad se debió justo a los visigodos, como ya veremos. Fueron ellos los que destruyeron a los alanos y a los vándalos asdingos. Y sin duda, algo tuvieron que ver en la decisión de los vándalos silingos de embarcarse en masa rumbo a Cartago.

La Tarraconense, o al menos gran parte de ella y sus principales ciudades, quedó a salvo de los bárbaros. Lo mismo ocurrió con grandes zonas de la cornisa norte, de Asturias al País Vasco. Es posible que en esa época de confusión y caos los vascones comenzasen a descender desde las montañas de Navarra, que eran entonces su solar, para ir invadiendo la costa, entonces ocupada por la llamada Confederación de los Várdulos. A la larga, acabarían por desplazar o absorber a las tribus de esa confederación.

Hubo zonas poco romanizadas que en ese clima de disolución iniciaron un regreso al tribalismo. Se produjeron revueltas bagaudas en distintos lugares y años, algunas de ellas tremendas. Y por lo que hemos llegado a saber, algunos de esos levantamientos u otros de origen diverso pudieron llegar a triunfar. Tal debió de ser el caso del territorio de la Oróspeda, del que hablaremos más adelante.



Teudis.

Sólo a finales del siglo V podemos decir que la lealtad hacia el Imperio de un número significativo de hispanorromanos se resquebrajó por fin. En esa época, era ya patente que Roma no se iba a recuperar de su decadencia. Que nunca volvería de verdad a Hispania el orden romano. Es en este contexto en el que debemos situar el entendimiento que entonces se produjo entre enemigos hasta ese momento irreconciliables. El acercamiento de hispanorromanos a los suevos o a los visigodos, que ya estaban ocupando el vacío dejado por Roma. Ejemplos de ello fueron los personajes locales que abrieron las puertas de Lisboa a los suevos o el *dux* de Tarragona, que se puso del lado de los visigodos cuando éstos ocuparon el lugar.

La caída de Roma, o más bien el derrocamiento de su último y patético emperador, no supuso el final de la romanidad hispánica. Durante largo tiempo, los habitantes de la Península siguieron siendo romanos en lo cultural, en lo ideológico, en sus leyes. Se administraban al modo romano y se llamaban a ellos mismos así: «romanos», por contraposición a la *gens gothorum*, el pueblo godo.

Ese sentimiento de identidad romana se veía reforzado por las diferencias religiosas con los visigodos. Cuando los ejércitos del Imperio de Oriente desembarcaron en levante y el sur, aprovechando una guerra civil entre visigodos, fueron acogidos como verdaderos libertadores. Otro factor que contribuyó a mantener abierta la brecha fue la ley que prohibía los matrimonios mixtos. Por muchas

excepciones que se dieran, no cabe duda de que fue una barrera real durante décadas.

Por último, también ayudó a prolongar esa romanidad el que, incluso tras la caída de Roma, los propios godos mantuvieron una ficción de legalidad romana. El rey ostrogodo Teodorico el Grande, que fue regente durante la minoría de su nieto Amalarico, creó la llamada *prefectura hispánica*. Teodorico reinaba en Italia bajo la autoridad teórica del emperador de Oriente, y luego se limitó a extender la farsa a Hispania.

El rey Teudis, que sucedió al citado Amalarico, enviaba órdenes a los *rectores* y *iudices* de los hispanorromanos para que fueran ellos los que aplicasen las leyes que él dictaba. Es la prueba perfecta de que los godos se limitaron a ocupar la cima de la pirámide administrativa. Que durante mucho tiempo y por diversas razones dejaron que todo siguiese funcionando como estaba. Tanto es así que esas estructuras heredadas del Imperio seguían existiendo, aunque ya residuales, en una época tan tardía como el siglo VII.

2. Los visigodos a su entrada en Hispania

A lo largo de su periplo histórico, los visigodos debieron de ser un pueblo cuya organización social fue evolucionando. Vivieron situaciones muy distintas y sus estructuras responderían a esos cambios. Una sociedad concreta sería la de aquellos godos asentados junto al Danubio y otra bien distinta ésa a la que definíamos como un ejército errante que vagó durante décadas por los territorios imperiales romanos de Oriente y Occidente.

Y una tercera muy diferente tuvo que ser esa de los asentados en la Galia, los mismos que intervinieron en nombre de Roma en Hispania. A estos tendremos que referirnos, pues son los que entraron en contacto con la sociedad hispanorromana que acabamos de describir.

En lo más alto de la pirámide social visigoda se situaba el rey. Cargo electivo pero que siempre recaía en miembros de la noble familia de los Baltos, siguiendo una línea que se remontaba a Alarico I, sin más rupturas que alguna usurpación breve y sangrienta.

El siguiente peldaño lo ocupaban los nobles. Y estos, *grosso modo*, podríamos decir que eran de dos clases. Una nobleza palatina que se había ido creando alrededor del rey, dedicada a la administración y que ocupaba los altos cargos del reino de Tolosa, y una nobleza terrateniente, surgida del reparto de tierras cuando fue ocupada la Galia al sur del Loira.

Quizá los nobles terratenientes eran más poderosos por los recursos y hombres de los que disponían, pero los palatinos lo eran por su cercanía al trono y su capacidad de control de los resortes del reino. Eran estos segundos los que elegían al nuevo rey por aclamación. Mientras existió la dinastía de los Baltos, eso no dejaba de ser un trámite, algo que cambió al extinguirse ésta, ya instalados de verdad los visigodos en Hispania.

Por debajo de los nobles estaban los visigodos libres y sus familias. Esos hombres libres estaban obligados a prestar servicio de armas en caso de guerra. Eran, por tanto, la verdadera fuerza de choque del pueblo visigodo aunque, como ya hemos señalado, eso no significa que en caso de paz se mantuvieran ociosos.

La base de esa estructura social, piramidal y a grandes rasgos sencilla, la formaba todo un rimero de gentes que estaban en distintas situaciones de dependencia y cuyo último escalón eran los esclavos.

Ésa era a grandes rasgos la sociedad de godos, la *gens gothorum*, que luego de un siglo de asentamiento en la Galia iba a interactuar con los hispanorromanos desde comienzos del siglo V.

6
Teodorico y Amalarico
El tesoro en Rávena y la corte en Narbona
511-531

1. La regencia de Teodorico. 511-526

LA MUERTE DE GESALEICO clarificó el panorama político en lo que quedaba del reino visigodo. El único heredero posible era Amalarico, hijo legítimo de Alarico II. Y, en lo que se refiere a la política exterior, se dio una circunstancia afortunada para los godos. Ese mismo año 511 falleció Clodoveo, el rey franco cuya ambición había incendiado la Galia y destruido el reino visigodo de Tolosa. Y con su muerte, su reino se fragmentó.

Para la mentalidad actual, resultan difíciles de entender sucesos así, comunes en la antigüedad tardía y la Edad Media. Que los reyes guerreros de Europa batallasen implacables para extender sus dominios, sólo para repartirlos a su muerte entre sus descendientes, nos resulta incomprensible. Pero las formas de pensar, las «ideologías», de aquellas épocas eran bien distintas a las nuestras. No existía el concepto de Estado en el sentido de cuerpo social cohesionado, vinculado mediante leyes e instituciones. Tampoco el nacionalismo, que pretende estructurar la sociedad a partir de elementos tales como la sangre, la lengua o el territorio.

Para las élites gobernantes de la época, el concepto de reino era sobre todo patrimonial. Eran propiedades, como gigantescas fincas, y los súbditos estaban vinculados al monarca por diversos lazos y obligaciones. A la muerte de los reyes, los reinos se trataban como cualquier herencia. Es decir, se repartían. De igual manera, las lealtades se referían a las personas y no a las instituciones. Eran vínculos personales en virtud de los cuales las obligaciones de una de las partes se extinguían con la muerte de la otra.

El reino de los francos se dividió entre los tres hijos de Clodoveo: Childeberto, Clotario y Clodomiro. ¿Y qué duda cabe de que esa fragmentación supuso un respiro para los visigodos? Máxime cuando lo normal era que los herederos de un gran rey acabasen guerreando

entre ellos para reunificar la herencia bajo la dirección del más fuerte. Por tanto, era posible que los francos estuviesen más preocupados en vigilarse unos a otros que en atacar las tierras visigodas.

El único «pero» a esas condiciones favorables era que Amalarico seguía siendo un niño. No contaba más que con 11 años, edad insuficiente para ocupar el trono. En consecuencia, su abuelo Teodorico el Grande se hizo con las riendas del poder hasta que tuviese edad para gobernar.

Teodorico no debió de encontrar oposición. No sólo tenía en territorio visigodo a ese ejército ostrogodo que había impedido el desastre total ante los francos. También aquella nobleza poderosa y díscola de la Galia, la que había arrastrado a Alarico II a la batalla, vivía horas bajas. Sus tierras habían sido ocupadas por los francos victoriosos y los que no murieron en aquellas jornadas se habían convertido en refugiados en Hispania.

A través de hombres de confianza, Teodorico aplicó en el ahora reino de Narbona —donde estaba la capital, tras la pérdida de Tolosa— las mismas fórmulas que en sus posesiones ostrogodas. San Isidoro de Sevilla titula a Teodorico como «rey de los visigodos», pero todos sus actos nos hacen pensar que nunca pretendió llegar ser tal.

Es verdad que ejerció el poder absoluto, pero su intención sincera era la de entregar el trono a su nieto. Otra cosa es que, mientras vivió, el gobernante efectivo fue él y no Amalarico. Lo fue durante la minoría de éste y aún en su mayoría, durante los años que a él le quedaron de vida. Tal vez porque no se fiaba de su nieto o porque el poder, una vez obtenido, resulta muy difícil de abandonar.

Que Teodorico no buscaba la creación de un gran reino de todos los godos que abarcase Italia, sur de la Galia e Hispania queda de manifiesto por sus actuaciones administrativas. Y aquí conviene hacer un pequeño inciso para hablar sobre los ostrogodos.



Teodorico.

Estos ostrogodos eran descendientes de aquellos que fueron sojuzgados en las estepas de Rusia y Ucrania por los hunos. Combatieron de hecho junto a Atila en la gran batalla de los Campos Cataláunicos. Pero luego, convertidos ya en un pueblo independiente, estos godos entraron en Italia y acabaron con los hérulos. Una acción que contó con el beneplácito del emperador de Oriente, pues el hérulo Odoacro era el que había depuesto al último emperador de Occidente. Como ya hemos mencionado, todas las partes se prestaron a una farsa política. Teodorico, que era el verdadero rey de Italia, estableció una prefectura italiana. Ya hablamos antes de las prefecturas, esas grandes unidades administrativas y territoriales que englobaban a varias provincias. Y todos estaban de acuerdo en mantener la ficción de que Teodorico gobernaba la prefectura italiana en nombre del emperador de Oriente.

Era algo que a todos les venía muy bien. Los emperadores de Oriente «salvaban la cara», como diríamos ahora. Y Teodorico tenía paz. De hecho, los estratos inferiores de la administración se mantuvieron y estaban a cargo de romanos.

Ahora estableció una prefectura hispánica, semejante en todo a la italiana. Sin embargo, y esto es un detalle muy importante, las administraciones de una y de otra jamás se mezclaron. Ése es un

punto clave para suponer que Teodorico no tenía ambiciones en Hispania y que consideraba la situación como temporal. Pese a la afirmación de san Isidoro, nunca se tituló otra cosa que regente. Y a su muerte, el tesoro real visigodo, aquel que rescató *in extremis* de Carcasona y puso a salvo en Rávena, fue enviado a Narbona, a Amalarico.



Mausoleo de Teodorico en Rávena.

También en lo político aplicó Teodorico las mismas líneas de acción que en Italia. Así como en el exterior había buscado un entendimiento entre los reyes bárbaros para lograr un *statu quo*, en el interior pretendía que hubiera convivencia y colaboración entre los godos y las gentes romanas.

Eso se traducía en una política de tolerancia religiosa, por ejemplo. Los católicos podían practicar su fe sin ser importunados. Las consecuencias de la intolerancia se habían visto de manera contundente en el desastre sufrido por el reino de Tolosa. Y no hay que olvidar que dentro del reino ostrogodo estaba Roma, residencia del papa y, por tanto, la sede espiritual de todos los católicos.



Teudis.

La tolerancia no implicaba que Teodorico fuera tibio o laxo en su fe. Era arriano hasta la médula y llegó a tener algún conflicto por ese motivo con el emperador de Oriente, Justino I. Éste pretendió desterrar a todos los arrianos de sus tierras y fueron las amenazas de Teodorico, a través de una embajada en la que participaron el propio papa y el obispo de Rávena, las que le hicieron suavizar su postura.

Para la administración civil, Teodorico recurrió a miembros influyentes de la nobleza hispanorromana, así como a romanos de su propio reino. En lo militar, tras el victorioso *dux* Ibbas, el ostrogodo Teudis asumió el control de los ejércitos. Este último se convirtió también en tutor del pequeño Amalarico, el encargado de velar por él hasta que alcanzase la mayoría de edad. Con esos dos cargos, no es de extrañar que Teudis se convirtiese en el hombre fuerte del reino visigodo. Supo además maniobrar con acierto para acrecentar todavía más su poder. Se casó con una muy rica dama hispanorromana. Gracias a ese matrimonio, Teudis pudo disponer de un ejército privado que según las crónicas era de más de 2000 hombres. Una gran baza que jugaría cuando llegase el momento adecuado para sus intereses.

Amalarico fue aclamado como rey por los nobles en el 522. Fue una coronación testimonial. Su abuelo Teodorico no perdió en ningún momento el control ni administrativo ni militar de la «prefectura hispánica». La gobernó a través de sus hombres de confianza y su nieto no tuvo ningún poder ni margen de maniobra. Así fue hasta su

muerte en el 526.

El balance de la regencia de Teodorico fue positivo. Mantuvo la paz en las fronteras y cierta estabilidad interna. Por supuesto que su régimen llevó aparejadas contrapartidas negativas. Ejemplo de ello es que trató a Hispania como un granero para sus propios intereses locales. En cierta ocasión dispuso que parte de la producción de cereales se enviase a Roma para repartirla entre la plebe. Pretendía así ganarse la voluntad de los ciudadanos romanos, de la misma forma que lo habían hecho los antiguos patricios y césares. Por alguna razón, el transporte nunca se llevó a cabo.

Otro ejemplo negativo está en el poder que adquirieron los funcionarios ostrogodos. Algunos se entregaron a abusos: requisas de caballos, pesas trucadas, impuestos excesivos. También es cierto que parece que Teodorico trató de poner coto a tales desmanes.

Pero en general esa regencia fue casi una bendición para el reino visigodo. No olvidemos que salía de un desastre militar y territorial. Dejando de lado un resto en la Galia, ahora el reino ocupaba sobre todo Hispania, un territorio que para ellos había sido siempre secundario. Había grandes zonas donde la población no obedecía a nadie que no fueran sus propios gobernantes locales. Los suevos ocupaban parte del noroeste. La sociedad visigoda había quedado desestructurada y era la época en la que los refugiados estaban llegando a través de la costa y de los pasos pirenaicos.

La administración de Teodorico trató de ordenar todo ese caos. Sin duda, en años futuros muchos iban a recordar esta época con añoranza.

2. Amalarico. 526-531

Sólo a la muerte de su abuelo pudo Amalarico gobernar. Con esa muerte, se produjo la separación administrativa entre las prefecturas hispana e italiana. Y esa división se realizó de forma pacífica, ordenada y rápida.

El nuevo rey estableció su corte en Narbona y los ostrogodos le devolvieron el tesoro. Él, a su vez, cedió a su primo Atalarico, que había heredado la prefectura italiana, la Provenza meridional.

Esta última era una zona estratégica para todos los actores políticos de la región. A los dos reinos godos les garantizaba su conexión por tierra. Y para los francos, en el caso de que pudieran apoderarse de ella, supondría tener salida al Mediterráneo. Eso sin contar con que era un territorio rico y de ciudades pobladas. No es de extrañar que hubiesen luchado con tanto encarnizamiento por

poseerla.

Además de ceder esas tierras a los ostrogodos, y por tanto dejarles a ellos su defensa, Amalarico buscó por otras vías la paz con los francos. El mismo año en que murió su abuelo se casó con Clotilde, hija del difunto Clodoveo. Aquí puede volver a producirse un choque con nuestra mentalidad actual. Quizá resulte estrambótico que Amalarico se casase con la hija del responsable de la muerte de su padre y de la destrucción de su reino en la Galia.



Amalarico.

Ocurre que los matrimonios dentro de las élites gobernantes, y no sólo en aquella lejana época, obedecían a razones prácticas que nada tenían que ver con los sentimientos. Era cuestión de política y alianzas, entendidas éstas en un sentido amplio. Para Amalarico, casarse con Clotilde suponía establecer vínculos con los reinos francos del norte. Tender puentes, pasar página y darse una oportunidad de llegar al *statu quo* que tanto buscó el ya finado Teodorico.

Pero el matrimonio no salió bien. Eso es algo que, como veremos, fue una constante entre godos y francos. Casamientos llamados a sentar la paz que acababan por desatar guerras. En este caso no sabemos muy bien qué se torció. Según la tradición, se debió a una cuestión religiosa. Amalarico habría salido en lo religioso a su abuelo Eurico, aquel que con su represión anticatólica y sus asesinatos de

obispos sembró la semilla de la destrucción del reino de Tolosa.

Clotilde era católica, como todos los francos, y no cambió de fe por el hecho de casarse con un arriano y establecerse en tierras visigodas. Amalarico habría tratado de que se convirtiese y, al no lograrlo, la sometió primero a vejaciones públicas y luego a maltrato físico. Ella pidió ayuda a su hermano Childeberto. Según la leyenda, motivos tenía para temer, puesto que su esposo acabó por matarla a golpes en un ataque de ira. No es imposible que pudiera ocurrir algo así. Ya veremos cómo en el reinado de Leovigildo se produjo un episodio parecido. Y es cierto, como también veremos, que para los godos la religión era un elemento fundamental de su identidad como pueblo.

Pero la fuente de toda esta información es Gregorio de Tours, obispo católico galorromano en esa ciudad, enemigo jurado de los arrianos y propagandista abierto de los francos.

Hay otra versión que dice que todo se debió a una conjura de los reyes merovingios para arrebatarle tierras. Una trampa en la que habría caído el joven rey godo. A propósito de este suceso Jordanes afirma que: «Amalarico perdió juntamente el reino y la vida en plena juventud, engañado por las traiciones de los francos».

Es verdad que hay hechos que no cuadran. Frente a ese retrato de Amalarico como fanático arriano, está el hecho de que en el 527 —es decir, cuando ya gobernaba él de manera efectiva— los obispos católicos hispanos celebraron el Concilio II de Toledo sin ningún impedimento. Bien pudiera ser que fuera transigente en lo público, por razones políticas, y que en su casa se comportase de muy distinta forma. Pero ya hemos visto cómo Clodoveo usó con astucia la causa de los católicos oprimidos para movilizar a los galorromanos del norte. Tal vez sus hijos repitieron la jugada.

Fuera como fuese, Clotilde sirvió de excusa para que los francos invadieran en el 531 la Galia gótica. Los visigodos fueron una vez más arrollados. Según la versión de Gregorio de Tours, fue entonces cuando Amalarico mató a su esposa con sus propias manos. Los francos conquistaron Narbona y el rey visigodo se vio empujado con los restos de su ejército hasta Barcelona. Fue allí donde encontró la muerte.

También sobre ese suceso hay divergencia de opiniones. Hay quien sostiene que lo hizo asesinar Teudis, aquel que fue su tutor. Otros que lo mató un soldado franco llamado Beson. Pero ojo, ese soldado lo era de los ejércitos merovingios victoriosos. Integraba el propio ejército visigodo, un mercenario o aliado. Al parecer, Amalarico huyo abandonando a los suyos, pero regresó para recuperar su tesoro. Fue entonces cuando Beson acabó con aquel rey al que ya sus propios hombres consideraban un cobarde.

La muerte de Amalarico no contentó a los francos. Se desperdigaron por la Tarraconense destruyendo y saqueando, y sus correrías llegaron muy al sur. Pero, más allá del hecho de que durante algún tiempo Hispania quedó abierta a los invasores, el asesinato de Amalarico supuso el fin definitivo de toda una era para los visigodos.



Childeberto, rey de los francos en 511-558.

Con él se extinguía la dinastía real de los Baltos. Desapareció el último vástago de la familia de orígenes míticos que había gobernado sobre esa rama de los godos desde los tiempos de Alarico I. Se abría una nueva época. Una en la que los nobles elegirían al nuevo rey no ya entre los Baltos, sino entre ellos mismos. Cualquiera de ellos, si era lo bastante fuerte y ambicioso, podía optar a la Corona.

Mucho se ha hablado de la famosa monarquía electiva de los visigodos, pero ya hemos visto que hay bastante que matizar al respecto. Desde luego, nada tenía que ver con lo que ahora llamamos «democracia». No existían asambleas en las que participasen ni siquiera todos los hombres libres.

La elección de los reyes por parte de los nobles no fue una fórmula positiva ni para el reino ni para las gentes comunes. Al trono solía acceder el más poderoso, el más taimado o el que más apoyos conseguía reunir. Desde luego, no el mejor ni el más capacitado para gobernar. La codicia por la Corona condujo a una vorágine cada vez mayor de intrigas, asesinatos, guerras civiles y odios heredados. Tuvo mucho que ver con la progresiva descomposición del Estado visigodo, así como con su calamitoso final, que entonces, con casi dos siglos por delante, nadie podía intuir.

En esos momentos el peligro no estaba en el sur, sino en el norte, y bastante tenían los visigodos con aguantar el embate de los reinos francos, que una vez más amenazaban con arrebatarles lo poco que les quedaba de la Galia.

7
Los bárbaros en Hispania

ESA MANERA TRADICIONAL de contarnos la historia a la que ya hemos aludido en alguna ocasión lo simplificaba todo, hasta el punto de nombrar a los visigodos como uno más entre los pueblos bárbaros que irrumpieron a sangre y fuego en la Península en el siglo IV. Al igual que la idea de que esa invasión supuso el fin de la romanidad, eso es falso. Pero ha calado hasta formar parte del acervo popular.

La llegada de los visigodos se produjo en circunstancias distintas y con posterioridad a la de los pueblos suevo, vándalo y alano. No entraron como invasores, sino como federados del Imperio, por mucho que la relaciones entre Roma y los godos fuesen complicadas y estuvieran salpicadas de conflictos.

Lo que se dio en llamar «la pérdida de las Hispanias» se produjo durante el reinado del emperador Honorio. La causa fue el enésimo intento de usurpación del trono. En esta ocasión el aspirante era un general, Constantino III, que se hizo con Britania y la Galia en el 406; para evitar que Hispania corriera la misma suerte, una serie de *optimates* locales ocuparon los pasos pirenaicos con sus ejércitos privados, defendiéndolos durante largo tiempo.

Los defensores resultaron al final vencidos por las tropas del usurpador y algunos fueron ejecutados. Ésa fue la suerte que corrieron Dídimo y Veriniano, los más famosos de aquellos nobles leales al emperador. Otros lograron salvar la vida refugiándose en Roma y en Constantinopla.

Hasta esos sucesos, la defensa de los pasos pirenaicos había estado encomendada a tropas indígenas. A decir de algunas fuentes, tales «tropas» eran en realidad rústicos armados a los, que gracias a las particularidades del terreno, les era fácil impedir el paso de las bandas de bárbaros vagabundos que asolaban la Galia. Pero ahora los vencedores, temiendo que esos pasos pudieran cerrarse de nuevo para ellos, tomaron una decisión de consecuencias catastróficas.

Pese a las súplicas de la población indígena, dejaron la custodia de tales puntos a los llamados *honoriaci*, que no era más que mercenarios bárbaros a sueldo. Estos *honoriaci* u honoriacos no tardaron en abandonar sus puestos para lanzarse al saqueo de zonas

ricas de Hispania, como por ejemplo las propiedades agrícolas en la región de la actual Palencia. El resultado, aparte de la destrucción inmediata, fue que los pasos quedaron desguarnecidos. Y por ahí no tardaron en entrar los suevos, los vándalos y los alanos, que ya rondaban por la Galia en espera de una oportunidad como ésa. Sucedió en el 409.

Los bárbaros no lograron ocupar toda Hispania. Un área tan rica y extensa como la Tarraconense, por ejemplo, se salvó gracias a la defensa que hizo Máximo[2], otro usurpador más, en esas fechas en posesión de la zona. También lugares clave como Mérida, capital de la Lusitania y de toda Hispania, lograron resistir con éxito los embates. Pero en las áreas que quedaron abiertas a los bárbaros, la violencia contra la población y los pillajes debieron de ser tremendos, aunque quizá no tantos como algunos autores quisieron hacer creer. Con todo, sí serían notables, como prueba el éxodo de población hacia el norte de África, entonces todavía bajo control romano.

Para la corte en Italia, esta pérdida de las Hispanias supuso un golpe terrible. No en vano la Península era uno de los graneros del Imperio, al que suministraba grandes cantidades de productos agrícolas, desde cereales a aceite. Los romanos sencillamente no podían permitirse perder Hispania.

Parece ser que hubo algunos intentos de conciliación. Pero el único que llegó a un tratado con los bárbaros fue el usurpador Máximo de la Tarraconense.



Hispania hacia el 418.

En el 411, Máximo arbitró con esos pueblos un reparto de territorios a cambio de que no invadiesen su propia provincia.

En virtud del acuerdo, los vándalos asdingos y los suevos se asentaron en la Gallaecia, los alanos en la Lusitania y en la parte occidental de la Carthaginense, y los vándalos silingos en la Bética. El reparto nunca fue aceptado por la autoridad imperial, sobre todo porque la intentona de Máximo fracaso y nunca ocupó el trono. Al menos a él le sirvió para obtener asilo entre los suevos de la Gallaecia.

En cuanto a Roma, no estaba dispuesta a perder casi 4 de las 5 provincias hispanas y con el tiempo envió contra ellos a los visigodos. La entrada de éstos no se produjo ni al mismo tiempo ni con la misma intención. Llegaron para restablecer el control sobre un territorio asolado por invasores.

Es cierto que en años previos los godos intentaron ocupar la Tarraconense. Ataúlfo fue asesinado en Barcelona, lo mismo que su efímero sucesor Sigerico. Fue entonces cuando Walia trató de pasar

con su pueblo a África. Ya hemos contado en otro capítulo cómo Ataúlfo se enemistó con el emperador y cómo éste dejó de enviarle suministros.



Restos de la villa tardorromana de Carranque (Toledo).

Acuciados por la necesidad, en el 415 los visigodos cruzaron toda la Península hasta el estrecho de Gibraltar. Pero no pudieron encontrar transportes suficientes y los primeros barcos que se hicieron a la mar naufragaron, algo que les llenó de temor. No les quedó otro remedio que hacer las paces con los romanos. Acordaron que Roma entregaría a los visigodos los tan necesarios suministros y que a cambio ellos se ocuparían de combatir a los otros pueblos bárbaros.

Y lo hicieron con contundencia. En dos años, el furor de los visigodos destruyó a los vándalos silingos y a los alanos. Los invasores supervivientes, suevos y vándalos asdingos, quedaron arrinconados en el extremo noroeste de Hispania. Parecía que el dominio de los bárbaros tenía sus días contados. Sin embargo, el Imperio invitó a los visigodos a regresar al sur de la Galia.

¿Por qué esta decisión sorprendente? Tal vez porque esa zona, la Aquitania Segunda, era una vital para la comunicación entre la Galia, Hispania e Italia. Y a un imperio cada vez más apremiado por sus enemigos exteriores podía venirle bien contar allí con unos aliados como los visigodos.

Libres de la amenaza visigoda, los suevos y los vándalos asdingos no tardaron en entrar en guerra y los primeros, menos numerosos,

llevaron la peor parte. Tal vez habrían sido aniquilados de no intervenir esta vez la propia Roma. El *comes hispaniarum* Asterio exigió a los vándalos que cesasen en su guerra. Éstos obedecieron a su manera. Se trasladaron en masa a la Bética, región no sólo rica sino con buenos puertos en el litoral mediterráneo.

En esa ocasión, el Imperio reaccionó con rapidez. En 422, el *magister militum* Castino se presentó en la Bética con gran número de tropas propias y auxiliares visigodos. Los vándalos estaban en mala situación, faltos de provisiones, y Castino quiso darles el golpe de gracia, pero los auxiliares visigodos le abandonaron en la batalla. Los romanos fueron derrotados y tuvieron que huir a la Tarraconense.

Los vándalos quedaron de esa forma dueños de la situación. Asolaron la Bética y la Carthaginense. Saquearon Cartagena y Sevilla, y en el 425 tuvieron la audacia de lanzar una expedición marítima contra las Islas Baleares. Se cumplían así los peores temores sobre los peligros de que un pueblo bárbaro tuviera acceso a los puertos del Mediterráneo. Máxime cuando, dada la situación de decadencia, sin duda les resultó fácil lograr la colaboración de carpinteros de ribera y marinos nativos para armar su flota.

Pero a esas alturas los vándalos debían de estar ya más deseosos de una tierra en la que asentarse que de correrías. Al menos una parte de ellos. Y su rey Genserico tuvo la misma idea que en su día Alarico y Walia. El destino ideal era Cartago, todavía provincia romana. Allí su pueblo estaría a salvo tanto de los romanos como de nuevos pueblos bárbaros como los francos, que seguían llegando a las provincias europeas imperiales en oleadas imparables.

En el 429, los vándalos destrozaron al ejército suevo cerca de Mérida. El rey de éstos se ahogó en el Guadiana mientras trataba de huir. Luego, ya con la retaguardia a salvo de posibles sorpresas, todo el pueblo vándalo se embarcó rumbo a África. Eran en total 80 000 personas. Los vándalos abandonaron Hispania para no regresar, de forma que en la Península no quedó más pueblo conquistador que el de los suevos.



Cultura de los vándalos o tardorromanos. Pavimento de mosaico (Museo Británico), excavado en Bordj-Djedid en 1857 (África, Túnez, Cartago). Finales del siglo V o principios del VI.

Por tanto, lo que contaban algunos viejos manuales de historia escolar sobre la época no era un relato simplificado ni un resumen, sino una falsedad. Roma siguió presente en Hispania casi hasta el momento de la caída del Imperio. En cuanto a los suevos, libres ya de enemigos, a lo largo de las siguientes décadas llevaron a cabo una gran expansión territorial. Ocuparon grandes zonas de la Lusitania, la Bética y la Carthaginense. Ante los ruegos de la población hispanorromana sometida y atacada, el Imperio poco pudo ofrecer excepto alguna actividad diplomática. Carecía ya de recursos para acciones armadas de importancia.

En el 438, Réquila se convirtió en rey de los suevos. Y este Réquila resultó la contrapartida sueva del Eurico visigodo. Como éste, abandonó ya cualquier ficción de subordinación a un imperio moribundo. Invadió la Bética, derrotó al *dux* romano Andevoto y conquistó Mérida y Sevilla.

El Imperio hizo un último esfuerzo para conservar esos ricos territorios. Envió en el 446 al *magister militum* Vito para tratar de expulsarlos. Su ejército, otra vez una fuerza mixta de romanos y godos, fue derrotado por los suevos. De toda Hispania, tan sólo la zona oriental de la Tarraconense quedó bajo el control de Roma.

A Réquila le sucedió Requiario, que tomó medidas muy acertadas. Por ejemplo, convertirse al catolicismo o casarse con una hija del rey

visigodo Teodorico I. Sin embargo, todas esas acciones políticas se vieron anuladas por su temeridad. No dudó en aliarse con vascones y bagaudas[3] para un ataque devastador contra la Tarraconense. Una acción que no sería olvidada por el Imperio.



Adorno de la época de Atila.

Tampoco por los visigodos, ya que una tropa de auxiliares fue masacrada en la iglesia de Tarazona cuando los incursores tomaron la ciudad.

Una vez que los romanos lograron conjurar el peligro de Atila volvieron sus armas hacia la Península. Obligaron a los suevos a retirarse de la Bética y de la Carthaginense. No le quedó otro remedio a Requiario ante la amenaza militar.

Sin embargo, sólo dos años después, en el 455, Roma se sumió en un caos de usurpaciones y asesinatos, y fue saqueada por los vándalos. Requiario decidió que era hora de tomarse la revancha. Invadió primero la Carthaginense y luego la Tarraconense. Roma envió contra él al visigodo Teodorico II, que acudió con su ejército y auxiliares burgundios. Requiario fue derrotado en Astorga y, aunque en un principio logró huir, fue más tarde capturado y ejecutado.



Reino de los suevos.

Los visigodos se comportaron como conquistadores y no como aliados de los romanos. Saquearon no sólo Braga, la capital sueva, sino también Mérida. En su retirada, el ejército visigodo fue expoliando, devastando y asesinando. Astorga y Palencia sufrieron su ferocidad, así como numerosas villas situadas en lo que paradójicamente luego sería conocido como los Campos Góticos.

Teodorico dejó un gobernador en las tierras turbulentas del noroeste. ¿Qué mejor forma de impedir un resurgir suevo en la Gallaecia? Pero el elegido, Agiúlfo, resultó muy mala opción. Se reveló como un personaje con ambiciones propias, presto a traicionar a su señor. Trató de convertirse en rey de los suevos, pero no consiguió el apoyo de éstos ni de los hispanorromanos.

Agiúlfo no logró su ambición de ser rey y sí arruinar los planes de Teodorico. Los suevos aprovecharon su rebelión para nombrar rey a

Maldras, que lo primero que hizo fue ejecutar a Agiúlfo. Así que éste, con sus intrigas, sólo consiguió evitar la aniquilación del reino suevo que quedó, eso sí, reducido a un territorio mucho más modesto.

A su vez, los suevos no supieron aprovechar los problemas que no tardaron en agobiar a los visigodos. Al contrario, libres de presión enemiga, comenzaron a guerrear entre ellos. A Maldras le salió un rival en la parte norte del reino, Frantán. Y a partir de ahí se sucederían cabecillas que se dedicaron a combatir durante largo tiempo por la hegemonía. De hecho, esto llevó a una fractura entre los suevos del norte y del sur que nunca se cerraría del todo.



Reinos peninsulares.

En el resto de Hispania, la agonía del Imperio romano era ya patente. Teodorico II envío un ejército a apoderarse de la Bética. Lo hizo con la excusa de protegerla de las correrías suevas y sin contar con la aprobación de Roma, que en esos momentos se había hundido en otra espiral de asesinatos y usurpaciones.

Que algo estaba cambiando queda de manifiesto por el buen recibimiento que los hispanorromanos dispensaron a los visigodos en algunos lugares. Esta actitud fue notoria, por ejemplo, en Sevilla.

Pese a la invasión, los visigodos siguieron colaborando con el Imperio. Como los suevos no dejaban de depredar contra la población, un ejército de romanos y visigodos trató de poner coto a tales

desmanes en el año 460, aunque no obtuvo grandes resultados. Fruto de esa colaboración fue también una expedición mixta ese mismo año contra el reino vándalo de Cartago. Se diseñó como una operación importante y el emperador títere Mayoriano acudió a Hispania para dirigirla.

Fue la última vez que un emperador de Roma pisó la Península. La expedición fracasó y las tropas nunca embarcaron. Algo que le costó la vida a Mayoriano, pues fue asesinado a su regreso a Roma.



Eurico.

Cualquier asomo de entendimiento entre visigodos y el último residuo de Imperio se esfumó con la coronación de Eurico. Ya hemos

visto que este rey abandonó toda ficción de que gobernaba sus tierras en nombre y con permiso de Roma. Consecuente con ese cambio de política, se dedicó a ocupar Hispania y a combatir las ambiciones territoriales suevas. En el 469 se apoderó de Mérida y de los últimos reductos romanos en la Lusitania como respuesta a la conquista sueva de Lisboa.

Eurico supo aprovechar las crisis finales de un imperio en sus últimos estertores. Eligió bien sus movimientos y los tiempos. Por ejemplo, aprovechó la muerte del emperador Antemio para ocupar la Tarraconense. Antemio fue el último emperador capaz y su desaparición dejó desamparado al Imperio. La ocupación visigoda de la Tarraconense fue una acción militar bien planificada que se tradujo en una invasión simultánea a lo largo de la costa y por el paso de Roncesvalles. Debió de estar precedida de actividades de información y de negociaciones, porque en lugares como Tarragona, donde algunos nobles ofrecieron resistencia, contó sin embargo con la colaboración del *dux* local.

La invasión tuvo lugar en el 472. Liquidó lo poco que quedaba de Roma en la Península. Tres años después se anexionó la Baja Provenza y expandió su territorio en la Galia hacia el oeste y hacia el norte.

En las postrimerías de Roma, Hispania entera estaba ya en poder de los visigodos. Eso no quita para que quedase muchos territorios fuera de su control: la Suevia en el noroeste, enclaves diversos que habían regresado al orden tribal, zonas controladas por la nobleza romana local. Pero los visigodos eran ya el poder hegemónico en la Península.

La ocupación fue sobre todo militar. La población visigoda se concentraba en la Galia y no se produjeron grandes emigraciones en esa época. Eso permitió a Eurico y luego a Alarico II seguir una táctica de conciliación y entendimiento con los hispanorromanos. Si no había población que asentar, no era necesario arrebatar tierras ni gravar a ciudades y a terratenientes con tributos para mantener a unas gentes guerreras. Y eso facilitaba mucho las relaciones.

Parece que Eurico no soñaba siquiera con llegar algún día a instalar a visigodos en Hispania. Eso podría explicar la política de tolerancia religiosa hacia los católicos en estas tierras, frente a la dureza empleada contra obispos y fieles en la Galia. El rey godo era consciente de su debilidad en Hispania, pues sus guarniciones sólo podían mantener el dominio si se contaba con la colaboración de los poderosos locales. Y en muchas ciudades los más poderosos eran justo los obispos católicos.

Fue un orden gótico efímero. Una primera *Gothia* radicada en el sur de la Galia con una proyección hacia Hispania que no duró más que unos años. Saltó en mil pedazos al poco de la muerte de Eurico,



con el ascenso de Clodoveo al trono de los francos y la batalla de Vouillé.



Alarico II.

8
Teudis y Teudiselo
Dos reyes ostrogodos
531-549

EL ASESINATO DE AMALARICO dejó al reino visigodo de Narbona en parecidos aprietos a los del de Tolosa a la muerte de Alarico II. El ejército había sido derrotado, reinaba la confusión y los francos campaban por el territorio. El reino, o al menos la parte gala del mismo, corría serio peligro de perderse.

Por suerte, los reyes merovingios eran de otra madera que la de su padre Clodoveo. Tal vez estaban más interesados en el botín que en la conquista territorial. O puede que fuesen conscientes de los peligros de querer abarcar demasiado terreno sin tropas suficientes. No olvidemos que una de las causas de la caída del reino visigodo de Tolosa fue la necesidad de mantener guarniciones en Hispania, lo que le debilitó en lo militar.

En lo interno, se daba una circunstancia nueva para los godos. Con Amalarico se había extinguido la dinastía de los Baltos. Hasta ese momento las sucesiones, por muy violentas que hubieran sido a veces y con algún intermedio efímero, siempre se produjeron dentro de esa familia. En esta ocasión, necesitados de un hombre fuerte de nuevo, los nobles no podían recurrir ni siquiera a un hijo ilegítimo para dirigir en la guerra, como ocurrió con Gesaleico tras la batalla de Vouillé.

En ese momento crítico, en el reino visigodo no había más que un grupo organizado. Y ese grupo era el de los funcionarios ostrogodos que habían administrado el poder durante dos décadas. Porque no olvidemos que la nobleza terrateniente visigoda, diezmada y habiendo perdido sus posesiones en la Galia, no estaba organizada en esos momentos. Y así fue como en ese punto de desconcierto sonó la hora de Teudis.



Teudis.

Ya conocimos a Teudis páginas atrás. Recordemos que era el ostrogodo de noble familia al que Teodorico el Grande dio la jefatura militar en la prefectura hispánica. El que fue tutor de Amalarico durante la minoría de edad de éste. Ya contamos que había acumulado un gran poder por esos nombramientos y que lo aumentó al casarse con una noble hispanorromana muy rica.

Durante esos años, había ido tejiendo una gran red clientelar. Gracias a su poder y a sus riquezas, le había sido posible acoger a muchos de los inmigrantes que llegaban expulsados de la Galia. Les dio suelo y protección, y se hizo así con una clientela militar entre los propios visigodos.

Ya sabemos que hay versiones que acusan a Teudis de haber organizado el asesinato de su antiguo pupilo en Barcelona. Sea o no cierto, fue él quien tomó las riendas del poder tras su muerte. Y como rey supo estar a la altura de unos momentos tan difíciles. Expulsó a los francos que campaban a ambos lados de los Pirineos. Estabilizó la situación en la Septimania y sentó sus reales en Barcelona para poder vigilar mejor a sus enemigos.

No devolvió la capital a Narbona porque estaba peligrosamente cerca de la frontera, como había quedado de manifiesto en la reciente invasión. Y la situación con los francos nunca estuvo tranquila, al tal punto que fue en esa época cuando se produjo la última gran migración de visigodos desde la Galia goda.

En lo que se refiere a la política interior, en este tiempo comienza a apreciarse cierto desplazamiento de las actuaciones administrativas desde el norte al centro de la Península. A Toledo en concreto. Un

signo más de que los visigodos iban olvidando una quimérica reconquista de sus perdidos territorios galos.

Teudis hizo desaparecer el cargo de *praefectus hispaniorum*, creado por Teodorico y que ocupaban funcionarios de origen romano. La forma que tuvo de suprimirlo fue la de destituir con deshonra al prefecto al mando y no nombrar sucesor. A partir de ese momento, se abandonó la ficción de cualquier subordinación al emperador de Oriente, lo que no quiere decir que la nueva estructura no siguiera apoyándose en funcionarios hispanorromanos.

La supresión de la prefectura respondió a los cambios de la situación política internacional. En el 527, Justiniano I se había convertido en emperador de Oriente y su actitud hacia los pueblos que ahora gobernaban las antiguas tierras del Imperio de Occidente no era la de sus antecesores. No se iba a conformar con mantener una farsa en la que los reyes bárbaros fingían gobernar en su nombre. Al contrario, postuló la recuperación efectiva de todas aquellas antiguas provincias occidentales.

Con ese cambio de política, las relaciones entre el Imperio de Oriente y el reino ostrogodo, la antigua prefectura italiana, se estaban agriando con rapidez. Por tanto, la pantomima de la prefectura hispánica ya no era necesaria.

La paz con los francos duró diez años. En el 541, los reyes Clotario y Childeberto invadieron la Tarraconense. Su objetivo era más el saqueo que la conquista, por lo que se produjo gran destrucción y sufrimiento para la población. Se apoderaron de Pamplona y sometieron Zaragoza a un tremendo asedio de 49 días. La aventura acabó mal para los francos, quizá por su afán de botín. Un ejército visigodo al mando del *dux* Teudiselo les infligió una gran derrota. Los francos tuvieron que huir allende los Pirineos dejando atrás gran número de muertos.

Esa invasión franca, justo en esa época, fue en gran medida fruto de la nueva situación que se vivía en el Occidente europeo. El año antes, Justiniano había enviado a su ejército, al mando del gran general Belisario, a la conquista de Italia. El reino ostrogodo se derrumbó ante el embate por el sur, mientras que en el norte los francos se apoderaron primero de la Baja Provenza para invadir después el norte italiano y la Tarraconense hispánica.



Teudiselo.

Si contra los francos Teudis triunfó, no ocurrió lo mismo con su intento de crear una cabeza de puente en África. La fracasada conquista de Ceuta debe verse dentro de la situación de «guerra global» que vivía el Mediterráneo occidental en esos años. Guerra global desatada por el emperador Justiniano con su ideología de la *restauratio imperii*, la recuperación de los territorios imperiales en Occidente.

En aplicación de ésta, los romanos liquidaron el reino vándalo de Cartago y estaban destrozando al ostrogodo de Italia. Y Teudis, que fue general antes que rey, no iba a quedarse cruzado de brazos frente a esa amenaza.

Parece ser que los primeros años de su reinado ya ocupó Ceuta. Sin embargo, hay autores que discuten este extremo. En todo caso, controlar Ceuta significaba mantener una cabeza de puente en África que obstaculizaría una posible invasión de Hispania por el estrecho.

Si de verdad los visigodos llegaron a tomar Ceuta, los romanos se la arrebataron en el 542. De ser así la posterior campaña de Teudis fue un intento de recuperación. Y de no serlo, se trató de una tentativa por las razones estratégicas mencionadas.

En todo caso, Teudis mandó un ejército a la conquista. Combatir allí era además una forma de aliviar la presión romana sobre el reino ostrogodo, en el que un sobrino del propio Teudis, Hildibaldo, se había convertido en rey. El esfuerzo militar debió ser importante,

puesto que los visigodos atacaron Ceuta por tierra y por mar.

La superioridad numérica debiera haber dado a los hombres de Teudis la victoria, pero los romanos echaron mano de la astucia. Aprovechando que los visigodos estaban ocupados asistiendo a misa, atacaron un domingo con su ilota a la vez que los defensores hacían una salida contra la espalda de los godos. Éstos sufrieron una derrota desastrosa que supuso el fin de sus ambiciones en África.

Al revés que su predecesor, Teudis fue un buen gobernante. Lo mismo que él, murió asesinado y también en su caso hay confusión sobre las circunstancias exactas del suceso. Lo mataron en el 548, no se sabe si en Barcelona o en Toledo. Sí que lo hizo uno de sus propios guardias, que fingió volverse loco para llegar hasta el monarca y asesinarlo. Se supone que todo fue fruto de una conjura, tal vez de nobles visigodos, descontentos con la hegemonía de los funcionarios de origen ostrogodo.

Le sucedió otro ostrogodo, Teudiselo, ese mismo *dux* que pocos años antes había derrotado a los invasores francos. De él bien poco podemos decir, puesto que gobernó algo más de un año. En diciembre del 549, le asesinaron durante un banquete en Sevilla.

De nuevo nos encontramos ante diversas versiones sobre las circunstancias y los motivos de su muerte. Una dice que cayó bajo los puñales de los esposos de una serie de damas a las que había ultrajado. Otra, que lo mataron nobles visigodos decididos a acabar con el poder de los ostrogodos en el reino. Parece más probable esta segunda teoría a juzgar por las consecuencias.

Porque la muerte de Teudiselo es más relevante que su reinado. Marcó el final de lo que muchos autores llaman «el intermedio ostrogodo». Ese lapso que va de la caída del reino de Tolosa hasta el comienzo efectivo de lo que será el reino de Toledo. Unos años puente entre la época en que los visigodos eran gobernados por una dinastía y la que lo fueron ya por reyes electivos entre la nobleza. Fórmula que, como ya hemos visto, acabó por ser letal para la propia existencia del reino, gracias a los odios y ambiciones de esa nobleza.



Clodoveo.

9
El asentamiento de los visigodos en Hispania

AHORA, VAMOS A DETENERNOS un poco en la entrada, o más bien las entradas, de los visigodos en Hispania. La *Chronica Caesaraugustana* afirma con rotundidad que su llegada se produjo en el año 494. Esa crónica es contemporánea a los hechos que registra y la fecha no se refiere a la aparición de las primeras tropas visigodas en la Península. Eso ocurrió bastante tiempo antes. Lo que la crónica data es el momento en que comenzó la migración de población goda desde la Galia.

Eso no quiere decir que no se hubieran producido pequeños desplazamientos humanos con anterioridad. Por ejemplo, durante las guerras para contener a los suevos, una guarnición visigoda se asentó con sus familias en Mérida. Sus descendientes serían más tarde un apoyo valioso para controlar la zona.

También debieron de producirse ciertos movimientos de contingentes menores en los años previos. Ya vimos que ante la invasión de Clodoveo en los años previos a la batalla de Vouillé, Alarico II había rehuido el combate, lo que supuso la ocupación de porciones del territorio visigodo por parte de los francos. Y aunque sin duda debió de haber godos que optaron por permanecer bajo el yugo de Clodoveo, muchos tuvieron que emigrar.

Hay constancia de que los francos practicaron en algunos lugares casi lo que ahora llamamos «limpieza étnica». Los conquistadores recelaban de la gran concentración de godos en ciertas zonas y los desalojaron a la fuerza o mediante presiones. Así ocurrió cuando tomaron Burdeos. Aquellos expulsados no encontraron hueco para ellos en el resto de la Galia visigoda y tuvieron que pasar de los Pirineos en busca de una nueva tierra.

Ésa fue la primera migración gótica, la que registra la *Chronica Caesaraugustana*. No se produjo sin resistencia ni agitaciones sociales. Los visigodos se apoderaban de dos tercios de las tierras y exigían además tributo de lo producido en lo restante.

Lo primero servía para crear la fortuna de los nobles y lo segundo para mantener a los hombres libres, algo que los liberaba para poder

acudir a las armas en caso de ser llamados a la guerra.

La llegada masiva de visigodos a la Tarraconense, la provincia más próxima al sur de los Pirineos, pudo ser el detonante de la rebelión de Burbunelo, que llegó a imponerse en parte de la provincia. Pero su triunfo fue pasajero. Vencido, lo ejecutaron en Tolosa metiéndole vivo en un toro de bronce que pusieron al fuego hasta que se fundió.

Diez años después se produjo la rebelión de Petrus en Tortosa. Fracasó también y perdió de igual manera la vida a manos de los visigodos.

Estos levantamientos están registrados de forma sobria y sin explicación. La interpretación tradicional era que fueron estallidos de los hispanorromanos ante la afluencia de esos contingentes visigodos que ocupaban sus tierras y los sometían a tributos. Pero hay eruditos que apuntan otras posibilidades. Que en realidad se tratase de insurrecciones de nobles visigodos que, insatisfechos con su destino de exiliados, deseaban aprovechar la debilidad de la Corona ante los conflictos en el norte.

No es imposible que nobles terratenientes, que lo habrían perdido todo en la Galia por culpa de la inacción de Alarico, hubiesen aprovechado lo que creían coyuntura favorable para tratar de hacerse con el poder en las nuevas tierras. A Petrus se le califica de tirano en la crónica. Un título muy significativo. Y su rebelión en Tortosa se produjo en el 506, sólo un año antes de Vouillé y en el momento de mayor caos y agitación nobiliaria en el reino. La derrota de Vouillé y la pérdida de casi toda la Galia provocaron una segunda emigración goda, mucho mayor esta vez. Y si la primera se asentó en la Tarraconense, en esta ocasión los godos se distribuyeron por toda Hispania. Al menos por toda la Hispania que ellos controlaban en esos momentos.



Hispania en el siglo VI.

Y eso era sólo la primera gran oleada de una emigración que ya no iba a cesar. Recordemos que tanto Gesaleico como Amalarico fueron derrotados en sus guerras contra los francos. Eso sembró la destrucción y debió obligar a huir a grandes contingentes de población que no lo había hecho antes. La cesión de la Baja Provenza a los ostrogodos debió provocar también cierto desplazamiento de los allí asentados.

La emigración hacia Hispania se completó en tiempos de Teudis. Este rey la organizó y de hecho dio acogida a buen número de migrantes. En su época, además, los francos ocuparon la Baja Provenza y el norte de Italia. Los romanos de Oriente destrozaron el reino ostrogodo por el sur. Muchos ostrogodos se quedaron y acabaron por mezclarse con las poblaciones más antiguas. Algunos de ellos, así como visigodos de Provenza, debieron optar por emigrar a Hispania.

Todo eso le convino a Teudis. Fortaleció su poder acogiendo a esos refugiados y creando una red clientelar que incluía a funcionarios ostrogodos de los tiempos de Teodorico, a esos emigrantes y a la clientela de su esposa. Todos ellos fueron su respaldo frente a la nobleza visigoda. Eso le ayudó a tomar el poder, aunque a la larga no consiguió evitar su asesinato.



Necrópolis de Santa María de Castro II (Soria).

Cuántos eran los visigodos en número, en qué zonas concretas se asentaron o cuál fue su distribución exacta son cuestiones que han dado lugar a opiniones encontradas. No hay acuerdo al respecto y será mejor que las abordemos una por una.

En cuanto a lo primero, el número de visigodos en Hispania varió a lo largo del tiempo. Pero para el asentamiento inicial en esas primeras décadas tras Vouillé, una cifra de entre 200 000 y 250 000 godos en total parece muy razonable. Ese número sería exagerado para un pueblo nómada o errante. Le sería imposible sustentarse aun contando con suministros externos y pillajes. Pero hacía mucho tiempo que los visigodos ya no eran nada de eso. Llevaban alrededor de un siglo instalados en Aquitania, con núcleos en Provenza y en Hispania. Habían echado raíces, prosperado, y estaban en camino de convertirse en una sociedad semejante a la romana tardía hasta que el desastre se abatió sobre ellos.

El recuento de vándalos en vísperas de embarcarse hacia Cartago desde la Bética dio en su día una cifra total de unas 80 000 personas. Ellos sí eran nómadas y ese número incluía a hombres útiles para el servicio de armas, mujeres, ancianos y niños, además de a sirvientes y esclavos. Así pues, 200 000 o 250 000 visigodos en conjunto es una cifra probable. Si a eso aparejamos el cálculo de unos cinco millones de habitantes en Hispania en las postrimerías del Imperio, que los visigodos fueran alrededor del 5% de esa cifra no sólo es razonable, sino que ayuda a explicar muchas decisiones políticas y militares que se tomaron.

Respecto a los lugares en los que se asentaron los visigodos, es verdad que tenemos algunos testimonios y registros, pero son muy incompletos. Ahí donde nos fallan las crónicas tenemos que echar

mano de otros recursos, desde la arqueología a la pura lógica. Empecemos por la segunda.

¿Por dónde entrarían los visigodos expulsados de Aquitania en Hispania? Por los caminos más fáciles, sin duda: por las calzadas tendidas por los romanos. Los migrantes debieron de profundizar en Hispania siguiendo esas vías. Y ahí viene en nuestra ayuda la arqueología. La distribución de los restos arqueológicos demuestra una clara relación entre las calzadas romanas que comunicaban con el norte y los asentamientos visigodos en ciertas zonas, como por ejemplo la meseta. Es justo en ella donde se encuentra la mayor concentración de enclaves y necrópolis godos conocidos.

Esos poblamientos lo fueron de visigodos de todas las clases. Gentes que cruzaron por Roncesvalles, pasaron sin ser molestadas por los vascones y se dispersaron por el interior de la Península siguiendo las viejas rutas romanas. De esa forma, se fueron instalando en las actuales provincias de Burgos, Palencia, Valladolid, Soria, Segovia. Una proporción notable de ellos llegó en busca de nueva tierra todavía más lejos: a Guadalajara, Madrid o Cáceres. También cierto número de ellos se asentó en Navarra o la Rioja, antes de entrar en la meseta.

Eso es lo que nos revelan las necrópolis descubiertas. Necrópolis que también se encuentran, aunque en menor proporción, en Cataluña o Andalucía. Sin embargo, la información que nos suministra este tipo de restos arqueológicos es incompleta y conviene no olvidarlo.

Los sarcófagos de piedra, las joyas y los ajuares funerarios en general eran privativos de las clases más pudientes. Son los enterramientos de esas gentes de nivel social elevado los que han sobrevivido al paso del tiempo. Los visigodos de clases más modestas sin duda se enterraban con poco o con nada. Por tanto, debió de haber asentamientos de los que no nos ha quedado ningún rastro.

Tal vez incluso han desaparecido muchos. Gran número de nobles prefirió instalarse en las grandes ciudades de Hispania. Fue una mayoría de visigodos de extracción más humilde la que buscó una nueva vida en el campo. Y ésa es una razón de peso para creer que muchas de las antiguas poblaciones visigodas permanecerán para siempre desconocidas para nosotros.

Se produjo además una evolución temporal que es preciso tener en cuenta. Los visigodos que entraron a oleadas en la Hispania del siglo V eran un grupo culturalmente diferenciado con claridad de los indígenas. Es cierto que estaban muy romanizados en algunos aspectos; por ejemplo, su armamento era similar al romano. Pero sí había diferencias en otros aspectos de sus ajuares. Y por supuesto, el hecho de pertenecer a la Iglesia arriana marcaba divergencias notables.

La brecha cultural entre indígenas y recién llegados se mantuvo

durante buena parte del siglo VI. Los visigodos eran un pueblo gobernante, con una confesión diferente, segregados de los hispanorromanos incluso por sus propias leyes, que prohibían los matrimonios mixtos. Después, la abolición de tal prohibición primero en tiempos de Leovigildo y la conversión al catolicismo con Recaredo fueron aminorando de forma progresiva las diferencias.

Pensemos que el contacto durante siglos entre comunidades hizo que de forma natural llegase el momento en que no se pudiera distinguir a un visigodo de un hispanorromano por su ajuar funerario. Por tanto, a partir de cierta época, identificar los poblamientos netamente visigodos gracias a las tumbas se vuelve problemático.

Hechas todas estas salvedades, lo que sí es cierto es que se produjo una gran concentración de asentamientos visigodos en la meseta central y, en menor medida, en Navarra, la Rioja, Cataluña y Andalucía. Eso en lo rural. En lo urbano, hubo muchos godos en Barcelona, que fue su primera capital en Hispania. También en Mérida, antigua capital de la Hispania romana y observatorio desde el que los visigodos vigilaban a sus enemigos suevos. Y por supuesto, en Toledo, que acabó por convertirse en la capital del reino.

Este cuadro a vista de pájaro no podría estar completo sin hablar de los establecimientos de carácter estratégico y militar. Los visigodos crearon poblaciones y puestos de avanzada para vigilar a sus enemigos dentro de Hispania. El caso más claro lo encontramos en esa turbulenta zona que podríamos llamar la «frontera vascona». Aunque en este caso la palabra «frontera» podría llamar a equívocos. Una ciudad como Pamplona, en el corazón de los territorios vascones de entonces, contó siempre con guarnición de visigodos.

Pero sí hubo enclaves con carácter de guarnición fronteriza. Victoriacum fue fundada por Leovigildo para vigilar a los vascones. Lo mismo puede decirse de Olite. Y establecimientos similares se dieron también el noroeste, frente a los suevos, y en la Bética de cara al Imperio de Oriente, que ocupó durante más de tres cuartos de siglo la zona oriental con apoyo de la población indígena. Aunque en este último caso la fórmula elegida no fue la fundación de nuevas ciudades, sino el impulso de una clase de terratenientes poderosos que con su clientela militar pudieran hacer frente a eventuales incursiones de los enemigos.

Como se ve, el tema es complejo y sin duda aún la arqueología tiene mucho que aportar, a la hora de trazar un mapa más completo de lo que fue el asentamiento de los visigodos en solar hispánico.



Agila I.

10
La lucha ciega por el poder
Agila I contra Atanagildo
549-567

DOS REYES MURIERON DE FORMA VIOLENTA en menos de dos años.

Teudis y Teudiselo, los dos ostrogodos de origen. Esas muertes tan próximas desestabilizaron la situación en el reino lo bastante como para que los nobles visigodos, que debían de ser los que estuvieron detrás de los asesinatos, tomasen por fin el poder. Se liquidó así de forma definitiva la influencia de la minoría ostrogoda y subió al poder Agila, noble visigodo y primero de esa etnia en ocupar el trono sin pertenecer a la familia de los Baltos.

Se supone que Agila I fue el instigador directo de la muerte de su predecesor. Es muy posible. También lo es que se ocupase de desmantelar la administración de los ostrogodos y de desplazar a sus hombres clave para asegurarse de que las tornas no cambiarían. Pero eso tuvo su precio, porque se desataron toda clase de desórdenes en el reino. Una cosa es desplazar administradores y otra reemplazarlos. Hay constancia de revueltas en las zonas controladas por los visigodos y de agitación entre los pueblos no sojuzgados del norte.

Dentro de esa situación de caos provocada por el cambio de régimen hay que situar lo que ocurrió en Córdoba. Ésta había sido la capital de la provincia romana de la Bética y, al revés que Sevilla, siempre se mostró muy hostil a los visigodos. En esa rivalidad por la preeminencia en la provincia cabe explicar por qué una de las ciudades optó por el enfrentamiento y la otra por la colaboración.

Al parecer, Córdoba se rebeló aprovechando la situación. Pero no son pocos los autores que opinan que en realidad esa ciudad y su campo eran tierra independiente de los visigodos. Que se había gobernado a sí misma desde el derrumbe del poder romano y sólo se había plegado a los visigodos de manera nominal y sin admitir guarniciones en su suelo. Tal vez los *potentes* locales, descontentos con el auge de Sevilla, creyeron que con el fin del periodo ostrogodo había llegado su oportunidad.



Atanagildo.

Agila lanzó una campaña contra la díscola Córdoba en el año 500. En el transcurso de esa guerra, protagonizó un acto insólito: profanó la tumba de san Acisclo, un mártir de los primeros tiempos del cristianismo, muy venerado por los cordobeses. Aquel acto indigno vino a romper la política de respeto que los gobernantes visigodos habían mantenido respecto la religión de los hispanorromanos. ¿Por qué hizo algo así? Algunos apuntan a que fue para intimidar a los rebeldes. De ser cierto, la táctica no pudo ser más desafortunada, ya que lo único que logró fue encender la cólera de los cordobeses.

Agila sufrió una gran derrota ante Córdoba. No sólo su ejército fue vencido, sino que su propio hijo murió en el combate. Aún peor, el tesoro real que el rey llevaba consigo cayó en manos de los cordobeses. Y ésa era una pérdida cuya importancia iba más allá de la simple merma material.

El tesoro real tenía una gran carga simbólica para los visigodos. Ya vimos en su momento con cuánto encono lo protegieron tras la derrota de Vouillé y hasta qué punto porfiaron los francos para apoderarse de él. También vimos cómo Teodorico el Grande lo puso a salvo en Rávena. Y que uno de los hitos que marcaron el comienzo del gobierno efectivo de Amalarico fue justo la devolución de ese tesoro.

No era casualidad que Agila llevase consigo el tesoro a una campaña militar. Tampoco capricho. Dejando de lado el hecho de que los visigodos no tenían todavía capital formal, llevarlo consigo le

aseguraba el control sobre lo que entre su pueblo era uno de los símbolos máximos de la legitimidad real. Justo por eso, su pérdida supuso un quebranto grave para su imagen.

Tras la derrota frente a los cordobeses, el rey Agila tomó otra decisión poco afortunada. Se replegó hacia Mérida, lo que propició una rebelión de nobles visigodos en Sevilla, sin duda con el apoyo de la aristocracia hispanorromana local. Recuérdese aquí lo dicho en su momento acerca de Sevilla y su gran peso político. También podríamos añadir, con cierto sarcasmo, que además de un punto neurálgico político era un lugar caliente para los reyes de la época. Si se les ocurría presentarse, era fácil que los asesinasen —caso de Teudiselo y puede que también de Teudis— y, si no lo hacían, podían propiciar una revuelta contra ellos.

En esta ocasión, el usurpador era un noble llamado Atanagildo y se hallaba en posición estratégica favorable, puesto que no tenía nada que temer por la retaguardia, ya que Córdoba iba sin duda a apoyarle en su lucha contra Agila. Sin embargo, el rey disponía de muchos más recursos humanos que el usurpador. Y este último, al ver el cariz que tomaba la situación, no dudó en buscar el apoyo del Imperio romano de Oriente.

Reinaba allí entonces Justiniano I. Y éste, pese a que estaba enfrascado en esos momentos en una guerra tremenda contra los ostrogodos por el control de Italia, no dejó pasar esa oportunidad de oro de intervenir en Hispania. Su gran general Belisario estaba ocupado en la guerra en Italia, así que confió el mando de las tropas al anciano Liborio.

Por desgracia, al revés de lo ocurrido con las campañas de Italia y Cartago, nadie nos legó un registro detallado de cómo discurrió. Y eso provoca que una vez más nos movamos en el terreno de las hipótesis no exentas de controversia.

La invasión romana de Hispania tuvo lugar por varios puntos y de manera simultánea. Se produjeron desembarcos en lugares costeros como Cartagena o Málaga, plazas fuertes y ricas en las que la población les era favorable. Una gran franja litoral que iba de levante al sur quedó asegurada para los romanos con rapidez, ya que los indígenas les acogieron con entusiasmo. Para ellos eran libertadores y no invasores. Después de décadas de ausencia, por fin el Imperio regresaba a Hispania.

Al tiempo que eso se producía, otro cuerpo de ejército desembarcó desde el sur para una acción militar en el interior, en apoyo de su aliado Atanagildo. Y aquí es donde chocan varias teorías.

Unos sostienen que Atanagildo resistía en Sevilla. Hacia allí se dirigió la fuerza romana, ya que Agila acudía su vez con todo su ejército desde Mérida con intención de aplastar la rebelión. Pero otros

afirman que Atanagildo ya había sido expulsado de Sevilla por las tropas leales al rey. De ser verdad esto, su contacto con el socorro romano debió de tener lugar en algún punto de lo que ahora es Andalucía oriental.

Sea cierta una u otra hipótesis, las fuerzas combinadas de romanos y visigodos libraron batalla contra las del rey Agila. La suerte de las armas favoreció a Atanagildo y a los romanos. Agila, de nuevo vencido, se replegó otra vez hacia Mérida.

Pero aquélla no fue una batalla decisiva, sino el comienzo de una larga guerra civil entre visigodos. Algo que dejó las manos libres a la intervención romana en el sur. Y esto merece cierta explicación. ¿Por qué los romanos, luego de tanto tiempo, volvían a interesarse por Hispania?

La explicación está en que la subida al trono de Oriente de Justiniano I supuso un cambio drástico en la política imperial hacia Occidente hasta esos momentos. Puede que sus antecesores se contentasen con simular que los reyes bárbaros obraban bajo su mando y con su permiso. Eso había tenido sus ventajas. Por ejemplo, tras la caída de Roma, los ostrogodos destrozaron a los hérulos, responsables de la destitución de Rómulo Augústulo, y tomaron el control de Italia. Se pudo así mantener una farsa de los ostrogodos como enviados vengadores del Imperio.

Fue el rey de los ostrogodos, Teodorico el Grande, el que creó las prefecturas italiana e hispánica. Esas prefecturas estaban al mando de un funcionario de origen romano y muchos de los cargos de confianza civiles lo eran también. Se fingía así el mantenimiento de cierto orden romano en esa parte de Occidente.

Como sucedió con Eurico en el caso de los visigodos, los sucesores ostrogodos de Teodorico quisieron deshacerse de todo eso. Tal vez ofendía a su dignidad el reconocerse inferiores teóricos al emperador. La reacción romana fue contundente, sobre todo porque Justiniano no era hombre que se contentase con atrezo y retóricas.

Antes de nada, Justiniano firmó la paz con los persas. Y una vez tuvo su frontera oriental tranquila, lanzó a sus ejércitos contra Occidente. Las más sonadas de esas campañas fueron las que dirigió Belisario contra los ostrogodos en Italia y contra los vándalos de Cartago. Pero también se guerreó en otras tierras como Dalmacia o la propia Hispania.

En este último lugar, como ya hemos dicho, la población de la Carthaginense y la Bética los recibió con alborozo. Como en casi cualquier cuestión, hay opiniones para todos los gustos y no falta alguno que sostiene que los romanos nunca tuvieron intención de recuperar Hispania. Que su intervención en las costas fue estratégica. Una operación para asegurar la provincia de Cartago una vez

recuperada de los vándalos y prevenir actos de piratería o incluso una invasión desde Hispania.

Quienes sustentan esta teoría tratan de respaldarla en ciertos datos. Uno de ellos es lo reducido de los contingentes militares que los romanos destinaron a esta empresa. Pero eso es echar mano de unos números parciales olvidando los cómputos totales. El Imperio nunca tuvo hombres suficientes para una empresa tan grandiosa como la que soñó Justiniano.

El mismo Belisario, en sus victoriosas campañas de Italia o Cartago, tuvo que hacer maravillas para librar guerras en territorios tan extensos con las pocas tropas de las que disponía. Acudió a ellas con sus bucelarios y de sus arcas propias pagó a miles de mercenarios isauros. De otra forma no habría podido combatir a las fuerzas de los ostrogodos y los vándalos.

Que en la provincia de Spania, pues así se llamó al territorio reconquistado por Roma, no hubiese nunca más de 5000 soldados y eso en los mejores tiempos, poco o nada significa. Si los romanos se sostuvieron ahí durante ochenta años fue gracias al apoyo de la población local. Y si la provincia acabó por perderse fue en parte debido al desinterés de Constantinopla y en parte a la mengua progresiva de ese apoyo local.

Pero volvamos a la guerra civil visigoda, que lo era en realidad entre dos poderosos que aspiraba al trono. En la alianza de Atanagildo con los romanos de Oriente tenemos un antecedente de algo que se repitió varias veces y que acabó siendo fatal para el reino visigodo. Esa costumbre peligrosa de recurrir a enemigos externos para combatir a un enemigo interno. Ponerlo todo en peligro con tal de tener una oportunidad de desbancar al rival. Como la vida no tiene por qué ser justa, el que pagó las consecuencias internas de esa alianza fue Agila.

La guerra se alargó durante años y, mientras los visigodos se destrozaban entre ellos, los romanos fueron expandiendo su territorio y consolidando sus posiciones. Era una amenaza que crecía sin parar y pudo ser una de las causas del asesinato de Agila en el 555. Lo mataron en Mérida sus propios partidarios. Debieron de llegar a algún pacto con Atanagildo que tuvo como consecuencia esa muerte, ya que tras el crimen Atanagildo los acogió con los brazos abiertos.

No bien se hizo con el poder, Atanagildo se revolvió contra sus antiguos aliados romanos e hispanorromanos. Conquistó Sevilla, que a la sombra de la guerra civil se había convertido en independiente *de facto*. También combatió contra Córdoba, aunque a ésta, respaldada como estaba por las conquistas de los romanos en la costa, no consiguió sojuzgarla.

La situación no era nada buena. Los suevos ocupaban el noroeste

y los romanos se habían apoderado de una larga franja costera en el sur y en el este. Eso sin contar con toda la hostilidad interna de los hispanorromanos. Si había algo que no podía permitirse Atanagildo eran más enemigos. Tal vez ésa sea una de las claves de su política de acercamiento a los francos. Los gobernantes de éstos iniciaban a su vez su propio camino de fracturas que llevaría a la postre a la decadencia de las dinastías merovingias.

Estableció alianzas con los soberanos de Austrasia y Neustria. Y lo hizo a la manera usual en aquellos tiempos. Casó a dos de sus hijas con esos reyes. A Brunegilda con el rey Sigeberto de Austrasia y a Gailsvinta con Chilperico de Neustria. Más adelante hablaremos un poco más con detalle de todo esto. De momento digamos aquí que esta política de enlaces no dio el resultado esperado. El primero de los matrimonios fue bien, pero el segundo acabó en el asesinato de Gailsvinta. Y eso provocó, a su vez, enemistad entre visigodos y francos, y guerras entre los propios reinos francos.

Las dos princesas visigodas se convirtieron al catolicismo al casarse con reyes francos. Eso tuvo importancia en los sucesos que se produjeron en el reino visigodo más adelante. Es también la prueba de que la brecha entre arrianos y católicos no era tanta. Los suevos ya se habían convertido al catolicismo y entre los propios godos se estaban dando cada vez más casos de conversión, muchas veces en secreto para evitar represalias. Uno de los más notorios fue el de Juan de Bíclaro, un godo perseguido por esa razón y que se convertiría en el principal cronista del reinado de Leovigildo.

Atanagildo murió en Toledo en el 567. Se había instalado allí siguiendo la política comenzada por Teudis de buscar un lugar céntrico en la Península. Los tiempos del reino de Tolosa estaban cada vez más lejos e iban desvaneciéndose esas razones sentimentales para tener la corte muy al norte, cerca de lo que les quedaba de la Galia. Con su fallecimiento, Atanagildo se convirtió en el primer rey visigodo de Hispania que no moría de forma violenta. No todos sus sucesores tendrían la misma suerte.



Childeberto.

11
Tribalismos y Localismos

1. Tribalismos

TRAS LA DERROTA DE DÍDIMO Y VERINIANO —aquellos nobles que trataron de detener en los pasos pirenaicos a Constante, hijo del usurpador Constantino III—, cesó toda referencia a unidades militares romanas en suelo hispano. El usurpador debió retirarlas para usarlas en su guerra contra el emperador. Eso mismo ocurrió en su momento con Britania y el norte de la Galia, de forma que los bárbaros ganaron más por ocupación del territorio abandonado que por victorias militares[4].

La entrada de los bárbaros en Hispania destruyó la administración en sus niveles superiores, pero dejó intactos los básicos. Ya hemos visto que las ciudades siguieron gobernándose a la manera romana, aunque cada una tuvo que valerse por su cuenta. Por tanto, podemos decir que el orden romano subsistió en Hispania a la invasión bárbara y a la caída de la propia Roma.

Pero ésta es una afirmación que debe entenderse respecto al conjunto, a la totalidad. Porque hubo zonas en las que la desaparición de autoridad causó que se volviese a fórmulas más antiguas.



Monedas acuñadas en la época de Constantino.

Hubo lugares en los que el vacío de poder propició que la población retomase sus viejas estructuras tribales. Si eso ocurrió es porque tales estructuras nunca desaparecieron. Bajo el acatamiento forzado a las leyes, a las instituciones y a los funcionarios romanos, los indígenas habían seguido rigiéndose a su propia manera en ciertas zonas. Tenían sus propios jefes y usos, y a ellos se volvieron cuando se esfumó Roma.

No por nada ese regreso al tribalismo se dio sobre todo en la mitad norte. En lugares de difícil acceso o fuera de las grandes vías de comunicación; en tierras a las que los romanos nunca prestaron atención al no tener para ellos mucho interés económico ni estratégico. Y también, claro, porque esas tierras fueron conquistadas mucho más tarde que las de levante o el sur.

No estamos refiriéndonos ahora a la cornisa cantábrica, a la depresión vasca o a las montañas de Navarra. En todos esos lugares nunca se dio una ocupación real romana, más allá de determinados enclaves[5]. Eso no quiere decir que no hubiera una interacción entre los romanos y los habitantes de esas tierras. Pero a todos esos pueblos ya les dedicaremos otro capítulo.

En este vamos a hablar de aquellos que sí estuvieron más o menos bajo control romano, pero no se romanizaron, y que volvieron a sus viejas fórmulas hasta que los visigodos liquidaron su independencia. No sólo los visigodos tuvieron que verse ante ese fenómeno de regreso a la independencia tribal. Los suevos combatieron en Gallaecia contra los runcones, un pueblo de situación incierta que podría haber estado ubicado en el occidente costero de Cantabria. También se enfrentaron a tribus independientes en el sur del actual Orense.

Un caso destacado de neotribalismo fue el de la Sabaria, cuya

ubicación tampoco sabemos a ciencia cierta. Unos dicen que estaría situada en la zona de la actual Sanabria. Otros que ocuparía un territorio amplio que iría desde Salamanca a Palencia.

Aquella Sabaria era la tierra de los *sappi*, una tribu de astures cismontanos. Y aquí merece la pena que hagamos una precisión, porque los gentilicios a menudo llevan a confusión. Primero los geógrafos griegos y luego los conquistadores romanos llamaron astures cismontanos, «astures de aquende los montes», a una variedad de pueblos que nada tenían que ver entre ellos ni con los astures propiamente dichos. Al menos, no hasta el punto de que se les pudiera considerar una unidad étnica o política.

Para griegos y romanos, eso era una forma de simplificar con el fin de manejar mejor la información. Ya hemos visto que lo mismo hicieron con el maremágnum de pueblos en movimiento al otro lado del *limes*. Todas esas denominaciones de godos, sármatas, escitas, gépidos, etc., no describían organizaciones humanas tan definidas como los textos romanos inducen a creer. Y aquí estamos ante un caso parecido.

Al norte o noroeste de la Sabaria, dependiendo de dónde la ubiquemos, existió otro territorio tribal de habitantes más difíciles aún de clasificar: el de los araucones. Hay quienes no los sitúan ahí, en las montañas al sur de Orense, sino en Extremadura o incluso en Cantabria. Según los defensores de esta última teoría, araucones y runcones serían en realidad el mismo pueblo.

También en la zona oriental de la Meseta Norte debió vivirse cierto retorno al tribalismo. Las razones para ello fueron las mismas que en la zona occidental: ausencia de grandes núcleos urbanos, que fueron siempre los grandes focos de romanización. También la lejanía de lugares con intereses económicos o estratégicos y una situación adyacente a tierras no demasiado controladas por los romanos.

Resabios de identidad tribal debían de quedar entre pueblos como los autrigones interiores, parientes de los autrigones, que eran a su vez miembros de la Confederación de los Várdulos, que ocupó la depresión vasca hasta que a partir del siglo v comenzaron a ser expulsados por los vascos. Pero estos pueblos no llegaron a formar entidades étnico-políticas independientes, como sí ocurrió con *sappi* y araucones.

Al menos, no tenemos constancia de ello. La escasez de noticias por un lado y la distancia temporal que se da a menudo entre narrador y sucesos narrados hace que en todo esto nos movamos entre la imprecisión y las hipótesis. Por tanto, no es imposible que se produjeran más fenómenos de retorno al tribalismo de los que conocemos y de los que no nos ha quedado constancia alguna.

La administración romana era en algunos aspectos muy sencilla. Por ejemplo, en su diseño territorial no existían largas cadenas de mando. La prefectura hispánica se dividía en cinco provincias, éstas en unidades menores llamadas conventos y de ahí se pasaba al nivel de las poblaciones, que podían ser ciudades, castros o castillos. Eso tuvo la ventaja de que, al producirse el vacío de poder a nivel de administración provincial, las élites urbanas y los terratenientes agrarios pudieron actuar de forma autónoma en esos ámbitos.

Esas élites urbanas, fuesen curiales u obispos, mantuvieron no sólo las viejas fórmulas romanas, sino también el sentimiento de romanidad, de pertenencia al Imperio. Pero hubo lugares en los que surgieron aristocracias locales, en unos casos agrarias y en otros urbanas, que se hicieron con el poder y se convirtieron en gobernantes *de facto* en territorios más o menos extensos.

Muestra de ello lo tenemos en Sevilla y en Córdoba, que no por casualidad desempeñaron un papel destacado en la primera parte de la historia del reino visigodo de Hispania. Ciudades grandes y ricas, con influencia sobre grandes territorios y las dos a orillas del Guadalquivir. La segunda era la capital de la Bética y ejercía una hegemonía sobre el sur que le disputaba la primera. En esa rivalidad por la primacía política y económica podemos encontrar la explicación a las distintas posturas que ante los visigodos tomaron una y otra. Aunque ése no es el único elemento a tener en cuenta.

Uno de los factores por los que sin duda Sevilla se decantó por apoyar a los visigodos debió de ser lo mucho que sufrió la zona con las rapiñas de los vándalos. Cuando los visigodos llegaron para combatir a éstos fueron recibidos con los brazos abiertos. Incluso los eclesiásticos, tan hostiles en otros lugares a los godos por su confesión arriana, les dieron la bienvenida.

Sevilla se convirtió en un punto clave para la acción política y militar de los godos en el sur. Los reyes acudían a la ciudad con frecuencia. No es casualidad que más de uno fuese asesinado allí. La pujanza de Sevilla y la presencia en ella de élites urbanas y agrarias hispanorromanas de gran poder explicarían que se produjesen distintas insurrecciones. Atanagildo debió contar con esos poderosos locales para su rebelión contra Agila. Una aristocracia que luego dio apoyo a Hermenegildo cuando se proclamó rey en la Bética frente a su padre Leovigildo.

Ni la población plebeya ni la nobleza de Córdoba fueron en cambio tan amistosos con los visigodos. Tal vez mantuvieron su independencia hasta la segunda década del siglo VI y, si no fue así, se

rebelaron aprovechando el convulso final del régimen de los ostrogodos Teudis y Teudiselo. Ya hemos visto con cuánta rapidez Córdoba y su campo se pusieron de parte de los romanos de Oriente cuando éstos desembarcaron en Hispania con la excusa de apoyar a Atanagildo en su lucha contra Agila.

Diferente postura que se explica porque los *optimates* locales tenían intereses distintos a los de los sevillanos. Eso no quiere decir que haya que descartar elementos ideológicos. Ideologías e intereses a menudo van amalgamados y en no pocas ocasiones unos generan a las otras y viceversa. Si las élites cordobesas fueron más proclives a seguir las banderas de la *restauratio imperii* eso pudo deberse a que era lo que más les convenía. Y otro tanto puede decirse de los *potentes* sevillanos que, ante la amenaza de los vándalos, tuvieron ocasión de apreciar las ventajas de un orden superior al local, aunque fuese visigodo y no romano.

Por supuesto que en la Tarraconense había ciudades tan ricas y élites tan poderosas como las del sur. Pero no llegaron a articularse territorios controlados por grupos de poder hispanorromanos. Estamos hablando de esa parte de la Tarraconense que estuvo casi hasta el final bajo control del Imperio, claro. De la zona más oriental. Al estar al noreste y ser el enlace por oriente entre la Septimania y el resto de Hispania, el control militar de los godos fue ahí mucho mayor que en zonas más sureñas.

La aristocracia hispanorromana de la Tarraconense no tuvo oportunidad de organizarse ni siquiera a modo de contrapeso. Las tropas y cierto grado de asentamiento civil visigodo se lo impidieron. Fue en las provincias sureñas donde los godos tuvieron que seguir una política de acuerdos, obligados por su escasa presencia.

En el interior de la misma Tarraconense, todo discurrió de manera muy distinta. Recordemos la enorme extensión de esa provincia, la variedad de su geografía y población, y comprenderemos por qué en diferentes áreas se produjeron evoluciones distintas. Eso, así como la limitación numérica de los visigodos, y por tanto de su capacidad de ocupación inmediata de territorios en la primera época, podrían ser elementos que explicasen la llamada «provincia de Cantabria».

Es éste un episodio famoso que ha hecho correr ríos de tinta, sobre todo porque se apoya en la leyenda y porque hasta el día de hoy carecemos de evidencias arqueológicas que respalden su existencia. Pero eso no quiere decir que no podamos estar ante un suceso auténtico.

La provincia de Cantabria habría sido un territorio autónomo, situado en una zona que iría desde lo que hoy es La Rioja hasta un área en disputa en esa época entre visigodos y suevos, ubicado entre

Palencia y Saldaña. El nombre de «Cantabria» le vendría de que en esas tierras asentó el emperador Augusto a indígenas vencidos durante las guerras cántabras. Según otra versión, ese nombre pudo deberse a la existencia de migraciones pacíficas de cántabros a esa zona durante los primeros siglos de la era cristiana.

Allí se habría desarrollado una aristocracia agraria que con el colapso imperial se organizó en senado para gobernar la zona. Uno de sus enclaves habría sido Amaya y otro la llamada «ciudad de Cantabria». De todo ello da cuenta la *Vida de san Millán*, de san Braulio.

Según tal relato, el día de Pascua del año 573 San Millán reprendió a los senadores reunidos por sus muchos pecados y vicios, y les profetizó la destrucción. El santo sólo obtuvo como respuesta las burlas de un senador llamado Abundancio. La profecía se cumplió y al año siguiente la ciudad y la provincia fueron destruidas por el ejército visigodo. En cuanto a Abundancio, cayó bajo «la espada vengadora de Leovigildo».

Es un episodio misterioso que bien puede estar inspirado en un suceso real. Recordemos una vez más que los *potentes* hispanorromanos podían llegar a ser muy poderosos. Ahí está el ejemplo de la esposa de Teudis, que podía levantar un ejército de más de 2000 hombres. Bien pudo ocurrir que en esa zona los terratenientes gobernasen de forma colegiada y llegasen a creer que con sus ejércitos privados podían hacer frente al de los visigodos. El resultado del enfrentamiento demostró que se engañaban.

3. Rupturas totales con el orden antiguo

Casos completamente distintos a todos los que acabamos de comentar son aquéllos en los que podemos suponer que los campesinos se sacudieron el yugo de los *optimates* y tomaron el poder. No hay testimonios escritos que nos digan con claridad eso, pero las referencias así parecen indicarlo. En concreto, hay una alusión a un territorio en la zona de la actual Medina Sidonia en donde al parecer los rústicos no conocían amo y se gobernaban a ellos mismos. Por rústicos se alude al campesinado. Ese enclave, de extensión indeterminada, fue arrollado por el ejército de Leovigildo.

Mucho más fuerte sin duda fue la Oróspeda, que ocupaba una gran extensión vertebrada por sierras como la de Segura, Cazorla o Baza. De nuevo estamos ante un episodio histórico tan oscuro como intrigante. Sus habitantes defendían con celo su aislamiento, al extremo de que daban muerte a todo aquel que hollaba sus tierras sin

permiso. Permanecieron así, aislados e independientes, hasta los tiempos de Leovigildo. Una vez más, fue este rey el que liquidó la independencia de la zona, aunque necesitó dos campañas en esta ocasión para conseguirlo.

Sabemos cómo y cuándo fueron destruidos estos territorios en los que los campesinos se gobernaban a ellos mismos. Lo que desconocemos es cuándo o cómo surgieron. Pudieron ser producto de triunfos locales de las revueltas bagaudas y, si no, de fenómenos de raíz similar, fruto de la desesperación de la población rural ante la opresión y las malas condiciones de vida. Tal vez esos descontentos tuvieron su oportunidad al retirar Geroncio las tropas de Hispania para reforzar a las del usurpador Constantino III.

Es una hipótesis plausible que quizá nunca podamos comprobar. Son casos muy interesantes de los que nunca sabremos con certeza por culpa una vez más de la inexistencia de noticias contemporáneas y de restos arqueológicos.

4. Los britones

No podemos acabar este capítulo dedicado a los enclaves autónomos en época de los visigodos sin, por lo menos, mencionar a los britones. Un episodio único, de veras fascinante. Un caso excepcional también, puesto que, como pueblo diferenciado, sobrevivieron a los propios godos, al revés que todas las gentes que hemos mencionado hasta ahora.

Los britones galaicos se originaron a partir de contingentes de britano-romanos que emigraron a las costas del noroeste de Hispania desde las islas británicas. Tal migración se produjo en varias oleadas, siendo la más antigua la que envió el emperador Magno Clemente Máximo.

No confundamos a este Máximo con aquel otro que, encastillado en la Tarraconense en la época de la entrada de los bárbaros, pactó con ellos un reparto de las provincias hispanas. Ese otro Máximo era hijo de Geroncio y éste fue un militar reputado de la segunda mitad del siglo IV. Oriundo de Gallaecia, estuvo destinado en Britania, donde se ganó el respeto de la población.

Máximo era enemigo acérrimo del priscilianismo y, de hecho, fue él quien ajustició a Prisciliano, que también era de la Gallaecia. Dispuesto a frenar el auge de la herejía en su tierra natal, Máximo envió a esa primera oleada de colonos britones, que se instalaron en la costa, segregados de los indígenas y regidos por sus propios abades-obispos.

La segunda oleada no tardó en llegar y de ella fue también responsable Máximo, aunque en esta ocasión de forma involuntaria. Porque, cuando llevado de su ambición se rebeló y pasó al continente con tropas estacionadas en Britania, dejó bastante mal guarnecida a esta provincia. Y eso trajo funestas consecuencias.

Los pictos del norte aprovecharon para atacar y saquear Britania, sembrando destrucción y muerte por todo el territorio. Y eso hizo que un número considerable de britano-romanos, tras haberlo perdido todo, se embarcan hacia la para ellos lejana Gallaecia, buscando refugio entre sus parientes allí asentados.

La tercera oleada se produjo tras la derrota final de los britano-romanos ante los invasores anglos, sajones y jutos que se lanzaron sobre Britania tras la retirada total de las tropas romanas. Pese a la resistencia ofrecida y a las victorias obtenidas por jefes como Ambrosio Aureliano, que inspiraría la leyenda del rey Arturo, los britano-romanos acabaron por sucumbir. Los vencedores, que sí se amoldaban bastante a la imagen que el mito popular atribuye a los bárbaros, se hicieron con Britania a sangre y fuego. Y los vencidos tuvieron que elegir entre emigrar o morir bajo las hachas de los invasores.

Los hubo que se refugiaron entre sus parientes del oeste, en Gales o en Cornualles. Muchos cruzaron el mar para buscar asilo en la península de Armónica; lo hicieron en tal cantidad que ésta se convirtió en la Pequeña Bretaña. Y cierto número de ellos navegó hasta las lejanas costas de Gallaecia.

Allí, con el nombre de britones, constituyeron durante siglos una población bien diferenciada del resto de los galaicos. Hablaban su propio idioma y tenían sus particularidades religiosas. Por ejemplo, sus eclesiásticos lucían la tonsura celta y no la latina, y al menos en una primera época, estaban gobernados por abades-obispos. El más famoso de éstos fue Mailoc, que no era nativo de esas costas, lo que prueba que durante cierto tiempo los exiliados en distintas tierras mantuvieron contactos y un intento de cohesión. Estuvieron en buenas relaciones con los suevos, a tal punto que dieron refugio a nobles de esta raza cuando Leovigildo destruyó su reino y arrasó la capital, Braga. Con posterioridad al periodo que cubre este libro, los britones sufrieron mucho con las incursiones de los vikingos. Lograron sin embargo sobrevivir como pueblo. Siguieron siendo una etnia bien diferenciada hasta muy entrada la Baja Edad Media. Un documento del siglo XIV, el tumbo de Santa María de Meira, alude a ellos. No sabemos hasta qué punto mantenían sus características propias ya en esa época, pero si se les menciona es que todavía había diferencias.

Acabaron por disolverse entre el resto de la población de la zona, dejando resabios de su idioma en los dialectos orientales gallegos. Se

perdieron para la memoria colectiva española, pero lo cierto es que en estos britones, tan olvidados hoy por nuestra historia, puede que se encuentre la verdadera raíz celta de los actuales gallegos, mucho más que en los invasores indoeuropeos de la Edad del Hierro, cuyo supuesto *celtismo* en la actualidad está más que puesto en duda.

12
Liuva I y Leovigildo
Hacia un nuevo concepto de reino visigodo
568-586

TRAS LA MUERTE DE ATANAGILDO, se produjo un interregno de varios meses. Un tiempo sin rey que podría indicar la existencia de un pulso entre distintas facciones, cada una de las cuales desearía aupar al trono a su propio candidato. Esto, unido a las especiales características del finalmente elegido, hace suponer que los distintos bandos acabaron por llegar a una solución de compromiso, porque esta vez el trono no fue ocupado por un noble godo de Hispania, sino de la Septimania.

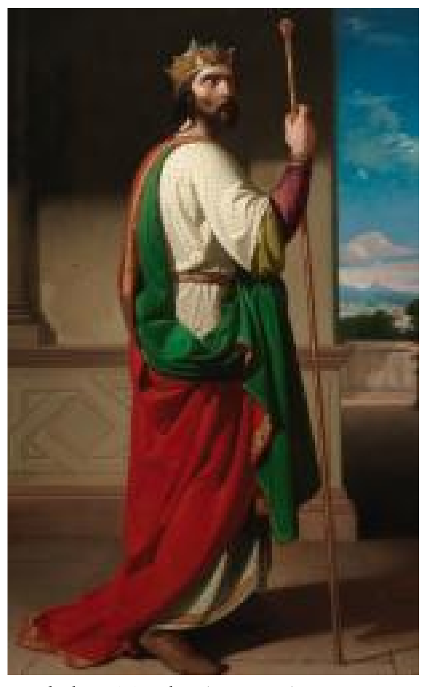
Estaba muy presente aún la catastrófica guerra civil entre Agila y Atanagildo, que había llevado al desembarco de los romanos en Hispania. Y los suevos y los francos seguían al acecho en sus respectivas fronteras. Así que esta vez la coronación del nuevo rey fue pacífica y el hombre elegido fue Liuva de Narbona. Con él se iba a abrir una nueva era para el reino de los visigodos.

1. La corregencia. 568-572

Poco tiempo tuvo el nuevo monarca para ocuparse de los asuntos de Hispania. Pese a todos los intentos diplomáticos de Atanagildo, los francos no renunciaban a ampliar sus reinos a costa de los visigodos. No importa que ya no fuesen tan poderosos como en tiempos del gran Clodoveo, pues estaban divididos en varios reinos, todos gobernados por dinastías merovingias, lo que hacía sus conflictos más encarnizados. No por eso dejaban de tener los ojos puestos en la Septimania.

Ya vimos cómo el rey Chilperico de Neustria hizo asesinar a su esposa Gailsvinta, hija del visigodo Atanagildo. Y que eso provocó la guerra de Neustria con Austrasia, gobernada por Sigeberto, casado con

Brunegilda, hermana de Gailsvinta. Algo que a su vez abrió toda una época de asesinatos y guerras entre los reinos francos. Eso sin contar con que también para ellos había amenazas exteriores. Por ejemplo, el mismo año que Liuva subió al trono visigodo, los lombardos, empujados a su vez por los avaros, estaban ocupando todo el norte de Italia.



Liuva I fue rey de los visigodos (568-572), como sucesor de Atanagildo.

Pero los reyes merovingios parecían tener obsesión por conquistar la Septimania. Trataron de aprovechar la confusión que causó primero el interregno y luego la marcha de Liuva, que hasta entonces había sido *dux* de la Septimania. Atacaron Arlés, siempre codiciada y en disputa, clave para garantizar el acceso al Mediterráneo desde el norte y el enlace por tierra entre Hispania e Italia.

La política puede considerarse como un tablero de múltiples casillas en el que se desarrolla un juego harto complicado. Cada movimiento, por insignificante que parezca, altera todo el conjunto y en ocasiones lo hace de manera drástica. Podemos decir que eso fue lo que sucedió con ese intento de invasión. En principio, parece otra guerra de las muchas libradas por visigodos y francos. Pero ésta en concreto fue la que movió a Liuva a tomar una decisión de orden práctico que, a la larga, cambió por completo la historia y las estructuras del reino visigodo.

Porque Liuva I, ante la amenaza del ataque franco, decidió regresar a la Septimania para defenderla en persona. Y, antes de partir, asoció al trono a su hermano Leovigildo, encomendándole la dirección política en Hispania. Es al menos una interpretación de lo ocurrido. Otros ofrecen una bien distinta.

Ya hemos dicho que los meses sin rey bien pudieran indicar conflictos entre facciones de nobles godos. Una pugna que no se decidieron a solventar por la fuerza de las armas y sí mediante un compromiso, con la elección de un monarca llegado de la Septimania y sin vínculos, por tanto, con ninguna de las banderías enfrentadas.

Lo que nos dice esa segunda teoría es que bien pudiera haber ocurrido que no todas esas facciones aceptasen a Liuva de buena gana. Que eso llevó a su vez a un segundo compromiso que elevó al trono a su hermano Leovigildo en la parte hispánica, dejando para Liuva la Septimania y quizá también la Tarraconense.

Cada cual puede quedarse con la hipótesis que más le guste o convenga. En este episodio, como en otros tantos de la historia del reino visigodo de Toledo, nos movemos dentro de lo posible a falta de certezas, por culpa de la ausencia de datos. A lo que a esta historia de verdad le importa es que, cuando Liuva I falleció sólo 4 años después, en el 572, quedó un soberano en el trono visigodo. Uno asentado, con casi un lustro de experiencia y con conocimiento de la situación en la que se hallaban el reino.

2. Leovigildo

Si tenemos que juzgar a los gobernantes por sus logros, hemos de llegar a la conclusión de que Leovigildo fue uno de talla excepcional. La historia ha visto pasar a muchos conquistadores que forjaron imperios por la fuerza de sus armas. Estados de papel que ardieron y se dispersaron como cenizas a su muerte. No estamos aquí hablando de uno de tales, sino de un gobernante de verdad, de los que encauzan la historia del pueblo al que rigen.

La gran virtud de Leovigildo fue la de conocer el terreno que pisaba. Fue capaz de ejercer la fuerza justa y de hacerlo en los momentos adecuados. Y esa afirmación vale para los campos de la acción política, diplomática, militar, legislativa y administrativa. Su único error de bulto fue la actitud que tomó ante la dicotomía católicos-arrianos que separaba a los pueblos indígenas de la *gens gothorum*.

La situación del reino en los primeros años de Leovigildo estaba muy lejos de ser halagüeña. Recapitulemos. Los romanos de Oriente

ocupaban una larga franja costera que iba de Denia a Cádiz. Por el interior, controlaban de forma directa o mediante alianzas hasta Córdoba. Los suevos señoreaban la Gallaecia. La cornisa cantábrica y el *Saltus Vasconum* estaban fuera de su control. Lo mismo ocurría con territorios del interior, la Sabaria, la provincia de Cantabria o la Oróspeda eran buenos ejemplos. A esto se unía un control nominal o deficiente sobre zonas de la Tarraconense, la Bética o la Lusitania.

En realidad el reino visigodo en Hispania era muy poco estable. Aun en las zonas que controlaban, eran vistos como un cuerpo social extraño por los hispanorromanos. Ni siquiera la nobleza goda formaba un cuerpo social homogéneo. Latían en su seno tensiones y conflictos que ya en una ocasión llevaron a la guerra civil y había entre sus integrantes líderes sin ningún freno. El ejemplo más señero fue Atanagildo, que no dudó en abrir las puertas a los romanos con tal de alcanzar el trono.

Ante ese panorama tan desalentador, Leovigildo no sólo puso manos a la obra con energía, sino que lo hizo en todos esos campos de acción que hemos citado. Comenzó casándose con Gosvinta, la viuda del rey Atanagildo. Un acto que le reportó grandes ventajas, ya que la clientela política y militar del difunto rey pasó a respaldarle de forma automática. Eso era una gran baza, máxime cuando Leovigildo había tenido tiempo de afianzarse en la administración del reino, gracias a la fórmula del correinado. También debió de reportarle unos recursos económicos nada desdeñables, pues Atanagildo reinó durante años y murió de forma pacífica.

Leovigildo ya había estado casado con anterioridad. De ese matrimonio previo tenía dos hijos: Hermenegildo y Recaredo. La información de que su primera esposa era una noble hispanorromana puede o no ser cierta. No es imposible que así fuese. Pero también pudiera ser una elaboración posterior para realzar la figura de Recaredo como puente entre los godos y los hispanos.

Sea o no verdad ese matrimonio mixto, lo que importa es que Leovigildo asoció al trono a sus dos hijos. Y lo hizo sin tardanza y sin importarle que en esos momentos aún fuesen sólo unos niños. La experiencia de su propia corregencia con Liuva había sido más que positiva.

Una fórmula de esa clase garantizaba estabilidad política y mayores posibilidades de trasmisión pacífica del poder. Chocaba sin embargo con los intereses de la nobleza, ya que una institución como ésa, en caso de cuajar, les privaría de su capacidad para elegir al nuevo rey. Convertiría la elección en un mero trámite ritual, con menos margen incluso que en tiempos de los Baltos, cuando por lo menos podían escoger entre los distintos hijos del rey muerto.

Leovigildo introdujo cambios radicales en el concepto de realeza.

Hasta entonces había circulado moneda romana, lo que a nivel simbólico no dejaba de ser una admisión de la preeminencia y pervivencia de un imperio de rango superior. Leovigildo comenzó a acuñar moneda con su imagen y a vestir los atributos del poder imperial; adornos y prendas como la diadema o el *paludamentum*[6].

Por supuesto que algunas de estas medidas tuvieron objetivos inmediatos y prácticos, además de los simbólicos. Leovigildo acuñó moneda para financiar sus campañas militares. Pero en ellas se denominaba *dominus noster*. Se presentaba así ante la población como el continuador del poder romano y no como usurpador o subordinado.

Otra decisión trascendental fue la de fijar la capital en Toledo, ciudad que hasta entonces no había tenido gran peso en la política de Hispania. Sí en cambio Mérida, antigua capital de la prefectura hispánica, central y bien comunicada. Mérida había mantenido su importancia durante toda la primera etapa visigoda. Fue un baluarte para vigilar los movimientos de los suevos, y parte de su población era de origen visigodo, descendiente de la guarnición que se estacionó allí en una época temprana.

¿Por qué Leovigildo optó por Toledo? Quizá porque de entrada posibles candidatas como Mérida o Tarragona no mostraron ningún entusiasmo ante la posibilidad de convertirse ellas en capital. Y una vez más debemos abandonar nuestra óptica moderna para abordar el asunto.



Leovigildo.

Hoy en día, ser capital supone ver cómo se instalan en la ciudad servicios, edificios administrativos y funcionarios. Eso enriquece a las capitales, lo sean de Estados o de unidades administrativas menores como las regiones o los estados federados. En aquellos días, pese al aumento de actividad económica, ser capital era un gran peso. Ciudad y ciudadanos se veían cargados de obligaciones sin contrapartida. De ahí que en muchas ocasiones la capitalidad, aunque fuera de una provincia, resultase un plato muy poco deseado. Y al rey, Toledo le ofrecía grandes ventajas. De entrada, la oportunidad de crear una capital nueva y empezar de cero sin servidumbres heredadas.

Y además ese paso no suponía más que seguir el proceso natural que sus predecesores habían iniciado dictando leyes desde la propia Toledo.

En lo exterior, pactó la paz con los francos. Y una vez asegurada la retaguardia por el norte, dentro de lo que cabía estar seguro con

vecinos como los reyes merovingios, se vio con las manos libres para ocuparse de los problemas interiores. En las zonas no controladas, la solución fue militar: liquidar cualquier asomo de gobierno independiente, fuese éste detentado por las élites locales o por estructuras tribales. En las zonas controladas optó por reformas administrativas y el desarrollo de una legislación que pudiese solucionar los problemas heredados.

3. La unificación armada

En primer lugar, Leovigildo puso sus miras en el sur. Había que ocuparse de los romanos y de sus aliados en la Bética y la Carthaginense, ahora que la situación era propicia para ello. Justiniano había muerto y su sucesor, Justino II, no sólo carecía de su talla como gobernante, sino que tenía objetivos políticos muy distintos.

Justiniano había buscado la paz con los persas para recuperar las antiguas provincias del Imperio de Occidente. Justino hizo justo lo contrario. Se desentendió de Occidente y se embarcó en una guerra contra los persas tan larga como estéril. Un conflicto que se iba a enquistar y que lo único que conseguiría a largo plazo sería agotar los dos imperios y dar pie a que ambos sucumbiesen ante los conquistadores musulmanes salidos de Arabia.

Las primeras campañas de Leovigildo en el sur ya tuvieron lugar mientras Liuva vivía. En el 570 atacó por la zona de Málaga, tal vez intentando partir en dos la provincia de Spania. Ese mismo año se apoderó de Baza. Al siguiente hizo lo propio con Medina Sidonia, plaza fuerte de gran importancia para los romanos, pues guardaba la provincia por occidente. Medina Sidonia fue expugnada mediante la astucia y no al asalto, y la operación concluyó con una terrible matanza de toda la guarnición romana.

De paso, parece ser que borró del mapa a un territorio independiente donde los rústicos se gobernaban a sí mismos. Uno de esos lugares donde los campesinos habían tomado el poder y expulsado a sus antiguos amos, y de los que ya hablamos en el capítulo anterior.

En el 572, ya como rey único, se dirigió con su ejército contra Córdoba, el territorio bético hostil a los godos por antonomasia.

Una tierra aliada de los romanos y casi un símbolo de la resistencia hispanorromana. El lugar donde Agila fue derrotado y perdió a su primogénito y el tesoro real.

Como en el caso de Medina Sidonia, Leovigildo recurrió a las

artimañas y no al choque frontal. Se apoderó de la ciudad en asalto nocturno por sorpresa. Aun así, la lucha fue dura, lo que no quita para que quizá tal vez dentro contase con la ayuda de algo más que unos pocos traidores. Es muy posible que parte de los *potentes* cordobeses, al ver el desinterés de Justino I y el declinar del poder romano en Hispania, se decidieran a cambiar de bando antes de que fuese demasiado tarde. Es lo que han hecho siempre las élites en el poder para mantener sus privilegios cuando se producen transformaciones drásticas.



Arqueta de marfil con la representación de Leovigildo en la conquista de Cantabria.

Pero no todos decidieron acomodarse al régimen visigodo. Conquistada Córdoba, los visigodos tuvieron que emplearse muy a fondo para dominar el territorio. Fue necesario tomar por la fuerza ciudades y castros. Y en el campo, la oposición fue encarnizada y pacificar se saldó con la muerte de muchos rústicos.

Luego, la atención de Leovigildo se vio obligada a dirigirse hacia el norte, lo que sin duda le impidió profundizar en sus conquistas en una zona que se abría casi indefensa a su ejército. El motivo fue que, ese mismo año 572, los suevos atacaron a los runcones, aquel pueblo de ubicación imprecisa que pudiera haber habitado la costa occidental de Cantabria. Gobernaba en la Suevia el rey Miro y esa acción despertó los recelos de Leovigildo.

Motivos tenía. Por un lado, estaba la cuestión de las relaciones

marítimas de cántabros y suevos con los reinos francos. Por el otro, el expansionismo suevo. No importaba que ese reino fuese débil e inestable, siempre metido en luchas fratricidas más feroces aún que las de los godos. Gracias a que la atención de estos últimos había estado en otros lados, los suevos habían ido ocupando tierras al sur del Duero, río que había actuado de frontera natural entre ambos pueblos.

Era hora de que Leovigildo conjurase la amenaza del noroeste.

En el 573 invadió la Sabaria y se apoderó así de una tierra que se interponía entre los suevos y él. Ese mismo año, sus tropas comenzaron a hostigar tierra sueva, aunque de momento fue más para tenerlos a raya que con ánimo de conquista. Antes tenía que ocuparse de otros enemigos.

En el 574 conquistó la provincia de Cantabria, en el anterior capítulo mencionada. Tomó Amaya y arrasó, según *La vida de san Millán*, la ciudad de Cantabria, dando muerte a muchos de los senadores. También conquistó Saldaña, donde habían buscado refugio algunos de los jefes de los derrotados.

A continuación se revolvió de nuevo contra el noroeste. En esta ocasión, los que cayeron bajo sus armas fueron los araucones. Aspidio, el *senior loci*, fue hecho prisionero junto con toda su familia. Leovigildo desbrozaba así otra barrera entre la Suevia y la *Gothia*.

Eso si aceptamos que el territorio de los araucones estaba al sur de Orense, en las montañas. Si fuese cierta la hipótesis de que los araucones y los runcones eran el mismo pueblo, entonces Leovigildo, tras sojuzgar a la provincia de Cantabria, debió llegar hasta el mar y domeñar esa área como paso previo a una intervención más a fondo contra los suevos.

En el 576, el hostigamiento armado contra el noroeste dio sus frutos y el rey Miro pidió la paz. La paz con los suevos, lo mismo que con los francos, era algo volátil que nunca duraba mucho. Pero en esta ocasión le vino muy bien a Leovigildo.

El intervalo entre guerras, pues esa paz no era más que eso, lo empleó en destruir la Oróspeda. Ya hemos visto que la Oróspeda era un vasto territorio al noroeste de la zona controlada por los romanos y sus aliados. Englobaba sierras como la de Segura, Cazorla, Baza o Nevada, y en ella al parecer los campesinos se gobernaban ellos mismos.

En el 577 se lanzó a la anexión. Puede que usase la ciudad de Baza, conquistada años atrás, como lanzadera para sus tropas. Los visigodos ocuparon con rapidez todas las poblaciones de importancia del norte de la Oróspeda. Acto seguido, sometieron con gran derramamiento de sangre a los campesinos que intentaron resistirse. Así desapareció un territorio misterioso que había vivido en aislamiento voluntario y del que es muy posible que nunca sepamos

nada con certeza.

4. Un pequeño interludio para la paz

Leovigildo sólo conoció un año de paz en todo su reinado. Fue el 578 y no por nada fue entonces cuando fundó una ciudad en la meseta. Recópolis, que recibió su nombre en honor al hijo menor del rey y cuyas ruinas son actualmente uno de los pocos restos que nos quedan de la arquitectura visigoda.

Pero que Leovigildo se pasase la vida guerreando no quiere decir que su actividad se circunscribiese a lo militar. Ya lo señalamos antes. Aunque, eso sí, todas sus acciones, civiles o bélicas, buscaban la unificación del reino visigodo.

En lo religioso, quiso cerrar la brecha entre hispanorromanos y visigodos. Su estrategia consistió en abrir puertas a los católicos, para que les fuese más fácil convertirse a la fe arriana. Fue esa idea la que le movió a convocar un concilio de obispos arrianos y animarlos a una reforma que hiciese más aceptable su credo por parte de los católicos y también más simple la conversión.

Ése fue tal vez el único tema en el que se equivocó de planteamiento por completo. Nadaba a contracorriente de la historia. Ya los mismos visigodos hacía tiempo que se habían convertido al catolicismo y los arrianos visigodos eran, una isla en un mar de territorios católicos. De hecho, en el interior del propio reino, las conversiones de godos al catolicismo iban en aumento. Era un fenómeno que se daba en todas las capas sociales, aunque había quien lo guardaban en secreto por temor a las represalias.

A Leovigildo debieron de cegarle sus convicciones arrianas. Pruebas hay de su aversión contra el catolicismo, avivada por el fenómeno de las conversiones entre gentes de su propio pueblo. Esa cerrazón causó que el entendimiento entre católicos y arrianos, que había sido la tónica en Hispania, se enturbiase en esa época. Una muestra de la intransigencia de Leovigildo en este tema fue la manera en la que represalió a algunos visigodos católicos por sus creencias. Juan de Bíclaro, obispo godo católico y cronista de la época, estuvo desterrado una década en Barcelona por este motivo. Otra prueba es que presionase al rey Miro para que los suevos retornasen a la fe arriana.

Mejor fortuna tuvo con sus reformas legislativas. Promulgó el *Codex revisus*, que fue una revisión y adecuación del código de Eurico a la época en la que vivía. Y llevó a cabo una reforma de calado: revocar la vieja prohibición de los matrimonios mixtos. Y ésta es una

cuestión que merece que nos detengamos unas líneas en ella.

Del simple enunciado de esta ley, tal como se hacía en algunos manuales de historia, era fácil sacar la conclusión de que los visigodos eran unos racistas que practicaban algo parecido al *apartheid*. Nada más lejos de la realidad. La prohibición de matrimonios mixtos no obedecía a ningún tipo de prejuicio racial.

Para empezar, la ley era de origen romano y los visigodos se limitaron a adoptarla. Con esa norma, los romanos pretendían evitar que sus ciudadanos se ligasen en fortuna e intereses a extranjeros, ya que, de ocurrir tal cosa, esos ciudadanos podían llegar a titubear si se producían conflictos entre su pueblo y el de su consorte.

Es cierto que el recelo de los reyes visigodos hacia los matrimonios mixtos no era del todo infundado, al menos si quería mantener un *statu quo* favorable a sus intereses. Pocas cosas podían ser tan inquietantes como una alianza vía matrimonio entre su propia nobleza y la hispanorromana. Recordemos aquí de nuevo el caso de Teudis, que por su enlace con una rica hispanorromana se convirtió quizá en el hombre más poderoso del reino. Y en el caso de las clases populares, tal tipo de matrimonios podía llevar a que los hombres libres se fuesen diluyendo entre las poblaciones autóctonas, lo que dejaría a los reyes sin su caladero de hombres de armas.

Pero los visigodos ya no eran un pueblo errante. Tampoco una *gens* guerrera que se sustentara gracias a los tributos de las gentes indígenas. A Leovigildo le interesaba la integración social y la amalgama de los pueblos. Para esos objetivos, la ley no resultaba sólo obsoleta, sino que era un obstáculo. Y por tanto la derogó.

5. La rebelión de Hermenegildo

Al año siguiente, 579, se consumó un matrimonio que debía servir a la política exterior del reino visigodo. El hijo mayor de Leovigildo, Hermenegildo, se casó con la princesa franca Ingunda, hija de los reyes de Austrasia, Sigeberto y Brunegilda, esta última hija a su vez del rey visigodo Atanagildo. Ingunda era por tanto nieta de Gosvinta, viuda de Atanagildo y ahora esposa de Leovigildo.

Era un matrimonio de Estado, un acto diplomático. Debía reforzar los lazos con Austrasia, el reino franco más alejado del visigodo y quizá por eso el más proclive a las alianzas con éste. Pero parece que todas las bodas reales entre visigodos y francos tenían que acarrear desdichas y guerras, cuando estaban pensadas para la paz.

Gosvinta era arriana ferviente, lo mismo que Leovigildo, pero carecía del tacto diplomático de este último. Por su parte, Ingunda era

católica. Nieta y abuela tuvieron enfrentamientos desde un principio por ese motivo. Gosvinta pretendía que, lo mismo que su hija Brunegilda se había hecho católica al casarse con un franco, su nieta se convirtiera al arrianismo al casarse con un visigodo.

Para nuestra mentalidad, esto de nuevo es algo extraño. ¿Cómo se concilian las convicciones religiosas con la idea de que se debe cambiar de confesión si una se hace reina de un pueblo de otra fe? Otra vez, no veamos la cuestión con la óptica actual. Para los visigodos, el arrianismo constituía una de sus señas de identidad; un elemento identitario, que diríamos ahora. Gosvinta había aceptado que su hija se convirtiese al catolicismo y no estaba dispuesta a consentir que una reina de los visigodos conservase sin embargo su vieja religión.



Martirio de Hermenegildo en un fresco medieval. (Nota del E. D.: esta imagen corresponde a «Lucha entre David y Goliat», Museu Nacional D'Art de Catalunya —procedente de Santa Maria de Taüll, La Vall de Boí, Lleida—).

La discrepancia no se quedó en simples palabras. Según las crónicas, Gosvinta sometió a maltrato físico a la que era su nieta y nuera a la vez. Nos ha llegado el relato de cómo la sumergió a la

fuerza en una piscina; pero no debemos ver en ese episodio un intento de ahogarla o torturarla, como algunos poco informados han creído. La inmersión formaba parte del bautizo arriano y, por tanto, lo que allí ocurrió fue que Gosvinta bautizó a la fuerza a Ingunda.

Ante ese lío doméstico y a la vez de Estado, Leovigildo actuó a medias como estadista y a medias como un cabeza de familia atrapado en una pelea familiar. Si su esposa y su nuera se llevaban a matar, ¿qué mejor solución que distanciarlas? Envió a Hermenegildo a gobernar la Bética y con poderes totales, ya que estaba asociado al trono.

Hermenegildo se instaló en Sevilla y ese mismo año, el 579, se convirtió al catolicismo, al parecer animado por su esposa y por el obispo de Sevilla, san Leandro, tío de san Isidoro. Aquello no debió de gustar a Leovigildo, sin duda. Pero lo grave no fue eso, sino que se proclamó rey independiente de la Bética, sin reconocer más autoridad que la propia.

A partir de aquí, tenemos dos versiones de lo que ocurrió, como tantas otras veces en esta historia de los visigodos en Hispania. Una nos muestra todo como un conflicto religioso. Hermenegildo se habría rebelado contra su padre en defensa de su fe católica. Ésa era la explicación tradicional, la de la leyenda del mártir religioso que le cuadraba muy bien a un Estado que durante siglos tuvo a los reyes godos como referente de su monarquía y a la Iglesia católica como soporte de su ideología.

Pero las crónicas de la época nos dan una imagen bien distinta del conflicto. Nos presentan esa rebelión como una lucha por el poder. Hermenegildo se proclamó rey de la Bética porque ansiaba gobernar. Eso no es óbice para que tal vez el enfrentamiento religioso no hubiese enconado los ánimos y llevado a actos extremos. Es posible, pero la religión no fue el detonante de la rebelión.



Iglesia de san Hermenegildo en Sevilla, puerta de Córdoba.

Juan de Bíclaro, godo católico que sufrió en sus carnes la persecución religiosa de Leovigildo, presenta en su crónica a Hermenegildo como a un tirano y no como a un paladín religioso. Y si había alguien que no tenía motivos para defender ni a Leovigildo ni al arrianismo ése era precisamente Juan de Bíclaro.

Por supuesto que Leovigildo no se quedó de brazos cruzados ante la traición de su hijo, pero no pudo reaccionar de forma inmediata. En esos años, los vascones incursionaban por las cuencas alta y media del Ebro, y tuvo que dedicar sus esfuerzos a combatirlos. Muy peligrosos tuvieron que ser esos ataques para que el rey se dirigiera contra ellos en vez de a recuperar una provincia tan rica y poblada como la Bética.

Que no mandase tropas al sur no quiere decir que no tomase medidas. La conversión al catolicismo de su hijo podía ganarle apoyos entre la población hispanorromana y era preciso contrarrestar eso. Fue entonces cuando convocó el sínodo arriano del que hablamos antes y planteó a los obispos la reforma del credo y de las fórmulas para la conversión, para facilitar la entrada en el arrianismo a los católicos.

En el año 581, Leovigildo había derrotado por completo a los vascones, que habían tenido que retirarse a sus montañas del *Saltus*

Vasconum. El rey visigodo a su vez había aprendido la lección y, para prevenir nuevas incursiones, fundó Victoriacum, que algunos identifican con la actual Vitoria y otros con Iruña. Ese enclave iba a ser uno de los pilares de una línea defensiva destinada a contener posibles ataques de los vascones contra las ricas tierras del valle del Ebro.

Y una vez solventado ese problema, Leovigildo pudo ya ocuparse de su rebelde hijo del sur.

Hermenegildo tampoco había estado ocioso y aprovechó ese par de años de tregua para desarrollar una actividad diplomática considerable. Ya hemos visto que Sevilla era un lugar problemático: buena aliada de los visigodos por un lado, pero proclive a las turbulencias por el otro. Hermenegildo consiguió aliados entre los *potentes* y apoyos entre el pueblo sevillano. Y, aparte de todo eso, no dudó en buscar la alianza con el Imperio romano de Oriente.

Se repetía, a grandes rasgos, la misma situación que ya se dio en tiempos de la guerra civil entre Agila y Atanagildo. Un usurpador atrincherado en Sevilla que, a la vista de que el rey se disponía a atacar con fuerzas superiores, no dudaba en buscar el apoyo de un enemigo exterior. Esta vez al menos la táctica era algo menos peligrosa. Los romanos ya no suponían la amenaza que fueron en tiempos de Justiniano, ni tenían en la cabeza la reconquista de Occidente. San Leandro viajó en persona a Constantinopla para recabar apoyo, porque no hay que olvidar que el ahora rey de la Bética era católico. Hacían bien en buscar esa ayuda, porque Hermenegildo era un enemigo temible. Disponía de tropas aguerridas, curtidas en sucesivas campañas y con moral de victoria, ya que habían ido de triunfo en triunfo. Y le eran leales. Ese ejército cayó como un tornado sobre Mérida, la capital de la Lusitania, hasta donde había extendido su dominio Hermenegildo. Esa ciudad, que para otros sería más tarde inexpugnable, estaba ya en poder de Leovigildo en el 582.

Ya hemos dicho que el rey visigodo era uno de esos grandes gobernantes que sabía conjugar y tejer los hilos de la acción política y militar. Y en esa tesitura tuvo una vez más ocasión de demostrar esa habilidad. Pese a llevar la iniciativa en lo militar, no quiso fiarlo todo a la baza de las armas. Antes de atacar, sobornó con 30 000 sólidos de oro al *magister militum* de Spania, con lo que se aseguró así la inhibición de las tropas romanas en el conflicto.

Como podemos ver, no eran sólo los gobernantes de pueblos de origen bárbaro los que seguían políticas cortoplacistas que a la larga resultaban suicidas.

Neutralizados los romanos, Leovigildo lanzó un gran ataque contra Sevilla en el año 583. No fue una simple invasión del territorio, sino toda una campaña diseñada al detalle. El rey en persona dirigió el

asedio, que fue tan duro como sangriento. Las tropas reales llegaron incluso a hacer obras para alterar el curso del Guadalquivir, lo que da idea de la magnitud del cerco.

Mientras esto ocurría, se presentaron en el teatro de operaciones los suevos con su rey Miro a la cabeza. Y aunque pueda resultar fatigosa tanta duda histórica, no nos queda más remedio que señalar que, otra vez, sobre esto hay dos versiones opuestas.

La más aceptada dice que Miro trató de aprovechar ese momento delicado para atacar a Leovigildo por la espalda. Pero Juan de Bíclaro relata justo lo contrario: que el rey suevo acudió como aliado del rey visigodo, a reforzarle con sus tropas en el asedio.

¿Con cuál versión quedarnos? Ninguna de las dos es imposible. Leovigildo se había dedicado a hostigar durante años las fronteras suevas. Las sucesivas anexiones de la Sabaria, de la tierra de los araucones, de la provincia de Cantabria habían allanado el camino para la invasión de un reino débil y dividido que sólo necesitaba el golpe de gracia para caer.

Ya en años previos, Miro había tenido que hacer concesiones territoriales y retirarse del sur del Duero para aplacar momentáneamente al visigodo. Parece por tanto una estrategia lógica el que tratase de atacar a Leovigildo cuando estaba ante Sevilla. En el mejor de los casos podía destrozar su ejército. Y aunque no fuese así, el rey visigodo se vería obligado a retirarse de la Bética, lo que llevaría a los visigodos a una guerra civil que podía durar años, y eso daría un respiro al reino suevo.



Leovigildo y Hermenegildo en Sevilla.

Pero también es posible que los suevos se hubieran visto obligados a acudir casi en calidad de subordinados por exigencias de su temible vecino. Aliados o enemigos, lo cierto es que los suevos no sacaron de esa campaña ni provecho ni gloria. Se retiraron en circunstancias nada claras y poco después —allí mismo, en la Bética, o recién regresado a Gallaecia— murió el rey Miro, dejando a su reino en situación todavía más inestable.

La ciudad de Sevilla resistió hasta el final sin rendirse. Las tropas de Leovigildo tuvieron que tomarla al asalto, hecho que se produjo a finales de ese año 583 o a principios del siguiente. Para entonces, Hermenegildo ya no estaba allí. Mientras Sevilla resistía de forma numantina, el causante de todo aquel desastre bélico había escapado a la siempre díscola Córdoba, donde trató de atrincherarse.

El ejército de Leovigildo asedió también esa ciudad, que tuvo que rendirse en los primeros meses del año 584. Hermenegildo cayó prisionero, pero no así su esposa Ingunda ni el hijo todavía lactante de ambos, que lograron llegar a territorios controlados por romanos de Spania.

Mujer e hijo quedaron en poder de los romanos, mitad refugiados y mitad prisioneros. Sin duda, para los romanos, retener a personas así, emparentadas con las familias reales de los reinos de Toledo y Austrasia, podía resultar muy útil. Los enviaron a Constantinopla, pero Ingunda murió por el camino. El niño, al que llamaron Atanagildo,

como su abuelo, desapareció algún tiempo después en esa ciudad, en circunstancias no aclaradas. Se extinguió así una posible línea sucesoria que podía haber dado quebraderos de cabeza, no importa que la Corona visigoda fuese electiva y no hereditaria.

Tampoco Hermenegildo sobrevivió mucho tiempo a su derrota. Le enviaron prisionero a Valencia y al año siguiente fue muerto en Tarragona por Sisberto, un noble palatino. Y, una vez más, volvemos a la doble interpretación.

La clásica es la del martirio de san Hermenegildo, que sostiene que éste fue ejecutado por orden de su padre y por no querer abjurar de su fe católica. Luego Recaredo, a su vez, al subir al trono, hizo ajusticiar a Sisberto por esa muerte y para vengar a su hermano. Ésa es la leyenda, pero lo más seguro es que no fuese así.

Durante la guerra en la Bética, Recaredo se ocupó de gobernar la Septimania, donde resistió con tanto acierto como vigor los ataques de los borgoñones, ya que su rey Gontran trató de aprovechar la guerra civil para anexionarse territorio. Recaredo siempre estuvo del lado de su padre frente al rebelde Hermenegildo, y eso conviene recalcarlo.

A Hermenegildo le mataron en Tarragona, capital de la Tarraconense, una provincia que es muy posible que hubiese sido encomendada junto con la Septimania a Recaredo. Si habían enviado a Hermenegildo preso a Valencia, ¿qué hacía en Tarragona? Es posible que huyese de la primera ciudad y que le interceptasen de nuevo cuando huía hacia el norte. Tal vez trató de llegar a los reinos francos, donde podría encontrar asilo o incluso aliados con los que realizar otra intentona para hacerse con el poder.

En la Tarraconense le capturaron los hombres de Recaredo, que lo envió a la capital. Luego, ante el temor de que pudiese escaparse de nuevo y esta vez con más éxito, lo habría mandado matar. De ello se encargó el noble palatino Sisberto, al que no le salvó luego el haber sido el brazo ejecutor de Recaredo. Más bien fue lo que le sentenció, pues al hacerle ajusticiar se libró Recaredo de un testigo enojoso de su fratricidio.

6. El fin de la Suevia

Mientras en la Bética todavía se combatía, en la Suevia se intrigaba. A la muerte de Miro, le sucedió su hijo Eborico, que no duró tanto como su padre. Al año siguiente de su coronación, le derrocó su propio cuñado, Audeca. El usurpador obligó al monarca depuesto a ingresar en un convento y tomó por esposa a la viuda de Miro. Con esa acción pretendía legitimar su ascenso al trono y, lo mismo que su vecino

Leovigildo con Gosvinta, heredar la clientela política y militar del rey difunto. Pero lo único que consiguió fue dar una excusa a Leovigildo para por fin invadir el reino suevo, no bien sofocó la rebelión del sur.

Esta nueva anexión fue otra vez una campaña militar muy bien planificada. Un ejército invadió por tierra mientras por mar la armada visigoda aislaba a la Suevia. Destruyó una flota sueva y batió a los francos que trataban de enviar auxilios.

Ese elemento de intervención merovingia en las costas del norte es una constante en la historia del reino visigodo, pese a lo cual no está muy bien aclarado. En todo caso, además, los francos estaban en muy buenas relaciones con los suevos desde la conversión al catolicismo de éstos. Prueba de ello es la gran devoción que había en esa época en la Gallaecia por san Martín de Tours.

Ni el ejército suevo era rival para el visigodo ni su rey tenía ni de lejos la brillantez de Leovigildo. La Suevia cayó y al usurpador Audeca le dieron de su misma medicina, ya que le metieron a monje. El reino suevo de Gallaecia se extinguió y se convirtió en provincia visigoda. Cierto que hubo un intento de recuperar la independencia, o más bien un conato de resistencia, a cargo de un tal Malarico, pero fue sofocado sin problemas.

Con esa campaña, Leovigildo concluyó una tarea gigantesca, sobre todo porque la realizó en muy pocos años. Había casi unificado territorialmente toda la Península. Quedaban flecos. La cornisa norte, el *Saltus Vasconum*, la declinante provincia romana de Spania. Pero incluso ahí tuvo todo el éxito que las circunstancias y la geografía permitían. En el norte conjuró la infiltración franca y creó una línea de defensa frente a incursiones de los vascones de las montañas, y en el sur dejó a los territorios romanos maduros para que sus sucesores le dieran el golpe de gracia final.

A todo ello había que sumar las reformas administrativas y legislativas que dejaban un Estado visigodo mucho mejor organizado y ya con una sede regia, Toledo. Y tenía ya un sucesor *de facto*, asociado al trono desde hacía años y por tanto con experiencia, su propio hijo Recaredo.

Todo estaba hecho y, como si fuera un personaje de una leyenda, de esos que se marchan una vez que han concluido su misión, Leovigildo murió al año siguiente de conquistar la Suevia, en el 586 y por causas naturales.

Láminas centrales



La división de la Galia en el 481.



Alarico II. Congreso de los diputados (fondo del Museo del Prado). Carlos María Esquivel (1830-1867).



Batalla Tolbiac, año 496, entre los francos y los alamanes.



Clodoveo, rey de todos los francos desde el año 481 al 511.



La invasión de los bárbaros de Ulpiano Checa, también conocida como *Los hunos de Roma*.



Le sac de Rome par les barbares en 410 (1890) de Joseph-Noël Sylvestre (1847-1926).



Alarico I recibe a los embajadores romanos.

Invasiones bárbaras en Europa

Migraciones y primeros asentamientos (sigloV)



La entronización de Atila de Mor Than. Museo Nacional de Hungría.

Hispania hacia 560.

Hispania Imperial.



Monasterio de Monsalud (Córcoles, Sacedón, Guadalajara): todavía hoy se cuenta la leyenda sobre la reina Clotilde y Amalarico.



Clotario fue rey de Neustria (511-561), de Orleans (532-561), de Borgoña, compartido

con su hermano Childeberto (534-558), de Austrasia (555-561) y de París y de Borgoña (558-561).



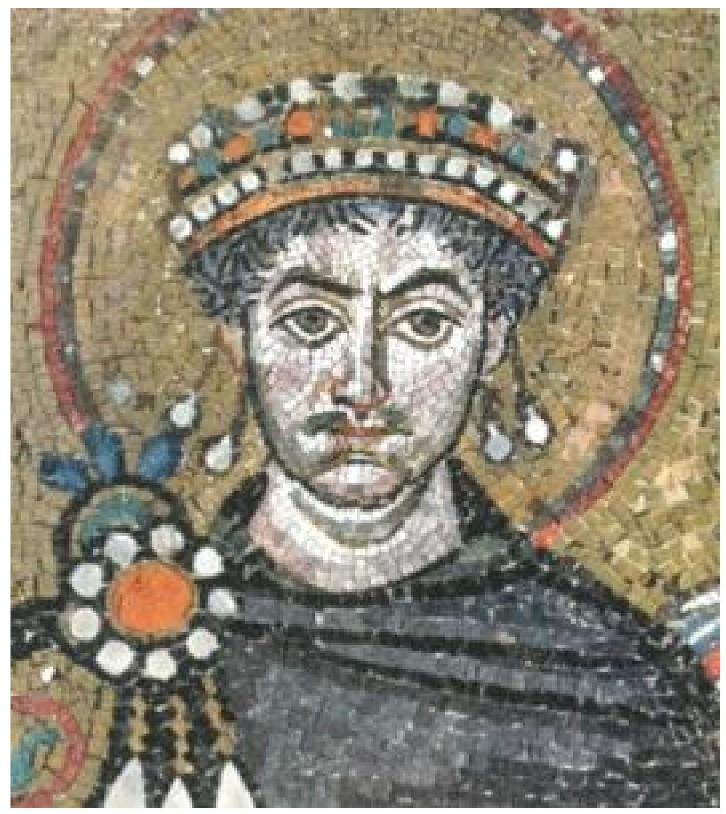
Agila I, rey godo de Dióscoro Puebla (1831-1901). El lienzo representa a Agila I (¿?-554), rey de los visigodos, que reinó entre los años 549 y 554. Sucedió al rey Teudiselo y fue sucedido a su vez por el rey Atanagildo. El rey Agila I está representado de perfil, con armadura, apoyando ambas manos en la espada y en actitud meditabunda. Al fondo, un paisaje con rocas sobre las que, en el ángulo inferior derecho, se apoya el escudo. (Museo del Prado).



Los ostrogodos.



El triunfo de San Hermenegildo de Francisco de Herrera el Joven. Museo del Prado.



Justiniano fue emperador del Imperio Romano de Oriente desde el 1 de agosto de 527 hasta su muerte en 565.



Matrimonio de Brunegilda con Sigeberto.



Gundemaro.



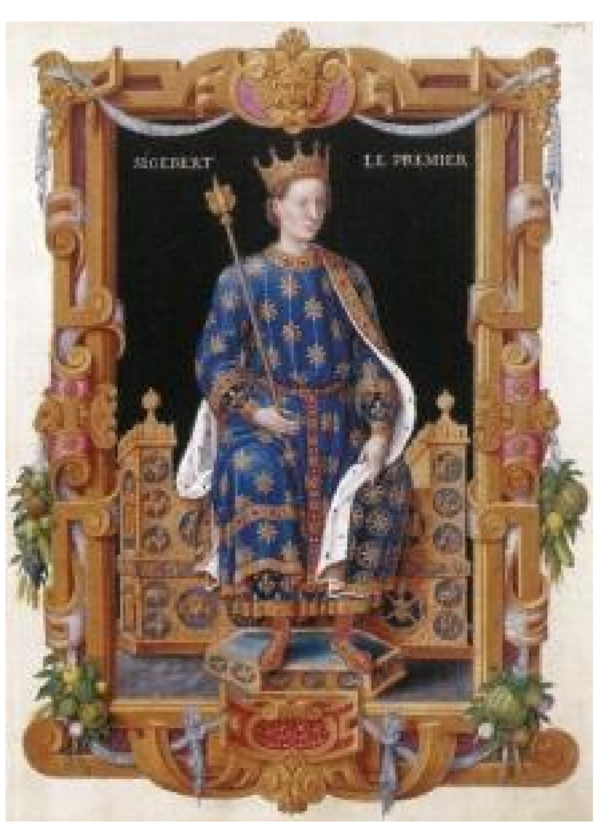
Sisebuto.



Saltus vasconum.



La conversión de Recaredo. Antonio Múñoz Degrain (1840-1924). Palacio del Senado.



Sigeberto I.



Chilperico y Fredegunda.



Chintila.

Estatua de Isidoro de Sevilla en la escalinata de la Biblioteca Nacional de España, de

José de Alcoverro Amorós (1835-1908).



Isidoro de Sevilla y su hermana.



Suintila.



Tesoro de Guarraz. Coronas votivas de Chindasvinto.



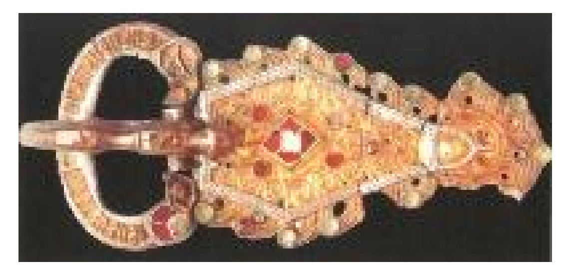
San Ildefonso de Toledo. El Greco.



Pilastra visigoda de la iglesia toledana de El Salvador.

Coronación del rey Wamba de Van Halen.

Wamba renunciando a la corona de Juan Antonio Ribera Fernández (1779-1860).



Hebilla visigoda.



Égica, rey godo de Carlos María Esquivel (1830-1867).

Égica, rey de los visigodos desde el año 687 hasta el 702. (N. del E. D.: en la edición-papel aparece esta misma ilustración dos veces, con estos dos pies de figura).



Ervigio, rey godo de Ramón Cortés.



Don Pelayo.

13
Godos y francos
Guerras y bodas

PODEMOS SUPONER QUE A ESTAS ALTURAS ES obvio para todos que las relaciones entre el reino visigodo y los reinos francos fueron siempre problemáticas.

Estaban marcadas por la voracidad territorial de los segundos, que ansiaban apoderarse de la Septimania y además establecer cabezas de puente en la costa norte de Hispania. Por suerte para los visigodos, la costumbre franca de, a la muerte del rey, dividir el reino entre sus hijos había llevado a los merovingios a una espiral de guerras, conspiraciones y fratricidios que no sólo no tenía nada que envidiar a las conjuras de Hispania, sino que las superaban con creces.

Los reyes godos tenían bastantes problemas ya en Hispania como para buscarse más en el norte. Procuraron repetidas veces y por diversos medios llegar a tratados de paz con los merovingios. Las principales herramientas fueron los enlaces matrimoniales. Era el paso más lógico, ya que la división de los francos en varios reinos abría la puerta a pactar con alguno de ellos contra los demás.

La política de alianzas matrimoniales entre visigodos y francos conoció algunos capítulos bastante enrevesados en la segunda mitad del siglo VI. Lo suficiente desde luego como para que le dediquemos un capítulo aparte, que es la mejor forma de no enredar tanto la historia que lleguemos a perdernos. Empecemos yendo unos años atrás.

Vamos a la época de Atanagildo, a una historia que ya mencionamos en su momento. Atanagildo buscó aliarse con Austrasia, lo que tenía su lógica. De todos los reinos merovingios, era el más alejado de Hispania. Ocupaba el noreste de Francia y oeste de Alemania. Era difícil que pudiese tener ambiciones territoriales en la Septimania estando tan lejos y teniendo por medio el reino de Borgoña.

Una posible alianza con Austrasia podía amenazar la retaguardia de Neustria y Borgoña, con los que sí mantuvieron los visigodos un estado de guerra casi crónico. Además, fue Sigeberto I de Austrasia el que buscó vincularse a los godos mediante matrimonio. En el 566, sus emisarios acudieron a Toledo para negociar su boda con una princesa

goda. Esas negociaciones solían resultar arduas. Involucraban no sólo temas de política exterior, sino también negociar la dote, que era siempre una suma considerable que iba a engrosar las arcas del rey consorte.

En la decisión de Sigeberto de buscar esposa entre los godos parece que pesó la ideología, aparte de la oportunidad estratégica. Los otros reyes merovingios, todos parientes suyos, habían tomado por esposas a mujeres de condición social inferior a la suya. Eso era algo que Sigeberto reprobaba y que no estaba dispuesto a imitar. Hago alusión a este detalle porque no tardaremos en ver que esto tuvo mucho que ver con el desarrollo de los acontecimientos.

Sigeberto se casó con Brunegilda, hija de Atanagildo y Gosvinta. Por una vez y sin que sirviese de precedente, sí fue un matrimonio afortunado. Brunegilda se convirtió al catolicismo como paso previo a su boda en Metz, capital de Austrasia. Y no sólo eso, sino que más tarde participó de forma muy activa en la política de los reinos francos.

Fue un matrimonio muy sonado; tanto que llevó a Chilperico de Neustria a querer imitarlo, deslumbrado por las prendas de Brunegilda. Nada podía convenir más a la política exterior visigoda. Chilperico era hermano de Sigeberto y se casó con la hermana de Brunegilda, Galsvinta, en 567. Para ello tuvo antes que repudiar a su esposa y despedir a sus concubinas.

Pese a las similitudes entre las dos bodas, este segundo matrimonio no fue en absoluto afortunado. De ello se ocupó Fredegunda, una de las amantes a las que Chilperico supuestamente había despedido antes de la llegada de su consorte. Fredegunda era una mujer de condición social inferior y ambición enorme, y de ahí aquella mención a los enlaces de los reyes francos que hicimos antes.

Fredegunda consiguió cambiar los ánimos de Chilperico, con lo que el matrimonio de Galsvinta fue un infierno y duró poco. Un año después de su boda, apareció estrangulada en su propia cama. A los pocos días del asesinato, Chilperico se casó con Fredegunda, por lo que no hay duda de que el crimen fue ordenado por el primero e instigado por la segunda.

Ese parricidio condujo a una época de guerras entre los reinos merovingios que cambiaron para siempre el panorama en la Galia. No vamos a detenernos aquí en todo lo que en esos años ocurrió allí, porque necesitaríamos un libro aparte.

Por lo que a nuestra historia de los godos interesa, hemos de señalar que Sigeberto de Austrasia acabó siendo asesinado por sicarios de Fredegunda. También Chilperico de Neustria corrió la misma suerte y es muy posible que la instigadora de su asesinato fuese también la temible Fredegunda. Con esa muerte, ella misma se convirtió en reina

de Neustria, aunque tuvo que buscar la protección de Gontran de Borgoña, que se hizo así árbitro de la situación. En cuanto la visigoda Brunegilda, tras mil y un pesares y peripecias, acabó por convertirse en regente de Austrasia.

Mencionamos todo esto porque tiene relación con el siguiente capítulo en este culebrón de bodas y odios. Ya hemos visto cómo, pocos años después, Brunegilda casó a su hija Ingunda con Hermenegildo y los infortunios que le ocasionó ese matrimonio, aunque esa vez no fueron conyugales. Ingunda fue maltratada por su abuela Gosvinta debido a su fe católica, lo que provocó que Leovigildo enviase a la pareja a la Bética y dio pie a que Hermenegildo se rebelase contra él.

Y así fue como, de nuevo, lo que debía ser una herramienta para la paz se convirtió en la chispa que encendió la guerra. Ya conocemos los resultados que tuvo para el reino visigodo y las consecuencias para sus diversos actores. Hermenegildo fue ejecutado, quizá por orden de su propio hermano. Ingunda huyó a Constantinopla con su hijo de corta edad y murió por el camino. Y el niño desapareció en Constantinopla al poco tiempo.

Todo esto causó la guerra con los francos. Sin embargo, el que se ocupó de combatir a los visigodos fue Gontran de Borgoña, que no tenía motivos para apreciar a Brunegilda. O bien lo usó como excusa para intentar conquistar Septimania o lo hizo en su papel de *primus inter pares* de todos los reyes francos.

Pero de esa guerra hablaremos enseguida, en el capítulo dedicado al reinado Recaredo. Aquí nos detendremos en las intentonas matrimoniales de este último con princesas francas. Conatos que tuvieron lugar durante el reinado de Leovigildo y en los primeros años del suyo propio. Lo tratamos aquí tanto por eso, por haber ocurrido a caballo entre ambos reinados, como para no embarullar la historia con tramas cruzadas.

Ya que la rebelión de Hermenegildo y la mala muerte de Ingunda habían arruinado las relaciones del reino godo con Austrasia, Leovigildo buscó la alianza matrimonial con Neustria, hasta hacía no tanto enemigo encarnizado. En ese sentido, la política y la «razón de estado» han sido siempre más o menos iguales a como son ahora.

Se acordó el enlace entre Recaredo y Riguntis, hija de Chilperico y Fredegunda. Sí, esos dos que con el asesinato de Galsvinta iniciaron todo una era de guerras. El acuerdo requirió varios años de negociaciones, del 582 al 584. A la dimensión diplomática y a la cuestión de la dote se unió en esta ocasión el hecho de que Riguntis se oponía a que la casasen con un visigodo.

Por fin se pudo cerrar el trato en el 584 y Riguntis se puso en camino hacia Hispania. Fue un viaje fastuoso, pues su comitiva la

formaban nada menos que 4 000 personas y 50 carromatos. Un lento periplo con tan gran séquito. Al llegar a Tolosa, muy cerca ya de tierras visigodas, conoció la noticia de que habían asesinado a su padre, el rey Chilperico. Siempre se sospechó que la instigadora de esa muerte fue, una vez más, Fredegunda. Pero los entresijos de esa historia no corresponden a estas páginas.

Lo que sí les compete es que ese suceso lo cambió todo por completo. Riguntis fue desvalijada. Una versión dice que fue el *dux* local el que, al saber de la muerte del rey, se apoderó de todas las riquezas que formaban su dote y su ajuar. Otra dice que fueron sus propios acompañantes, que la robaron todo antes de abandonarla. Además, muerto su padre el rey y robada la dote, Riguntis perdió todo valor político para Leovigildo. Por tanto, el matrimonio jamás llegó a celebrarse.

Tiempo más tarde y convertido ya en rey, Recaredo retomó esa intención de vincularse matrimonialmente a algún reino franco. Siendo la política un juego de puros intereses, tampoco debe sorprendernos tanto que tratase ahora de hacerlo con Austrasia, patria de la desdichada Ingunda. Mandó embajadores para negociar bodas con Clodosinda, hija de Brunegilda y, por tanto, hermana de Ingunda.

Recaredo era favorable al catolicismo y Brunegilda se mostró bien dispuesta al enlace, pese al desdichado fin de su otra hija. Sin embargo, en esta ocasión surgió la oposición de Gontran de Borgoña. Ya hemos comentado que Gontran era el sénior, el *primus inter pares* de los reyes merovingios, que escuchaban su palabra y acudían a él a dirimir cuestiones. Y Gontran profesaba una enemistad enconada contra los visigodos.

No sabemos si tal enemistad era algo visceral o si tan sólo era que no deseaba obstáculos a sus deseos de anexionarse la Septimania. Desde luego, los repetidos fracasos en sus intentos de invasión de esta provincia no habían hecho sino atizar su rencor. Ya veremos enseguida que no hacía tanto que el propio Recaredo le había infligido una derrota tremenda que aún debía de escocerle.

Gontran consiguió que los proyectos matrimoniales se estancasen. Luego por algún motivo cedió, pero el momento ya había pasado y todo quedó en nada. Recaredo olvidó sus planes de buscar esposa entre los francos y se casó con Bado. Podemos decir que hasta ese fracaso fue tan dañino para el Estado visigodo como las bodas que se celebraron. Cuando Recaredo murió años después, el hijo que le sucedió en el trono era muy joven —según algunos ni era hijo de Bado, sino de una concubina— y su falta de experiencia y apoyos causó la caída de su dinastía ante los manejos de los conspiradores.



Liuva I.

14
Recaredo y Liuva II
Hacia la monarquía de raíces teocráticas
586-603

CUANDO MURIÓ LEOVIGILDO, su hijo Recaredo era ya un gobernante asentado y con experiencia, gracias a la fórmula de la asociación al trono. Si Hermenegildo había recibido el gobierno directo de la Bética, donde aprovechó para rebelarse, a Recaredo le tocó en suerte la Septimania. Puede que esta provincia fuera sobre el mapa sólo una fracción del territorio, pero era un lugar harto complicado y por tanto ideal para fraguar como gobernante.

En Septimania residía una nobleza visigoda antigua y muy complicada de manejar. De ella habían salido de hecho Liuva I y Leovigildo. Y ya veremos cómo en décadas futuras esa nobleza fue decisiva en las turbulencias que sacudieron el reino.

Además, los reyes merovingios estaban siempre al acecho en las fronteras y convenía un control directo por parte de la Corona. Fue Recaredo el que infligió grandes derrotas a Gontran de Borgoña cuando éste creyó que podía aprovechar la guerra entre Leovigildo y Hermenegildo para apoderarse de territorios.

Así que Recaredo tenía no sólo bagaje como gobernante civil, sino que contaba con el aval de sus victorias militares. Su ocupación en solitario del trono se produjo sin ningún sobresalto. Una de las primeras medidas que tomó fue mandar ejecutar a Sisberto, aquel noble visigodo responsable de la muerte de Hermenegildo en Tarragona y que tal vez podía incriminarle en ese episodio.

Y repitió a su manera una de las jugadas de su padre al subir al poder: heredar la clientela de Gosvinta, viuda de Atanagildo, para lo que la proclamó de manera oficial madre suya.

1. La unificación religiosa

En lo único en lo que Leovigildo fracasó fue en unir bajo una misma fe a los hispanorromanos y a la *gens gothorum*. Fracasó porque su plan iba a contracorriente, ya que buscaba ganar a los primeros para el arrianismo. Tal vez le cegó su fe religiosa o tal vez no tuvo otra salida. Hay que recordar una vez más que se casó con Gosvinta, viuda de Atanagildo, y que ésta era arriana ardiente. Tal vez, si Leovigildo quería el respaldo de la clientela del difunto rey a través de su esposa, no le quedó otro remedio que ensayar esa vía.

Recaredo demostró ser más práctico que su padre y optó por la fórmula más lógica. A comienzos del 587, cuando no llevaba ni un año en el trono, se convirtió al catolicismo. Acto seguido convocó a los obispos arrianos a Toledo a sínodo. Juan de Bíclaro relata que fue una reunión exclusivamente de religiosos arrianos para tratar la cuestión. Gregorio de Tours dice que lo fue de arrianos y católicos, y que se produjo un debate de argumentos teológicos a cuyo término el rey tomó partido por los católicos.

De las dos versiones, la primera tiene más visos de ser la real. Pero lo que importa es que al finalizar el sínodo el rey había logrado convencer a un número importante de obispos arrianos.

La conversión no era sólo una cuestión de fe. De inmediato, Recaredo comenzó a otorgar propiedades que hasta entonces habrían sido de los obispados arrianos a los católicos. Y por supuesto los primeros dejaron de recibir cualquier donación real. Los católicos quedaron como los únicos destinatarios de la munificencia del trono.

Este vuelco en el favor real causó un gran descontento entre aquellos arrianos que no quisieron abjurar de sus creencias. Parece que ése fue el motivo de una conjura que se tramó en Mérida. Mérida, capital de la Lusitania y con una importante población visigoda, contaba con obispados católico y arriano, y eso era algo que en esas circunstancias no podía resultar sino motivo de rencor y disputa.

La conspiración la protagonizaron el obispo arriano Suna y un grupo de nobles godos acaudillados por un tal Sega. Pretendían asesinar al obispo católico de la ciudad, Masona, que también era visigodo, y al *dux* de la Lusitania, el hispanorromano Claudio. Uno de los conspiradores, Witerico, traicionó al resto y los delató ante Claudio. Quédense con ese nombre, Witerico, porque no tardaremos en volver a encontrarlo.

Claudio desbarató la intriga. Los conjurados salvaron la vida a costa de castigos muy duros. El cabecilla Sega sufrió la amputación de las manos y el destierro a la Gallaecia. Suna fue exiliado fuera del reino. Unos dicen que acabó sus días entre los francos y otros que sufrió martirio en el África romana por predicar con ardor excesivo entre las gentes de esas tierras.

Pero fue en la Septimania donde se registró la más fuerte

oposición a la conversión al catolicismo. Recuerden lo que decíamos antes de que era un lugar complicado, con una nobleza antigua y poderosa. La oposición allí no tomó forma de conjura, sino de rebelión abierta. El obispo arriano Atáloco y varios nobles se alzaron en armas. Siguiendo esa mala costumbre de godos que tan fatal acabaría por resultarles, los rebeldes no dudaron en pedir ayuda a los francos. A esos mismos que nada deseaban más que apoderarse de ese último resto territorial visigodo a su lado de los Pirineos.

En el 589, Gontran de Borgoña lanzó un ataque a gran escala contra la Septimania. Dos ejércitos la invadieron por distintos puntos buscando converger sobre Carcasona. Uno estaba dirigido por el *dux* Austrovalo y el otro por el *dux* Boso. El ejército de ese último era enorme para los parámetros de la época. De ser ciertas las fuentes, lo integraban hasta 60 000 hombres reclutados en todo el reino de Gontran.

Contra esas fuerzas formidables se dirigió el *dux* Claudio, el mismo que sofocó la conjura de Mérida. Claudio era hispanorromano, como ya hemos dicho, y fue el mejor general de Recaredo. Esto indica hasta qué punto se estaban ya imbricando hispanorromanos y visigodos. También da fe del acierto de la política de integrar a los primeros en la administración y en el ejército, y de no estar tan a expensas de unos nobles que podían ambicionar la Corona y volver sus armas contra el rey.



Gontran de Borgoña y Childeberto II.

Francos y visigodos libraron una gran batalla junto a Carcasona y esta vez los segundos se alzaron con la victoria. Ni siquiera las crónicas francas tratan de minimizar la magnitud de la derrota sufrida por los ejércitos de Gontran. Según Gregorio de Tours, murieron 5 000 guerreros francos y otros 2 000 cayeron prisioneros.

Gontran había hecho un esfuerzo enorme en hombres y recursos con el objetivo de conquistar todo el territorio de la Septimania. La catástrofe militar supuso el fin de sus planes anexionistas y abrió un periodo de paz muy a pesar del propio Gontran, que siempre albergaría rencor contra los visigodos. De paso, también quedó en malas relaciones con Austrasia, pues culpaba de su derrota a Childeberto, al que acusaba de haberse puesto de parte de los godos.

Otro foco de rechazo a la conversión al catolicismo estuvo en la propia corte visigoda. Uno de sus elementos más activos fue la reina Gosvinta. Recordemos que Recaredo la había proclamado madre suya, lo que quiere decir que seguía teniendo un gran poder y una gran influencia. Pero a Recaredo no le tembló la mano a la hora de reprimir la sedición.

No sabemos muy bien qué pretendían los conjurados en este caso.

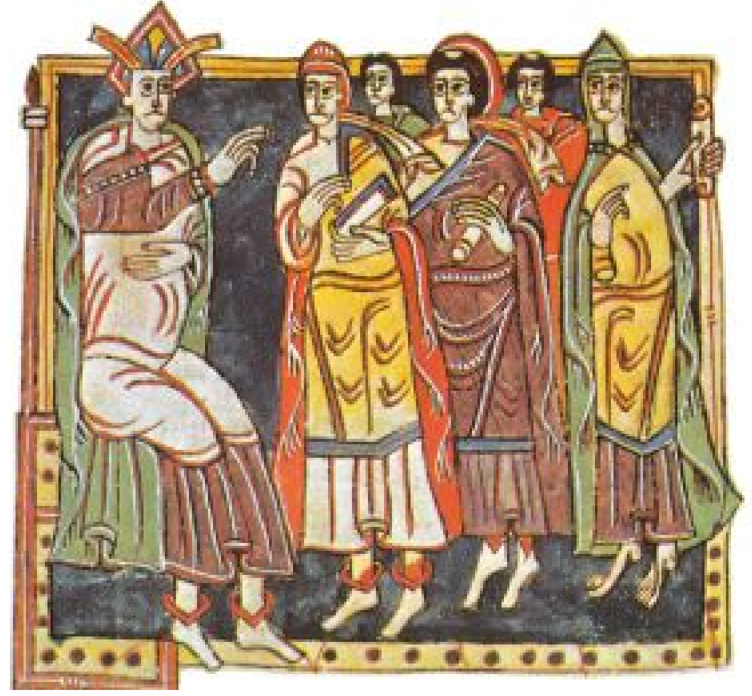
Se habla de que mancillaban las formas sagradas en secreto y que llegaron a planear el derrocamiento del rey. En todo caso, una vez desenmascarados, fueron castigados con dureza. Un obispo, Uldilas, fue desterrado y Gosvinta murió en circunstancias nada claras. San Isidoro de Sevilla es ambiguo al reseñar este suceso, a tal punto que es muy posible que la anciana reina se suicidase al saberse descubierta.

2. El Concilio III de Toledo

No importa la resistencia que algunos pudieran oponer. En el tema religioso la decisión de Recaredo era inflexible, puesto que la unificación doctrinal era un eje fundamental de su política para cerrar la brecha entre hispanorromanos y godos. Puede que el reino suevo hubiera sido ya conquistado, pero ahí estaban aún los romanos en Hispania, ocupando una larga franja costera del Mediterráneo, y una de sus bazas fundamentales era la de que compartían confesión religiosa con los hispanos.

Además, la cuestión religiosa estaba incluso siendo motivo de fractura entre los propios godos, pues un número nada desdeñable de ellos se había convertido ya al catolicismo. Masona, aquel obispo católico al que quisieron matar unos conjurados, era visigodo. Y visigodo y obispo católico era también Juan de Bíclaro, el cronista que sufrió destierro en tiempos de Leovigildo.

En el 589, Recaredo convocó el III Concilio de Toledo, que sería clave para la evolución político-religiosa del reino. Fue el mismo año en el que el *dux* Claudio obtuvo su gran victoria sobre los ejércitos de Gontran de Borgoña y dos años después de su conversión al catolicismo. Ambos hechos son significativos.



Recaredo y obispos. Concilio III de Toledo, año 589. Códice Vigiliano, fol. 145. Biblioteca de El Escorial.

El primero porque da fe de la importancia que concedía el rey a ese concilio, habida cuenta de que Gontran lanzó enormes ejércitos contra la Septimania y que, de haber triunfado este último, la provincia se habría perdido. Recaredo ya había mostrado sus dotes militares y si le encomendó la dirección de la defensa al *dux* Claudio debió de ser porque todavía consideraba más importante el concilio.

En cuanto a la demora de dos años, no fue nada casual. Tampoco lo fue que tardase en enviar emisarios al papa, siendo ya como era rey católico y, por tanto, sujeto a su guía espiritual. En ambos casos, el retraso se debió a que Recaredo buscaba estar en posición de mayor fuerza, habiendo eliminado ya cualquier posible resistencia a la decisión de convertir a todo su pueblo al catolicismo.

En el concilio estuvieron presentes la totalidad de obispos católicos del reino, en un número total de 72. Primero Recaredo y luego su esposa Bado anunciaron de manera pública su profesión de fe católica. Tras ellos, ocho obispos arrianos y cinco nobles palatinos abjuraron del arrianismo para abrazar el catolicismo.

En ese concilio se aprobaron un total de 23 cánones y el propio Recaredo los sancionó y les dio rango de ley. De esa forma, el rey de los visigodos se convertía no sólo en fiel católico, sino en protector de la Iglesia y garante de su doctrina. Pasó a ser de hecho el verdadero

dirigente de la Iglesia católica en Hispania, puesto que era su poder el que convertía las normas religiosas en leyes civiles de obligado cumplimiento.

Resulta paradójico que la reforma de Leovigildo, que modificó el credo y los ritos arrianos para hacer más fácil la conversión de los católicos, acabase por facilitar el tránsito inverso. Recaredo tomó buena nota de algunas de las medidas arbitradas por su antecesor para acoger sin trabas a los católicos y las aplicó a los arrianos que quisieran convertirse al catolicismo. Así por ejemplo, se dictaminó que no era necesario volver a bautizar a quienes se convirtieran.

A los eclesiásticos arrianos les respetaron los rangos, posiciones y privilegios, siempre que se convirtiesen, claro. Los que no le hicieron, fueron apartados sin contemplaciones. Los bienes de la Iglesia arriana fueron entregados a la Iglesia católica. Esa transferencia impedía que el posible clero arriano recalcitrante mantuviese operativa su confesión. Los dejaba sin propiedades ni rentas sobre las que sustentarse. Desaparecerían, por tanto, en muy poco tiempo y cualquier reversión sería imposible.

En ese concilio también se decidió que se celebrasen concilios provinciales anuales. Fue una decisión importante sobre la que merece la pena que nos detengamos. De nuevo tenemos que fijarnos más en la dimensión política que en la religiosa. Ya hablamos en su momento del gran poder que tenían muchos obispos en sus respectivas ciudades durante el último periodo del Imperio romano y cómo siguió siendo así bajo los visigodos. Dado que el rey refrendaba ahora los cánones dictados por los obispos, la creación de concilios provinciales daba poder a los obispos y metropolitanos de cada provincia y, a través de ellos, el rey tenía un poder de acción más puntual y efectivo. Comenzaba la fusión de todos los poderes fácticos en Hispania.

3. Los resultados

La conversión de Recaredo al catolicismo tuvo como consecuencia el debilitamiento automático de la posición de los romanos de Oriente en su provincia de Spania. Hizo desaparecer una de las razones del apoyo del pueblo y el clero indígena a la presencia imperial. Y además, de paso, eliminó los motivos de justificación por parte de la cabeza de la Iglesia católica, el papa de Roma, a esa presencia. El reino visigodo de Toledo era ahora un Estado católico y, por tanto, ya no había lugar para apoyar a Constantinopla contra Toledo.

Que la jugada hizo mucho daño a los romanos queda de manifiesto por el hecho de que, en esas fechas, las autoridades de

Spania depusieron e incluso deportaron a varios obispos locales. Eso indica que el apoyo del clero de la zona estaba cambiando de destinatario.

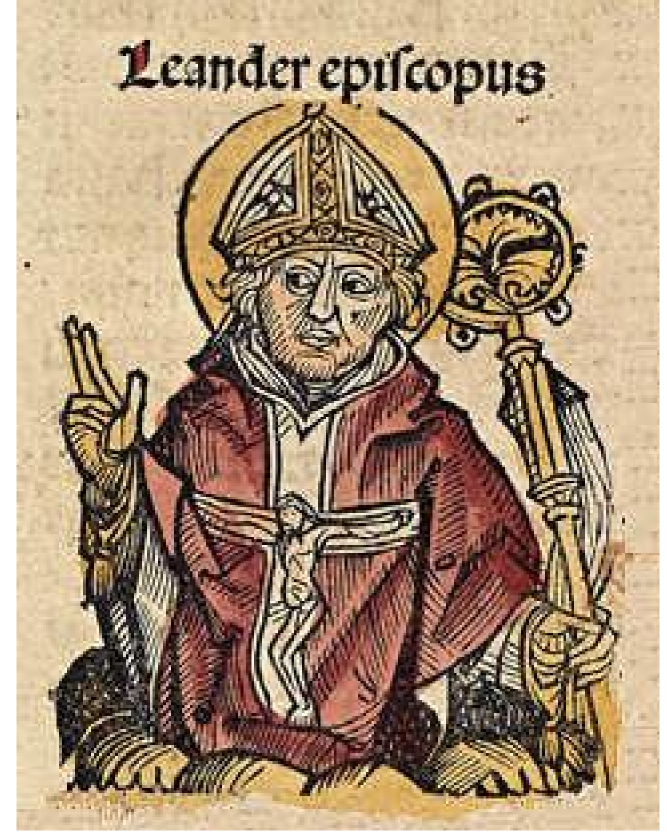
En cuanto al papa, se produjo un curioso incidente que merece la pena reseñar. Recaredo, a través de emisarios, le pidió información sobre los términos exactos del pacto entre Atanagildo y los romanos que había permitido a estos últimos ocupar parte de Hispania durante la guerra civil con Agila.

El acuerdo se formalizó en su día sobre documento y la copia visigoda no aparecía. Debió de perderse. O tal vez Atanagildo la hizo desaparecer de los archivos no bien se convirtió en rey indiscutido de los visigodos. Después de todo, una de sus primeras medidas fue revolverse contra sus antiguos aliados romanos. Y tampoco debía de interesarle que quedase constancia de cómo él había introducido al enemigo en casa.

Se suponía que había otra copia en poder del papa y por eso Recaredo le pidió información. Pero se quedó con las ganas. La respuesta del pontífice a su petición fue que la copia romana se había perdido en un incendio. Nunca sabremos si eso era verdad o si sólo fue una excusa del papa para no mostrarla.

Ocurre que la petición de Recaredo no obedecía a la curiosidad. Uno de los muchos mitos falsos sobre los tiempos antiguos es el de que los gobernantes de la Antigüedad obraban al dictado de su propio capricho, sin responder ante nadie, y secundados sin rechistar por sus súbditos. Es cierto que hubo tiranos con poder casi absoluto sobre los suyos, es cierto. Pero en general las cosas no funcionaban de esa forma.

En el pasado, la legalidad y la legitimidad eran tan importantes como en la actualidad. Se invadían territorios invocando ofensas a la religión, abusos contra la población, ataques a los propios connacionales, etc. Se buscaban pretextos para la intervención armada de la misma manera que se buscan hoy en día. Nada mejor que eso para galvanizar a aquéllos a los que se llamaba a las armas para una «guerra justa».



Leandro de Sevilla que presidió el III Concilio de Toledo. [Nuremberg chronicles f 147v 3]

Es fácil suponer por qué Recaredo quería conocer los términos exactos de aquel antiguo pacto. Ya como rey católico, podía proclamar que los puntos del acuerdo habían sido violados por los romanos y, por tanto, convertir su pugna territorial con ellos en una causa justa. No le fue posible y por eso no sabemos si el papa le respondió con la verdad o con una excusa. Lo último que seguramente deseaba el obispo de Roma era meterse en problemas con el emperador de Oriente por esa cuestión.

Aparte de las conjuras y rebeliones arrianas previas al III Concilio de Toledo, Recaredo tuvo que hacer frente a un intento de usurpación del trono. Fue la rebelión del *dux* Argimundo de la Carthaginense y se considera que nada tuvo que ver con las intentonas arrianistas. Una vez más la rebelión fue descubierta a tiempo y el *dux* sufrió el castigo por su traición. Lo tonsuraron, le cortaron la mano derecha e hicieron escarnio público de él paseándolo en burro por Toledo.

Ése fue el intento más grave de arrebatar el trono a Recaredo. Hubo más, pero poco sabemos de esas revueltas y conjuras excepto

que existieron. Debemos pensar que fueron obra sobre todo de nobles que ambicionaban el trono y así parece traslucirse de la crónica de san Isidoro, que nos habla de tiranos. Pero no es imposible que esas revueltas estuviesen atizadas por el hecho de que no todos estaban conformes con la conversión en masa al catolicismo. Recaredo tuvo también que guerrear contra los romanos de Spania y los vascones. Decimos tuvo porque, de nuevo tratando de interpretar las palabras de la crónica de san Isidoro, podemos colegir que tuvo que hacer frente a las incursiones de unos y de otros. En general, pese a sus éxitos militares cuando era corregente en la Septimania, en vida de Leovigildo, Recaredo no fue un rey guerrero. Sus esfuerzos estuvieron volcados en la consolidación interior del reino.

Tomó medidas para cerrar heridas aún abiertas. Amnistió y devolvió sus propiedades a muchos de los que por una razón u otra habían sido represaliados por Leovigildo. Dio cabida en la administración y en el ejército a hispanorromanos. Ya hemos visto cómo su general más brillante era un hispanorromano, Claudio, que fue antes *dux* de la Lusitania.

Esa política integradora no pudo ser más beneficiosa para la corona. Habían pasado décadas y el común de la población ya no pensaba en ser gobernada por el emperador de Oriente, ni mucho menos en una quimérica restauración del Imperio de Occidente. Los que amenazaban con echar de su trono al rey no eran los hispanorromanos, sino los nobles godos. Encumbrar a aquéllos y contar con su lealtad era, por tanto, un acierto a la hora de consolidar un poder real independiente de la nobleza goda.

Otro tanto podemos decir del clero. Convirtió las regla religiosas en leyes, dotó con generosidad a los obispos y les dio un poder considerable en la administración civil y a cambio los convirtió en una extensión de su propio poder. Aunque las contrapartidas de esta política se verían en reyes posteriores, cuando éstos no fuesen tan fuertes y los eclesiásticos pensasen en algo más que en ser instrumentos aventajados.

La política integradora de Recaredo sólo tuvo una mácula: los judíos. Con este rey se inauguró la tendencia a castigar legislativamente a los miembros de esta confesión. En este caso pudiera ser que se tratara de medidas más políticas que religiosas, aunque en parte estaban también destinadas a contentar al nuevo gran aliado de la Corona visigoda, el clero católico. Parece que Leovigildo, enfrentado a ese clero, se apoyó hasta cierto punto en los judíos y sus comunidades, pero en el nuevo panorama ya no eran necesarios y, de hecho, su poder pudo dar motivos de recelo. En todo caso, las leyes punitivas que Recaredo tomó contra los judíos abrieron la puerta a otras más duras de reyes posteriores y fueron el inicio de una política

antisemita que rebrotaría una y otra vez a lo largo del algo más de un siglo que le quedaba de vida al reino visigodo de Toledo.

4. Liuva II

Con el cambio de siglo murió el rey Recaredo de forma pacífica. Fue en el año 601 y le sucedió su hijo Liuva II. De nuevo aquí nos encontramos con una de esas simetrías que parecen haber marcado de historia de los visigodos, pues si la dinastía comenzó con la elección de Liuva I, iba a desaparecer con el derrocamiento de Liuva II. Aunque lo único que parece haber habido en común entre ambos reyes es lo breve de su reinado.

El hijo de Recaredo tenía bastantes factores en contra. Las tensiones dentro del reino no habían desaparecido, sólo habían permanecido contenidas por el poder de los reyes precedentes. Recaredo mismo había soportado conspiraciones y revueltas, y sin duda debía de existir bastante descontento entre los nobles, que veían cómo les hurtaban la capacidad de elegir al soberano. Observarían con recelo cómo crecía la autonomía de la Corona respecto de los apoyos que siempre necesitó entre la nobleza.

Liuva era joven, aunque tampoco un niño. Tenía 18 años, edad más que suficiente para gobernar. Pero había un serio problema con su origen por parte materna. Por las fechas y las edades se supone que Liuva no era hijo de la reina Bado, sino de alguna de las concubinas de Recaredo, un elemento que también parece insinuar la crónica de san Isidoro.

De nuevo debemos evitar aplicar nuestra propia óptica a la Antigüedad. No era tanto una cuestión de clasismo por parte de la nobleza goda como que su origen humilde privó al joven rey de una clientela que sí habría tenido de ser de alta cuna su madre. Eso fue determinante para que Liuva durase dos años escasos en el trono.

En el 603 fue derrocado por el noble Witerico. Witerico, sí, aquel que destapó la conjura de Suna en Mérida. Por tanto, tenemos que descartar que fuese una conspiración para devolver el reino a la religión arriana, como después se quiso interpretar a partir de quién fue el golpe de Estado.

Witerico no fue tan «generoso» con el hijo de Recaredo como éste lo fue con aquellos conspiradores. En un primer momento sí que se contentó con hacer cortar la mano derecha a Liuva II, lo que le imposibilitó para recuperar el trono. Pero no debió de parecerle suficiente, porque luego lo hizo matar.

Se extinguió así la dinastía de aquellos que habían convertido los

territorios controlados por los visigodos en un reino mucho más estable. Y ese derrocamiento y esa muerte sangrienta fueron el preludio de una vorágine de violencia que iba a marcar todo ese turbulento siglo.

15
El norte insumiso

GRAN PARTE DEL NORTE PENINSULAR, desde Asturias a las montañas de Navarra, se mantuvo al margen de la romanización que afectó al resto de Hispania.

Eso no quiere decir que permaneciese ajeno a los avatares históricos que se produjeron, ni mucho menos a los cambios políticos y culturales que trajeron primero Roma y luego la caída del Imperio.

Qué ocurrió en esas tierras durante todos esos siglos y cuáles fueron sus relaciones con Roma y con los visigodos es algo difícil de precisar. El tema se vuelve espinoso porque a la escasez de noticias se unen motivos ideológicos, prejuicios eruditos e incluso vanidades localistas.

La imagen tradicional ha sido la de un norte poblado por pueblos guerreros e indómitos de cultura material primitiva. Gentes que, atrincheradas en sus montañas, batallaron de forma incesante para mantener su libertad frente a Roma. Todo eso es en esencia cierto, pero llevado al extremo se convierte una vez más en un estereotipo tan falso como ridículo. Como ejemplo de esto podemos señalar que Roma optó por el control militar de cántabros y astures, en tanto que mantuvo buenas relaciones con los vascones de las montañas. No por nada una calzada romana pasaba por Roncesvalles. Y fue por ahí por donde llegaron suministros desde Aquitania a las legiones que combatieron a cántabros y astures en las llamadas guerras cántabras.

Que los pueblos norteños no se romanizasen no quiere decir que estuvieran aislados o intactos. Podemos recurrir a un ejemplo muy ilustrativo. Los indios norteamericanos de las praderas nunca perdieron su esencia, pero cambiaron de forma radical al contacto con los blancos. Esos cheyenes o siux nómadas, cazadores de búfalos, con rifles y caballos, son la herencia del contacto de los indios con los blancos. De igual manera, los pueblos del norte hispano hubieron de cambiar gracias al encuentro con la romanidad.

Además, hay que cuestionarse la exactitud de las taxonomías humanas que nos legaron los antiguos. Como en el caso ya citado de los pueblos llamados bárbaros más allá del *limes* romano, los pueblos de la antigua Hispania fueron a menudo clasificados por autores cuyas

referencias procedían de terceros. No es que el resultado fuese pura invención, pero sí un reflejo de una realidad y no la propia realidad.

1. La cornisa cantábrica

Buen ejemplo de lo que acabamos de decir arriba lo tenemos en los astures. Autores como Estrabón o Plinio el Viejo —auténticas vacas sagradas para historiadores de no hace tanto tiempo— nos presentaron a los astures como un pueblo que ocupaba una gran extensión del noroeste español. Sus tierras abarcarían Asturias y León, así como parte de Zamora y Lugo. Se agrupaban en diversas tribus que, a su vez, se dividían en dos bloques principales: los astures transmontanos y los astures cismontanos o augusteanos.

Este esquema, aceptado sin rechistar en otro tiempo, se vio más tarde cuestionado. Ya lo mencionábamos antes en el capítulo del que hablamos de los pueblos que volvieron al tribalismo con la caída de Roma. De nuevo un ejemplo perfecto es el de los indios americanos. Los españoles los llamaron indios creyendo que habían llegado a la India. Luego, aun sabiendo que ya no era así, siguieron denominando de esa forma a los indígenas de América por simple comodidad.

De igual manera, los autores clásicos y los conquistadores romanos catalogaron como astures a pueblos que en realidad no lo eran. Así, astures habrían sido en realidad los transmontanos. Es decir, los pueblos que ocupaban las montañas de Asturias.

Pero luego esto hay que precisarlo a su vez, por el hecho varias veces aquí repetido de que tribus y pueblos solían ser unidades humanas mucho menos rígidas y estructuradas de lo que las descripciones que nos han llegado podrían inducirnos a creer. Es decir, que tampoco podemos afirmar que hubiese un abismo entre los astures de las montañas y las tribus situadas más al sur. El tema es complicado por la cantidad de matices que involucra. Los llamados astures cismontanos fueron conquistados por Roma. La zona conoció una romanización importante y ahí están ciudades como León o Astorga para dar fe de ello. La primera de esas poblaciones debe de hecho su nombre a la legión VII Gémina, y fue en sus comienzos el asentamiento de esta unidad militar. Las tropas no estaban por casualidad allí, ya que una de sus misiones era vigilar a los astures transmontanos y evitar sus incursiones. También proteger ciertos intereses económicos.

En esa zona, por ejemplo, están las Médulas, testigos de la explotación de yacimientos de oro por parte de los conquistadores romanos.

Hubo áreas que, aunque sometidas, debieron de quedar casi intactas a la romanidad. Ahí tenemos el ejemplo de la Sabaria, un territorio de extensión nada desdeñable que volvió a las estructuras tribales apenas aflojó el puño de Roma.

También los cántabros, a oriente de los astures, resistieron tanto a los ejércitos romanos como la romanización. De nuevo tenemos que insistir en que eso no significa que el contacto con Roma no los modificase. Difícil sería cuando todos estos pueblos suministraron numerosos soldados que, encuadrados en unidades de auxiliares, combatieron al servicio de Roma en todas las fronteras del Imperio y también en sus guerras civiles. Sin duda, al regresar, esos veteranos lo hicieron cargados de costumbres y de cultura material que debió de influir en sus pueblos de origen.

El emperador Augusto fue quien decidió acabar con las tribus insumisas que habían quedado embolsadas en sus dominios. La cornisa cantábrica era una de tales bolsas y contra ella lanzó a sus legiones. Ésas fueron las guerras cántabras, largas y sangrientas, en las que se utilizaron efectivos terrestres y marítimos, y que acabaron con el aplastamiento de cántabros y astures.

Pese a la contundencia y a la crueldad con que Roma se impuso a esos pueblos, no obtuvo el control efectivo de la zona. Podemos suponer que tampoco era el objetivo. El Imperio habría necesitado gran número de tropas para controlar unas montañas de escaso valor estratégico y económico. Fue una especie de guerra de castigo, casi de exterminio si se quiere, contra pueblos enemigos que amenazaban las tierras al sur de esa cornisa, ricas en minerales y en cereales. Con esas campañas lo que se buscaba era contener a cántabros y astures, no sojuzgarlos.

Además, hay teorías fascinantes acerca de toda esa cornisa. Ya hemos hablado de que cántabros y astures sirvieron en gran número bajo las águilas de Roma. También de que sin duda volvieron a sus tierras de origen con costumbres nuevas e innovaciones materiales. Así ha sido siempre; sólo hay que pensar en nuestros emigrantes que volvieron a España con nuevas mentalidades tras décadas en el norte de Europa.

Entre lo que esos antiguos soldados debieron de llevar a su tierra estaban sin duda conocimientos militares, muy valiosos para sus pueblos cuando hubo que combatir contra las legiones. Al fin y al cabo, ellos habían luchado junto a los legionarios y conocían sus tácticas. Ahí podría estar una de las claves, aparte del terreno montañoso y de la bravura de esas gentes, que explicase la larga resistencia que ofrecieron a los ejércitos de Roma.

A eso debemos sumar el hecho de que esas tierras eran la frontera imperial. El lugar perfecto para que proscritos y rebeldes huyesen en

busca de refugio. Esos fugitivos, entre los que habría derrotados de las guerras civiles romanas, también pudieron aportar conocimientos valiosos en el campo militar. Un fenómeno parecido se daría con intensidad sobre todo en la zona de los vascones durante el periodo visigodo. Godos que buscaban asilo entre los teóricos enemigos para salvar la vida y preparar la revancha. Cuando los bárbaros invadieron Hispania, sólo la parte más occidental de la cornisa cantábrica tuvo que sufrir su furia. Los suevos combatieron a los luggones, un pueblo situado a occidente de los astures propiamente dichos, y llegaron a sojuzgar parte del territorio de éstos. Pero el verdadero choque vendría con la unificación territorial bajo los visigodos. Entre las campañas que Leovigildo lanzó contra los pueblos del norte, no iba a olvidarse de los astures. Y más tarde otros reyes como Suintila o Wamba también los combatieron.

En ningún momento se les ocurrió a los visigodos desatar una guerra a tan gran escala como la que emprendió en su día Augusto. Jamás pensaron en invadir y someter de forma efectiva esas tierras montañosas. Por tanto, a lo largo de los siglos VI y VII se mantuvo a grandes rasgos un *statu quo*. La arqueología nos ha aportado pruebas de cierta penetración cultural en puntos del territorio astur. Una evidencia más de que no había una frontera impermeable.

La historia es a menudo curiosa. La relativa independencia de esas montañas de los astures vino muy bien a los propios visigodos a comienzos del siglo VIII. Cuando el reino de Toledo se derrumbó tras la batalla de Guadalete, los conquistadores musulmanes lanzaron una campaña que podríamos calificar de exterminio contra la *gens gothorum* en las ricas zonas agrarias de la meseta norte. Éstos huyeron en masa hacia las montañas de los astures. Allí encontraron refugio. No hay mejor indicio de que todo eso había sido durante siglos una zona de asilo para los fugitivos de las tierras del sur.

También contra los cántabros combatieron los visigodos. En el caso de estos pueblos la situación era todavía más complicada, ya que los cántabros tenían gran relación marítima con los reinos francos. Hay pruebas documentales de un tráfico intenso entre la costa cántabra y Aquitania. De hecho, como veremos más adelante, pudiera ser que los francos, aprovechando momentos de debilidad visigoda, llegasen a establecer una cabeza de puente en la zona. Una intentona que fue liquidada de raíz por el rey Sisebuto.

Los visigodos guerrearon no sólo contra los cántabros propiamente dichos, sino también contra los runcones, un pueblo objeto de discusión. Los hay que lo asimilan a los araucones. Otros en cambio sostienen que serían una rama de los cántabros; un pueblo emparentado con estos que ocuparía la costa más occidental de Cantabria. Contra ellos lucharon primero los suevos y después en

repetidas campañas los propios godos.



Las tribus según Ptolomeo.

Que Leovigildo atacase la costa cántabra y quemase una flota sueva, recelando de que los francos pudieran apoyar un levantamiento suevo, demuestra que ese problema en la costa norte venía de atrás. También que la no romanización de los cántabros no implicaba en absoluto un aislamiento de éstos y que incluso participaban en los juegos de alianzas contra enemigos comunes.

También existieron cántabros cismontanos, si es que podemos llamarlos así, contra los que luchó el belicoso Leovigildo. En esa ocasión no se trató de frenar incursiones, sino de anexión territorial, y nos estamos refiriendo a «la provincia de Cantabria», en otros capítulos ya mencionada.

La situación tanto de la provincia como de la ciudad es motivo de controversia. La teoría más aceptada es que la primera ocuparía un territorio que iría desde La Rioja a la zona oriental de Palencia. Por el norte, llegaría hasta los territorios ocupados por los cántabros. En cuanto a la ciudad de Cantabria que trataron de construir podría haber estado más o menos frente a Logroño y a la otra margen del Ebro. Sería un poco aguas arriba de lo que entonces era la ciudad de Varcia, en su día capital de la tribu de los berones y hoy Barea, un suburbio de Logroño.

Los hay que no están de acuerdo con esa teoría y sostienen que la

provincia de Cantabria estaba situada en las montañas de los cántabros o en lo que ahora es la depresión vasca. Es decir, en zonas jamás romanizadas. Pero eso cuadra mal con la historia de unos *potentes* tardorromanos tratando de organizarse al margen del poder visigodo.

Que Leovigildo venciese a astures, runcones y cántabros no implica que pacificase la zona. Reyes posteriores tuvieron que combatirlos. Para vigilarlos se crearon ducados, que debieron ser unidades territoriales de carácter más militar que una provincia. Existió el ducado de Cantabria y también, según el documento conocido como el *Ravenate*, Asturia y Autrigonia, este último sin duda para vigilar lo que ahora es el País Vasco, donde se fueron instalando los vascones a lo largo de la época visigoda, desplazando a sus antiguos pobladores. El ducado de Cantabria y su carácter militar fueron fundamentales a la hora de articular la resistencia contra la invasión musulmana en el norte tras la destrucción del reino de Toledo.

También en Cantabria los visigodos encontraron refugio tras la invasión musulmana, y con Asturias nuclearon el foco norte de la Reconquista. No es posible el salto brusco de enemigos irreconciliables a la alianza y la fusión. Otro elemento más para pensar que las relaciones fueron más fluidas y complejas de lo que una perspectiva simplista nos podría inducir a pensar.

2. El *Saltus Vasconum*

Mucho de lo dicho más arriba vale a grandes rasgos para los vascones de las montañas de Navarra, aunque el contexto y las circunstancias fuesen bien diferentes. Además, en este caso, a la escasez de fuentes escritas y restos arqueológicos se suma una pléyade de teorías que son más producto de ideologías que del análisis objetivo.

La visión popular de la historia nos muestra a los vascones como un pueblo rudo y belicoso que, encastillado en sus montañas del norte, fue refractario a cualquier influencia cultural y vivió en perpetuo estado de guerra contra los sucesivos conquistadores de la Península.

Es una estampa que tiene mucho de folclórica, que se acomodaba muy bien a un nacionalismo cultural bastante ingenuo y que acabó por convertirse en uno de los mitos fundacionales de otro nacionalismo, político éste y bastante menos inofensivo. Lo que antes era una estampa naif de vascones arcaizantes e indomables, sirve ahora de sustento a la especie de un supuesto protoestado vasco en la Antigüedad.

Ejemplo de todo esto es la famosa frase de *domuit vascones*, que se supone recogida repetidas veces en cronicones visigodos. *Domuit vascones* significa «dominó o sojuzgó a los vascones» y es la fórmula que se atribuye a distintos reyes visigodos que combatieron y vencieron a guerreros de ese pueblo.

Esa expresión ha sido como la mahonesa, pues ha servido a autores de lo más diverso para justificar opiniones bien dispares. Para unos es muestra de la decidida voluntad de los reyes visigodos de unificar la Península, y de que por tanto tenían en la cabeza una idea —la de una España como Estado— que en realidad tardaría siglos en surgir. Para otros es la demostración de que los vascones fueron un pueblo ajeno a todos los procesos históricos y sociales que se vivieron en Hispania a partir de la conquista romana.

Y para todos era la prueba palpable de que los vascones eran belicosos y agrestes, y de que estaban en un estado perpetuo de guerra con los visigodos.

Esa expresión se halla en los cronicones, es cierto. El problema es que tales documentos son falsos. Son falsificaciones históricas realizadas mucho tiempo después y con intenciones ideológicas claras. El de los falsos cronicones visigodos es un caso famoso entre los historiadores. Varios de ellos fueron obra de un jesuita, Jerónimo de la Iligucra, y en fecha tan tardía como el siglo XVIII había quienes aún creían en su autenticidad.

No existió ningún estado perpetuo de guerra entre los vascones y los romanos. De hecho, hubo épocas en las que fueron aliados. Durante la guerra entre Pompeyo y Sertorio tuvieron la visión o la suerte de escoger el bando acertado, el del primero. Eso les dio ventaja respecto a los celtíberos, con quienes se disputaban la zona alta del valle del Ebro. Por esa parte se extendería el *Vasconum Ager*, tierras agrícolas contrapuestas a las montañosas y ganaderas del *Saltus Vasconum*. Allí llegó la romanización, con sus villas y ciudades, y la población de origen vascón debió de asimilarse de forma natural al resto.

También en época visigoda hay ejemplos que desmontan esa imagen monolítica de pueblo aislacionista y en guerra contra el resto del mundo. Los vascones no trataron de cerrar el paso a los ejércitos visigodos cuando en tiempos de Eurico cruzaron por Roncesvalles para anexionarse la Tarraconense. Tampoco hostigaron a las oleadas de inmigrantes visigodos que huyeron a Hispania por los pasos pirenaicos tras el derrumbe del reino de Tolosa. Ni combatieron a los francos cuando, en tiempos de Amalarico y Teudis, pasaron por Roncesvalles para sitiar Zaragoza y Pamplona.

Con esto no queremos decir que hubiera paz y armonía entre visigodos y vascones. Más bien lo contrario. Ejemplos de choques

armados también existen en abundancia desde tiempos tempranos. La gran incursión de bagaudas que bajó devastando por el valle del Ebro y que costó la vida a los auxiliares visigodos que se habían refugiado en la iglesia de Tarazona, contó con el concurso de gran número de vascones.

Para manejar la información de manera sencilla podríamos hablar de tres zonas en lo que a vascones se refiere. El *Saltus Vasconum*, el *Ager Vasconum* y la Vardulia. Vamos a detenernos unas líneas en cada una de ellas.

El *Saltus Vasconum* es la zona montañosa del norte de Navarra. Allí los vascones vivieron en sus valles sin ser importunados en general por conquistadores romanos, visigodos o francos. Eso no quita para que en ese territorio hubiera algunos enclaves de romanos que luego pasaron a manos de visigodos. Es el caso de Pamplona, que fue fundada por Pompeyo y a la que debe su nombre. Durante la época del reino de Toledo siempre hubo en esa ciudad una importante guarnición visigoda.

Desde ese territorio, los vascones lanzaron a lo largo de los siglos VI y VII ataques contra la Aquitania franca y el valle del Ebro controlado por los visigodos. Ataques que unas veces fueron correrías y otras expediciones más serias y destructivas. Hay quienes atribuyen todo eso a la presión demográfica en un territorio montañoso y boscoso, con la ganadería como principal economía, incapaz de sustentar una gran población. Eso explicaría también la conquista vascona de la Vardulia entre los siglos IV y VI, de la que hablaremos enseguida.

Los visigodos en unas ocasiones se limitaron a contener a los incursores. Crearon incluso algo que llegó a definirse como *limes* vascón y que comprendería enclaves como Victoriacum u Olite. Pero hubo reyes que optaron por acciones más enérgicas. Según la crónica de san Isidoro, Suintila los derrotó por completo aun en su propio territorio y los conquistó. Aunque esa conquista no se sostuvo, está claro.

Pero de los principales conflictos armados entre visigodos y vascones ya hemos ido dando cuenta, y seguiremos haciéndolo. No tiene mucho sentido la repetición, y menos en un capítulo destinado a dar un panorama a grandes rasgos de la situación.

El *Vasconum Ager* estaba al sur, como ya hemos indicado antes. Los vascones allí asentados se irían mezclando con el resto de la población e integrándose en las estructuras sociales romanas. Que se hubiera disuelto y perdido cualquier vínculo con sus parientes del norte en la época final del Imperio romano es algo que tampoco podemos afirmar.

Cuando hablamos de culturas y etnias es absurdo pretender que

las gentes son A o B. Existen muchos estadios intermedios y en una misma persona o un grupo social coexisten diferentes niveles de identidad.

La gran revuelta bagauda antes mencionada pudo partir del levantamiento de campesinos en la cuenca alta y media del Ebro. Campesinos muchos de ellos de origen vascón, lo que podría ser un elemento para explicar la presencia de guerreros vascones del norte en ese conflicto.

En cuanto a la Vardulia, se correspondería *grosso modo* con lo que ahora conocemos como la Depresión Vasca. Hasta las postrimerías del Imperio romano, estuvo ocupada por varios pueblos de origen indoeuropeo. Juntos, formaban la llamada confederación de los várdulos, que reunía a los várdulos propiamente dichos, a los caristios y a los autrigones exteriores.

En ese lugar remoto y boscoso, estas tribus vivieron en aislamiento. Eso no quiere decir que la decadencia del Imperio no les afectase. Lo hizo y mucho. Sufrieron ataques muy duros de piratas hérulos que se habían asentado en la costa de la Galia aprovechando el fin del control romano.

A partir del siglo IV, los vascones comenzaron una expansión por esa zona, quizá empujados por esa superpoblación antes mencionada. Várdulos, caristios y autrigones exteriores acabaron desapareciendo sin que se sepa su destino. Ignoramos si fueron desplazados, absorbidos o exterminados. Quizá ocurrió lo primero, al menos en parte. Así podría colegirse de una cita en la crónica de Alfonso III que dice *Bardulia quae nunc vocatur Castella*, «Bardulia, que ahora es llamada Castilla». Podríamos suponer que parte de esos várdulos fueron empujados hacia el sur.

Lo cierto es que esa zona tampoco pudo ser muy tranquila. Testigo de ello sería la existencia de aquel ducado de Autrigonia que mencionábamos antes y que pudo existir en una época concreta y justo para prevenir incursiones desde la zona. Pero de esto nada sabemos, puesto que sólo tenemos una referencia al mismo y procede de un documento tardío.



Sisebuto.

16
De Witerico a Recaredo II
El fin de la estabilidad
603-621

1. Witerico

EN LA HISTORIA DEL REINO VISIGODO de Toledo, son muchos los episodios clave sobre los que tenemos que elaborar hipótesis a partir de simples citas en una crónica. Tal es el caso de cómo y por qué fue derrocado y muerto Liuva II en el 603.

El responsable directo del golpe de Estado fue Witerico. A este personaje ya lo encontramos en el capítulo dedicado a Recaredo. Era aquel noble que participó en una conjura arriana que pretendía asesinar al obispo godo católico de Mérida, Masona. Witerico tenía la misión de darle muerte en persona, pero, según la leyenda, cuando fue a empuñar la espada la mano no le respondió.

Algo más tarde, participó en la conjura que tramaron en la misma ciudad el obispo arriano Suna y el noble Sega. En esta ocasión la trama tuvo mayores alcances políticos. Se trataba de derrocar a Recaredo y revertir la conversión del reino al catolicismo. Witerico, que había quedado impresionado por el milagro que hizo que le fallase la mano a la hora de asesinar, delató a sus compañeros. El *dux* Claudio abortó la intentona y los conspiradores sufrieron penas severas, de las que se salvó Witerico gracias a su delación.

Así pues, Witerico tenía ya amplia experiencia en confabulaciones y traiciones cuando se decidió a suplantar al rey. No actuó solo, claro, sino que debió contar con el respaldo de nobles palatinos. Y esto nos lleva a preguntarnos por qué se conjuraron estos notables para derribar el régimen inaugurado por Recaredo, que en líneas generales había sido próspero.

Desde luego les moverían las ambiciones personales y el deseo de medrar bajo un nuevo régimen. ¿Pudo haber algo más? Se ha querido ver en este golpe palaciego un intento de retorno al arrianismo, pero no hay pruebas de ello. Ninguno de los actos de gobierno de Witerico, una vez en el trono, parecen respaldar esa hipótesis.



Witerico.

Otros sostienen que los autores del derrocamiento fueron nobles que habían perdido bienes y tierras en tiempos de Leovigildo. Pero Recaredo había sido muy generoso en ese sentido. Por tanto, parece también improbable que los que aún se considerasen perjudicados pudieran formar una facción lo suficientemente fuerte como para promover un derrocamiento.

La última hipótesis es que el golpe fue obra de un partido nobiliario descontento con la política poco agresiva de Recaredo frente a los romanos de Spania. A tenor de las actuaciones de Witerico durante su reinado eso sí podría tener bastante sentido. Y a todo eso debemos sumar el disgusto, en otro lugar ya señalado, de la nobleza palatina frente a la fórmula de la asociación al trono, que les escamoteaba el poder de elegir al nuevo monarca.

Puesto que iba a combatir contra los romanos en el sur, Witerico tenía que asegurar la paz en el norte antes. Buscó la alianza con los francos por el método habitual, el de casar a una hija suya con un rey merovingio. Por desgracia para él, su táctica cosechó tan malos frutos como los intentos precedentes.

Envió a su hija Erenberga a Teodorico II, que había sucedido a Gontran en el reino de Borgoña. Todo estaba pactado al detalle, pero algo salió mal, porque Teodorico mandó a Erenberga de vuelta con su padre y se quedó con la dote. Teodorico era nieto de Brunegilda, aquella hija de Atanagildo que se casó con Chilperico de Austrasia y

que, resentida por la muerte de su hija Ingunda, se había convertido en enemiga de los de su propia raza. Se dice que fue ella la que malquistó a Teodorico contra su esposa visigoda. Aquello era una ofensa y un expolio que no podía quedar impune. Witerico tramó una alianza con los otros reyes francos y con el rey de los longobardos, que en esa época habían sustituido en el norte de Italia a los ostrogodos. Sin embargo, por razones que nos son desconocidas, tal alianza no llegó a tener ningún efecto práctico.

Si en el norte no obtuvo gran cosa por la vía de la paz, tampoco tuvo mejor fortuna en el sur y levante por la fuerza de las armas. San Isidoro describió a Witerico como un buen militar con muy mala suerte. Sus campañas contra los romanos le reportaron pocas victorias, y el único éxito importante fue la conquista de Sagontia, una población de situación imprecisa.

En cuanto al reino visigodo en sí, Witerico gobernó con mano de hierro. La suerte ha querido que hayan llegado hasta nosotros una serie de cartas escritas por el *comes* Bulgar, que ocupó altos cargos con el sucesor de Witerico y sufrió en tiempos de este último prisión, tortura y expolio. Aunque acabó siendo indultado por el propio Witerico, en sus cartas lo descalifica con suma dureza y llega a tacharle de ladrón.

San Isidoro coincide con esa opinión desfavorable. Afirmaba que la lista de maldades cometidas por Witerico era interminable. Si con ellas éste pensaba afianzarse en el trono, se equivocaba. En abril del 610 le mataron en el transcurso de un banquete. Como estamos viendo, este tipo de celebraciones eran harto peligrosas para los reyes visigodos. Esta afirmación no es ninguna broma: la concurrencia tumultuosa y la cercanía física ponía a los monarcas al alcance de los puñales de los asesinos.

Witerico sufrió la misma muerte que en su día el ostrogodo Teudiselo. Los nobles que con él banqueteaban le acuchillaron. Parece que el *comes* Bulgar y san Isidoro no exageraban. Los nobles debían de albergar mucho odio y mucho rencor contra el rey, porque no se conformaron con pasarle a cuchillo, sino que además le enterraron fuera de Toledo, al pie de la muralla, para infamarle incluso en la muerte. San Isidoro se limita a decir a propósito de este suceso que fue muerto a hierro quien a hierro había matado.

2. Gundemaro

No hay prueba alguna de que Witerico tuviese intenciones de hacer retornar al reino godo al arrianismo. Pero sí es cierto que la Iglesia

católica no encontró bajo su reinado el patrocinio más que generoso que le dio Recaredo. Las relaciones entre el episcopado y la Corona no debieron de ser muy buenas en esta época. Desde luego, en tiempos de Witerico no se celebraron concilios, ni nacionales ni provinciales, y eso podría ser el indicio de algo.



Gundemaro.

Con Gundemaro, las relaciones con la Iglesia volvieron a ser más fluidas y bajo su gobierno se tomó una decisión crucial. La sede metropolitana de la Carthaginense se trasladó desde Cartagena a Toledo. Es decir, pasó a esta segunda la jefatura espiritual de toda la provincia. Este cambio se dio porque Cartagena seguía siendo la capital de la provincia romana de Spania y era un quebradero de cabeza el que la sede espiritual provincial estuviese en territorio enemigo.

Parece ser que con anterioridad se intentó alguna otra solución. Pudo existir una nueva provincia llamada Celtiberia o Carpetania, con capital en Toledo, creada exprofeso para resolver esta situación anómala. Pero al final se optó por desplazar a Toledo la capitalidad religiosa de toda la Carthaginense.

La decisión se tomó en un concilio provincial en el que hubo una gran asistencia, lo que es prueba de las buenas relaciones de Gundemaro con el episcopado. Estuvieron presentes quince obispos de la Carthaginense, 26 de otras provincias y todos los metropolitanos excepto el de Gallaecia.

En cuanto a política interior, a Gundemaro no le tembló la mano a la hora de liquidar a la facción de Witerico. La muerte de éste no supuso sólo un relevo, sino un cambio de régimen. El *comes* Bulgar, al que ya conocimos en tiempos de Witerico, se convirtió en *dux* de la Septimania y tuvo un gran peso en la política exterior del reino durante esos años.

Política exterior que ganó durante ese tiempo en importancia. Los visigodos, pese a algunos sobresaltos, mantenían una buena relación con Austrasia, y justo en esa época este reino vio amenazada su frontera oriental por la llegada de un nuevo pueblo bárbaro: los ávaros.

Los ávaros eran nómadas guerreros que habían hecho un largo camino desde las fronteras occidentales del Imperio chino hasta Europa occidental. En esos años atacaron Austrasia incitados por Teodorico de Borgoña y su abuela Brunegilda, ya que esta última guardaba rencor no sólo a los visigodos. Después de haber llegado a regente de Austrasia, había sido expulsada del reino por la nobleza y, refugiada en Borgoña junto a su nieto, ejecutó su venganza contra Austrasia a través de los ávaros.

Eso es lo que siempre se sospechó y, de ser cierto, Brunegilda habría importado a tierras francas esa mala costumbre goda de acudir a enemigos exteriores para combatir a otro interior. Al fin y al cabo, eso fue lo que hizo su padre Atanagildo y gracias a ello pusieron pie los romanos de Oriente en Hispania.

El reino visigodo de Toledo trató de ayudar al franco de Austrasia en su lucha contra los ávaros. Lo hizo mediante contribuciones económicas, ya que le fue imposible enviarle tropas. Esto último se lo impidió el carecer de frontera común y el que Borgoña se negase a permitir el paso de soldados. Gundemaro reinó poco tiempo. Presenció esa convulsión allende sus fronteras que amenazaba la Galia y tuvo tiempo de guerrear contra los romanos de Spania, así como de lanzar una expedición de castigo contra los vascones; campañas sobre las que no tenemos más noticias que el dato de que se produjeron. A los dos años del asesinato de su predecesor, a comienzos del 612, falleció por

causas naturales.

3. Sisebuto y Recaredo II

Al efímero Gundemaro le sucedió uno de los grandes reyes de la Hispania gótica: Sisebuto. Un personaje notable por sus acciones políticas y militares, y difícil de analizar por lo complejo de su personalidad. Un hombre letrado, culto, que abarcó todos los campos de la política y que incluso legó para la posteridad una producción literaria.

Con él se produjo una vez más un cambio en las líneas de gobierno del reino de Toledo. Los dos reyes anteriores habían buscado la amistad de los reinos francos y tal vez un fruto indeseado de la misma fue que éstos volvieron a operar en la costa de Cantabria. Eso es lo que debemos entender de la alusión en las crónicas, escueta y sin entrar en detalles, acerca de que Sisebuto recuperó Cantabria del poder de los francos.

Ya vimos que Leovigildo tuvo que poner coto a la misma o parecida situación. Si los francos habían establecido de nuevo bases en la costa cántabra, debieron de ser los del reino de Neustria, que era el fronterizo por el noroeste con Hispania. La reacción de Sisebuto fue la misma que la de Leovigildo. Un ataque contra los cántabros y otro más específicamente contra los runcones, ese pueblo de situación incierta contra el que lucharon primero los suevos y luego los visigodos.

Ya en su día Leovigildo destruyó una flota sueva para impedir que los francos pudieran tener conexión demasiado estrecha con la Gallaecia. Sisebuto fue más allá y se ocupó de disponer de una armada capaz de combatir a los francos en la mar. Esa flota le sería al reino de Toledo muy útil años después, aunque no contra enemigos llegados del norte y sí contra otros procedentes del sur.

Justo en ese tiempo se produjo también un levantamiento de los astures, por lo que debemos suponer que, en esa época, la situación en toda la cornisa cantábrica fue convulsa y de conflicto. Tal vez sus habitantes habían visto una oportunidad para sacudirse el yugo visigodo a cambio de convertirse en algo parecido a un protectorado de los francos. Sin embargo, la reacción enérgica de Sisebuto dejó la intentona en nada, y en esas campañas contra el norte destacó un noble llamado Suintila, que no tardará en ganar protagonismo en esta historia.



Sisebuto.

Con igual energía procedió Sisebuto contra la provincia romana de Spania. El momento era favorable para los visigodos, puesto que el emperador Heraclio tenía que enfrentarse a los temibles ávaros y no podía destinar ni un solo soldado al refuerzo de Spania.

En su *Historia de los godos*, san Isidoro menciona dos campañas e indica que ciudades importantes cayeron en poder visigodo. Pudiera ser que durante la primera de esas campañas, al comienzo del reinado de Sisebuto, los visigodos arrasaron Cartagena. San Isidoro atestigua ese daño, pero tal afirmación es sin duda exagerada, ya que la ciudad siguió existiendo y con obispo propio. Pero sin duda, el castigo debió de ser muy duro y la destrucción importante. Cartagena, entonces conocida como *Carthago Spartaria*, había sido la capital de esa agonizante pero todavía peligrosa provincia del Imperio de Oriente y

tuvo que pagar por ello.

Cesáreo, gobernador de Spania, pidió la paz y Sisebuto se avino a ella. Hay quien dice que ese monarca culto y belicoso tenía un lado benevolente y por eso aceptó un acuerdo. Pero es más posible que se tratase de una decisión estratégica. Que, enfangado con los problemas de la cornisa cantábrica, Sisebuto decidiera que lo más favorable era tener tranquilidad en el sur.

La paz se negoció en el 615. El gobernador Cesáreo y Sisebuto acordaron incluso el envío de una embajada conjunta a Constantinopla para convencer al emperador Heraclio de que ratificase el acuerdo por ellos alcanzado. O bien el emperador no estuvo de acuerdo o todo fue una argucia de Sisebuto para ganar tiempo, porque la guerra no tardó en reanudarse.

La segunda fase fue todavía más calamitosa para los romanos. Culminó con la caída de Málaga en el 619 y, al término de la misma, habían perdido varias poblaciones de peso. Con esa guerra, la otrora poderosa provincia de Spania quedó reducida a unas pocas plazas fuertes costeras en espera del golpe final.

Sisebuto fue un hombre de fuertes convicciones religiosas y moralidad rígida. Aunque durante su reinado sólo se celebraron dos concilios provinciales, siempre estuvo muy atento a todas las cuestiones tocantes al clero. No dudó en reprochar a los obispos su falta de rigor y diligencia cuando así lo creyó preciso, e incluso recusó los nombramientos que le parecieron indignos. Fruto de su religiosidad fue también su obra *Vida de San Desiderio*, acerca de un mártir de Borgoña.

Una consecuencia más sombría de su ardor religioso fue la crueldad con la que procedió contra las comunidades judías. Sisebuto desarrolló toda una legislación antijudía que restringía las actividades de los miembros de esta confesión e incluso se llegó al extremo de que los esbirros del rey bautizasen a la fuerza a gran número de judíos.

Esas medidas extremas entroncaban con una agitación antisemita generalizada en esa época. Parece que el iniciador de todo fue el emperador Heraclio, que tuvo un sueño en el que su imperio era destruido por una raza errante y circuncisa. Una visión que le llevó a desatar una persecución contra los judíos en su imperio y que fue imitada tanto en los reinos francos como en el visigodo.

En este último caso al menos, aparte de la intolerancia religiosa, pudo haber más motivaciones. A partir de la conversión de Recaredo y de que éste se apoyase en el episcopado católico, los judíos quedaron excluidos de cualquier oficio público que pudieran haber ejercido hasta ese momento. De ser una minoría en la que pudo apoyarse un rey como Leovigildo, pasaron a ser vistos con recelo. A ser considerados un cuerpo social ajeno, cohesionado y solidario, que

tendía a acumular riqueza y poder. De ahí pudieron partir las leyes que restringían sus actividades económicas y ponían trabas a que los cristianos entrasen a su servicio: fórmulas para evitar que ganasen poder y clientelas.



Recaredo.

Pero es obvio que en la actuación de Sisebuto pesó también el fanatismo.

Su política de conversiones forzosas fue reprobada por la Iglesia católica. San Isidoro, que en otras cuestiones le dedicó grandes elogios, no se recató de mostrar su rechazo a esa práctica. Pero Sisebuto estaba acostumbrado a mandar y no obedecer, y el disgusto de los obispos no hizo mella en su decisión de convertir a la fuerza a los judíos.

Cuando murió en el 621, había dejado la sucesión del trono expedita para su hijo Recaredo II. Siendo como era Sisebuto un rey tan cultivado, la elección del nombre de su hijo no debió de ser casual. Era simbólica de todo un esquema trazado por el monarca: la creación de una nueva dinastía tan gloriosa como la de Leovigildo y el primer Recaredo.

Por desgracia para él, lo que no pudo elegir fue la fecha de su muerte, que llegó demasiado pronto para sus designios. San Isidoro nos informa de que falleció por una ingesta en dosis erróneas de un

medicamento, así que no es imposible que muriese envenenado.

En cuanto a Recaredo II, sólo sabemos que era joven cuando subió al trono y que murió a los pocos días de coronarse. No tenemos ninguna información concreta sobre esa muerte y siempre se ha dado por supuesto que no fue casual. Las casualidades existen, es cierto, pero a tenor de posteriores acontecimientos es mucho más plausible que lo eliminasen.

17
Crónicas y cronistas

PARA TRATAR DE ENTENDER lo que pudo ser la historia de los visigodos en Hispania es preciso que tengamos en cuenta el origen y la naturaleza de cada uno de los relatos que nos han llegado sobre esa época. Y tampoco debemos perder de vista a sus distintos autores. Es absurdo pretender que los cronistas de la Antigüedad eran observadores imparciales. Los autores de otrora, como los de ahora, iban lastrados por sus propias ideologías, prejuicios e intenciones. Y todo eso contamina sus crónicas, unas veces de forma inconsciente y otras voluntaria. Esperar asepsia de las noticias antiguas es tan infantil como esperarla de las que vemos y leemos todos los días en los medios.

A esto se añade el que no disponemos de tantas fuentes sobre los visigodos, y menos contemporáneas de los hechos. En este capítulo vamos a dar un repaso a las principales de esas fuentes por la razón arriba mencionada de la distinta fiabilidad. Eso no quita para que existan referencias de otros autores que no vamos a citar aquí, pero no tiene sentido convertir este capítulo en un listado exhaustivo.

Si colocamos este repaso justo aquí es por un motivo concreto. La estructura de este libro es un intercalado de capítulos de narración cronológica con otros en los que se abordan factores que tuvieron peso en el reino de Toledo. Y a estas alturas de la historia falta ya poco para que desaparezca san Isidoro de Sevilla. Con su muerte, cesó la crónica y ya sólo tendremos poco más que la *Vida de Wamba*, de Julián de Toledo, que se circunscribe a la primera parte del reinado de este monarca.

Respecto al origen y supuestos primeros siglos de los visigodos, la fuente es Jordanes o Jornandes, al que ya citamos casi al comienzo de la obra. Su obra es la *Getica*, también llamada *Origen y gestas de los godos*. Jordanes vivió en tiempos de Justiniano y su obra abarca desde los orígenes míticos del pueblo de los godos hasta el año 551.

Es importante tener en cuenta que el propio Jordanes era de sangre goda. Algunos, a partir de lo que él mismo dejó escrito sobre sus antepasados, sostienen que en realidad debían de ser alanos al servicio los godos. Eso no importa tanto. Sí que Jordanes sentía obvia

simpatía por los godos y que tenía a gala llevar sangre de esa raza en sus venas. El mismo autor era consciente de ello y alguna protesta hizo en su texto acerca de que todo eso no le llevó a faltar a la verdad de lo narrado.



Julián de Toledo.

Ya en Hispania, Hidacio nos dejó una crónica que abarca del 379 al 468. Hidacio, natural de la Gallaecia, fue testigo unas veces y otras tuvo noticia de primera mano de los sucesos que narra. Su crónica da fe de la entrada de los bárbaros en Hispania y deja constancia de sus terribles depredaciones. Y una vez más queda de manifiesto que es preciso tener en cuenta la personalidad del narrador. Hidacio, además de hispano, era obispo católico. Como es lógico, no pudo por menos que legarnos una imagen muy negativa de esos invasores arrianos y sanguinarios. ¿Quiere decir eso que debamos negar credibilidad a la crónica de Hidacio? En absoluto. Su valor es innegable, pero es preciso tener en cuenta ese factor para valorar en su justa medida lo que cuenta.

Bastante más oscuro es el origen de la llamada *Chronica Caesaraugustana* o *Crónica de Zaragoza*. En un tiempo se consideró que había sido escrita por Máximo de Zaragoza, obispo católico visigodo

de esa ciudad entre finales del siglo VI y principios del VII. Pero ésa es una atribución sin ningún fundamento. Es más, la *Chronica Caesaraugustana* no es tal crónica. En realidad es tan sólo una serie de anotaciones al margen escritas en las crónicas de Juan de Bíclaro y de Víctor de Tunnuna.

Esa consideración de crónica se la dio su día el historiador Theodor Mommsen, que además la creyó obra de un solo autor. Todo eso está hoy en día descartado. Los autores debieron de ser varios y sin intención de narrar algo de forma separada y con coherencia interna. Con esas anotaciones marginales lo que trataban era de rellenar huecos en las crónicas citadas.

Son un total de 35 notas que cubren desde el año 448 al 588. Citas escuetas al extremo de causar desesperación entre quienes tratan de interpretar qué quieren decir algunas de ellas. Además, no todas se consideran de fiar. Hay una noticia acerca de unos juegos circenses que se celebraron en Zaragoza, muy cuestionada. De ser cierta, sería la prueba de que en Hispania pervivían de formas muy tradicionales de romanidad a pesar de lo tardío de la época y de la hostilidad del episcopado católico hacia este tipo de espectáculos públicos. Pero muchos sostienen que es un anacronismo que se coló en los textos.

Otro ejemplo de anotaciones que hay que tomar con precaución son las que dan noticia de las idas y venidas de Gesaleico entre Hispania y África, porque las fechas ofrecidas son incongruentes. O dos noticias de la muerte que dio a respectivos nobles godos, que bien pudieran ser dos versiones de un solo suceso.

Contemporáneos de los sucesos que narran en sus crónicas fueron tanto Gregorio de Tours como Juan de Bíclaro, aunque su distancia física respecto a ellos era distinta, como lo eran sus respectivos talantes.

Gregorio de Tours era un galorromano de familia antigua e influyente. Vivió a lo largo del siglo VI, por lo que tuvo que desenvolverse entre las turbulencias de esos años, ensangrentados por guerras entre reyes merovingios que eran todos parientes cercanos. Gregorio de Tours escribió la *Historia de los francos*, una crónica de los distintos reinos francos y de los principales sucesos acaecidos en ellos. Y que también está llena de alusiones a sus relaciones con el reino visigodo de Toledo, que es lo que interesa a los propósitos de este libro.

Y aquí entra de lleno el problema del narrador, porque Gregorio de Tours no es ni de lejos un cronista imparcial. No es que estuviese lastrado por su origen y sus circunstancias, como en el caso de Hidacio. Gregorio de Tours era partidario abierto de los francos y en su crónica fue con frecuencia apologista de ese pueblo y de sus reyes. Por tanto, para él los visigodos eran los enemigos y conviene extremar

la prudencia ante algunas de sus afirmaciones. Tampoco eso quiere decir que haya que creer que todo ocurrió justo al contrario de como él lo cuenta. Pero sí es preciso extremar la visión crítica al recurrir a su texto.

Juan de Bíclaro en cambio era godo. Un visigodo católico al que Leovigildo castigó con el destierro por culpa de su religión. En este caso, parece razonable pensar que cuando nos transmite en su crónica impresiones favorables acerca del rey Leovigildo debemos tomarlas con menos escepticismo que si hubieran sido escritas por un cronista cortesano. Porque, aunque al final fue perdonado y pudo desarrollar su actividad religiosa, desde luego que Juan de Bíclaro no tenía ningún motivo para sentir simpatías por ese rey. Por tanto, cuando él mismo nos dice que Hermenegildo se levantó contra su padre para imponer una tiranía y no en defensa de la fe católica, merece la pena que tengamos en cuenta esa apreciación.

Juan de Bíclaro dejó para la posteridad un cronicón que va del 567 al 589. Su pretensión era continuar la crónica escrita por Víctor de Tunnuna, un obispo africano. De ahí que sea en copias de ambos textos donde se encuentran las anotaciones al margen que después reunidas recibieron el nombre de *Chronica Caesaraugustana*.

Podemos decir que el último gran cronista del reino visigodo de Toledo fue san Isidoro de Sevilla. La importancia de este personaje va más allá de la historiografía. Isidoro puede ser considerado con justicia un antecedente de los humanistas, tanto por la amplitud de sus intereses como por su afán de preservar y trasmitir los conocimientos clásicos. Su obra es titánica y aborda toda clase de temas. Fue ese tipo poco frecuente de hombre que tuvo una comprensión de la época en la que le tocó vivir accesible a muy pocas mentes.

No podemos aquí detenernos a glosar todos los aspectos de una figura de la talla de san Isidoro. Por ejemplo, fruto de su empeño por preservar la sabiduría de un mundo antiguo ya naufragado fue su monumental obra *Etimologías*. Con ella quiso conservar saberes en peligro de desaparición. Pero tendremos que ceñirnos a su faceta como historiador.

Isidoro de Sevilla fue el autor de la *Historia de los godos*. En realidad el nombre de la crónica es *Historia de los reyes de los godos, de los vándalos y de los suevos*. Fue una obra escrita en partes, en el orden que su mismo título anuncia. Es decir, una primera versión versaba sólo sobre los godos, la segunda ya llevaba el añadido de la historia de los vándalos y la tercera también la de los suevos.

En esta obra —grande en ambición y lacónica en su escritura, a tal punto que no pocas de sus afirmaciones podrían interpretarse de varias maneras— nos narró la historia de los godos entre los años 265 y 624. Son, pues, casi tres siglos y medio. Y aquí tampoco debemos

olvidar el problema del narrador. Si Gregorio de Tours era partidario y apologista de los reyes merovingios, Isidoro de Sevilla lo era de la monarquía visigoda. Él mismo era un mestizo, hijo de un hispanorromano pudiente y de una goda de buena familia.

Tampoco debemos olvidar que san Isidoro fue contemporáneo de algunos de los reyes cuyos gobiernos glosa. Y que, por tanto, la prudencia matiza a veces sus escritos. En su crónica, por ejemplo, no escatima reproches a Sisebuto por su política de conversión forzosa de judíos. Sin embargo, su narración llega hasta el reinado de Suintila y no cubre siquiera todo ese periodo. Sin duda, algo tiene que ver con ello el que Suintila fuese derrocado por Sisenando, bajo cuyo reinado san Isidoro se convirtió en un verdadero inspirador ideológico del Gobierno.

Distante en el espacio es el *Fredegario* o *Pseudo Fredegario*, crónica atribuida a un franco de ese nombre y que registra sucesos acaecidos entre los años 561 y 641. También éste se centra sobre todo en los francos y da noticias sobre los pueblos limítrofes a éstos, entre ellos los visigodos. Es gracias a él como sabemos que en tiempos de Sisebuto se llevó a cabo una campaña para desalojar a los francos de Cantabria.

Volviendo a Hispania, hemos de decir que la muerte de san Isidoro nos dejó huérfanos de crónicas. Hay un vacío de varios reyes. Ya sólo encontraremos la *Historia del rey Wamba* escrita por Julián de Toledo. Es más prolija en detalles que las anteriores, pero por desgracia sólo llega hasta la rebelión del *dux* Paulo, que trató de hacerse rey de la Septimania y la Tarraconense. En el caso de Julián de Toledo la cuestión del narrador se complica todavía más, puesto que él mismo fue actor de los sucesos políticos de su época. Metropolitano de Toledo, comenzó siendo partidario decidido de Wamba, por lo que lo que nos dejó narrado acerca del ascenso de este rey al trono y de la rebelión del *dux* Paulo es de lo más favorable al monarca. Después su relación se enfrió de manera notable y Julián tuvo parte en el derrocamiento de Wamba. Fue él quien administró la penitencia al rey en su supuesto trance de muerte; algo que le impidió seguir gobernando.

Además, tenemos la *Chronica Regum Visigothorum*, también llamado *Cronicón de Wulsa*, que es un listado de los reyes visigodos, que se comenzó a redactar en tiempo de los últimos de estos soberanos y conoció sucesivas ampliaciones. También, la *Continuatio Hispana*, escrita a mediados del siglo VIII por un autor anónimo, cristiano, que vivió en zonas controladas por los conquistadores musulmanes. Gracias a ellas tenemos noticias sobre sucesos ocurridos en época de los últimos reyes visigodos.

Fuera de eso, tenemos algún documento alejado de Hispania,

como el *Ravenate* o *Anónimo de Rávena*, de mediados del siglo VII, gracias al cual suponemos que en algún momento se produjeron variaciones en la división provincial del reino visigodo, o alejado en el tiempo, como la *Crónica de Alfonso III* en sus distintas versiones. Con ese material escaso es con el que los historiadores han tenido que trabajar.

18
De Suintila a Tulga
De la monarquía teocrática a la teocracia
621-642

EL REINADO EFÍMERO DE RECAREDO II y su muerte están en completa oscuridad. Aun partiendo de que las crónicas son de frases parcas y a veces ambiguas, este caso resulta en especial llamativo. San Isidoro se limita a decir que reinó unos pocos días y que luego murió. Nada más. Ni siquiera una mención imprecisa a las causas, tal como al menos hizo con la muerte de su padre Sisebuto.

¿Por qué una cita tan oscura? Tal vez porque San Isidoro fue un apologista entusiasta de su sucesor, Suintila. La brevedad de su comentario nos hace sospechar que quiso pasar de puntillas sobre una sucesión muy poco ejemplar. De ahí a su vez las suposiciones de que fue asesinado.

De Recaredo II sabemos que era joven. Pero de esa simple afirmación no cabe colegir que fuese un niño. Podría perfectamente haber tenido veintipocos años. Suficiente edad para algunos, pero que en su caso no le habría bastado para acumular la experiencia necesaria ni para sumar los apoyos precisos para gobernar un reino tan turbulento y peligroso como el visigodo.

¿Fue eliminado? Es muy posible. Ya hemos visto que tal vez su antecesor Sisebuto pudo ser víctima de un veneno. De ser así, nada más fácil que repetir la jugada con su hijo. Pero como pueden ver, una vez más estamos encadenando suposiciones a partir de otras suposiciones por la ausencia de noticias ciertas.

1. Suintila

Tras la muerte de Recaredo II, los nobles godos eligieron a un rey guerrero. Suintila, aquel que fue general durante el reinado de Sisebuto y guerreó en el norte contra runcones y cántabros. Y si lo

eligieron justo por sus cualidades militares, en esta ocasión tuvieron motivos para felicitarse ante lo acertado de la decisión.



Suintila.

Su mayor éxito militar sin duda fue acabar por fin con la presencia de los romanos de Oriente en Hispania. La otrora peligrosa provincia de Spania se había visto reducida a unos tristes restos. Sin embargo, Suintila, como los buenos estrategas de verdad, no se confió a la simple superioridad militar.

Desconocemos los pormenores de la guerra final contra Spania. Sí sabemos que el gobierno de la provincia estaba confiado a dos patricios. Eso hace pensar que el poco territorio que quedaba en manos romanas estaba partido al menos en dos, debido a las sucesivas conquistas visigodas, y que cada fracción había sido confiada a uno de esos patricios.

Esta suposición se refuerza con el transcurso de los acontecimientos. San Isidoro cuenta que Suintila se ganó a uno de los patricios mediante la prudencia y al otro le venció por la fuerza de las

armas. Es decir, que consiguió que uno le entregara sus plazas y al otro le derrotó y conquistó. Hay quien supone que fue en esa campaña y no durante el reinado de Sisebuto cuando cayó Cartagena. También es posible, justo que esta ciudad era la capital de la provincia y casi nunca con las fechas tenemos una certeza absoluta.

Su otra gran hazaña con las armas fue zanjar un problema que se había vuelto endémico: el de las incursiones de los vascones. Habían alcanzado tal gravedad que se habían convertido en una amenaza para el reino, tales eran las destrucciones y las pérdidas agrícolas que causaban. En esa época, lanzaban un ataque tras otro contra el valle del Ebro, que además de ser una zona agraria de gran valor era la puerta de acceso desde el interior a la región costera de la Tarraconense.

Hay documentos de la época que atestiguan que los vascones llevaban tiempo con ataques muy destructivos contra toda esa zona. También están registrados combates que tuvieron lugar en la misma época en la otra vertiente de los Pirineos, en la Aquitania. Esa coincidencia temporal podría indicar que se había producido en el *Saltus Vasconum* un aumento de la presión demográfica o quizá una escasez de alimentos debido a una climatología desfavorable que llevó a los más desfavorecidos a echarse a la incursión y al pillaje.

La hipótesis de que fue la necesidad lo que lanzó a bandas de vascones al saqueo durante esos años se basa en que no se sabe que hubiese organización ni sistema en los ataques. Fuera así o no, el rey Suintila decidió poner remedio por la vía militar. Y una vez más demostró su gran talla en tal terreno.

La campaña contra los vascones se desarrolló en el 625 y Suintila no se conformó con batir a los incursores y mandarlos de vuelta a sus refugios en las montañas. Los derrotó de forma rotunda en el llano y luego les atacó en su propio terreno. Los vascones tuvieron que rendirse y entregar rehenes en prenda de paz, algo nunca visto hasta ese momento. También, como parte de las condiciones de rendición, tuvieron que construir con sus propias manos un enclave militar para los visigodos. Ése fue Ologicus, que se identifica con el actual Olite.

En realidad Ologicus fue la reconstrucción de otro puesto más antiguo de la época de los romanos. Formó parte de una línea defensiva en la que también estaba Victoriacum; una especie de *limes* vascón. Todo eso demuestra varias cosas. Una, que los romanos también tuvieron que vigilar la zona. Porque una cosa era que tuvieran en general buenas relaciones con los vascones y otra que no hubiera que sufrir ataques de bandas incontroladas. Lo segundo que demuestra es que Suintila, pese a haber derrotado por completo a los vascones, era consciente de que los visigodos no tenían recursos para controlar de forma efectiva esa fragosa tierra. Y como militar avezado

que era, se preparó para futuros conflictos reforzando la línea defensiva.

La *Historia de los godos* de san Isidoro llega justo hasta esta campaña. Aunque vivió para ver el derrocamiento de Suintila y para ser el inspirador ideológico del reinado de su sucesor, ya no consignó más. Y respecto a esta historia, hemos de recurrir a referencias más lejanas en el espacio y el tiempo.

Suintila asoció a su hijo Ricimiro al trono, siguiendo así los pasos que dieron en su día Leovigildo, Recaredo y Sisebuto. En su caso, ni siquiera se produjo una sucesión tan efímera como la de los dos últimos monarcas citados. Ricimiro no llegó nunca a ser rey en solitario, puesto que su padre fue depuesto en el año 631.

Fue una conjura nobiliaria la que expulsó a Suintila del poder. Parece ser que algunas de sus medidas habían causado la insatisfacción de los poderosos del reino y a cambio le habían elevado a ojos de los elementos más populares. Si defendió a los segundos frente a abusos de los primeros o si los favoreció con la idea de apoyar a su dinastía en el pueblo frente a la nobleza es algo que no sabemos. Pero si fue así, el resultado produjo una reacción nobiliaria que le derrocó.

Es paradójico que un gran militar como Suintila cayese ante una rebelión interna y no por un golpe de palacio. O tal vez no. Suintila no era un hombre débil y debió de mantener un control férreo sobre su ejército real. De ahí que tal vez fuese difícil expulsarle del trono mediante un golpe de mano.

La rebelión comenzó en la Septimania y fue la culminación de una vasta conspiración en la que participó el propio hermano del rey, Geila. Encabezó la revuelta Sisenando, que era miembro de la nobleza local. La aristocracia goda de la Septimania siempre fue algo aparte de la restante. Llevaba ya asentada mucho más tiempo y ocupaba un territorio periférico, algo los dejaba al margen de la política palaciega y a cambio les daba mayor grado de autonomía.

Y no era ésa la única ventaja. Al ser de la Septimania, Sisenando tenía relaciones con los mandos de las tropas allí estacionadas. Y además, contactos entre los enemigos por antonomasia de los visigodos: los francos.

En esta rebelión se repitió el *leit motiv* de los godos. Sisenando no dudó en buscar la ayuda de Dagoberto de Borgoña para destronar a su propio rey. Dice la leyenda que, para ello, el primero ofreció al segundo un botín único: una bandeja de oro de 500 libras de peso, regalo de Aecio al rey Turismundo tras la batalla de los Campos Cataláunicos contra Atila. Esa bandeja era uno de los bienes más preciados del famoso tesoro de los visigodos, un elemento casi irónico del mismo. Pero Sisenando no dudó en canjearlo por una corona para

sus sienes.

Un ejército mixto de godos de la Septimania y francos de Borgoña —éstos al mando de dos generales llamados Venerando y Abundancio — entraron en Hispania. Suintila salió a plantarles batalla con su ejército. Las dos fuerzas fueron a verse las caras junto a Zaragoza, pero, antes de entablar combate, se produjo un suceso inesperado. Los godos abandonaron a Suintila y, reunidos en asamblea extraordinaria de todos los hombres libres y en armas, siguiendo con tradiciones ancestrales, aclamaron como rey a Sisenando.

La guerra acabó así antes de comenzar, sin derramamiento de sangre. Sisenando se convirtió en rey y Suintila desapareció de la historia. Se cree que no fue muerto, que él y los suyos conservaron la vida, y que murió en Toledo unos años después. Todo esto ya no lo contó san Isidoro.

La historia de la alianza de Sisenando con Borgoña tuvo un epílogo curioso. Los nobles godos se opusieron con firmeza a que una pieza de tanto valor material y simbólico como la bandeja saliera del tesoro visigodo. Sisenando tuvo que ceder y, en vez de entregar la bandeja, compensó a Dagoberto con 200 000 sueldos de oro. La pureza del metal entregado fue tanta que, durante algún tiempo y gracias a eso, la moneda emitida en Borgoña ganó de forma notable en calidad.

No se han conservado monedas con la efigie de Ricimiro, aunque se supone que llegó a estar asociado al trono. O bien era todavía demasiado niño cuando cayó su padre o esa asociación fue sólo un proyecto que no tuvo tiempo de concretarse. En cambio sí que han llegado hasta nosotros un par de monedas que por su factura deben de ser de esta época. Fueron acuñadas en la Bética y muestran el rostro de un tal Iudila del que ninguna crónica guarda recuerdo.

Tal vez este Iudila fue un noble que aprovechó la rebelión de la Septimania para proclamarse a su vez rey en la Bética. Si fue así, su triunfo fue local y efímero. O tal vez su intentona tuvo lugar algo más tarde. Lo que importa es que la existencia de esas monedas prueba que se produjo otro intento de usurpación en el sur. Y eso a su vez es indicativo de que se estaban dando cambios en el reino visigodo de Hispania.

A partir de estas fechas, cada vez serán más abundantes los personajes que se proclamen rey en una de las provincias o incluso en parte del reino. Algunos llegarán incluso a ser ungidos. Y a la postre ése se convertirá en otro de los factores clave en la descomposición y pérdida de la *Gothia* hispánica.

2. Sisenando

A primera vista, el reinado de Sisenando puede considerarse como una época bastante gris. No se produjeron en esa etapa grandes convulsiones ni sonados hechos de armas. Y, sin embargo, los años de su reinado, 631-636, marcaron un giro drástico en la política real. Son un punto de inflexión en el que el Estado visigodo se abre a influencias que a la larga llevarán a su destrucción, tres cuartos de siglo más tarde.

Debido al silencio de la crónica de san Isidoro, carecemos de noticias de primera mano. Pero es muy posible que con el derrocamiento de Suintila se cercenase un intento de asentar una Corona fuerte e independiente de la nobleza y el clero. Para ello, Suintila habría tratado de apoyarse en elementos más populares. Sisenando le expulsó del trono con apoyo de esa nobleza y ese clero. La contra partida fue que de nuevo el rey quedaba a expensas de los notables. Ellos le habían entronizado y ellos podían derrocarle.

Ya en el poder, Sisenando buscó la aprobación de la Iglesia. Durante su reinado se convocó el IV Concilio de Toledo. Una de las cuestiones de las que se ocuparon los obispos fue de legitimar su ascenso al trono. San Isidoro de Sevilla presidió ese concilio, lo que añade razones para que su crónica acabase a mediados del reinado de Suintila, pese a que sin duda podría haber añadido algunos años a la misma.



Sisenando.

Puesto que uno de los objetivos del concilio era justificar el cambio violento de rey, llama la atención que no se celebrase hasta más de dos años después de la victoria de Sisenando. El retraso pudo deberse a conflictos internos. Tal vez la victoria en Zaragoza sobre Suintila no significó que todo el reino quedase de manera automática en su poder. Acabamos de hablar de un misterioso Iudila que acuñó moneda como rey en la Bética en esa época. Tal vez no fue el único que intentó hacerse con la Corona, aprovechando las turbulencias. Y parece ser que el propio hermano de Suintila, Geila, que estuvo en la conspiración de la Septimania, tramó después una rebelión contra el nuevo rey.

Todo eso, además de explicar el retraso, ayudaría a entender el gran peso que tuvo en ese concilio la legitimación del gobierno de Sisenando. El sínodo se abrió con la sanción eclesiástica de su derecho a gobernar. Los obispos excomulgaron a Suintila, a su esposa y a sus hijos. Se les privó de todos sus bienes materiales y se les dejó a la clemencia del nuevo rey. Asimismo, se condenó a Geila y es por eso por lo que sabemos que trató de revolverse contra su otrora cómplice en la conjura, aunque ignoramos cuáles fueron sus motivos.

Pero ese concilio también tomó acuerdos que reforzaron el carácter teocrático de la monarquía visigoda. De entrada, consagraron la doctrina de que al trono se accedía por elección y no por sangre. La Iglesia refrendó así con su autoridad el privilegio de los grandes nobles, los *primates*, de elegir a los reyes, frente a los intentos de estos hacer sucesoria la monarquía.

A partir de ese concilio, como contrapartida a la sanción eclesiástica, el alto clero quedó incluido entre los electores. Además de ahondar en la raíz teocrática de la monarquía, esto supuso una alianza de poderes fácticos góticos e hispanorromanos, representados por la alta nobleza y los obispos, frente al poder real.

Mediante la doctrina eclesiástica, se cercenó la autonomía real. También fue en ese concilio donde se dictaminó que sólo podían acceder al trono aquellos que fuesen miembros de la nobleza goda. Y se legisló para imponer castigos materiales y espirituales contra todos aquellos que tratasen de ocupar el trono por la fuerza y sin someterse a los nuevos procedimientos dictados en ese mismo concilio.

Se estableció un rito, el de la unción, mediante el que la Iglesia católica sacralizaba la ceremonia de coronación de los nuevos reyes. Un ritual que ha llamado mucho la atención a los estudiosos y que ha provocado gran número de teorías y controversias. Hay quienes suponen incluso que con este procedimiento trataban de equiparar los reyes visigodos a los del Antiguo Testamento.

Pero el concilio también se ocupó de temas más religiosos. Estableció los procedimientos para la elección de los obispos y

procedió a una ordenación de la liturgia. Fue aquí donde nació el rito gótico, que más tarde sería llamado mozárabe y que estaría durante siglos en vigor en buena parte de la Península.

El concilio también tuvo que ocuparse del problema judío. La gravedad que había tomado el asunto y la importancia que daban a la cuestión los poderes públicos quedan de manifiesto por el hecho de que a este tema se dedicaron diez cánones frente al único del III Concilio de Toledo.

En muy poco tiempo, la actitud de la Corona frente a los judíos había ido del recelo a la hostilidad legislativa y a la persecución física. Recalcamos lo de «muy poco tiempo». El gran número de reyes que hubo crea a veces la impresión inconsciente de grandes periodos temporales. No es así. En realidad habían pasado pocos años y muchos de los presentes en el concilio habían conocido la etapa de Recaredo I.

Que san Isidoro organizase y presidiese ese concilio sin duda tuvo mucho que ver con la profundidad con la que se trató este problema. En su día, la Iglesia se había opuesto a la política de conversiones forzadas de Sisebuto, y san Isidoro dejó constancia de su rechazo a esto en sus escritos. Era el momento de subsanar la situación creada por la legislación represiva de Sisebuto.

En la realidad, este concilio no vino a arreglar gran cosa la opresión que sufría la minoría judía. Es cierto que se suavizaron algunas de las disposiciones más duras. Por ejemplo, se dictaminó que era ilegal la conversión a la fuerza. Pero no se permitió que pudieran regresar a su antigua fe aquellos judíos que habían sido obligados a convertirse, dado que algo así iba contra la santidad del bautismo recibido.

Hubo, por tanto, un montón de judíos que se encontraron convertidos en cristianos sin remisión. Esa situación de irreversibilidad llevó a un nuevo problema, el de los falsos conversos y los judaizantes. Los reyes y los concilios posteriores tendrían que enfrentarse a la existencia de individuos que eran cristianos en apariencia y practicaban el judaísmo en secreto. La única solución que se aplicaría desde la Corona a este problema serían nuevas leyes represivas.

3. Chintila

En marzo del 636 murió Sisenando y en su lugar los nobles eligieron a Chintila. Es muy posible que esa elección tuviese lugar el mismo día de la muerte del anterior rey. Así parece desprenderse de que el nuevo monarca convocase de inmediato un nuevo concilio en Toledo, con

tanta rapidez que en junio ya había concluido.

La falta de noticias ciertas sobre esta época nos obliga de nuevo a especular acerca de la rapidez de la elección del rey y de la convocatoria del concilio. Debemos suponer que la muerte de Sisenando trajo alteraciones e intentos de usurpación. No importa lo que dispusieran las leyes civiles y eclesiásticas. Siempre había nobles que se creían lo bastante fuertes como para ocupar por las armas el trono.

La experiencia decía que, de triunfar, ya conseguirían que los obispos legitimasen su usurpación. De hecho, el que los usurpadores triunfantes propiciasen a su vez la promulgación de leyes contra la usurpación no deja de ser una prueba más de la debilidad que estaba carcomiendo al Estado visigodo.

El V Concilio de Toledo se ocupó sobre todo de reafirmar la figura real y de sancionar su inviolabilidad. De nueve cánones promulgados, ocho tratan sobre la autoridad del soberano y sobre su elección. También garantizan a los *fideles regis*, la clientela político-militar del rey, la pacífica posesión de los bienes adquiridos. Eso debía ser un punto importante, ya que esos hombres de máxima confianza que rodeaban al soberano temerían verse privados de sus propiedades en caso de una sucesión violenta.

Se dice que Chintila no fue más que un títere de los obispos y que éstos tomaron la dirección efectiva del reino. Sin duda su poder fue mucho más limitado que el de alguno de sus antecesores y tuvo que buscar el respaldo del episcopado frente a posibles usurpadores. Aunque parece que tampoco fue una marioneta del todo dócil y en lo posible trató de sacar provecho de las facciones dentro de la propia Iglesia católica. Pero en todo caso, en cuanto a poder, fue la sombra de algunos de sus antecesores y de algunos de los que le sucederían.

La premura con la que se convocó el V Concilio provocó que la asistencia al mismo fuera escasa. Eso llevó a convocar en el 638 el VI Concilio de Toledo. En esa ocasión la representación fue muy amplia y se trataron cuestiones tanto políticas como doctrinales.

La parte política se dedicó sobre todo a abundar y reafirmar cuestiones ya abordadas en el anterior concilio. Volvió a insistirse en la inviolabilidad del rey y de su clientela. Respecto a esta última, los *fideles regis*, se introdujo una variación muy importante: ya no sólo se les garantizaban a ellos la vida y los bienes tras la muerte del rey. En este concilio se le reconoció su estatus. Pasaban así de ser una clientela político-militar vinculada a la persona del soberano, a vincularse al trono en sí mismo. Fue una medida destinada a reforzar la estabilidad. Mediante ella el nuevo rey contaría con el respaldo de una clientela con poder y experiencia, que además tendría todo que perder en caso de un cambio violento de régimen.

También se dedicó un canon a aquellos que buscaban asilo entre los enemigos del reino. Cabe preguntarse a quiénes se referían y quienes eran exactamente los enemigos. Pero a tenor de sucesos posteriores debemos pensar que es una alusión a un fenómeno conocido como los *refugae*. A rebeldes, proscritos y derrotados que buscaban refugio en la cornisa cantábrica, entre los vascones o entre los francos, para sobrevivir. Fugitivos que una vez a salvo se convertían en un enemigo más al acecho en busca de un momento de debilidad para tratar de volver a la carga.

Este problema de los *refugae* llevaba tiempo cobrando fuerza. Comenzó de forma significativa durante este reinado de Chintila, lo que puede indicar una vez más que hubo agitación y problemas que no quedaron registrados en las crónicas. Rebeliones y conjuras que provocaron la huida de los responsables para salvar la vida. El fenómeno de los *refugae* alcanzaría su cénit en la transición entre el reinado de Chindasvinto y el de Recesvinto, con la intentona de Froya, de la que ya hablaremos.

Es como si en esa etapa se viesen enemigos por todos lados. Así se explica en parte que, después de cierta relajación de la legislación antijudía en el Concilio IV en este VI se volviera a una normativa que nada tenía que envidiar a la de Sisebuto. Incluso se fue más allá en lo simbólico, llegando a alterar la fórmula del juramento de los reyes para que éstos afirmasen que no permitirían que los judíos atacasen a la fe del reino.

Aparte del recelo de la Corona contra los judíos, en esta nueva ola represiva tuvieron mucho que ver las intromisiones en Hispania del papa Honorio I. Honorio era enemigo encarnizado de los judíos y recriminó al episcopado español lo que a su juicio era tibieza en esta cuestión. Los exhortó a endurecer su postura y la respuesta de los obispos españoles, encabezados ahora por san Braulio, fue la de sumisión a las instrucciones papales.

El año siguiente al concilio, murió Chintila y su hijo Tulga fue elegido como nuevo rey.

4. Tulga

De Tulga bien poco podemos decir excepto que duró escaso tiempo en el trono. Subió al poder en el 639 y en el 642 le derrocaron. Pudiera ser que durante su breve reinado se produjeran incursiones por parte de los *refugae* antes mencionados. El fenómeno iba en ascenso y pocos años después llegaría su eclosión.



Tulga.

Las crónicas describen a Tulga como virtuoso unas veces y como relajado otras. Ni siquiera los motivos o las circunstancias de su derrocamiento se conocen. Lo único que sabemos con certeza es que Chindasvinto, un militar de avanzada edad, se proclamó rey. Fue un golpe de Estado en toda regla y Tulga quedó eliminado de un plumazo. ¿Qué fue de él? La opinión más aceptada es que Chindasvinto ocupó Toledo y le tonsuró antes de hacer entrar en un convento.

Con ese cambio violento de rey se produjo una vez más una mudanza de régimen. Y con Chindasvinto el reino tomaría una orientación del todo distinta.

19
Las minorías

EN ALGUNOS ASPECTOS, las zonas mediterráneas del Imperio romano de Occidente corrieron mejor suerte que las norteñas e interiores. En estas últimas, el progresivo derrumbe del orden romano provocó una disminución considerable o incluso el cese casi completo de los intercambios y el comercio. Y eso a su vez supuso un descenso notable en las condiciones de vida de las gentes. El bandidaje, la amenaza de los bárbaros, las nuevas fronteras y la piratería aislaron a las poblaciones y las empobrecieron. En muchos lugares, se retrocedió a condiciones de vida harto primitivas y de pura subsistencia.

En el Mediterráneo, el Imperio romano de Oriente garantizó el comercio marítimo. Sus armadas impidieron el desarrollo de piratería a gran escala por parte de los nuevos reinos bárbaros. Y el flujo comercial entre las costas mediterráneas permitió, de rebote, la pervivencia de minorías en todas esas tierras. Minorías que estaban formadas por emigrantes de otros puntos del territorio y que se dedicaban al comercio y a actividades especializadas, manteniendo una gran cohesión social entre sus miembros y lazos con sus tierras de origen. De haberse destruido el comercio, podemos suponer que gran parte de esas minorías, al perder la forma de vida que les daba sentido, habrían vuelto a emigrar o se habrían disuelto en las poblaciones en las que estaban asentadas.

1. Minorías étnicas

Hispania, uno de los graneros del Imperio, tuvo siempre en su suelo importantes minorías de diverso origen. Y durante el periodo visigodo es posible constatar a través de referencias en documentos y nombres propios de origen foráneo que esa presencia se mantuvo. Eran grupos étnicos dedicados al comercio que se habían asentado en aquellos puntos de la Península donde el tráfico de mercancías era más intenso. Algunos de esos grupos llevaban, en tiempos de los visigodos, instalados ya siglos en Hispania, pese a lo cual mantenían su identidad

y unos vínculos con la tierra natal de sus antepasados que se explican por los beneficios que eso les daba a la hora de comerciar.

Las minorías más importantes eran las procedentes de las zonas orientales del Imperio, de Grecia y Siria sobre todo, dos regiones cuyos habitantes tenían una gran tradición comerciante. Las colonias de estas gentes se concentraron sobre todo en zonas urbanas de la ribera mediterránea con intenso tráfico marítimo. Hubo, por ejemplo, muchos griegos en Tarragona, siguiendo una tradición milenaria que se remontaba a las primeras colonias en Iberia. También sabemos que existió una gran colonia siria, instalada desde muy antiguo en Sevilla, ciudad comerciante y rival de Córdoba por la hegemonía económica en la Bética.

También en tierras del interior existieron colonias griegas y sirias. Por ejemplo, en Mérida, capital de Hispania. Asimismo, formaron colonias menores en zonas de fácil acceso al Guadalquivir. Y también en Lisboa, ya en el Atlántico y puerta comercial de la meseta a través del Tajo.

Hubo grupos de procedencia oriental que se asentaron en levante y sur de Hispania durante el periodo visigodo, aunque su origen fue bien distinto. Llegaron gracias a la invasión del imperio romano de Oriente en tiempos de la guerra civil entre Agila y Atanagildo, ya que la creación de la provincia de Spania favoreció sobremanera el comercio con las zonas orientales del Imperio y eso aumentó la presencia de elementos oriundos de esas tierras.

De igual manera, eso causó que se radicasen en esa provincia imperial funcionarios y militares llegados del este y que fueron echando raíces a lo largo de esas décadas de permanencia. Estos últimos se asentaron sobre todo en las grandes ciudades de la provincia, en particular en Cartagena, capital de la misma.

También hubo una presencia significativa de población de origen norteafricano durante la época visigoda. En este caso, además de posibles núcleos de comerciantes de origen anterior, se trató de refugiados que huían de una zona que, entre los siglos V y VII, conoció tremendas convulsiones, tales como la conquista de Cartago por los vándalos, la reconquista imperial en tiempos de Justiniano I y la invasión musulmana. Cada uno de estos hechos de armas provocó oleadas de refugiados y no pocos de ellos acabaron en Hispania.

No todos los fugitivos eran gente llana o comerciantes. Por ejemplo, en tiempos de Leovigildo desembarcó en Hispania un grupo de monjes dirigidos por el abad Donato, que llegaron a estas costas en busca de paz y trayendo con ellos su biblioteca. Hay que recordar que Leovigildo era arriano y no demasiado amistoso con los católicos. Así que muy mala debía de ser la situación en el África controlada por los romanos de Oriente cuando un grupo de monjes católicos prefirió

acogerse al territorio de un rey así.

Por supuesto que podríamos hablar de otras minorías. De los britones o de los grupos tribales que ya mencionamos en su capítulo correspondiente. También de los suevos tras la pérdida de su reino, o de los alanos tras su derrota y disolución como pueblo en época aún más antigua. Pero ninguno de ellos contó con ley propia, más allá de sus propios usos y costumbres internos, y acabaron por disolverse en el grueso de la población circundante, con la excepción ya señalada de los britones, que siguieron manteniendo su identidad al menos hasta el siglo XIV.

2. Minorías religiosas

Cuando Teodosio elevó el cristianismo a religión oficial del Imperio en el siglo IV, este credo pasó de perseguido a perseguidor entusiasta. Se aplicó con celo a eliminar toda posible competencia, y eso incluía a todas las demás ramas cristianas, así como al gnosticismo y a todo ese marasmo de religiones y creencias a las que se dio el nombre conjunto de paganismo.

Durante los siglos IV y V, se produjo en el Imperio un verdadero genocidio por motivos religiosos. Sin embargo, es mejor no caer en simplismos y achacarlo todo a un fanatismo religioso que desde luego sí existió. Pero el eje de la represión religiosa fue que el cristianismo de Nicea, elevado a la doctrina de Estado, se convirtió en la ideología que respaldaba a los emperadores. Y la política de exterminio de otras religiones fue la de liquidar posibles competencias ideológicas.

Así se explica también la ferocidad desatada contra otras ramas del cristianismo. Recordemos la saña con la que el estalinismo se aplicó a extinguir doctrinas paralelas del comunismo, como fue por ejemplo el trotskismo. Y eso tuvo más que ver con la lucha por el poder que con las diferencias doctrinales.

¿Podríamos hablar de minorías cristianas en la época del reino visigodo de Toledo? Sin duda había grupúsculos supervivientes de herejías otrora muy extendidas, como los pelagianos y los maniqueos. Y en diversos concilios se pronunciaron los obispos acerca de herejías de nuevo cuño. Pero no hay bases para considerar que alguno de estos credos tuviese tal difusión entre la población hispana como para poder afirmar que constituían «minorías religiosas» dentro de la Península.

La única excepción debieron de ser los priscilianistas. Los seguidores de las doctrinas de Prisciliano, decapitado por orden de Máximo, aquel aspirante a emperador que envió a britones a la Gallaecia, justo para contrarrestar tal herejía. El priscilianismo llegó a

estar muy extendido por la mitad noroeste de Hispania, a tal punto que pudo producirse una verdadera fractura religiosa en la Península.

La ejecución de Prisciliano y de los demás cabecillas desarticuló al priscilianismo. Pero para entonces la doctrina había arraigado entre la población y se mantuvo viva. Prueba de ello es que cuando Teodosio, tras acabar con Máximo, rehabilitó a Prisciliano, su tumba se convirtió en punto de veneración y peregrinaje durante muchas décadas.

Aquí sí que podríamos hablar de que existió una minoría considerada herética por el episcopado hispano. Un colectivo que iría desapareciendo poco a poco por la presión en contra y el hecho antes señalado de que no existía cohesión entre ellos.

En el caso del paganismo, las persecuciones de los siglos IV y V no consiguieron erradicarlo ni de lejos. Es muy posible incluso que un gran porcentaje de la población fuera pagana o paganizante. Al fin y al cabo, paganismo no deja de ser un nombre genérico que los cristianos aplicaron a una multitud de creencias que nada tenían que ver entre sí. Desde la vieja religión romana a las religiones orientales, pasando por los cultos indígenas e incluso una serie de prácticas como la magia o las mancias, que los obispos reprobaban.

La política respecto al paganismo fue siempre muy simple: procurar su extinción. Extinción hasta el punto de tratar de borrarlo de la memoria de las gentes. Eso se sustanció en la destrucción de imágenes, en la demolición de templos, en la eliminación de documentos y textos. También se recurrió a la suplantación en aquellos casos en los que era imposible suprimir fiestas de gran arraigo popular. En tales casos se limitaron a mantenerlas, pero cambiando a los viejos dioses por figuras cristianas.

Consecuentes con esa política, los poderes civiles y religiosos no dejaron ningún registro de las creencias o de las gentes paganas de la Hispania visigoda. Sabemos que el paganismo estaba muy extendido tanto en las ciudades como en el campo, precisamente por el gran número de disposiciones que los sucesivos concilios de Toledo, así como los provinciales, tomaron contra los paganos y las prácticas de origen pagano.

Bajo tal presión, el paganismo sólo debió de practicarse de forma más o menos abierta en ámbito rurales. No por nada pagano viene de *pagus*, «campo», en alusión a que eran prácticas de rústicos. En las ciudades, el paganismo se manifestaría en forma de cultos privados y familiares, en celebraciones clandestinas de diversos colectivos y en la pervivencia de usos y tradiciones. Fueron muchas las órdenes que se dictaron para castigar tanto a los paganizantes como a los funcionarios que no fuesen diligentes a la hora de perseguirlos.

Todo eso son pistas que indican que aquello que los cristianos

llamaban «paganismo» sobrevivió durante largo tiempo entre grandes capas de la población hispana. Pero nunca podremos saber cuáles eran sus doctrinas o prácticas, ni sus mapas de distribución.

3. Los judíos

Al principio, los judíos no eran sino otra de esas minorías orientales que se establecieron en Hispania aprovechando la integración territorial y las rutas comerciales abiertas por Roma. En ese tiempo, los cristianos estaban en una situación muy parecida a la de los judíos. De hecho, judíos y cristianos compartieron durante los primeros siglos características comunes. Unos y otros formaban comunidades muy cohesivas en lo que a sus miembros se refiere y vinculadas de forma activa entre ellas, hasta el punto de crear redes que acabaron por extenderse por todo el Imperio, lo que a su vez les dio gran ventaja en ocupaciones tales como el comercio.

Judíos y cristianos tenían una gran ventaja sobre otras minorías de tipo étnico y cerradas a los ajenos: se sustanciaban sobre lo religioso, lo que les daba unas posibilidades de crecimiento vedadas a las minorías que basaban su existencia en vínculos de sangre.

No es extraño que, con esa estructura, cristianos y judíos acabasen por controlar sectores clave de la economía. Algo que explicaría a su vez, al menos en parte, el recelo, la hostilidad y las persecuciones que contra unos y otros desataron diversos emperadores romanos.

Tampoco debemos extrañarnos de la rapidez con la que los cristianos, una vez convertidos en la religión triunfante, se revolvieron contra los judíos. Ni de que éstos, gracias a su modelo cohesivo y solidario, ya que no podían ser aniquilados sin causar graves perjuicios a la economía imperial, sobrevivieran ahí donde otros credos con mucha mayor base social acabaron por extinguirse.

Los judíos echaron raíces en Hispania. El mayor número de comunidades floreció en todo el litoral mediterráneo y en la mitad sur de la Península. Los judíos hispanos no se dedicaron sólo al comercio, y con el tiempo surgieron comunidades que se ocupaban de labores más vinculadas a lo agrario. No hay pruebas de que en el siglo VI se produjeran persecuciones contra ellos y hay autores que afirman que fueron favorecidos y desempeñaron cargos en tiempos de Leovigildo.

No tendría nada de extraño. Hay muchos ejemplos de gobernantes que, enfrentados a buena parte de sus gobernados —y tal era el caso de los visigodos arrianos frente a los hispanorromanos católicos—, se apoyaron en las minorías para ganar base social para su régimen. Esas

minorías a su vez obtuvieron beneficios y protección.



FORVS ANTIQVVS
GOTHORVM
REGVM HISPANIAE.
OLIM LIBER IVDICVM: HODIE
FVERO IVZGO NVNCVPATVS:
XII LIBROS CONTINENS.

Anno 1600.

MADRITI.
Ex officina Petri Madrigal.

Liber Iudiciorum.

La conversión de Recaredo cambió el *statu quo* de los judíos dentro del reino visigodo de Toledo. No por nada las primeras leyes restrictivas fueron dictadas por ese rey. Pero fue con Sisebuto cuando la Corona pasó del recelo a la hostilidad, y se entró en una espiral que ya no tendría fin, por mucho que alternase con grandes periodos de calma. La época de Sisebuto fue la de la persecución, el expolio, la restricción a sus actividades y la conversión forzada.

Es difícil encontrar las causas para este salto cualitativo. Es cierto que se produjo en el marco de una persecución generalizada contra los judíos que se inició en el Imperio de Oriente y que acabó por contagiarse a buena parte del Occidente. También algo tendría que ver la religiosidad de Sisebuto.

Como siempre, en cuestiones como ésta, es imposible establecer una sola causa. Es mejor considerar que fue la consecuencia de una mezcla corrosiva de factores.

La opresión establecida por Sisebuto se vio mitigada en parte por

un concilio posterior. Al menos, los obispos proclamaron la inmoralidad de las conversiones forzadas. Pero la semilla ya estaba sembrada. Prueba de ello es el juramento real establecido por el X Concilio de Toledo: una fórmula mediante la que el rey juraba defender la fe católica contra los judíos. También está el ejemplo del *Liber Iudiciorum* de Recesvinto, que con sus leyes restringía el acceso de los judíos a cierto tipo de negocios, les impedía aumentar su clientela mediante la toma de cristianos a su servicio y, por supuesto, prohibía la conversión de cristianos al judaísmo.

Pese a todas esas disposiciones, los obispos españoles tuvieron que soportar las recriminaciones del papa Honorio, que los reprendió por su escaso celo a la hora de perseguir el judaísmo. Este detalle es interesante. Porque tal vez las cosas no fueron lo que parecen a simple vista. La imagen tradicional es la de un Estado visigodo volcado en contra de los judíos. Pero hay quienes señalan la contradicción entre la abundancia de disposiciones en contra de los judíos y el florecimiento de sus comunidades. Que sucesivos reyes dictasen leyes antijudías implica que las anteriores no se cumplieron y que hubo soberanos que no tuvieron ningún interés en castigar a los judíos. Así que más que de una política de Estado, podemos hablar de cierto número de monarcas, o incluso de una tendencia ideológica antijudía, que no era compartida por todos.

Sin peso real demográfico, carentes de fuerza militar, los judíos estaban indefensos ante los abusos. Eso no significa que no buscasen vías para protegerse. Los judíos de la Septimania, los más numerosos y prósperos, apoyaron de forma abierta al *dux* Paulo en su rebelión contra Wamba. Seguramente calcularon que les iría mejor en su bando que el del rey de Toledo. Como es lógico, luego tuvieron que pagar las consecuencias de haber apostado por el caballo perdedor.

Pero aparte de castigar a unas comunidades concretas y por un motivo bien determinado, Wamba no se preocupó de los judíos. No así su sucesor Ervigio, que, para contentar al episcopado y a Julián de Toledo, que era un destacado antisemita, reformó el *Liber Iudiciorum* para endurecer todavía más las leyes contra los judíos.

Pero fue con Égica, sucesor a su vez de Ervigio, cuando se llegó al paroxismo antijudío. A través de dos concilios sucesivos, el XVII y el XVIII de Toledo, se empleó a fondo contra ellos. El primero los privó de poder ejercer sus ocupaciones tradicionales, las vinculadas al comercio. El segundo ordenó su desaparición, decretando que sus comunidades fueran dispersadas y sus miembros sometidos a servidumbre y privados de sus hijos para evitar que los educasen en su fe.

El motivo para medidas tan extremas fue la acusación de que los judíos conspiraban contra el reino en connivencia con otros judíos del

extranjero.

¿Había algo de cierto en esa acusación? Nunca lo sabremos. No es imposible que figuras de autoridad de las comunidades judías hispanas hubiesen entrado en negociaciones con los musulmanes, de los que podían esperar, desde luego, un trato más favorable. Pero también pudo ser todo una falsedad, una simple excusa, o que Égica actuase a partir de simples indicios. Égica fue un rey acorralado, en precario y rodeado de conspiraciones, y acabó por aplicarse con mano dura contra todo aquel del que pudiera temer daño. Así lo hizo no sólo con los judíos, sino también con no pocos nobles palatinos visigodos.

Una vez más, resultó obvio que las disposiciones del Concilio XVIII no se cumplieron, o que al menos no se aplicaron con todo el rigor que dictaba. Su hijo Witiza, más dado a apaciguar y a la negociación, amnistió y resarció a muchos de los represaliados en la época anterior. También debió de pasar por alto la disolución decretada por su padre. La tradición atribuyó a los judíos la caída de ciertas ciudades ante los musulmanes, lo que indica que tales órdenes no se cumplieron y que las comunidades judías seguían florecientes durante el breve reinado de don Rodrigo.



Ervigio, rey godo de Ramón Cortes.

20
Chindasvinto y Recesvinto
La era del terror
642-672

EN ABRIL DEL 642, un anciano guerrero de nombre Chindasvinto se proclamó rey en Pampliega. Lo hizo al parecer con grandes apoyos entre la nobleza y su usurpación no encontró gran resistencia. Tulga, que no había sido capaz de ejercer un gobierno férreo en un reino tan turbulento como el visigodo, ni supo reaccionar ni encontró quien le apoyase en ese momento de tribulación.

El 30 de ese mismo mes de abril, Chindasvinto entró en la sede regia. Y con él concluyó la etapa de los monarcas tutelados por los obispos.

1. Chindasvinto

El nuevo rey tenía más de 80 años cuando se hizo con el poder. Esa edad tan avanzada explica muchas de las medidas que tomó: decisiones que cambiaron de forma drástica el mapa político del reino visigodo.

Chindasvinto creció en tiempos de Leovigildo. Había vivido la evolución de un dominio —que no era más que un territorio más o menos controlado militarmente por los godos y administrado a través de funcionarios hispanorromanos— hasta convertirse en un Estado estructurado. Vivió también la conversión en masa de su pueblo al catolicismo con Recaredo y fue testigo de las intrigas, guerras civiles y usurpaciones de esos tres cuartos de siglo.

Y no sólo testigo. Chindasvinto participó en más de una conjura. Justo por eso era consciente de la facilidad con la que la nobleza goda cambiaba de bando por intereses. Y no estaba dispuesto a ser víctima de esas veleidades políticas que acababan de entronizarle a él mismo.



Chindasvinto.

Antes de que sus aliados pudieran pensar en revolverse contra él, se revolvió él contra ellos. El octogenario Chindasvinto desató una represión jamás vista contra la nobleza visigoda. Una purga de posibles sediciosos que encontró eco resonante en las crónicas de la época. Si hemos de dar fe al *Pseudofredegario*, Chindasvinto hizo matar a 100 *primates* y a 500 *mediocres*. Es decir, que eliminó a un centenar de grandes de la nobleza palatina y a medio millar de los de segunda fila.

Pero la purga no se detuvo en ellos. A otros muchos nobles les cupo en suerte el destierro y un número nada despreciable de ellos, temiendo por su vida, huyeron a África, a la Galia o a refugiarse entre los vascones. Un éxodo que aumentó y agravó el fenómeno de los *refugae* del que ya hemos hablado.

Cabría preguntarse si a la cuestión de los refugae cabe achacar el incidente de Oppila. Después de años de tranquilidad, la frontera vasca había vuelto a ser zona de incidentes armados. En septiembre del 642, un noble llamado Oppila que llevaba un cargamento de armas murió en una escaramuza con los vascones. ¿Estaba todo en ebullición debido a los refugae? No es imposible que así fuese.

Las purgas de nobles palatinos supusieron una matanza tremenda pero no indiscriminada. Chindasvinto sabía de sobra quién era quién en la nobleza, y mediante esa degollina se libró de aquéllos con antecedentes en intrigas y apoyo a usurpaciones. Si la cifra es cierta, la depuración le costó la vida o el destierro a la mitad de la aristocracia administrativa y militar visigoda.

Chindasvinto no se conformó con quitarles la vida. Extinguió también los linajes de los depurados: repartió sus propiedades, sus mujeres y sus hijos entre sus propios fieles. La carnicería logró su objetivo, eso desde luego. La desaparición de los nobles más turbulentos y el terror que sembró entre los supervivientes garantizaron una estabilidad que permitiría más adelante reinar a su hijo Recesvinto durante largos años y sin grandes sobresaltos.

El deseo de Chindasvinto de liberar a la Corona visigoda de cualquier dependencia le llevó a mantener muy malas relaciones con la Iglesia. Con los reyes anteriores se había pasado de una monarquía de inspiración teocrática, que gobernaba apoyándose administrativa y moralmente en la Iglesia, a monarcas dependientes de los obispos. Chindasvinto acabó con todo eso de forma radical.

El mayor problema con la institución eclesiástica lo tenía el rey en la propia sedé regia, Toledo. El cargo del metropolitano lo ocupaban por tradición religiosos formados en el monasterio de Agalí. El poder de esos metropolitanos se había hecho muy grande como consecuencia de que eran la máxima autoridad eclesiástica de toda la Carthaginense y de que, al mismo tiempo, residían en la capital del reino. No es de extrañar que los reyes tratasen de poner freno a ese poder.

La táctica que siguió Chindasvinto en este caso fue menos expeditiva que con los nobles. Se limitó a continuar la política de reyes precedentes, dando alas a los rivales eclesiásticos del metropolitano dentro del propio Toledo. Eso ya lo habían hecho monarcas como Suintila o Chintila, pese a su subordinación a la Iglesia. Chindasvinto les imitó, sólo que a escala mucho mayor. Su apoyo a un diácono llamado Lusidio fue tan descarado, y éste se sintió tan fuerte, que los desprecios y ofensas que cometió contra el metropolitano Eugenio I provocaron que éste acabase perdiendo la razón.

Chindasvinto remató la jugada a la muerte de Eugenio I. Forzó el nombramiento de otro Eugenio, hombre de confianza suyo, y acabó así con la tradición de los metropolitanos salidos de Agalí.

Esas maniobras para ganar independencia e incluso capacidad de intromisión en los nombramientos eclesiásticos explican la escasa asistencia al VII Concilio de Toledo, realizado en el 646. Tan sólo acudieron 30 obispos. En ese concilio, Chindasvinto forzó la

promulgación de un canon que castigaba con gran severidad los actos de sedición de los religiosos contra el rey.

También se ocupó de dar respaldo legislativo a las purgas. Promulgó leyes tanto contra los huidos que conspiraban desde el exterior como contra aquellos que en el interior obraban contra el rey o contra sus sucesores. Como curiosidad, digamos que la segunda de esas leyes sólo se aplicaba a aquellos actos de sedición contra la Corona realizados a partir del año primero del reinado de Chindasvinto. Era lógico, puesto que, de ser más retroactiva, el propio Chindasvinto sería reo de traición, dado que él mismo llegó al poder mediante la rebelión.

Esas mismas leyes restringían también la capacidad del propio rey para otorgar indultos. Si el reo lo era por actos de traición que pudieran causar daño al reino, el monarca necesitaba la aprobación de los obispos y de la nobleza palatina para aplicar medidas de gracia.

Era una legislación de gran dureza que legitimaba las ejecuciones, destierros y confiscaciones llevados a cabo por Chindasvinto. Pero el soberano no se quedó ahí. En el VII Concilio de Toledo, forzó la sanción eclesiástica de dichas disposiciones, estableciendo que además de castigos temporales por su traición, los condenados sufriesen también excomunión a perpetuidad.

Pero la actividad de Chindasvinto en el campo jurídico no se limitó a la persecución legal de sus enemigos. Fue un rey legislador e inició la reforma de las leyes que componían el derecho visigodo, reforma que se sustanció en el conocido como Liber Iudiciorum y que se concluyó ya durante el reinado de su hijo Recesvinto.

A comienzos del año 649, dos obispos y un notable civil de la zona de Zaragoza enviaron una carta al rey en la que rogaban que asociase a su hijo Recesvinto al trono. Uno de tales obispos era san Braulio de Zaragoza, y se discute entre los especialistas si la carta fue una maniobra política. Si el propio Chindasvinto instó esos personajes a que se le enviaran para legitimar así la corregencia con su hijo.

Puede ser. Pero también es posible que la misiva fuese de verdad iniciativa de los tres que la enviaron. Chindasvinto era ya muy anciano y Recesvinto mantenía relaciones mucho menos tirantes con el episcopado, por lo que era de esperar que con él de corregente la situación se suavizase un tanto.

Fuera o no una maniobra preparada, Chindasvinto la aprovechó. Rondaba ya los 90 años y con su habitual prudencia, esa misma que le había llevado a hacer una matanza de nobleza palatina, no iba a dejar la cuestión sucesoria sin atar, no importa lo pacificado que pareciese el panorama político. En enero de ese mismo año, días después de recibir la carta, asoció a su hijo al trono.

Fue una corregencia que duró casi cuatro años. Durante ese

tiempo, el ya nonagenario Chindasvinto estuvo muy alerta ante posibles conjuras de usurpadores. Y, a la sombra del terror que inspiraba el anciano rey, Recesvinto pudo dedicarse en cuerpo y alma a hacer progresar la reforma legislativa emprendida por su progenitor. De esa época se conservan las cartas que cruzó con san Braulio, que era ya hombre de edad también avanzada.

San Braulio se ocupó de revisar el texto del *Liber Iudiciorum*, una tarea nada baladí, puesto que los errores de los copistas en una primera versión de un texto así podían tener consecuencias graves para el gobierno del reino. Fue una labor ardua por culpa del gran número de erratas y de la mala salud de san Braulio, que cargaba ya con muchos años y al que le fallaba la vista. De hecho, murió en el 651.

Chindasvinto falleció en el 653. Dejaba como rey único a su hijo Recesvinto y con éste se iniciaba uno de los periodos más largos y sobre el que menos datos tenemos de todo el reino visigodo de Toledo.

2. Recesvinto

El reinado de Recesvinto es una prueba perfecta de algo a lo que ya hemos hecho alusión en repetidas ocasiones. El hecho de que sabemos o no sabemos acerca de personajes y de hechos clave dependiendo de si hubo o no un cronista que lo registrase. Sin ese cronista, sucesos que tal vez fueron básicos para entender la historia del reino visigodo de Toledo han podido desaparecer sin dejar huella, dejándonos un mapa incompleto de la situación.



Recesvinto.

Recesvinto no tuvo, como su sucesor Wamba, ningún Julián de Toledo que diese cuenta al detalle de lo ocurrido, al menos durante parte de su reinado. Por eso nuestro conocimiento sobre esta etapa es fragmentario y con imprecisiones notables.

Ejemplo perfecto de esto es el intento de usurpación de Froya. Sabemos que sucedió gracias a que se menciona en la *Continuatio Hispana*, escrita a mediados del siglo VIII. También se alude al episodio en una carta que envió el obispo Tajón, sucesor de san Braulio en la sede de Zaragoza, al obispo Quirico de Barcelona. A partir de fuentes tan escasas se ha tratado de reconstruir, en la medida de lo posible, lo que pudo acontecer.

No disponemos de fechas, pero es plausible suponer que la intentona tuvo lugar en el tramo final del reinado conjunto de Chindasvinto y Recesvinto o en los primeros años del reinado en solitario de este último. Momentos así eran los más favorables para levantamientos y usurpaciones, cuando se producía cierto desorden que ni siquiera una corregencia conseguía paliar del todo.

Froya debió de ser uno de los *refugae*. Uno de tantos que tuvieron que huir a tierras de vascones para salvarse de las matanzas preventivas de Chindasvinto. Alguien que aprovechó para actuar en el

instante más propicio, como acabamos de señalar. Por afinar más, es muy posible que el ataque lo realizase cuando el viejo y temible rey agonizaba. Por eso los hay que datan la proclamación de Froya como rey en el 653, tal vez durante el verano, en época propicia para la guerra.

El ataque partió del *Saltus Vasconum* y desde luego no fue una simple incursión. Froya consiguió el apoyo de vascones no sólo de esa zona, sino también de Aquitania, y qué duda cabe de que debía contar con un contingente nutrido de *refugae* visigodos. Todos juntos formaban un verdadero ejército que bajó a sangre y fuego por el valle del Ebro. A su paso fueron destruyendo poblaciones e iglesias, causando gran mortandad y capturando multitud de prisioneros. Y así llegaron a las puertas de la misma Zaragoza, sin que nadie pudiese detenerlos.

Allí se encontraron con una resistencia mucho más efectiva. Los zaragozanos cerraron sus puertas y se atrincheraron tras sus murallas, en espera de que el rey llegase en su socorro. Y el socorro llegó. Recesvinto se presentó con el ejército visigodo. Es posible que la campaña se complicase para los visigodos porque los vascones aliados de Froya estarían depredando en distintas direcciones y las tropas tenían muchos frentes a los que acudir si querían evitar más destrucción.

Los dos bandos libraron su batalla decisiva junto a Zaragoza. La victoria fue para Recesvinto, que deshizo por completo la coalición enemiga de vascones y *refugae*. El propio Froya fue capturado, pero el rey no se complicó con esa cuestión y allí mismo lo ejecutaron. Con eso quedó el asunto solventado. Pero la victoria en Zaragoza fue mucho más que el triunfo sobre un usurpador. Supuso conjurar un gran peligro que se había ido incubando durante el reinado de Chindasvinto: el de los *refugae* instalados en el *Saltus Vasconum*, al acecho de una oportunidad para regresar y tomarse la revancha.

Al menos de este suceso tenemos noticia, pero es más que posible que se produjeran otros conflictos armados de los que no hay constancia. Dado que en el VIII Concilio de Toledo, que se celebró al comienzo del reinado de Recesvinto, se condenó los «tumultos sediciosos de los rústicos», debieron de producirse levantamientos populares al margen de las intrigas de la nobleza.

Ese VIII Concilio, celebrado a finales del 653, cuando Recesvinto no llevaba ni tres meses reinando en solitario, supuso un nuevo golpe de timón en la política. En él se puso fin a la política del terror. Los presentes se pronunciaron con dureza respecto al anterior rey, tanto por la ferocidad con que se empleó contra las personas, como por la rapacidad que mostró a la hora de apropiarse para él y para sus *fideles* de los bienes de los represaliados.

La gran novedad de este concilio fue que al mismo asistieron, además del rey y los obispos, abades y notables del Oficio Palatino, que era el máximo órgano de gobierno y estaba constituido por la nobleza. Los concilios se convirtieron así por fin en una suerte de Cortes donde estaban representados todos los poderes del Estado visigodo.

Ese concilio tuvo que abordar la cuestión de las leyes dictadas por Chindasvinto y que impedían al propio rey perdonar a los sediciosos. Muchos obispos y oficiales palatinos se habían visto obligados a jurar tales leyes. Sin embargo, los obispos asistentes al concilio lograron encontrar una argumentación eclesiástica para solventar el tema. Dictaminaron que ese juramento era inmoral y que los que lo pronunciaron lo hicieron bajo coacción, y que por tanto carecía de validez. Así pues, aquellos que juraron no estaban en absoluto vinculados a su juramento y eran libres de obrar. Por las mismas razones, el rey tenía capacidad para indultar a los condenados.

Eso en lo que se refiere a las vidas. También se discutió acerca de los patrimonios expoliados. Ya dijimos que Chindasvinto se apropió de los bienes de muchos condenados. Los reunidos pretendieron deslindar con claridad entre el patrimonio del rey y el patrimonio de la Corona. Intentaron que todo aquello que había expoliado Chindasvinto durante su reinado se considerase posesión de esta última. Todo eso pasaría a Recesvinto en calidad de rey y no de hijo. Y él a su vez tendría que ocuparse de restituirlo a sus antiguos propietarios.

Recesvinto no estaba dispuesto a perder esa fortuna, pero tampoco deseaba enfrentarse de forma abierta a los obispos y a los nobles. Él no era su padre para gobernar a filo de cuchillo. Con una habilidad que no tiene nada que envidiar a la de algunos legisladores de hoy en día, retorció la redacción final lo suficiente como para que sus intereses no resultaran perjudicados.

Quedó dispuesto que lo que un rey tuviese antes de la coronación se considerase su patrimonio personal y fuese por tanto transmisible a sus herederos. Y que lo obtenido a partir de su coronación fuese patrimonio de la Corona. Hasta ahí era tal y como pretendían los notables. La variación que Recesvinto introdujo fue que la ley dictaba que el rey podía disponer a su arbitrio de todo ese patrimonio de la Corona. Eso supuso que, en la práctica, la fortuna amasada por Chindasvinto para su familia quedara en poder de ésta.

Fue un punto de gran desencuentro entre el rey y la Iglesia, pero los obispos poco pudieron hacer excepto manifestar su desagrado. Este suceso demuestra que la relación, si bien no era la fría y tensa de los tiempos de Chindasvinto, tampoco era ni de lejos un retorno a la época de reyes manejados por los obispos.

A lo que sí se volvió fue al antisemitismo legislativo. Las medidas

restrictivas contra los judíos habían carecido de importancia para Chindasvinto. En cambio, el VIII concilio de Toledo formuló nuevas condenas y restricciones contra la comunidad judía. No se volvió a los tiempos de Sisebuto, con su exigencia de conversiones forzadas, pero sí quedó de manifiesto el rechazo de la Corona hacia los judíos. Un rechazo del que da fe el *Liber Iudiciorum*, en el que de un total de 89 leyes, 10 son contra judíos y judaizantes.

Las pocas noticias que tenemos sobre el largo reinado de Recesvinto proceden en su mayor parte de las actas de los concilios. En la primera etapa de su reinado se celebraron con regularidad. El IX tuvo lugar en el 655 y el X en el 656. Pero a este último sólo asistieron 17 de un total de 78 obispos y ningún oficial palatino. Algo debió de ocurrir para que el episcopado no desease seguir reuniéndose. Tal vez no estaban dispuestos a convertirse ahora ellos en unas marionetas que suscribiesen lo que les ordenaba el soberano. Ya no se celebraron más concilios durante el reinado de Recesvinto.

Sí que hubo un concilio provincial en la Lusitania. Se celebró en el año 666 en Mérida y en él se pidió el triunfo del rey sobre sus enemigos, lo que podría ser una pista acerca de que en esos años se produjeron turbulencias armadas. Desde luego no fue una guerra con los francos, puesto que habría quedado constancia en las crónicas de éstos. Y era pronto para que los musulmanes realizasen alguna intentona por mar. Debieron ser conflictos internos, pero desconocemos su magnitud y naturaleza.

Si ese conflicto fue un intento de usurpación, fracasó hasta el punto de que no queda prueba alguna de ello. El rey Recesvinto murió sin violencia en el año 672. Falleció de repente en Gérticos, una villa en los Campos Góticos que le servía de lugar de descanso veraniego. Y allí mismo, ya que así lo permitían las leyes, los nobles presentes en ese momento eligieron a un nuevo soberano.

21
La sociedad en el reino visigodo de Toledo

EN SU ETAPA FINAL, el Imperio romano de Occidente era una sociedad estratificada en la que los visigodos encontraron buen acomodo, gracias a su propia estructura social y a que se convirtieron en la élite militar que ocupó la pirámide de poder en Hispania. De la interacción entre ambas sociedades, así como de la evolución de las estructuras administrativas a lo largo de los siglos VI y VII, surgió la sociedad hispanogótica de esa época.

Durante el período visigodo, las tendencias presentes al final de la etapa imperial no hicieron sino acentuarse. Ya vimos en el capítulo correspondiente que la base de la sociedad romana estaba formada por un maremágnum de hombres libres, esclavos y personas en una situación que podríamos definir como de distintos grados de restricción de libertad.

Ése era el suelo de la sociedad tardorromana, por mucho que hubiera diferencias radicales entre los grupos que la integraban. También vimos que había dos entornos por completo distintos: el urbano y el rural.

A lo largo de los siglos VI y VII, las condiciones de vida de los hombres libres se fueron deteriorando de forma progresiva, sobre todo en el ámbito rural. Aunque siguieron existiendo los campesinos libres, muchos de ellos se vieron obligados a abandonar esa condición. Fueron volviéndose dependientes de los nobles rurales, respecto a los que asumieron obligaciones a cambio de su protección.

Estos procesos hicieron que se desarrollase una gran clase de serviles semilibres. La formaban todos aquellos que por una u otra razón tenían obligaciones con un *patronus* y a ella se llegaba por distintas vías. Una era la ya señalada de ponerse de forma voluntaria bajo tutela. Trabajar las tierras de un *potente* como colono o inquilino era otra. Y también ser un liberto o descendiente de liberto cuando la manumisión no había sido absoluta y seguían existiendo relaciones de dependencia y obligación. Es decir, las condiciones que ya existían en el último Imperio romano.

Si los propietarios libres, los *privati*, no desaparecieron del todo fue porque gozaron de protección real. Es lógico, ya que esas gentes pagaban impuestos y soportaban cargas a favor de la Corona. Lo último que querían los reyes era ver cómo los campesinos libres desaparecían en beneficio de los terratenientes, que además así incrementaban sus clientelas armadas, puesto que esas gentes en muchas ocasiones adquirían obligaciones militares con respecto sus patronos.

En las ciudades también se notó una decadencia. Vimos que eso ya sucedía en tiempos del Imperio. Las cargas de sostener el funcionamiento de las urbes recaían sobre las clases libres y eso hizo que muchos abandonasen las ciudades. Pero si todavía actuaban los llamados curiales, aquellos que pagaban los servicios públicos y que participaban del gobierno de la ciudad, todo eso se fue extinguiendo a lo largo del periodo visigodo. Si en el siglo V los obispos tenían grandes poderes, con el tiempo se convirtieron en gobernantes de las ciudades, gracias a la alianza entre la Corona y la Iglesia, y las clases libres dejaron de tener poder en la administración de la urbe.

Por eso es paradójico constatar que, frente a hombres libres en precario y sometidos a cargas gravosas, había siervos con mejores condiciones de vida e incluso en posiciones de poder. Porque no todos los siervos eran gentes del campo que cultivaban tierras ajenas. Por ejemplo, los siervos de la Corona constituían una clase privilegiada y dentro de ella existían los que podríamos llamar siervos palatinos, que trabajaban en las altas esferas administrativas. En ocasiones, llegaban a alcanzar posiciones de privilegio y disponían ellos mismos de esclavos. Y, en su condición de servidores del rey, su declaración tenía tanta validez como la de un hombre libre.

Incluso los siervos de la Corona en el ámbito rural eran unos privilegiados frente a sus homónimos de los *potentes*. Puesto que trabajaban propiedades fiscales, aquélla se tomó siempre con mucho celo su protección, ya que eran una fuente directa de ingresos.

Existía, pues, una masa social en la que no sabríamos a ciencia cierta decir quién estaba arriba o abajo. Los hombres libres eran la cúspide teórica: tenían más consideración y podían prestar declaración, pero vivían sometidos a condiciones muy duras. Y en cambio había hombres en situación servil cuyas vidas, comparadas con las de los anteriores, resultaban envidiables.

Por encima de los simples hombres libres se situaba la nobleza, que tampoco era un conjunto homogéneo. Había nobles de origen gótico y también de rancias estirpes hispanorromanas. En muchos casos, unos y otros eran propietarios de campos, ganados y minas, y no todos participaron de la administración, ni de las luchas por el poder. Hubo linajes que siempre se mantuvieron al margen de la

política, tranquilos y contentos con lo que ya tenían, y con ser en sus tierras amos absolutos, preludio de los futuros señores feudales.

En las provincias surgió una nueva clase privilegiada y con mucho poder, consecuencia directa de la reordenación territorial del Estado visigodo. Por eso decíamos antes que la sociedad de esos siglos fue también fruto de la evolución de la administración. La subdivisión de las provincias en territorios al mando cada uno de un *comes* creó esa casta. Estos *comites* recibían tierras para su sostenimiento y a cambio de sus servicios, y llegaron a convertirse en una casta con mucho poder. Pero de eso ya hablaremos en el capítulo dedicado al Estado visigodo.

También vinculada a la administración del reino pero en la sede regia, se desarrolló una nobleza de categoría superior. Nobleza palatina vinculada al Oficio Regio o Aula Regia. Fueron los denominados *viri ilustri*, que a su vez se dividían en *primates* y *mediocres*. Contra estos nobles palatinos se ensañó Chindasvinto. Razones no le faltaban, desde luego, pues no sólo llevaban las riendas del reino y ocupaban los cargos más elevados. Formaban camarillas, en la práctica monopolizaba la elección de los soberanos y con frecuencia los usurpadores salían de sus filas. Eran la élite dirigente y formaron una clase social aparte, hasta el punto de llegar con el tiempo a disponer de un régimen jurídico propio tanto para ellos como para su parentela.

Hay que hacer constar que esas capas superiores no eran monopolio de los visigodos. La nobleza hispanorromana no estuvo nunca excluida de los altos cargos. Un número importante de los suyos ocupó toda clase de puestos, incluidos los de carácter militar. Recordemos aquí a aquel Paulo que en tiempos de Recaredo fue primero *dux* de la Lusitania y dirigió luego con acierto al ejército visigodo, cuando Gontran de Borgoña quiso anexionarse la Septimania.

Por último, también podríamos considerar a las clientelas de los reyes un estrato social aparte: los *fideles regis*, todos aquellos que ocupaban cargos y responsabilidades por su vinculación personal al monarca de turno. Fueron una evolución tanto de la antigua *comitatus* romana como de la *gefolgschaft* germánica, dado que en esencia eran hombres unidos al rey por lazos personales. Parece ser que se mantuvieron distintas categorías dentro de ellos, dependiendo de los orígenes y los vínculos. Una de esas categorías sería la de los gardingos, herederos de la tradición goda, que eran una suerte de guardias de corps y asistentes personales del rey.

Los *fideles regis* fueron adquiriendo propiedades y riquezas durante las turbulencias y los cambios violentos de soberano, siempre a costa del patrimonio de los partidarios del vencido. El mismo

Chindasvinto repartió entre sus *fideles regis* no sólo los bienes, sino también las familias de todos aquellos nobles a los que depuró. Claro que los *fideles regis*, a su vez, podían ser despojados de todo en el siguiente cambio de régimen.

No es casualidad que se acabase legislando para protegerlos a ellos, a sus familias y a sus patrimonios. Un proceso que culminó cuando se consideró que los *fideles regis* estaban vinculados no a un monarca en concreto sino a la propia Corona, y por tanto pasaban a servir de forma automática al siguiente rey.

La Iglesia

Tal vez sería exagerado afirmar que la Iglesia católica era una sociedad dentro de la sociedad de esa época. Pero rasgos de ello sí que tenía, así como de Estado dentro del Estado. Y eso se debía no sólo a la implicación de los obispos en la administración del reino, sino también a que los eclesiásticos estaban sometidos a leyes propias.

La facilidad con que la Iglesia católica asumió funciones de gobierno en muchos lugares a finales de la época imperial se explica porque la división eclesiástica se solapaba con la administrativa. En cada provincia había un metropolitano que era el superior eclesiástico. Esas provincias se dividían a su vez en diócesis, cada una de ellas dirigida por un obispo bajo la autoridad del metropolitano correspondiente. El total de las diócesis españolas era de 78, aunque algún rey quiso aumentar su número por motivos políticos y no operativos. Tal fue el caso de Wamba, aunque su reforma duró lo que tardaron en derrocarlo.

El obispo residía en la ciudad sede de la diócesis, que solía ser la más importante de ese territorio. En la última etapa del periodo imperial, cuando a las curias de estas ciudades se les hizo muy difícil o imposible sostener los servicios a los que estaban obligadas, los obispos entraron en acción. Se hicieron cargo del pago de tales servicios y eso les dio poder *de facto* en las ciudades. De paso, les sirvió para liquidar por pasiva expresiones públicas tales como los juegos o el teatro. Dado que a la Iglesia católica no le agradaban tales espectáculos, no se hizo cargo de su sostenimiento. Y éstos, faltos de financiación, no tardaron en desaparecer.

Los magistrados urbanos de tradición romana eran mayoría en la primera mitad del siglo VI, a tal punto que el rey Teudis se apoyó en ellos para ejecutar sus medidas de gobierno. En el siglo VII su existencia era ya vestigial. Los obispos permanecieron y reforzaron de forma enorme su poder con la conversión del Estado visigodo en un

reino de fundamentos teocráticos.

En cuanto a la división eclesiástica del territorio, la Iglesia siguió la política de adaptarse a los cambios administrativos. Así, cuando durante algún tiempo ciertas diócesis del norte de la Lusitania estuvieron en poder suevo, pasaron a depender del metropolitano de Braga y no del de Mérida.

También sucedió lo contrario. Alguna vez se reformó la división civil en atención a la importancia que la Iglesia tenía en el reino. El hecho de que Cartagena, capital de la Carthaginense, estuviese durante décadas en poder de los romanos de Oriente llevó a crear la provincia de Carpetania con capital en Toledo. El metropolitano de esa ciudad se convirtió en el superior de todos los obispos de la Carthaginense no ocupada por los romanos. Al final, la sede del metropolitano de esta última provincia acabó por trasladarse de Cartagena a Toledo.

La condición de sede regia de esta ciudad hizo que sus obispos metropolitanos acumulasen cada vez más poder. Ya hemos visto cómo hubo fricciones entre los reyes y los metropolitanos salidos del monasterio de Agalí. Pero fue en tiempos de Egidio, ya muy cerca del final del reino visigodo, cuando los metropolitanos de Toledo lograron su gran triunfo.

Julián de Toledo, aquel que fue primer cronista de Wamba y quien luego le administró la penitencia y le hizo imposible seguir gobernando, obtuvo para los metropolitanos de Toledo la condición de primados de Hispania, arzobispos. Es decir, la condición de superiores de todos los eclesiásticos del reino.

Bajando en la pirámide eclesiástica, subordinado a cada obispo, existía un nutrido grupo de clérigos. Al igual que los nobles, los obispos disponían de clientelas en las que no escaseaban los hombres de armas. Pero por limitarnos a lo religioso, señalemos que las distintas iglesias de una misma diócesis estaban a cargo de *rectores*, encargados de la curación de almas, y que por eso andando el tiempo recibirían el nombre de curas. Cada iglesia se mantenía gracias a las donaciones de sus parroquianos y a sus recursos propios. Recursos que eran tierras en propiedad de la institución, trabajadas por personas en esas situaciones de servidumbre, no esclavos pero sí sometidos a obligaciones, iguales a las gentes serviles de la sociedad civil.

En Hispania no existía ninguna división eclesiástica inferior a la de diócesis. Todas las iglesias de una diócesis, fueran urbanas o rurales, dependían directamente de su obispo. No así los monasterios, que tenían una vinculación distinta con los obispos, ni las iglesias privadas, que dependían de los nobles que las costeaban.

La vida monástica vivió un auge durante todo el periodo visigodo. Los monasterios se regían por reglas propias y, aunque estaban

sometidos a la autoridad, el obispo de la diócesis, esta autoridad era limitada y muy bien definida. Era derecho y obligación del obispo instruir a los abades y a los demás oficios de cada monasterio, así como vigilar que los monjes llevasen una vida ordenada y no se produjeran abusos.

La regla propia por la que se regían los monasterios era el *codex regularum*, que dictaba cómo debía ser la vida de los monjes. Sin embargo, diversos monasterios se regían por sus propias reglas, creadas por alguna personalidad de la Iglesia. El propio san Isidoro elaboró en su día una de tales reglas para un monasterio concreto de la Bética.

Respecto a las iglesias privadas, se construían a expensas de los nobles, por lo general en el ámbito rural y para dar servicio espiritual a los que trabajaban sus tierras. Esos nobles ejercían patronato sobre tales iglesias y tenían privilegios tales como proponer al obispo de la diócesis el candidato a rector de las mismas. La doble dependencia llevó a no pocos conflictos de jurisdicción entre obispos y nobles, y fue un problema que se perpetuó en el tiempo y para el que nunca se encontró una solución satisfactoria.



Wamba.

22
Wamba
El último rey digno de tal nombre
672-780

CUANDO RECESVINTO MURIÓ en la villa de Gérticos, se dio la circunstancia de que estaba en compañía de gran número de nobles palatinos. Y éstos tomaron la decisión de designar un nuevo rey allí mismo. Fue una maniobra legal, sancionada por los cánones de los concilios, que habían establecido que el nuevo soberano podía ser elegido tanto en la sede regia, Toledo, como en el mismo lugar de la muerte de su predecesor.

Los nobles en asamblea aclamaron a Wamba, que debía de ser también miembro del Oficio Palatino, aunque no un *primate*, un «primera fila», pero el elegido rehusó aceptar la Corona, alegando su avanzada edad. Los nobles persistían en ofrecerle el trono y Wamba se empecinaba en su rechazo. Dice la crónica que uno de los presentes acabó por perder la paciencia y que, poniéndole la espada en el cuello, le intimó a elegir entre ser rey o ser muerto. Como es lógico, Wamba optó por lo primero.

El incidente forma parte del acervo legendario de la historia de España. Se acabó por darle condición de moraleja, de enseñanza acerca de la modestia y el deber. No sabemos cuánto hay de verdad en ese suceso, narrado en la *Historia del rey Wamba*, de Julián de Toledo. Ignoramos también por qué Wamba no quiso ceñir la Corona. Tal vez no se vio con fuerzas suficientes para lidiar con la situación política del momento. Había pasado ya el tiempo desde las purgas sangrientas de Chindasvinto, los nobles visigodos volvían a estar tan crecidos como antaño y habían vuelto con fuerza las intrigas y las pugnas de poder entre facciones.

Wamba era oficial palatino y tenía años a las espaldas, por lo que sabía muy bien en qué aguas navegaba. Su elección en el lugar de la muerte de Recesvinto era legal pero discutible. La realizaron los notables a los que el azar situó en Gérticos, con exclusión por tanto de todos los demás. Y eso era algo que podía despertar contestación y

problemas.

Quizá Wamba pensó que sería mejor aplazar la elección y realizarla más tarde en la sede regia, con la presencia y a conformidad de todos. Pero los de Gérticos le forzaron a aceptar allí y en ese momento la Corona.

Si Wamba buscaba al rechazar el trono ganar en legitimidad siendo elegido en Toledo, razones no le faltaban. Su coronación desató una rebelión nobiliaria en la Septimania. Un levantamiento muy interesante y harto ilustrativo de la evolución que a lo largo del siglo VII se había ido produciendo en la sociedad visigoda, o al menos en sus capas altas.

Septimania era provincia aparte y distinta. Los visigodos llevaban asentados allí mucho más tiempo que sus hermanos de Hispania. Eso había hecho que la fusión con los galorromanos fuese a esas alturas mayor y, por tanto, que la población de la provincia fuera más homogénea que en Hispania. Esos dos factores, raigambre y mestizaje, habían causado que al menos parte de la nobleza territorial goda se sintiese más vinculada ya a la tierra que a la sangre. Más ligada a esa parte de la Galia que a la *gens gothorum* a la que pertenecían.

Además, la situación fronteriza de la Septimania con los reinos francos creaba en ellos otros intereses y les había puesto en contacto con otras fórmulas políticas. Los reinos merovingios iban evolucionando hacia un feudalismo en el que los nobles no dudaban en ligarse a uno u otro rey, según sus propios intereses. Y la nobleza goda de Septimania, o al menos parte de ella, se había impregnado de esa filosofía.

Había una brecha entre los visigodos de la Septimania y el resto. Julián de Toledo, en su crónica, no se recata a la hora de descalificarlos y habla de «hispanos» y de «galos», lo que es muy de tener en cuenta a la hora de valorar cómo evolucionaba la identidad de los elementos godos.

Todo eso se veía además agravado porque la nobleza de esa provincia, dada su situación extraperiférica, se sentía muy relegada a la hora de elegir rey. Y la proclamación precipitada del anciano Wamba hizo estallar la rebelión.

Se alzó en armas un grupo de notables acaudillado por Hilderico, *comes* de Nimes, con el apoyo de miembros del episcopado local, como los obispos Gumilo de Maguelón o Wilesio de Adges. Los pocos clérigos que no secundaron la revuelta se vieron apartados sin contemplaciones. Tal fue el caso del obispo Aregio de Nimes, al que Hilderico no dudó en expulsar de su sede para poner en su lugar a Ramiro, un abad partidario de la revuelta.

La rebelión coincidió con un resurgir de las correrías de vascones en la zona alta del Ebro. Que todo eso ocurriese en el momento de la

muerte y el cambio de rey podría indicar que detrás estaban los *refugae*, o quizá tan sólo que los vascones quisieron aprovechar el desorden del reino para saquear.

De nuevo tenemos que recordar que el mito de los pueblos antiguos y aislados es sólo eso, un mito. Hay muchos ejemplos de cómo, en la época imperial romana, las tribus al otro lado del *limes* tenían buenos servicios de información que los avisaban de puntos flacos, convulsiones y luchas civiles, que ellos aprovechaban para incursionar. Los vascones debían de estar bien informados de cuanto ocurría en el reino visigodo, máxime si entre ellos había un número nada desdeñable de rebeldes y fugitivos, en contacto con parientes y aliados dentro del reino.

Desde luego, en esta ocasión la actividad bélica vascona debió de ser importante y no tan sólo incursiones puntuales, porque Wamba, ante la disyuntiva, optó por dirigirse contra los vascones. Y, para acabar con la rebelión de la Septimania, envió al *dux* Paulo al mando de un ejército.



Fortificaciones visigodas.

Si este Paulo era el mismo que figura en algunos documentos conciliares, se trataba de un noble palatino de mucho peso. El *comes*

de los notarios en la época de Recesvinto, ya que con ese título firmó en las actas del IX Concilio de Toledo. Seguramente seguía ejerciendo mucho poder y fue una mala decisión la de confiarle el mando del ejército.

Dado que Paulo ocupó cargos elevados en tiempos de Recesvinto, en tanto que Wamba no figura en documento alguno de esa época, tal vez el primero se considerase con más derechos a la Corona que el segundo. El «perfil bajo» de Wamba hasta el momento de su elección refuerza la idea de que fue entronizado por alguna camarilla que aprovechó la muerte del rey en Gérticos para afianzar su poder en palacio.

Paulo debía de albergar mucha insatisfacción o estar poseído de una ambición desatada, ya que no se limitó a pactar con los rebeldes de la Septimania, sino que se convirtió en su caudillo. Acto seguido, atrajo a su bando al *dux* Ranosindo de la Tarraconense y, por tanto, se hizo también con el apoyo de esa gran provincia. Y ya con todas esas bazas en su mano, se proclamó rey. Se convocó una de esas asambleas extraordinarias de los guerreros visigodos que ya hemos mencionado en alguna ocasión. En el transcurso de la misma, otro Ranosindo, no el *dux* de la Tarraconense, pidió a Paulo que fuese su rey. Y por supuesto que Paulo aceptó, aunque no tuvo una coronación muy lucida. Hubo que ungirle en Barcelona, ya que el obispo de Narbona, capital de la Septimania, se negó a ello. Y para la ceremonia tuvieron que utilizar una corona sacada de una tumba.

Paulo envió una carta a Wamba en la que se titulaba a sí mismo «rey del este» y en la que daba al otro el tratamiento de «rey del sur». Eso indica que buscaba algún tipo de compromiso: que Wamba aceptase la situación creada *de facto* y se aviniese a la división del reino, quedando para Paulo la Tarraconense y la Septimania. Una prueba más de que la cohesión de los visigodos, esa visión del reino como un todo indivisible, se estaba diluyendo debido al creciente poder de la nobleza territorial.

Pero Wamba no se avino a ningún tipo de componenda y reaccionó con una energía que nadie esperaba de un anciano que hasta entonces había ocupado cargos palatinos de segunda fila. Antes de nada, lanzó una campaña devastadora contra los vascones. En siete días los derrotó por completo, a tal punto que a éstos no les valió con retirarse y tuvieron que pedir la paz.

Solventada esa cuestión, Wamba bajó por el valle del Ebro para restaurar su dominio en la zona más oriental de la Tarraconense. No encontró oposición seria. Una cosa eran los planes del *dux* Ranosindo y algunos nobles, y otra el sentir de la población. Ciudades como Barcelona o Gerona, que habían sido entregadas por Ranosindo a Paulo, recibieron con las puertas abiertas a las fuerzas reales. Los

rebeldes ya contaban con eso, puesto que concentraron la defensa en la línea pirenaica que separaba la Tarraconense de la Septimania.

Wamba dividió a su ejército en tres cuerpos. Dos de ellos atacaron los pasos pirenaicos mientras el tercero avanzaba por la vía Augusta que corría paralela a la costa. La rapidez con que se movieron las tropas de Wamba pilló desprevenidos a los rebeldes. Los leales no sólo forzaron los pasos, sino que capturaron a importantes jefes enemigos.

El *dux* Ranosindo fue hecho prisionero en el castro de Clausuras. Ese castro guardaba el paso del Perthus, en los Pirineos centrales, por donde cruza la vía Domitia. Allí intentaban Ranosindo y otros visigodos traidores de Hispania cerrar el paso a las fuerzas reales, a la vista salta que con muy malos resultados.

Una vez asegurados los pasos pirenaicos y por tanto la retaguardia para un posible repliegue, el ejército volvió a reunirse. De nuevo sorprendió Wamba a los rebeldes con su rapidez. En Narbona encontraron la resistencia que no hubo en Barcelona o Gerona. Dirigía a los defensores Witimiro, noble de toda confianza de Paulo. Pero el ejército real no se anduvo con contemplaciones y en una jornada sangrienta expugnó la ciudad.

El ataque contra Septimania fue lo que ahora llamamos una operación anfibia. Se llevó a cabo por tierra y por mar, y las principales ciudades de la provincia fueron cayendo una a una y con rapidez. La guerra estaba perdida para los rebeldes. Paulo, junto con los nobles revoltosos de la Septimania y auxiliares de diversas etnias, se hizo fuerte en Nimes. No trataban tanto de ofrecer una resistencia numantina como de aguantar hasta que les llegasen refuerzos enviados por los reyes francos. Pero, si tales refuerzos existían, Wamba no les dio tiempo a presentarse.

Una vanguardia de hombres escogidos se adelantó para iniciar el asalto contra Nimes. Atacaron de inmediato y el combate se volvió encarnizado. Los asediados resistieron ese embate con vigor, pero al día siguiente llegaron otros 10 000 visigodos al mando del *dux* Wandemiro. Abrumados, los rebeldes tuvieron que ceder en el perímetro de la ciudad. Paulo y muchos de sus cómplices se atrincheraron en el viejo coliseo romano de la urbe, convertido desde hacía tiempo en fortaleza.

Todo estaba perdido para los sublevados y con la derrota se presentaron los recelos. Los godos galos temían que los godos hispanos llegasen a algún tipo de acuerdo con Wamba, y ambos bandos acabaron combatiendo entre ellos. Las disensiones precipitaron los acontecimientos y los rebeldes no tardaron en pedir una rendición negociada.

El intermediario fue el metropolitano de Narbona, Argevado. Fue una elección óptima por su condición de prelado máximo de la

provincia y hombre que se había negado a ungir como rey a Paulo. Argevado se esforzó por conseguir el perdón para los rebeldes, pero Wamba se negó a ello. Al final, los que estaban atrincherados en el coliseo tuvieron que conformarse con conservar la vida si entregaban las armas.

El ejército rebelde quedó así preso de Wamba. Éste se mostró generoso con los auxiliares extranjeros: liberó a los simples soldados sajones y francos, y dio un trato de favor a los que eran de sangre noble. No fue igual de magnánimo con los visigodos. Ésos eran traidores y, aunque mantuvo su palabra y no los ajustició, los trató con suma dureza.

A los tres días de la conquista de Nimes, se celebró una asamblea extraordinaria de todos los guerreros visigodos, a la vieja usanza. Los hombres libres del pueblo godo juzgaron a los jefes traidores, un total de 53 notables entre los que había nobles y eclesiásticos. El juicio lo presidieron Wamba y los oficiales palatinos. La asamblea condenó a los reos a la excomunión y a la muerte. Pero todo era farsa, pues las condiciones de la rendición incluían el perdón de la vida. Tras esas condenas públicas, Wamba les conmutó las penas por otras menos extremas.

En cuanto a la invasión franca, nunca se produjo. Tan sólo el *dux* Lupus atacó por la zona de Veziers, pero no debió de ser más que un tanteo, una incursión oportunista, ya que se replegó en cuanto supo que el ejército visigodo acudía a combatirle.

Wamba renovó todos los cargos importantes de la provincia. Nombró nuevos rectores con el encargo expreso de reparar los múltiples daños causados por la revuelta, aunque sin duda eso fue sólo una excusa para colocar a hombres más leales en los puestos clave y evitar que rebrotase la sedición. También tomó medidas contra los judíos, aunque en esta ocasión, más que ante otro episodio del antisemitismo crónico visigodo, estamos ante el castigo a unas comunidades que prestaron apoyo a los rebeldes.

Wamba regresó triunfal a Toledo. Y es en ese retorno donde por desgracia acaba la crónica de Julián de Toledo. Nos narra cómo a Paulo y a sus cómplices se les trató de una forma que nada tenía que envidiar a la de la antigua Roma. Los pasearon en camellos, cubiertos de andrajos y decalvados para escarnecerlos ante el populacho. Luego los enviaron al exilio.

Esa victoria arrolladora de Wamba es la demostración paradójica de hasta qué punto era necesaria la colaboración de la nobleza territorial para obtener el trono y mantenerse en él. Justo esa nobleza a la que las camarillas palatinas se las arreglaban para excluir de las elecciones reales.

¿Por qué decimos eso? Porque no importa que Paulo obtuviese el

apoyo del *dux* de la Tarraconense. A la hora de la verdad, las ciudades clave se pusieron del lado de Wamba y la guerra aquende los Pirineos acabó antes de comenzar. En la misma Septimania, los nobles debían de estar divididos; algo que explicaría la campaña fulgurante de Wamba en esas tierras. No todos eran partidarios de separarse del reino visigodo ni de jurar lealtad a algún reino franco. No todos verían con agrado tomar las armas contra sus hermanos de sangre, y bastó con que no movilizaran a sus clientelas militares para que la rebelión no triunfase.

La inhibición militar no dejaba de ser un arma en sí misma y la dependencia de los contingentes que podían aportar los nobles era una amenaza para tener en cuenta. Explicaría en parte la ley sobre movilización militar que promulgó Wamba a finales de ese mismo año 673. En ella, dictó plazos y condiciones que debían respetar todos los hombres libres visigodos en caso de ser llamados a las armas. Fijó penas muy duras para aquellos que no cumpliesen con sus obligaciones en tal sentido, y eso indica que el incumplimiento de las obligaciones armadas empezaba a ser un problema serio para la Corona.

Problema que se veía agravado por nuevos peligros que comenzaban a materializarse. Hasta ese momento, la principal amenaza había estado en el norte o en el interior. El sur, África, había permanecido en manos de los romanos, que siempre tuvieron su atención puesta en oriente, en sus archienemigos los persas, y en el norte, donde no les faltaban los enemigos nómadas.

Pero el panorama político había cambiado de forma drástica. Todo el norte de África estaba siendo sojuzgado por unos nuevos conquistadores que tenían en jaque a los romanos: los árabes musulmanes. Y no se iban a conformar con la ribera sur del Mediterráneo.

Durante el reinado de Wamba hicieron la primera intentona contra la Península. En esa tesitura, al rey le fue muy útil la flota creada por Chindasvinto. Según la *Crónica Rotense*, la armada visigoda destrozó una flota musulmana a la que hundió nada menos que 270 barcos.

Ya hemos dicho que la crónica de san Julián de Toledo llega hasta el regreso triunfal de Wamba a Toledo. A partir de ahí tenemos pocos datos. Sabemos que fue un monarca activo y que se ocupó de ennoblecer la sede regia con grandes obras públicas. También que impulsó los concilios provinciales de la Gallaecia y la Lusitania en el 675. Tras éstos, ya no hubo más concilios.

Las relaciones entre la Corona y el episcopado se fueron enfriando a lo largo de esos años. La ley sobre movilización militar que acabamos de citar fue un motivo de discordia, ya que no exceptuaba a

los eclesiásticos y fijaba duras sanciones contra los clérigos que no cumpliesen sus obligaciones. También la creación de obispados nuevos enfrentó al rey con la Iglesia. Tras estas fundaciones estaría la intención de recortar el poder de algunos prelados, porque sólo así se explica que Wamba crease un obispado nuevo en la propia Toledo.

Todo esto debió de tener bastante relación con la forma en que Wamba perdió el trono. La noche del 14 de octubre del 680, estando el rey en su palacio, un noble llamado Ervigio le suministró una poción que lo dejó inconsciente. Los nobles presentes, al creer que iba a morir, decidieron que había que darle la penitencia, un sacramento que limpiaba los pecados, pero que sólo se podía aplicar una vez. El propio Julián de Toledo, como metropolitano, se ocupó de que le tonsurasen, cubrieran de ceniza e impusieran el cilicio.

Cuando el rey se recobró de los efectos de la pócima, se descubrió el engaño. Pero ya era tarde. El rito de la penitencia y la tonsura lo inhabilitaban para seguir reinando. Wamba perdió el trono y Ervigio se hizo con la Corona.

Ésta es la leyenda que se fraguó en los siglos IX y X en el reino de Asturias y a partir de tradiciones anteriores. Puede que la realidad no fuese tan dramática, aunque casi sin ninguna duda se produjo algún tipo de golpe palaciego. Pero, puesto que el propio Wamba firmó documentos en los que pedía que la Corona pasase a Ervigio e instaba a Julián de Toledo a ungirle como rey, mal podía estar inconsciente.

Quizá se sintió mal y creyó que iba morir, fuese por efecto de algún bebedizo o no. O tal vez los nobles palatinos le obligaron a abdicar por escrito a favor de Ervigio. Desde luego, a tenor del comportamiento posterior de Wamba, lo que está claro es que no abandonó el poder de buena gana.

Es muy posible que en la conjura estuviese implicado el propio Julián de Toledo. Cierto es que su *Vida del rey Wamba* era muy laudatoria con el soberano. Pero luego, como muchos eclesiásticos, se distanció de él. Julián se había convertido en metropolitano de Toledo ese mismo año y la decisión antes mencionada de crear otro obispado dentro de la ciudad, con sede en la iglesia de San Pedro y San Pablo, sin duda contaría con su más encendida oposición.

El caso es que Wamba perdió el trono y quedó recluido en el monasterio de Pampiega, en Burgos. Vivió todavía siete años y tres meses, y parece que no dejó de conspirar contra quienes le habían arrebatado el trono. Sin embargo, tal pérdida era irreversible. Un rey fuerte fue sustituido por un simple ambicioso, y con esa sucesión el reino de Toledo inició el último tramo del camino hacia su destrucción.

23
El Estado visigodo

Los dos siglos que separan las batallas de Vouillé y Guadalete son los de la evolución de Hispania hacia algo ya muy parecido a lo que llamamos hoy nación. Tal nación, la Hispania visigoda, no coincide ni en lo geográfico ni en lo ideológico con lo que ahora conocemos como España. No caigamos en esa equivocación. Pero sí podría marcar el paso hacia una península ibérica como sociedad; entendida ésta como el contexto en que se desenvuelven seres humanos que se reconocen vinculados entre ellos y comparten normas y códigos propios.

Como es lógico, el proceso y los resultados de tal evolución de dos siglos estuvieron marcados por las circunstancias. El comienzo fue el de una élite militar extranjera, los visigodos, imperando sobre un territorio poblado por gentes muy diversas, vinculadas muchas de ellas entre sí por un fuerte sentido de romanidad y por unas estructuras sociales y administrativas comunes al resto del Imperio. Digo muchas de ellas, porque ya hemos visto que como contrapunto había pueblos muy poco o nada romanizados.

Como minoría foránea que eran y ocupando la cúspide del poder en Hispania, los visigodos trataron de conseguir la colaboración de las élites locales. Algo necesario para mantener en funcionamiento la administración y también para ampliar un apoyo que los reyes godos no encontraban en su propia nobleza, siempre dispuesta a la usurpación.

La nobleza y el clero hispanorromanos gozaban de gran poder. Los primeros eran propietarios agrarios con clientelas militares nada desdeñables y los segundos eran los verdaderos amos de muchas ciudades. De ahí la estabilidad que ganó el reino visigodo a partir de Recaredo y la conversión al catolicismo.

Pero, por más que buscasen su apoyo, los visigodos jamás pensaron en compartir el trono con los hispanorromanos. Los monarcas del reino de Toledo fueron siempre visigodos y, aunque su elección estaba abierta en teoría a los hombres libres, se circunscribió en todo momento a los miembros de unas pocas familias poderosas.

La alta administración, en cambio, siempre estuvo bien dispuesta hacia los *potentes* hispanorromanos. Dado que no podían optar al

trono, eran más de fiar que la nobleza palatina visigoda. De ahí viene también la lógica de aliarse con la Iglesia católica a cambio de darle poder civil y respaldarla frente a otros grupos religiosos, fueran estos paganos, judíos o herejes, que todos juntos formaban un porcentaje de población nada desdeñable. La Iglesia, a su vez, sancionaba con su autoridad moral la autoridad del rey y sus leyes. Una sinergia que condujo a la monarquía de fundamentación teocrática.

1. El rey y la Corona

Si algo marcó a la monarquía electiva de los visigodos de Hispania, fue lo turbulento de las sucesiones. Gran número de reyes subieron al poder mediante un golpe de Estado, una rebelión o tras el asesinato de su predecesor. No es de extrañar, por tanto, que los soberanos, muchas veces ellos mismos entronizados de forma violenta, tratasen de legislar para controlar la situación. Dictaron leyes, sancionadas por la Iglesia, acerca de los procedimientos para la elección de nuevos reyes. También trataron de amparar legislativamente a las familias y clientelas del monarca fallecido, para evitarles represalias y expolios en caso de cambio violento de régimen.

La Corona, como cabeza de un Estado de verdad, cuajó a partir de Leovigildo, que fue también quien impuso la unidad territorial. Fue él quien abandonó viejas formas propias de caudillos de una etnia guerrera para revestirse con los atributos imperiales romanos. Al usar símbolos tales como el *paludamento* o la diadema, se atribuía la legitimidad para gobernar sobre todas las gentes de Hispania. Y con sus sucesores, se fue generando todo un cuerpo legislativo a lo largo de los diversos concilios de Toledo que marcó las prerrogativas y atributos de la figura real.

Para poder ser rey, había que ser visigodo, de noble estirpe y buenas costumbres, y no haber sido nunca tonsurado o decalvado. Eso excluía de entrada a los hispanorromanos, no importa cuán nobles o poderosos fuesen. Sin embargo, con el tiempo los electores acabaron siendo un grupo formado por nobles palatinos y territoriales, así como obispos. Por tanto, los hispanorromanos no estaban excluidos de ser electores, dado que ocupaban no pocas sedes episcopales y también un número apreciable de oficios palatinos.

El soberano disponía de una sede regia, que siempre fue Toledo. Contaba con un tesoro real y otro tesoro público. Tenía la prerrogativa exclusiva de usar ciertos atributos del poder que eran en buena parte heredados de los antiguos emperadores romanos. Tenía la facultad de nombrar a los altos cargos de su administración. Y acabó por gozar de

un privilegio que está considerado por los historiadores como algo excepcional en Occidente. En su juramento de toma de posesión, los reyes visigodos se comprometían a luchar contra los enemigos de la fe católica, en concreto contra herejes, judíos y paganos. Y a cambio, gracias a los concilios, la Corona tenía la posibilidad de lanzar castigo de excomunión contra los enemigos del reino. Una prerrogativa sin par entre los reyes occidentales.

De los sucesivos concilios de Toledo fue surgiendo una legislación muy depurada acerca de los requisitos, fórmulas, procedimientos e incluso lugares posibles para la elección del nuevo rey. Se llegó a establecer una ceremonia que tampoco tiene parangón en los reinos occidentales: el rito de la unción. Este ritual es considerado por algunos como una creación autóctona, en tanto que otros lo entroncan con el Antiguo Testamento. En el segundo caso, habría sido un artificio destinado a sacralizar todavía más la figura del soberano.

El fuerte sustento teocrático de la monarquía visigoda tuvo consecuencias tan inesperadas como indeseables en ocasiones. Ya hemos visto que hubo reyes que fueron poco más que títeres de la Iglesia. Pero en otras ocasiones, dado que el episcopado era fundamental para respaldar ideológicamente al trono, algunos soberanos hicieron lo indecible para nombrar a los obispos entre sus partidarios. Eso trajo pugnas de poder que le costaron la Corona a más de un monarca y a la Iglesia católica una merma de la dignidad de sus cargos. Llegó a producirse incluso tráfico de obispados, puesto que los cargos llevaban aparejadas prebendas y rentas, y eran, por tanto, muy codiciados.

2. El Aula Regia y el Oficio Palatino

En asuntos de Estado, el rey se apoyaba de forma directa en una asamblea de altos funcionarios conocida como el Aula Regia. Ahí se daban cita una serie de poderes del Estado personificados en los conocidos como *viri ilustri*, «varones ilustres»; una denominación común a distintos altos cargos. Ahí estaban burócratas tanto civiles como militares, los gobernadores provinciales, los *comites* y los altos mandos del ejército. También aquellos magnates con los que era preciso contar a la hora de tomar decisiones y la clientela directa del rey, los llamados *fideles regis*. Y todos aquellos que ostentaban cargos en el Oficio Palatino.

Ese Oficio Palatino era el más alto órgano administrativo. Una institución de índole práctica que se ocupaba de los diferentes asuntos de estado a un nivel justo inferior al del rey. Ministros podríamos

llamarlos ahora, aunque el título que ostentaban los diferentes oficiales palatinos era el de *comes*. Hubo *comes* del Patrimonio, del Tesoro, de los Notarios, de los Espatarios, etc. Son nombres que nos han llegado gracias a la rúbricas de quienes ocuparon estos cargos en documentos tales como los conciliares, pero sin duda debió de haber más de los que no tenemos noticias.

El Aula Regia y el Oficio Palatino eran los órganos ordinarios que gestionaba el día a día del reino. En paralelo a ellos operaban dos instituciones de carácter extraordinario y poder absoluto.

La primera, los concilios, de los que estamos dando cuenta en forma cronológica y que acabaron siendo el máximo poder legislativo en virtud del que otorgaban a las leyes una sanción eclesiástica. El segundo de tales órganos extraordinarios eran las asambleas multitudinarias de todos los varones visigodos libres. Tumultuosas e irregulares, constituían un resabio de tiempos antiguos, la reunión de los hombres libres en armas, y suponían un acontecimiento excepcional.

Una de tales asambleas fue la que decidió abandonar la causa de Suintila cuando éste se disponía a presentar batalla al usurpador Sisenando cerca de Zaragoza. Este hecho parece algo incongruente, dado que Suintila parecía gozar de grandes apoyos entre los elementos populares, así que en la práctica quizá esa asamblea fuese de nobles godos que decidieron pasarse con sus clientelas al bando del usurpador. Otra de tales asambleas fue la que convocó Wamba para juzgar al traidor *dux* Paulo y a los rebeldes de la Septimania tras su victoria en Nimes, de la que ya hemos dado cumplida cuenta.

3. La administración territorial

A grandes rasgos, los visigodos respetaron la división administrativa de la antigua diócesis hispánica del Imperio romano. Mantuvieron las cinco provincias con sus respectivas capitales y a ello añadieron una sexta que era la Septimania, con capital en Narbona, resto último de sus antiguas posesiones galas.

Decimos a grandes rasgos porque, con el tiempo, distintos reyes hicieron divisiones territoriales que no están nada claras. Existieron nuevas provincias, más o menos fugaces, pero no se han conservado los documentos que nos permitirían saber cuándo se crearon, cuáles fueron y qué territorios abarcaban.

Pudiera ser que, durante una época, la zona de Sevilla formase la provincia de Híspalis, escindida de la Bética. No tendría nada de raro. Ya hemos visto la rivalidad entre Sevilla y Córdoba por la

preeminencia en la provincia. Y cómo Córdoba fue siempre mucho más díscola, en tanto que las élites locales sevillanas colaboraron con los visigodos, a tal punto que esa zona fue clave para que estos últimos afianzasen su poder en el sur peninsular.



Administración territorial visigoda del siglo VII.

También se constituyeron nuevas divisiones territoriales en el norte. Serían el ducado de Cantabria y, de creer al *Ravenate*, también los de Asturia y Autrigonia. Estos ducados no serían iguales a las provincias. Su denominación y situación dan a entender que eran distritos militares, creados por la necesidad de vigilar las zonas del norte. Al menos el ducado de Cantabria se consolidó como unidad territorial, ya que estaba a cargo del *dux* Pedro durante la invasión musulmana y el linaje daría lugar a la dinastía que reinó en Asturias tras la confusa muerte de Favila, hijo de Pelayo.

También, algún momento pudo existir la provincia de la

Aurariola, creada sobre la antigua Oróspeda, tierra que durante un tiempo, tras la anexión de Leovigildo, tampoco debió de estar demasiado pacificada. Pero hay que insistir en que todo esto se supone a partir de menciones a veces únicas y que, por tanto, y una vez más, no son más que hipótesis plausibles.

Los *rectores*, gobernadores de las distintas provincias a finales de la época imperial, fueron sustituidos por una figura nueva: el *dux* visigodo. *Dux* era al comienzo un cargo puramente militar. En los tiempos más antiguos, estos personajes aparecen siempre en los documentos dirigiendo tropas. Dado el origen del Estado visigodo, parece lógico que el título acabase por designar a los nuevos gobernadores provinciales, ya que los jefes de las tropas godas fueron asumiendo funciones burocráticas.

Los *duces* provinciales acabaron por reunir en sus personas los máximos poderes civiles y militares de su demarcación, algo que los convirtió en personajes harto poderosos. Hay quien sostiene que los rectores romanos no desaparecieron de golpe. Que el cargo subsistió durante cierto tiempo, aunque con poderes cada vez menores. Habrían sido una suerte de altos funcionarios hispanorromanos ocupados en asuntos civiles de la provincia. No hay verdadera constancia de esto, pero sí de que los hispanos podían acceder al cargo de *dux* provincial. Ejemplo señero fue el *dux* Claudio, que, en tiempos de Recaredo, gobernó la Lusitania y dirigió al ejército visigodo contra los francos de Borgoña cuando éstos quisieron anexionarse la Septimania.

Cada una de las seis provincias se dividía en demarcaciones más pequeñas conocidas como *territorium*. Estaban dirigidas cada una de ellas por un *comes* y por eso acabaron recibiendo también el nombre de *comitatus*, condados. Los *comites* tenían a su servicio a una serie de subordinados: *vicarii* o *vicecomes, exactores, domestici, magistrati*… Todo un cuerpo burocrático que se fue creando a lo largo sobre todo del siglo VII. Fue una evolución y no un salto brusco, y también el cargo del *comes* varió con el tiempo. Por ejemplo, fue haciéndose cada vez más hereditario, algo que tuvo más importancia de lo que podría parecer a simple vista.

Los *comites* eran designados por la Corona. Para proporcionarles recursos con los que sufragar sus obligaciones, así como para evitar abusos contra la población, el rey los dotaba con tierras y rentas.

Los *comites* eran los que ejercían el control real sobre los territorios, dado que éstos tenían un tamaño que permitía hacerlo de forma efectiva. Eran también lo bastante extensos como para que algunos *comites* se convirtiesen en personajes a tener en cuenta. Al fin y al cabo los *comites*, lo mismo que los *duces*, era miembros natos del Aula Regia.



Infantería visigoda (Villegas, *Infantería española* del Conde de Clonard).

Puesto que el cargo de *comes* implicaba poder y riqueza, fue inevitable que aquellos que lo ejercían pugnasen por transmitirlo a sus descendientes. Esto se convirtió en un elemento de protofeudalización o, si se quiere, de estratificación de la sociedad. Los *comites* hereditarios fueron echando raíces en sus territorios y se convirtieron en poderes fácticos y no derivados de la autoridad real.

Esto tuvo sus consecuencias cuando el reino visigodo se derrumbó tras la derrota de Guadalete. Librados a su suerte, cada *comes* buscó su propia salvación. Algunos de ellos entraron al servicio de los conquistadores o llegaron a distintos pactos con ellos. Los musulmanes eran pocos, lo mismo que los visigodos al llegar a Hispania, y no les venía nada mal la colaboración de los vencidos. La estructura administrativa visigoda se convirtió así, en ciertos casos, en una forma rápida de controlar distintos territorios.

Por ejemplo, el *comes* Casius, que lo era de un territorio en la zona de la actual Tarazona, pactó con los invasores, acabó convirtiéndose al islam y sus descendientes, los Banu Qasi, llegaron a crear un reino independiente con capital en Zaragoza. Teodomiro, *comes* de un territorio en la costa sur y levante, no abjuró de su fe ni se puso del lado de los conquistadores, pero sí llegó a un acuerdo con ellos por el que estos le respetaron su territorio y sus poderes.



Infantería visigoda (Villegas, *Infantería española* del Conde de Clonard).

Son ejemplos del poder que los *comites* tenían sobre sus territorios, a tal punto que a los vencedores les convino pactar o reclutarlos. Aunque no todos se mostraron tan flexibles y los hubo que ofrecieron resistencia armada a la invasión.

Los territorios se dirigían desde las ciudades, que era donde residían los *comites*, pero éstas mantuvieron su propia administración. La deriva teocrática del reino de Toledo aumentó el poder de los obispos, a los que dotó de autoridad civil más que considerable. Pero eso no supuso la extinción inmediata de las viejas fórmulas. En algunos lugares, los *iudices*, magistrados urbanos, siguieron actuando hasta bien entrado el siglo VII.

Además, no toda la tierra estaba bajo la jurisdicción de los *comites*. Existían grandes extensiones de terrenos fiscales; propiedades de la Corona que eran administradas por funcionarios especiales. Esos terrenos eran cultivados por gentes sometidas a diferentes tipos de servidumbre. Todas esas personas dependían de forma directa de la Corona, asumían jurisdicciones especiales y estaban bajo la tutela de los mentados funcionarios. Éstos se encargaban de supervisarlos, de velar por su bienestar e incluso de representarlos si llegaba el caso, puesto que, en su condición de serviles, no podían atestiguar.

Y a todo eso hemos de sumar las propiedades de la nobleza agraria. Es cierto que eran privadas, pero los latifundios de esa nobleza, fuese goda o hispanorromana, eran como reinos de bolsillo. Las villas habían pasado de ser residencias campestres a sedes con gran número de servicios. Los campos de la nobleza daban empleo a

muchedumbres de rústicos ligados de una forma u otra al señor, con el que tenían diversas obligaciones, incluida la de acudir a las armas. Los nobles eran como reyes en sus tierras, contaban con sus ejércitos privados y ejercían su propia ley. Es curioso, pero tampoco sobre esto sabemos todo lo que se debiera, pues mucha de la nobleza nunca participó de la política del Gobierno de Toledo y, por tanto, no tenemos constancia escrita de quiénes eran ni de sus actividades.

24
La descomposición final del reino 680-710

CON EL FIN IRREGULAR del reinado de Wamba se produjo algo más que un cambio de rey y de régimen político. Hasta entonces, los golpes de Estado y las rebeliones habían aupado al poder a hombres fuertes como Chindasvinto o a cabecillas de alguna facción palatina. Pero, en esa ocasión, la penitencia de Wamba hizo recaer la corona sobre alguien que, aunque no era un títere, no era el más poderoso siquiera de su facción. Y esa debilidad del soberano marcó la quiebra de la realeza visigoda como piedra angular del reino.

1. Ervigio

Las circunstancias del ascenso de Ervigio al trono fueron tan oscuras como su propio origen. Según la crónica de Alfonso III, era hijo de un griego llamado Arbogasto que llegó como fugitivo del Imperio de Oriente y acabó casándose con una pariente de Chindasvinto. Así pues, Ervigio pertenecía al grupo familiar de este rey y en ese sentido podríamos considerar que continuó la dinastía tras el paréntesis que supuso Wamba. Y es quizá en su situación donde podríamos encontrar las claves de por qué hombres más poderosos que él le auparon a la realeza.

Ya la nobleza palatina había elegido en la anterior ocasión a un rey de avanzada edad y de oscura carrera burocrática. Pero ese rey, Wamba, demostró una energía y una independencia que sin duda no esperaban. Así que en esta ocasión optaron por alguien vinculado uno de los grupos de poder, la familia de Chindasvinto, pero que por sí mismo no debía pesar gran cosa, ya que por sus orígenes no contaba con clientela importante. De lo que fue el reinado de Ervigio, de los problemas que aquejaban al reino y de los cambios en los centros de gravedad del poder nos dan pistas, una vez más, los concilios habidos

en esos años.

El XII Concilio de Toledo se celebró con rapidez, en enero del 681, tan sólo unos meses después del ascenso de Ervigio al trono. No se puede decir que fuese un éxito de asistencia, ya que sólo concurrieron 35 obispos, 4 abades y 15 oficiales palatinos. Esto podría achacarse a la premura de la convocatoria, es verdad. Pero llama la atención que no acudiese ni un solo obispo de la Tarraconense ni de la Septimania. Es muy posible que los poderes de esa zona viesen con malos ojos esa sucesión irregular, quizá porque ahí había colocado Wamba a hombres afines tras la rebelión del *dux* Paulo. En años posteriores, los acontecimientos demostrarían que el grupo de poder vinculado a la familia de Wamba tenía allí su principal bastión.

Los asuntos tratados en ese concilio muestran a las claras cuáles eran las preocupaciones inmediatas del nuevo rey. Los obispos refrendaron la legalidad de la sustitución de Wamba por Ervigio y eso es indicio de que el primero trató de recuperar su dignidad real. Pero el concilio sentenció que la situación creada por la penitencia no era reversible.

Los hay que encuentran en esto una prueba más de la complicidad o al menos de la complacencia de Julián de Toledo con el derrocamiento de Wamba. Ya hemos visto cómo los distintos concilios habían dado apoyo y argumentos a casi cualquier acción del rey de turno. Si Julián de Toledo, que organizó y presidió el concilio, y los obispos presentes lo hubieran querido, habrían argumentado de forma perfecta la legalidad del retorno de Wamba al trono una vez recobrado de su supuesta enfermedad. Pero sentenciaron lo contrario.

A cambio, el metropolitano de Toledo obtuvo para el cargo la primacía sobre todos los obispos hispanos. Se convirtió en el jefe supremo de la Iglesia hispana, con capacidad de nombrar obispos con la anuencia del rey. Otra prueba de que Julián de Toledo no fue ajeno a la conjura que derrocó a Wamba. Y además, en ese concilio se disolvieron los nuevos obispados que había creado este último.

No fue la única parte de la obra política de Wamba que se desmanteló ahí, puesto que modificaron también la ley de movilización militar. Esa ley resultaba onerosa para nobles y obispos, y su enmienda atestigua el poco poder del nuevo rey, pues la reforma lo perjudicaba sobremanera a la hora de levantar ejércitos para combatir revueltas o invasiones.

Concesiones a la Iglesia fueron también las nuevas leyes que se dictaron contra los judíos. En ese concilio se promulgaron un total de 28, que fueron incorporadas al *Liber Iudiciorum*. Tan gran número de leyes y el escaso tiempo que separó la coronación de Ervigio y el concilio hacen pensar que ya estaban redactadas. De nuevo tuvo que estar ahí la mano de Julián de Toledo, que era antisemita encendido,

no importa que él mismo fuese de origen judío.

La conclusión que sacamos de ese concilio es la de un rey débil frente a unos magnates en posición de fuerza. Y que todo eso se desarrollaba en una situación de intranquilidad creada justo por ese desequilibrio, así como por los posibles manejos de Wamba para recuperar el trono.

El siguiente concilio, el XIII de Toledo, se celebró en noviembre del 683 y puso todavía más de manifiesto la decadencia del poder real. Esta vez la asistencia fue multitudinaria: 47 obispos acudieron en persona y otros 27 enviaron a sus representantes. También concurrieron 9 abades y 20 oficiales palatinos. Pero, lo mismo que el anterior, se saldó con mayores mermas para la Corona.

Se dictó una amnistía para todos los que participaron en la rebelión del *dux* Paulo contra Wamba y que alcanzaba tanto a lo personal como a lo patrimonial. También se decretó otra amnistía para todos aquellos nobles o eclesiásticos represaliados, por un motivo u otro, desde los tiempos de Chintila. Y también a éstos habrían de devolvérseles los bienes.

El matiz estuvo en que sólo debían devolverse los bienes incautados que estuviesen en dominio fiscal, y no los que se entregaron en su día a particulares. Es decir: de esa amnistía el único patrimonio que salió perjudicado fue el de la Corona, que se vio desmantelado a beneficio de unos nobles que, a su vez, se cubrieron las espaldas en cuanto a los botines que les tocaron en repartos pasados.

Nobles y eclesiásticos consiguieron también que se aprobase un canon que sentaba la inviolabilidad de sus personas salvo en casos muy concretos. Quedaban así a salvo de prisión y tortura y, como se ve, todo esto difería en gran medida de las políticas con que otros monarcas trataron de controlar a los turbulentos notables del reino.

Como mísera contrapartida, Ervigio obtuvo del concilio un canon para la protección de la parentela real. En él se mencionaba de forma expresa a su esposa Liuvigoto y se indicaba que tanto ella como sus hijos, y los consortes de éstos y sus descendientes, debían estar a salvo de muerte, daño físico o expolio, así como de ser obligados a tomar los hábitos o ser desterrados sin culpa. Ése era el canon cuarto. El quinto prohibió además que nadie tomara a la reina viuda por esposa, pues un enlace así podía servir a un futuro rey para apropiarse del patrimonio personal del actual.

También se aprobó una amnistía fiscal para pequeños propietarios y siervos fiscales. Eso fue consecuencia de una hambruna que, si bien no quedó registrada en los documentos contemporáneos, sí menciona textos posteriores. Debió tratarse de una verdadera catástrofe que menguó a la población y dañó a la economía, lo que no dejaría de

tener su importancia cuando, pocos años después, el reino de Toledo tuviera que enfrentarse a la invasión musulmana.

Durante el reinado de Ervigio se celebró aún otro concilio en Toledo, el XIV que sólo se ocupó de cuestiones doctrinales. Se convocó porque el papa León II pidió al episcopado español que respaldase las decisiones del III Concilio de Constantinopla. Obedientes al mandato papal, los obispos se reunieron en sínodo en el 684 y apoyaron todo lo dictado por el pontífice.

La certidumbre de la propia debilidad y la obsesión por proteger a su familia debieron de ser constantes en Ervigio. No contento con haber obtenido cánones eclesiásticos que protegían a su parentela, procuró la alianza con sus mayores enemigos, el grupo familiar de Wamba. Consecuente con esa política, acabó por casar a su hija Cixilo con Égica, el líder de esa facción.

Ervigio trató por esa vía de evitar que, en caso de que esa elección volviera a colocar un rey en el trono, se desatasen represalias contra su familia, al margen de la protección dispuesta por los obispos. Al fin y al cabo, él mismo había conseguido de esos mismos obispos que refrendasen su ocupación del trono frente a los deseos de recobrarlo de Wamba.

De sobra sabía que los obispos podían dar argumentos eclesiásticos a una postura concreta en un concilio y sustentar con igual solidez lo contrario en el siguiente.

La culminación de esa política de buscar alianzas para proteger a su familia llegó en el 687. Pese al carácter electivo de la monarquía, designó a Égica como sucesor. Fue algo inédito, puesto que no se trató de una asociación al trono, ya que Ervigio abandonó el poder tras la designación. No sabemos si estaba enfermo y murió a los pocos días, o si todavía vivió algún tiempo. Dado el carácter no sucesorio por línea de sangre de la monarquía visigoda, cuando un rey perdía la Corona, por la razón que fuese, los cronistas se desinteresaban por completo de él. Y por tanto está registrada la abdicación, pero no la muerte de Ervigio.

2. Égica

Si Ervigio creía que casando a su hija Cixilo con el jefe del clan nobiliario afín a Wamba iba a proteger la integridad y los bienes de su familia, se equivocaba por completo. Lo único que hizo fue allanar el camino al poder a uno de sus enemigos acérrimos.

Coronado en el 687, Égica se apresuró a convocar al año siguiente el XV Concilio de Toledo. Un sínodo atípico en el que no se dictó

ningún canon, pues la única intención del monarca era liberarse de los juramentos pronunciados, así como modificar las leyes que le impedían represaliar a la familia de Ervigio. La gran asistencia de obispos y oficiales palatinos a ese concilio indica el interés que la cuestión despertó entre los poderosos del reino.

Égica estaba atado por el juramento de proteger a la parentela de Ervigio. Pero también había jurado gobernar a su pueblo con justicia. Y planteó todo el asunto como un dilema moral, ya que denunció a Ervigio como un rey injusto, que se había engrandecido de forma ilegítima, por lo que si cumplía el primer juramento faltaría al segundo.

Por supuesto que los obispos se plegaron a las pretensiones de Égica. Muchos de ellos eran los mismos que habían dado sustento teológico en concilios previos a los deseos de Ervigio de proteger a su familia. Ahora no dudaron en respaldarlo con sus argumentos. El concilio consideró que el segundo de los juramentos era de rango superior al primero, por la imposición de impartir justicia para todos. Eximió por tanto al rey de su obligación de proteger a la familia de Ervigio y le dejó con las manos libres para obrar. Y eso permitió repudiar a su esposa.

A falta de una crónica contemporánea, es mucho lo que ignoramos acerca del reinado de Égica. Por las actas de los concilios y por documentos de épocas posteriores sabemos que fue de todo menos tranquilo. Prosiguieron las malas cosechas y las hambrunas y, para remate, llegó una peste procedente de Oriente que causó gran mortandad. También conocemos que los francos aprovecharon la situación para atacar la Septimania y obligaron a Égica a librar hasta tres campañas contra ellos. No sabemos ni las fechas ni los pormenores de esas guerras, pero sí que no fueron fructíferas para el rey visigodo.

En lo que al interior se refiere, Égica tuvo que enfrentarse a toda una pléyade de conjuras y rebeliones que le llevaron de forma progresiva a una política de represión de la que se hicieron eco documentos de fechas posteriores. La *Continuatio Hispana* le califica de perseguidor a muerte de la nobleza goda, lo que nos da buena idea de lo que pudo ocurrir en esa época.

Han llegado hasta nosotros noticias de dos de esos episodios sediciosos que bien pudieron ser parte de uno solo. La conspiración del metropolitano de Toledo, Sisberto, y el intento de usurpación de Suniefredo. De la primera quedó registro en las actas del XVI Concilio de Toledo y sabemos que el segundo se produjo gracias a una moneda acuñada en Toledo con la imagen de Suniefredo.



Código emilianense: Égica.

Sisberto fue el sucesor de Julián como metropolitano de Toledo. Tramó su conjura durante los primeros años del reinado de Égica y debió de ser de gravedad. En esa conspiración hubo personajes de rango elevado, entre ellos la propia viuda de Ervigio, Liuvigoto. Que Égica se encontrase en Zaragoza en el 691 podría indicar que la intriga tuvo cierto éxito y consiguió expulsarle de forma temporal de Toledo. Tal vez entonces fue cuando nombraron rey a Suniefredo.

Respecto a este segundo, hay un Suniefredo que firmó documentos conciliares de la época previa. Por la posición de su firma en esos documentos, debió de ostentar mayor rango palatino que el propio Égica. Quizá a semejanza del *dux* Paulo en los tiempos de Wamba, se sintió relegado y con más derechos a la Corona que el rey elegido. La presencia de Liuvigoto en el complot de Sisberto indica que esta pudo aglutinar a notables que se sentían postergados por el nuevo régimen. Algo de eso también se puede colegir por las firmas en los documentos de concilios de fechas posteriores a la conjura, en los que se percibe que se produjeron muchos relevos, en esas fechas, en los oficios palatinos.

El III Concilio de Zaragoza pudo ser una consecuencia de esa

convulsión. No consta que fuese nacional y no provincial, pero los asuntos tratados así lo indican. Y de ser cierta tal suposición, el hecho de que se celebrase ahí y no en Toledo podría indicar que el rey se había retirado a tierras donde se sentía más seguro. Eso si no había sido expulsado de Toledo y se había hecho fuerte en la Tarraconense, donde su partido tenía más apoyos. Significativo es que ese concilio dispuso que las reinas viudas no se pudieran volver a casar y ordenó de forma expresa que Liuvigoto fuese internada en un convento.

El XVI Concilio de Toledo se celebró en mayo del 693 y para entonces la conjura de Sisberto estaba liquidada. Declararon a Sisberto culpable de traición, le privaron de su cargo de metropolitano y le desterraron. Fue sustituido por Félix, que hasta entonces había sido obispo de Sevilla. Aparte de esa cuestión, el concilio abordó dos temas de importancia.

Uno de ellos fue la reforma de la ley de inmunidad para nobles y eclesiásticos dictada en tiempos de Ervigio. Gracias a esa ley, los poderosos debían estar entregados a todo tipo de intrigas. El interés de Égica por reformar esa disposición es prueba del momento complicado que atravesaba el reino. No se atrevió a derogarla pero sí la modificó para que la conspiración se considerase traición y poder así aplicar a los sediciosos las leyes de Chindasvinto contra rebeldes y expatriados.

El segundo tema fue la promulgación de nuevas leyes contra los judíos. Se les prohibió el comercio con cristianos y con el exterior. No se sabe por qué se tomó tal medida, pero, para un colectivo como éste, mercader por excelencia, era un golpe terrible que les privaba de su forma tradicional de vida.

Pudo ser una medida de presión para forzar las conversiones. Pudo ser una disposición preventiva si ya el rey temía que estuviesen en contacto con elementos extranjeros. Pudo ser también una suma de ambas. Desde luego, dado que se indicaba que, en caso de conversión al cristianismo, todas esas restricciones se levantarían al converso, podemos apostar por lo primero. Era la máxima presión que se podía hacer, dado que otro concilio había dictaminado la inmoralidad de las conversiones a la fuerza.

Un nuevo concilio, el XVII de Toledo, se reunió en noviembre del año siguiente con un único asunto que el rey consideraba muy grave. Afirmó que se habían descubierto pruebas de que las comunidades judías hispanas conspiraban con otras del extranjero para la ruina del reino y de la fe católica.

¿Qué significaba esa acusación? Tal vez Égica temía que los judíos espiasen a favor de algún tipo de invasión extranjera y, de ser así, era dudoso que fuese romana o franca; sería musulmana. ¿Había algo de cierto tras la acusación? Imposible saberlo. Égica era un soberano acosado por conjuras y traiciones, y la historia ha conocido a

no pocos gobernantes que realizaron purgas terribles por unas simples sospechas.

Y la medida dictada fue en verdad extrema. El concilio ordenó la disolución de las comunidades judías. Sus integrantes debían ser dispersados y reducidos a la servidumbre. Los niños pequeños les serían arrebatados a sus padres y se entregarían a familias católicas para que fuesen educados en esa fe. Se exceptuó a los judíos de la Septimania, debido a que esa provincia se encontraba en la ruina material y demográfica por culpa de la peste y de los ataques de los francos.

Eso obvió que, de haberse aplicado unos decretos así, los judíos habrían desaparecido de Hispania. Aunque no tenemos mucha información sobre la época posterior a este concilio —del que no nos ha llegado la parte de la firmas y por tanto, no sabemos cuántos notables estuvieron presentes—, los hechos demuestran que sus disposiciones no se cumplieron.

Tampoco sabemos en qué momento Égica se reconcilió con su esposa Cixilo, aunque sí que eso ocurrió. Es muy posible que el clima de sedición generalizada llevase a la facción de los sucesores de Wamba a hacer las paces con la de los descendientes de Chindasvinto. Fruto de esa paz entre clanes nobiliarios fue que ese mismo 694, año del XVII Concilio de Toledo, Égica asociase al trono a su hijo Witiza, habido con Cixilo.

Porque no todos los problemas eran internos. En esos años, el *comes* Teodomiro rechazó una intentona romana contra la zona de Orihuela. Debió de ser una incursión marítima, una operación secundaria dentro de una más amplia que lanzó en esa época la flota romana para tratar de reconquistar por mar Cartago, que había caído hacía poco en poder de los musulmanes.

En el 698, Witiza recibió el gobierno directo de la Gallaecia y estableció su capital en Tuy. ¿Qué significa eso? Tal vez fue una medida para tratar de controlar una situación que se estaba desbocando. Égica contaba con apoyos en la Tarraconense y la Septimania, esta última acosada por los francos; tendría controlada la Carthaginense y bastante menos las otras tres provincias. Tal vez envió a su hijo a la Gallaecia para afianzar su poder en esa zona.

Siendo ya muy anciano y estando próximo a la muerte, Égica se hallaba en la Bética. Así lo atestigua una ley que dictó en Córdoba pocas semanas antes de fallecer. Una alusión en la *Continuatio Hispana* podría indicar que se había producido una rebelión en esas fechas. No tendría nada de raro que alguien tratase de aprovechar el momento en el que el rey estaría ya muy debilitado de salud. Eso fue lo que hicieron Froya y los *refugae* durante la agonía de Chindasvinto.

Si la intentona se produjo, fracasó como fracasaron las anteriores.

Égica murió de manera pacífica a finales del 702 y su hijo Witiza quedó como rey único.

3. Witiza

No contamos con crónicas ni informaciones precisas acerca de los ocho años de reinado en solitario de Witiza. Lo que ha llegado hasta nosotros son documentos posteriores y parte de ellos están trufados de fabulación.

Sabemos que durante su gobierno se celebró el XVIII Concilio de Toledo, pero sus actas no han sobrevivido. Se sabe también que hubo agitación en el mundo eclesiástico, pero ignoramos si se debió a disputas doctrinales, a luchas internas de poder o al pulso entre la Corona y la Iglesia por el control efectivo de la sede de Toledo.



Witiza.

A Félix le sustituye en el cargo de arzobispo Gundemaro, que fue quien presidió el XVIII Concilio. Y a él le siguió Sinderedo, al que acusaron de maltratar a los religiosos toledanos. Se ha atribuido a Sinderedo la condición de agente de Witiza, que trataba de meter en cintura a los eclesiásticos locales. Pero eso no cuadra muy bien con la

política que en general siguió este rey. Con Égica y Witiza se dio una nueva edición del proceso vivido en tiempos de Chindasvinto y Recesvinto. Frente a la política de represión de su antecesor, Witiza optó por la conciliación. Debió de entender que no podría mantenerse en el trono por la simple fuerza y amnistió y devolvió propiedades confiscadas por Égica a traidores verdaderos o supuestos. También dejó sin efecto las disposiciones contra los judíos.

Prosiguieron las hambrunas durante su reinado. En los años 707 y 709 hubo malas cosechas, aunque la del 710 fue muy buena. Son estos datos que nos llegan de las crónicas musulmanas. Los árabes habían conquistado ya los puertos romanos en el norte de África y tenían los ojos puestos en Hispania. Sin duda, en esos años recabaron todas aquellas informaciones que pudieran servirles para una invasión.

Así como sabemos poca cosa del reinado de Witiza, desconocemos casi todo sobre su muerte. Falleció antes de cumplir los treinta años y debió de suceder de improviso. A tenor de cómo se produjo la sucesión, hay quienes opinan que lo asesinaron. No lo sabemos. Sí que le sucedió Roderico, don Rodrigo, considerado por la historiografía clásica como el último monarca visigodo, aunque lo cierto es que no llegó a gobernar sobre toda Hispania.



Chintila.

25
Don Rodrigo y Guadalete
711

RODERICO, MÁS CONOCIDO EN LA HISTORIA como el rey don Rodrigo, es una figura que pertenece más a la leyenda que a la historia. Las circunstancias de su ascenso al trono, su año de reinado y su derrota y muerte están envueltas en brumas y dudas, y disponemos de escasas referencias sobre su figura.

Witiza debió de morir de forma súbita, aunque no sabemos si de enfermedad fulminante o asesinado. Esto último es posible puesto que, a su muerte, se proclamaron dos reyes de forma simultánea: Rodrigo en la Bética y Agila II en la Tarraconense. Así lo prueban algunas monedas con la imagen del segundo, acuñadas en esas fechas en la Tarraconense. Se supone que Agila II era hijo de Witiza, pero no hay certeza. Algunos lo niegan alegando que, como este último murió con menos de treinta años, sus hijos serían sólo niños. Es posible, pero eso no habría impedido que Witiza lo asociase al trono o que sus partidarios lo aclamasen como rey. Recordemos que Leovigildo asoció al trono a sus dos hijos siendo estos de corta edad.

En cuanto a Rodrigo, debía de ser *dux* de la Bética y sabemos que fue elegido rey en asamblea tumultuosa de un senado. Que se diga «senado» podría indicar una facción de notables, reunida de manera poco regular. Y lo de «tumultuosa» puede significar desde que hubo discusiones encendidas a que la elección se hizo tras actos de violencia. Muchas veces los cronistas de aquella época, con sus alusiones crípticas y sus elipsis, no ayudan al cabo de tantos siglos a hacerse una idea clara de lo que ocurrió.


La Cronica del Rey dõ Rodrigo
con la destruycion de España / y como los mo-
ros la ganaron. Nueuamente corregida / cõ
tiene de mas dela historia / muchas buenas
razones y auisos muy prouechosos.
En Toledo en casa de Iuan ferrer 1549.

Crónica del rey Rodrigo.

El reino visigodo quedó dividido. Rodrigo nunca fue reconocido como rey en todo el territorio e incluso dentro de las provincias bajo su control operaba una oposición fuerte a su figura, liderada por los hermanos del difunto Witiza: Sisberto y el obispo don Opas de Sevilla. Los años 710 y 711 fueron guerra civil. No parece casualidad que las monedas con la imagen de Agila II se acuñasen en Zaragoza. Fue ahí donde se refugió Égica tras ser expulsado de Toledo por la conjura del arzobispo Sisberto. Sin duda ahí era donde tenía su bando su bastión más fuerte.

En ese escenario de fractura y conflicto interno se produjo la intervención de los árabes, llamados como aliados por la facción witiziana. Se volvió así a la estrategia practicada en su día por Atanagildo y Sisenando. El primero recurrió a los romanos para desbancar a Agila y el segundo hizo lo propio con los francos para expulsar del trono a Suintila. Los witizianos, con el obispo Opas a la

cabeza, no hicieron más que seguir una vieja y peligrosa tradición de la nobleza visigoda.

Por tanto, puede ser cierto que Rodrigo estuviese en el norte en el momento de la invasión, asediando Pamplona. Recordemos que Pamplona era ciudad de visigodos, situada en una zona partidaria de Agila II. Y no es imposible que tuviese que combatir también contra los vascones al tiempo, ya que estos otras veces habían intervenido en las luchas internas visigodas, y si no, recuérdese la época de los *refugae* y el intento de usurpación de Froya en tiempos de Recesvinto.



El moro Tariq.

Los 7 000 guerreros bereberes al mando de Tariq desembarcaron en Tarifa y al poco se les unieron 5 000 árabes dirigidos por Muza. Incursionaron por la zona e infligieron alguna derrota a fuerzas visigodas que trataron de contenerlos. Contra ellos bajó Rodrigo desde el norte, sumando contingentes a su paso, y visigodos y musulmanes se enfrentaron junto al río Guadalete en junio del 711.

El simple hecho de ese desembarco es prueba de la decadencia en la que se había sumido el reino visigodo de Toledo. En los años previos, los musulmanes habían ido conquistando los puertos que les quedaban a los romanos en el norte de África, lo que les abría el paso del estrecho. Pero los visigodos, aun siendo conscientes de la amenaza, no pudieron o no supieron tomar medias, enfrascados como

estaban en sus luchas por el poder.

Hacía sólo unas décadas que la armada de Wamba había destrozado una flota musulmana que trató de invadir Hispania. Ahora, o no existía ya tal armada o estaba al mando de witizianos que no hicieron nada para impedir el paso de árabes y bereberes, pues según la tradición éstos cruzaron el estrecho en barcas de pesca.

Respecto a la batalla del Guadalete, nada sabemos en realidad. La leyenda culpa de la derrota de don Rodrigo a la traición de los hijos de Witiza, ya que el rey, imprudente, les había confiado el mando de las alas de su ejército y en el momento del choque le abandonaron. El centro, abrumado por los enemigos, sucumbió hasta el último hombre.

Eso dice la leyenda. Pero es imposible que los hijos de Witiza mandasen las alas del ejército visigodo porque, como hemos visto, eran sólo unos niños. Otra cosa es que al menos parte de las tropas abandonasen a Rodrigo en ese trance crucial. Eso mismo le ocurrió a Suintila cuando plantó batalla a Sisenando y sus aliados francos cerca de Zaragoza, sólo que en aquella ocasión fue todo el ejército el que desertó y Suintila fue derrocado de forma incruenta.

También el resultado final fue distinto entonces. Sisenando fue aclamado rey y los francos se marcharon por donde habían venido. En esta ocasión, los árabes no se conformaron con acabar con el que debía ser el «rey del sur». No entregaron el reino al «rey del este», sino que se quedaron con todo.

¿Qué fue de don Rodrigo? Según la leyenda, murió en la batalla, unos dicen que combatiendo y otros que ahogado en el río. Pero, por la aparición de algunas monedas con su imagen en la Lusitania y la afirmación de la *Crónica Rotense* acerca de que su tumba se encontró en Viseo, hay quien supone que Rodrigo sobrevivió a la derrota, abandonó la Bética y todavía gobernó durante algún tiempo en parte de la Lusitania. Sobre esa hipótesis sólo podemos decir lo mismo que sobre muchas otras vistas en este libro: no es imposible que así sucediera.

En todo caso, en la batalla del Guadalete se acabó el reino visigodo de Toledo, como en la de Vouillé se acabó el de Tolosa. Alrededor de ese desastre se generarían toda una serie de mitos para tratar de explicar cómo y por qué se llegó ahí. La leyenda acerca del carácter vicioso de don Rodrigo que le llevó a ultrajar a la joven conocida como la Cava, abuso que movió a su vez al conde don Julián, supuesto *comes* godo de Ceuta y padre de la Cava, a abrir el estrecho a los musulmanes. O esa otra leyenda sobre cómo el soberano se atrevió a invadir las cuevas toledanas en las que se guardaba el tesoro real visigodo y atrajo así la maldición del final del reino.

Todo eso son fábulas de elaboración posterior. Mitos moralizantes para explicar cómo Hispania —con su alianza entre la Corona y el

episcopado católico— pudo ser conquistada por infieles. La razón estaría en los pecados de sus gobernantes, y de ahí ese carácter disipado y lujurioso que las leyendas acabaron por atribuir a los últimos reyes, Witiza y Rodrigo.

Pero lo cierto es que el reino de Toledo sucumbió víctima de dinámicas internas muy destructivas. El poder, que siempre estuvo en manos de una oligarquía, se había ido concentrando en facciones ambiciosas. Las últimas décadas del siglo VI y la primera del VII estuvieron marcadas por la lucha entre los bandos de los descendientes de Wamba y Chindasvinto. Dos grupos que al final se unieron porque, por lo que se intuye a partir de los pocos datos que existen, había más bandos que no se conformaban con el papel de segundones.

La nobleza había ido ganando en poder a lo largo del siglo VII y en muchos casos echó raíces en las provincias y los territorios, lo que llevó a que al final no hubiera sólo facciones, sino también zonas enfrentadas. Y a eso hay que unir la «desamortización» a la que los notables obligaron a Ervigio, que dejó a la Corona mermada de recursos. La institución real visigoda tenía ya poca fuerza como vertebradora del reino cuando Rodrigo ciñó la corona.

De haber sido el reino de Toledo un Estado cohesionado, la derrota del Guadalete sólo habría sido eso, una derrota. Otras habían sufrido los visigodos y de todas se repusieron. Pero la invasión árabe llegó en un momento de desintegración y fractura, sin figuras ni instituciones capaces de aglutinar a los nobles godos para la defensa del reino. Y por tanto, ese descalabro militar puso fin a dos siglos de reinado de los godos de Hispania.



Égica.

26
Epílogo godo
711-720

EL REINO DE TOLEDO no estalló y desapareció como una pompa de jabón tras la derrota de Guadalete y la muerte del rey Rodrigo. Los visigodos presentaron batalla y ofrecieron resistencia enconada en muchas ciudades. Pero las instituciones que debían vertebrar el reino estaban tan debilitadas y deterioradas que no supieron reaccionar como una unidad. Tras Vouillé, los nobles eligieron un nuevo rey para que, bueno o malo, los cohesionase y dirigiese. Esos nobles supieron liquidar décadas después a Agila y acabar así con la guerra civil que podía destruirlos, pues los romanos estaban aprovechando para apoderarse de la Bética y la Carthaginense.

En esta ocasión, los bandos enfrentados no supieron o no quisieron reconciliarse para hacer frente a los invasores. Sin duda, el jefe de éstos, el árabe Muza, sacó partido a las ambiciones y odios de esos bandos. Debió de alentar la creencia de los witizianos de que sus tropas iban ocupando terreno como aliados y que todo concluiría con la subida indiscutida de Agila II al trono de Toledo.

El desconcierto logró que no se organizase una resistencia ordenada y menos aún una reacción efectiva. La Bética, bastión de don Rodrigo, combatió con dureza contra los invasores. Las tropas visigodas libraron una segunda batalla cerca de Écija y fueron de nuevo derrotadas, y las principales ciudades béticas, entre ellas Sevilla y Córdoba, sólo cayeron tras asedios muy cruentos. También más al norte resistieron con ahínco, y Mérida, capital de la Lusitania, aguantó un cerco de un año, tras el que pactaron una rendición bastante ventajosa.

Agila II, ajeno a las batallas y asedios que se libraban en el sur y el oeste, había entretanto entrado en Toledo como rey. Y a partir de ahí, la historia se vuelve más confusa si cabe. Una versión dice que, ante las insistencias de Agila para que los musulmanes se retiraran, Muza lo envió a Damasco para que discutiese el asunto con el califa. De ser así, Agila II habría partido en el 712 hacia Siria, dejando a su facción sin líder. Cuando, en el 714, llegó la noticia de que había renunciado al trono, los de su bando eligieron soberano a Ardón.

Ardón ya fue rey en la Septimania, puesto que los musulmanes habían aprovechado esos casi tres años y el desconcierto general para conquistar buena parte de la Tarraconense. En esta provincia, lo mismo que en las más sureñas, las grandes poblaciones resistieron y los conquistadores se emplearon contra ellas con saña. Por ejemplo, en Zaragoza, que osó resistirse, incendiaron la ciudad, mataron a los hombres y niños, y redujeron a la esclavitud a las mujeres.

Siempre según esta primera versión, Agila acabó regresando a Hispania y, con el beneplácito del califa de Damasco, fue rey en parte de la Gallaecia. Su mermado reino habría tenido por capital a Tuy, precisamente desde donde gobernó su padre Witiza durante el correinado con Égica.

Pero existe otra versión que dice que Muza no se anduvo con tantas contemplaciones y obligó a huir a Agila de Toledo. Sería entonces cuando éste se refugió en la Gallaecia y reinó de forma efímera desde Tuy. En favor de esta versión está el hecho de que Muza entró en Toledo a sangre y fuego, asesinó a todos los nobles que no pudieron huir y se apropió del tesoro real visigodo.

Aparte de las ciudades que aguantaron el asedio y lograron negociar una entrega más o menos favorable, hubo notables visigodos que también llegaron a acuerdos con los árabes. Ya mencionamos al *comes* Teodomiro, que logró pactar la autonomía de un territorio que ocupaba, *grosso modo*, Alicante y Murcia, a cambio de pagar tributos y aceptar guarniciones. O de Casio, *comes* de un territorio en la zona de Tarazona, que se islamizó y acabó por fundar la dinastía de los Banu Qasi.

No fueron los únicos y, sin duda, toda una panoplia de funcionarios locales y terratenientes llegó a distintos acuerdos con los invasores. Los primeros conservaban patrimonios y privilegios, los segundos lograban colaboración para controlar un país y a una población muy grandes para sus propios recursos humanos. Aquellos witizianos que supieron aceptar el nuevo *statu quo* fueron recompensados. Los otros dos hijos de Witiza, Olmundo y Ardabasto, se retiraron a sus predios y gozaron de privilegios. También los judíos, tan castigados por los reyes visigodos, se convirtieron en aliados de los nuevos dueños de Hispania, de quienes podían esperar condiciones de vida más favorables.

No todos fueron tan afortunados. Por ejemplo, en su avance hacia el norte, Muza desató un verdadero genocidio contra la población visigoda de los Campos Góticos. Únicamente no fueron asesinados, quienes lograron huir y refugiarse en Asturias.

El exterminio de las comunidades que osaban resistirse, la matanza de nobles en Toledo, la aniquilación de la población de los Campos Góticos… Todo eso fue en parte maniobra bien calculada.

Emplearse con tanta ferocidad contra los que se resistían podía disuadir a otras ciudades de hacer lo mismo. La masacre de Toledo debió de serlo de nobles palatinos, una extinción de la clase gobernante goda que aseguraba a los conquistadores que no surgirían posibles líderes de resistencia. Y la campaña de exterminio en los Campos Góticos evitaba la creación de una bolsa de población visigoda que podía, pasado el *shock* de la conquista, encabezar una reacción armada.

Pero, aparte del cálculo político —y de caracteres y costumbres sanguinarias que, de nuevo, no debemos juzgar según nuestros parámetros y sí dentro de su contexto y época—, pudo haber en esas carnicerías un elemento de codicia. El deseo de apoderarse de los bienes mediante el saqueo en unos casos y el asesinato de los propietarios en otros. Muza era gran guerrero y estratega notable, pero tenía el defecto de la rapacidad y las cuentas poco claras, lo que le costó la crucifixión cuando tuvo que rendirlas a su regreso a Damasco.

Porque Muza no acabó la conquista de Hispania. Un nuevo califa le llamó a Damasco donde, como acabamos de decir, no sólo no le premió por sus victorias, sino que le ejecutó por sus tejemanejes con el dinero. Pero la guerra siguió en Hispania y en el 714 la Gallaecia cayó ante las tropas musulmanes. Agila II, estuviese o no allí, murió en el 718.

Ese mismo año 714 estaba Ardón organizando la defensa en la Septimania, mientras árabes y bereberes conquistaban los últimos núcleos de resistencia hispanos. Tampoco el hijo de Muza remató la conquista, pues fue asesinado en Sevilla con la anuencia del califa, y fue su sucesor Al-Hurr el que ocupó las grandes ciudades de la Tarraconense oriental. Tarragona tuvo que ser tomada al asalto, por lo que, su población fue exterminada y sus iglesias destruidas, mientras que Pamplona logró pactar una rendición. Los musulmanes estaban eliminando cualquier posible foco de resistencia antes de lanzarse a la conquista de la Galia.

En el 719 invadieron la Septimania y de nada sirvió la resistencia organizada por Ardón. Narbona cayó en el 720 y ese mismo año murió Ardón, con lo que los visigodos se quedaron sin rey ni capital. Es en ese 720 cuando ya podemos dar por extinto cualquier residuo de reino visigodo, de la *Gothia*. Aún quedaron ciudades en poder de godos, pero fueron cayendo una detrás de otra. El último de sus reductos fue Nimes, que resistió hasta el 725.

Mientras los restos visigodos sucumbían en la Galia, se producía en Hispania un suceso al que los árabes victoriosos no dieron en ese momento importancia. En la cornisa cantábrica, en Asturias, grupos de refugiados godos y de astures se lanzaron a la guerrilla dirigidos por

Pelayo, de origen noble visigodo.

En esas montañas estaban las tropas del *dux* Pedro de Cantabria, así como gran número de refugiados de los Campos Góticos, sin contar con cántabros y astures, acostumbrados a no plegarse por mucho tiempo a ningún invasor.

En el 722, esos rebeldes derrotaron a los musulmanes en la batalla de Covadonga. Pudo ser una batalla en toda regla, aunque lo más seguro es que se tratase de una gran escaramuza. Pero lo que importa es que marcó el comienzo de la reacción contra los invasores desde el norte. El yugo de éstos duró en esa cornisa cantábrica una década escasa y su expulsión permitió la creación del reino de Asturias.

Pelayo casaría a su hija con Alfonso, hijo del *dux* Pedro de Cantabria, lo que uniría los focos de resistencia en la cornisa cantábrica. El reino y los reyes de Asturias se considerarían continuadores de los reyes y del reino visigodo de Toledo. Basarían en ello su propia legitimidad y ésa sería el fundamento ideológico, primero de su resistencia y luego de la expansión hacia el sur que andando los siglos sería llamada Reconquista.

Ya vimos al comenzar que el reino visigodo de Tolosa no fue destruido en la batalla de Vouillé, sino que sus restos se mantuvieron un tiempo y acabó por prolongarse en el reino visigodo de Toledo. Ahora, al acabar, vemos que este último también tuvo continuidad algunos años en los reinos de Agila II y sobre todo de Ardón en la Septimania, y que también se extendió a su manera en el reino de Asturias. Pero ésa sí que ya es otra historia.

Bibliografía

Arce, Javier: *Esperando a los árabes. Los visigodos en Hispania*, Marcial Pons, Madrid, 2011.

Barbero, Abilio y Vigil, Marcelo: *La formación del feudalismo en la península ibérica*, Crítica, Barcelona, 1991.

Collins, Roger: *La España visigoda. 409-711*, Crítica, Barcelona, 2005.

Diego Santos, Francisco: «De la Asturias sueva y visigoda», en *Asturiensia Medievalia*, Oviedo, 1979.

Domínguez Monedero, Adolfo J.: *La Chronica Caesaraugustana y la presunta penetración popular visigoda en Hispania*, Antigüedad y Cristianismo III, Ediciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1986.

Jordanes: *Origen y gestas de los godos*, Cátedra. 2001.

Menéndez y Pelayo, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles*, Editorial Católica, Madrid, 1978.

Orlandís, José: *Historia de España. Época visigoda. 409-711*, Madrid, Credos 1999.

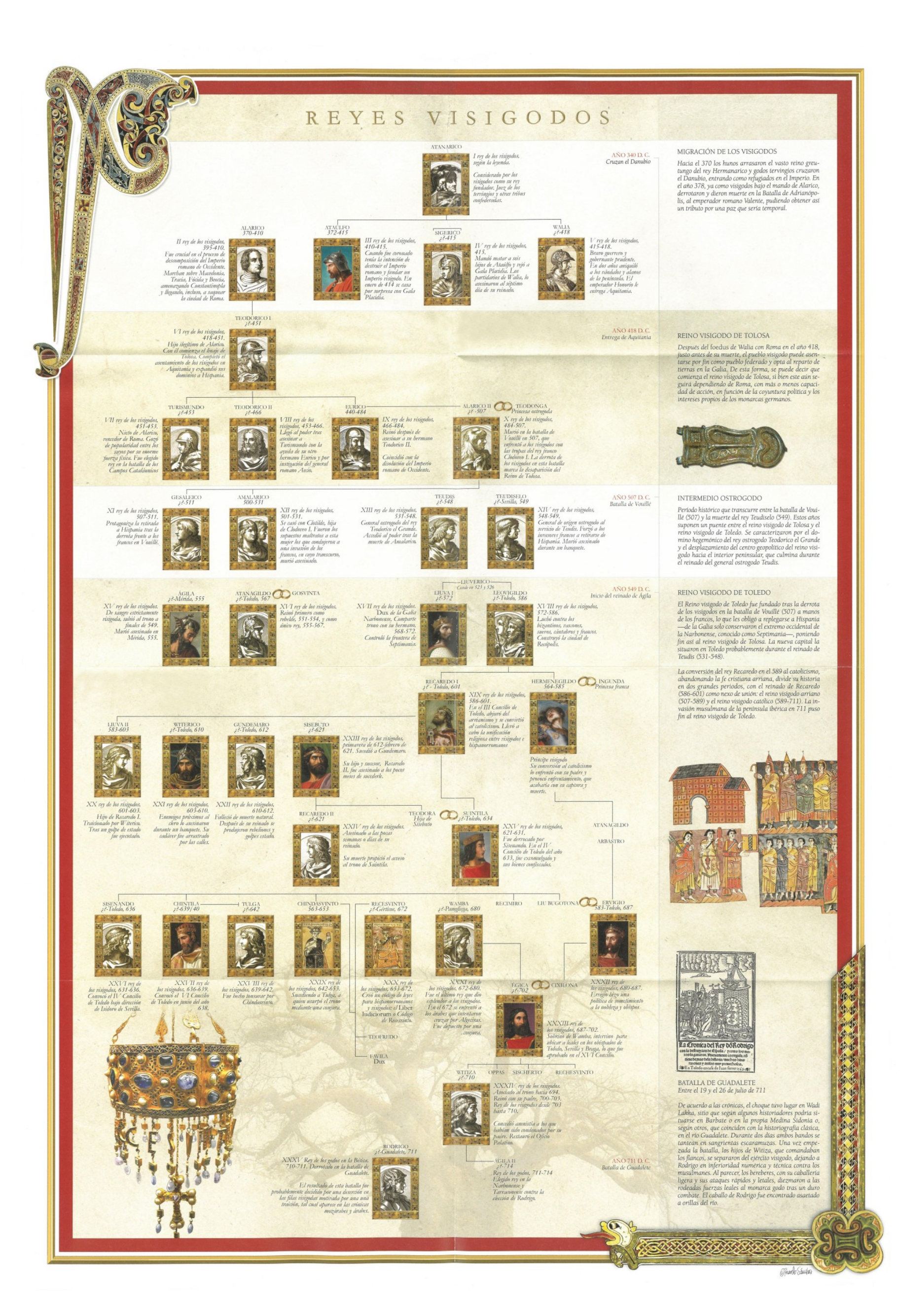
Ortega Rubio, Juan: *Los visigodos en España*, Hijos de M. G. Hernández, 1903.

Sanz Serrano, Rosa: *Historia de los godos*, La esfera de los libros, Madrid, 2009.

Sayas, Juan José y García Moreno, Luis A.: *Historia de España. Romamismo y germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos*, Labor, 1990.

Thompson, Edward A.: *The goths in Spain*, Oxford at the Clarendon Press, Oxford, 1969.

Valverde, M. R.: *Ideología, simbolismo y ejercicio del poder real en la monarquía visigoda*, Ed. Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000.



REYES VISIGODOS
ATANARICO
I rey de los visigodos, según la leyenda.
Considerado por los visigodos como su rey fundador. Juez de los tervingios y otras tribus confederadas.
AÑO 340 D. C.
Cruzan el Danubio
ALARICO 370-410
II rey de los visigodos, 395-410. Fue crucial en el proceso de descomposición del Imperio romano de Occidente. Marchan sobre Macedonia, Tracia, Fócida y Beocia, amenazando Constantinopla y llegando, incluso, a saquear la ciudad de Roma.
ATAÚLFO 372-415
III rey de los visigodos, 410-415. Cuando fue coronado tenía la intención de destruir el Imperio romano y fundar un Imperio visigodo. En enero de 414 se casa por sorpresa con Gala Placidia.
SIGERICO ¿?-415
IV rey de los visigodos, 415. Mandó matar a seis hijos de Ataúlfo y vejó a Gala Placidia. Los partidarios de Walia, lo asesinaron al séptimo día de su reinado.
WALIA ¿?-418
V rey de los visigodos, 415-418. Bravo guerrero y gobernante prudente. En dos años aniquiló a los vándalos y alanos de la península. El emperador Honorio le entrega Aquitania.
MIGRACIÓN DE LOS VISIGODOS
Hacia el 370 los hunos arrasaron el vasto reino greutungo del rey Hermanarico y godos tervingios cruzaron el Danubio, entrando como refugiados en el Imperio. En el año 378, ya como visigodos bajo el mando de Alarico, derrotaron y dieron muerte en la Batalla de Adrianópolis, al emperador romano Valente, pudiendo obtener así un tributo por una paz que sería temporal.
TEODORICO I ¿?-451
VI rey de los visigodos, 418-451. Hijo ilegítimo de Alarico. Con él comienza el linaje de Tolosa. Completó el asentamiento de los visigodos en Aquitania y expandió sus dominios a Hispania.
AÑO 418 D. C.
Entrega de Aquitania
REINO VISIGODO DE TOLOSA
Después del foedus de Walia con Roma en el año 418, justo antes de su muerte, el pueblo visigodo puede asentarse por fin como pueblo federado y opta al reparto de tierras en la Galia. De esta forma, se puede decir que comienza el reino visigodo de Tolosa, si bien este aún seguirá dependiendo de Roma, con más o menos capacidad de acción, en función de la coyuntura política y los intereses propios de los monarcas germanos.
TURISMUNDO ¿?-453
VII rey de los visigodos, 451-453. Nieto de Alarico, vencedor de Roma. Gozó de popularidad entre los suyos por su enorme fuerza física. Fue elegido rey en la batalla de los Campos Cataláunicos
TEODORICO II ¿?-466
VIII rey de los visigodos, 453-466. Llegó al poder tras asesinar a Turismundo con la ayuda de su otro hermano Eurico y por instigación del general romano Aecio.
EURICO 440-484
IX rey de los visigodos, 466-484. Reinó después de asesinar a su hermano Teodorico II.
Coincidió con la disolución del Imperio romano de Occidente.
ALARICO II ¿? -507
TEODONGA Princesa ostrogoda
X rey de los visigodos, 484-507. Murió en la batalla de Vouillé en 507, que enfrentó a los visigodos con las tropas del rey franco Clodoveo I. La derrota de los visigodos en esta batalla marca la desaparición del Reino de Tolosa.
GESALEICO ¿?-511
XI rey de los visigodos, 507-511. Protagoniza la retirada a Hispania tras la derrota frente a los francos en Vouillé.
AMALARICO 500-531
XII rey de los visigodos, 501-531. Se casó con Clotilde, hija de Clodoveo I. Fueron los supuestos maltratos a esta mujer los que condujeron a una invasión de los francos, en cuyo transcurso, murió asesinado.
TEUDIS ¿?-548
XIII rey de los visigodos, 531-548. General ostrogodo del rey Teodorico el Grande. Accedió al poder tras la muerte de Amalarico.
TEUDISELO ¿?-Sevilla, 549
XIV rey de los visigodos, 548-549. General de origen ostrogodo al servicio de Teudis. Forzó a los invasores francos a retirarse de Hispania. Murió asesinado durante un banquete.
AÑO 507 D. C.
Batalla de Vouillé
INTERMEDIO OSTROGODO
Período histórico que transcurre entre la batalla de Vouillé (507) y la muerte del rey Teudiselo (549). Estos años suponen un puente entre el reino visigodo de Tolosa y el reino visigodo de Toledo. Se caracterizaron por el domino hegemónico del rey ostrogodo Teodorico el Grande y el desplazamiento del centro geopolítico del reino visigodo hacia el interior peninsular, que culmina durante el reinado del general ostrogodo Teudis.
ÁGILA ¿?-Mérida, 555
XV rey de los visigodos. De sangre estrictamente visigoda, subió al trono a finales de 549. Murió asesinado en Mérida, 555.
ATANAGILDO ¿?-Toledo, 567
GOSVINTA
XVI rey de los visigodos. Reinó primero como rebelde, 551-554, y como único rey, 555-567.
LIUVERICO Conde en 523 y 526
LIUVA I ¿?-572
XVII rey de los visigodos. Dux de la Galia Narbonense. Comparte trono con su hermano, 568-572. Controló la frontera de Septimania.
LEOVIGILDO ¿?-Toledo, 586
XVIII rey de los visigodos, 572-586. Luchó contra los bizantinos, vascones, suevos, cántabros y francos. Construyó la ciudad de Recópolis.
AÑO 549 D. C.
Inicio del reinado de Ágila
REINO VISIGODO DE TOLEDO
El Reino visigodo de Toledo fue fundado tras la derrota de los visigodos en la batalla de Vouillé (507) a manos de los francos, lo que les obligó a replegarse a Hispania —de la Galia solo conservaron el extremo occidental de la Narbonense, conocido como Septimania—, poniendo fin así al reino visigodo de Tolosa. La nueva capital la situaron en Toledo probablemente durante el reinado de Teudis (531-548).
La conversión del rey Recaredo en el 589 al catolicismo, abandonando la fe cristiana arriana, divide su historia en dos grandes periodos, con el reinado de Recaredo (586-601) como nexo de unión: el reino visigodo arriano (507-589) y el reino visigodo católico (589-711). La invasión musulmana de la península ibérica en 711 puso fin al reino visigodo de Toledo.
RECAREDO I ¿? - Toledo, 601
XIX rey de los visigodos, 586-601. En el III Concilio de Toledo, abjuró del arrianismo y se convirtió al catolicismo. Llevó a cabo la unificación religiosa entre visigodos e hispanorromanos
HERMENEGILDO 564-585
INGUNDA Princesa franca
Príncipe visigodo
Su conversión al catolicismo lo enfrentó con su padre y provocó enfrentamiento, que acabaría con su captura y muerte.
LIUVA II 583-603
XX rey de los visigodos, 601-603. Hijo de Recaredo I. Traicionado por Witerico. Tras un golpe de estado fue ejecutado.
WITERICO ¿?-Toledo, 610
XXI rey de los visigodos, 603-610. Enemigos próximos al clero lo asesinaron durante un banquete. Su cadáver fue arrastrado por las calles.
GUNDEMARO ¿?-Toledo, 612
XXII rey de los visigodos, 610-612. Falleció de muerte natural. Después de su reinado se produjeron rebeliones y golpes estado.
SISEBUTO ¿?-621
XXIII rey de los visigodos, primavera de 612-febrero de 621. Sucedió a Gundemaro.
Su hijo y sucesor, Recaredo II, fue asesinado a los pocos meses de sucederle.
RECAREDO II ¿?-621
XXIV rey de los visigodos. Asesinado a las pocas semanas o días de su reinado.
Su muerte propició el acceso al trono de Suintila.
TEODORA Hija de Sisebuto
SUINTILA ¿?-Toledo, 634
XXV rey de los visigodos, 621-631. Fue derrocado por Sisenando. En el IV Concilio de Toledo del año 633, fue excomulgado y sus bienes confiscados.
ATANAGILDO
ARBASTRO
SISENANDO ¿?-Toledo, 636
XXVI rey de los visigodos, 631-636. Convocó el IV Concilio de Toledo bajo dirección de Isidoro de Sevilla.
CHINTILA ¿?-639/40
XXVII rey de los visigodos, 636-639. Convocó el VI Concilio de Toledo en junio del año 638.
TULGA ¿?-642
XXVIII rey de los visigodos, 639-642. Fue hecho tonsurar por Chindasvinto.
CHINDASVINTO 563-653
XXIX rey de los visigodos, 642-653. Sucediendo a Tulga, a quien usurpó el trono mediante una conjura.
RECESVINTO ¿?-Gérticos, 672
XXX rey de los visigodos, 653-672. Creó un código de leyes para hispanorromanos y visigodos: el Liber Iudiciorum o Código de Recesvinto.
TEOFREDO
FAVILA Dux
WAMBA ¿?-Pamplieqa, 680
XXXI rey de los visigodos, 672-680. Fue el último rey que dio esplendor a los visigodos. En el 672 se enfrentó a los árabes que intentaron cruzar por Algeciras. Fue depuesto por una conjura.
RECIMIRO
LIU BUGOTONA
ERVIGIO 583-Toledo, 687
XXXII rey de los visigodos, 680-687. Ervigio hizo una política de sometimiento a la nobleza y obispos
ÉGICA ¿?-702
CIXILONA
XXXIII rey de los visigodos, 687-702. Sobrino de Wamba, intervino para ubicar a leales en los obispados de Toledo, Sevilla y Braga, lo que fue aprobado en el XVI Concilio.
WITIZA ¿?-710
OPPAS
SISCHERTO
RECHESVINTO
XXXIV rey de los visigodos. Asociado al trono hacia 694. Reinó con su padre, 700-703. Rey de los visigodos desde 703 hasta 710.
Concedió amnistía a los que habían sido condenados por su padre. Restauró el Oficio Palatino.
RODRIGO ¿?-Guadalete, 711
XXXV Rey de los godos en la Bética, 710-711. Derrotado en la batalla de Guadalete.
El resultado de esta batalla fue probablemente decidido por una deserción en las filas visigodas motivada por una una traición, tal cual aparece en las crónicas mozárabes y árabes.
ÁGILA II ¿?-714
Rey de los godos, 711-714
Elegido rey en la Narbonense y Tarraconense contra la elección de Rodrigo.
AÑO 711 D. C.
Batalla de Guadalete
La Cronica del Rey dō Rodrigo
BATALLA DE GUADALETE
Entre el 19 y el 26 de julio de 711
De acuerdo a las crónicas, el choque tuvo lugar en Wadi Lakka, sitio que según algunos historiadores podría situarse en Barbate o en la propia Medina Sidonia o, según otros, que coinciden con la historiografía clásica, en el río Guadalete. Durante dos días ambos bandos se tantean en sangrientas escaramuzas. Una vez empezada la batalla, los hijos de Witiza, que comandaban los flancos, se separaron del ejército visigodo, dejando a Rodrigo en inferioridad numérica y técnica contra los musulmanes. Al parecer, los bereberes, con su caballería ligera y sus ataques rápidos y letales, diezmaron a las rodeadas fuerzas leales al monarca godo tras un duro combate. El caballo de Rodrigo fue encontrado asaetado a orillas del río.



León Arsenal, es el seudónimo de José Antonio Álvaro Garrido, nacido en Madrid en 1960. Comenzó estudiando Medicina, pero después acabó trabajando durante años como piloto de la Marina Mercante. Se trasladó a La Coruña, ciudad donde cursó estudios en la Escuela Superior de la Marina Civil y navegó durante varios años. A lo largo de las últimas décadas se ha volcado de lleno en el mundo literario, publicando cerca de una veintena de libros —entre novela y ensayo histórico, relatos, novela negra y novela fantástica—, ganando numerosos premios, dirigiendo webs y revistas literarias, preparando talleres y conferencias y hasta trabajando para diversas editoriales y programas de radio y televisión.

En el año 2000 publicó su primera novela, *El hombre de la plata*, ha cultivado diversos géneros en sus obras desde el histórico, el ensayo, el fantástico o el *thriller*. Su novela *La boca del Nilo* ganó el Premio Internacional Ciudad de Zaragoza de Novela Histórica en 2006. Ha sido reconocido con numerosos premios literarios nacionales e internacionales, entre ellos el Ignotus (2002), el Minotauro (2004), el Ciudad de Zaragoza (2005), el Espartaco (2005 y 2010), el Algaba

(2013), el Letras del Mediterráneo (2017)…

Entre otras cosas, en su pasado dirigió la revista *Galaxia*, que obtuvo el premio a la mejor publicación de literatura fantástica en el año 2003, otorgado por la Asociación Europea de Ciencia-Ficción, y estuvo metido en un partido político a nivel nacional: dirigió el área de Cultura de UPyD.

Notas

[1] Tratado que suscribía Roma con diversos pueblos por el que ambos establecían vínculos y obligaciones, debiendo tales pueblos asistir con tropas a los romanos. < <

[2] Este Máximo era hijo de Geroncio, general de Constantino III que, tras ayudar al hijo de éste, Constante, a invadir Hispania, se revolvió contra su señor y proclamó emperador a su hijo. Esto da idea del caos que vivía el Imperio en esa época. < <

[3] Los bagaudas están relacionados con un fenómeno muy complejo, imposible de describir en unas pocas líneas. Baste decir que estas revueltas tuvieron orígenes campesinos y a ellas se sumaron gentes de procedencia urbana, así como pueblos poco romanizados. Los bagaudas, muy hostiles al orden romano, llegaron a formar ejércitos enormes y a ocupar territorios. La Oróspeda, que aparecerá más adelante en este libro, pudo tener su origen en un territorio así. Aunque batidos por los ejércitos imperiales, los bagaudas fueron uno de los elementos clave en el desgaste, descomposición y caída del Imperio romano de Occidente. <<

[4] Como ya hemos dicho, ése fue un proceso generalizado en el Imperio de Occidente. El sinfín de usurpadores que desfilaron por la última etapa romana fueron en su mayor parte generales que aprovecharon el mando para volver a sus ejércitos contra el trono. Eso fue posible gracias al cambio en la extracción social de las tropas; soldados cuya lealtad estaba antes con sus mandos que con el Imperio en sí. Las rebeliones, como es lógico, eran más factibles en las zonas periféricas, lejos de la vigilancia imperial. Y cuando los usurpadores marchaban sobre Roma lo hacían con todos sus soldados. Eso desguarnecía las fronteras y los bárbaros aprovechaban para ocupar territorio. A su vez, eso llevaba a que cada vez el Imperio, ganase quien ganase, tuviese menos provincias y, por tanto, menos recursos con los que abastecer a sus tropas. Fue una espiral que ayudó y mucho a su declive hasta dejarlo reducido a un triste resto en Italia y los Balcanes. <<

[5] Gijón o Pamplona, sin ir más lejos, son fundaciones romanas. < <

[6] Capa púrpura que distinguía al emperador. < <

Table of Contents